

Isaac Bashevis

Singer

El mago de Lublin



Muy conocido en Polonia oriental, Yasha Mazur se dedica a recorrer diversas poblaciones representando sus vistosos números de magia, acrobacia y escapismo.

Pero sus trucos y su habilidad para el ilusionismo no se limitan a los escenarios. Medio judío, medio gentil, Yasha no tiene problemas para moverse a su conveniencia entre ambos mundos y vivir sin restricciones morales. Sin ir más lejos, sus largas giras le permiten dejar en casa a su esposa, una judía practicante, y caer en brazos de otras mujeres.

Sin embargo, quizá ha de llegar el día en el que Yasha ya no pueda escapar tan fácilmente como hace en algunos de sus números ante el público y se vea obligado a decidir el rumbo que debe tomar su vida.

Isaac Bashevis Singer

El mago de Lublin

Título original: *The Magician of Lublin*

Isaac Bashevis Singer, 1960

Traducción: Luis Buelta

Deseo expresar mi gratitud a cuantos han hecho posible la publicación de este libro. A Elaine Gottlieb y a Joseph Singer (hijo este último de mi difunto hermano I. J. Singer, autor de *The Brothers Ashkenazi*, etc.), que no han ahorrado esfuerzos para que esta traducción del yiddish sea todo lo fiel que una traducción puede ser. Elaine Gottlieb redactó la última parte de la misma.

Viola Dick y Elizabeth Pollet me han ayudado con sus valiosos consejos y con una cuidadosa lectura del manuscrito y de las pruebas.

Finalmente deseo dar las gracias a mis amigos Cecil Hemley y Dwight, directores de la «Noonday Press», los cuales, durante muchos años, me han estado animando en la ardua labor de dar a conocer la literatura yiddish a los lectores norteamericanos. Sus consejos y ayuda han sido de un valor inapreciable en todos los aspectos.

ISAAC BASHEVIS SINGER

Aquella mañana, Yasha Mazur, o el mago de Lublin, como era conocido en todas partes excepto en la ciudad de su residencia, se despertó temprano. Siempre solía pasar uno o dos días en el lecho después de regresar de sus viajes; el cansancio que le dominaba justificaba la indulgencia en aquel continuo reposo. Su esposa, Esther, le llevaba a la cama leche, bollos y platillos de avena. Comía y, luego, volvía a dormir. El loro se desgañitaba; *Yoktan*, el mono, hacía rechinar los dientes; los canarios gorjeaban y trinaban, pero Yasha, sin hacerles caso, se limitaba a recordar a Esther que abrevara a los caballos. No hacía falta que se molestara en hacer tal recomendación a la mujer; ésta siempre se acordaba de hacerlo, sacando agua del pozo para llevársela a *Kara* y *Shiva*, el tronco de yeguas grises de Yasha, o, como éste les había apodado, *Polvo* y *Cenizas*.

Yasha, aunque mago, era considerado un hombre rico. Poseía una casa y en ella se encontraban graneros, silos, establos, un henil, un patio con dos manzanos e incluso un pequeño huerto donde Esther cultivaba sus propias verduras. Lo único que no tenía era hijos. Esther no podía concebir. En lo demás, era una buena esposa. Sabía hacer punto, un vestido de novia, hornear tartas y pan de jengibre, arrancar la pepita a las gallinas, aplicar ventosas o sanguijuelas e incluso sangrar a un enfermo. Cuando era algo más joven había probado toda clase de medicamentos para combatir la esterilidad, pero ahora era ya demasiado tarde, pues se acercaba a la cuarentena.

Como cualquier otro mago, a Yasha se le tenía poca consideración en la comunidad en que vivía. No llevaba barba e iba a la sinagoga solamente en los días de Rosh Hashonah y Yom Kippur,^[1] y esto si por entonces acontecía que se encontraba en Lublin. Esther, por el contrario, lucía el pañuelo tradicional, practicaba la cocina *kosher*^[2] y respetaba el Sabbath y todas las demás leyes. Yasha pasaba el sábado charlando y fumando cigarrillos en compañía de los músicos. A los rigurosos moralistas que intentaban corregir su manera de ser, les contestaba siempre: «¿Cuándo habéis estado en el cielo para saber cómo es el Señor?».

Era arriesgado discutir con él porque no era ningún necio, sabía leer en ruso

y en polaco e incluso estaba bien informado sobre cuestiones judías. Era un hombre verdaderamente temerarios. Para ganar una apuesta había pasado en una ocasión toda una noche en el cementerio.

Sabía caminar y patinar en la cuerda floja, trepar por los muros y abrir cualquier cerradura. El cerrajero Abraham Leibush le apostó cinco rublos a que podía fabricar una cerradura que Yasha no podría abrir. Pasó varios meses trabajando en ella, y Yasha la abrió con una lezna de zapatero. En Lublin se decía que si Yasha hubiera escogido la senda del delito ninguna casa habría estado segura.

Después de pasar dos días haraganeando en la cama, Yasha se levantó aquella mañana con el sol. Era un hombre de baja estatura, de hombros anchos y cintura estrecha; lucía un enmarañado pelo rubio y tenía unos ojos de color azul claro, unos labios finos, una barbilla estrecha y corta nariz eslava. Su ojo derecho era un poco mayor que el izquierdo, y a causa de ello parecía que siempre los estaba guiñando con burlona insolencia. Tenía cuarenta años, pero parecía diez años más joven. Los dedos de sus pies eran casi tan largos y flexibles como los de sus manos, y era capaz de estampar con ellos su firma subrayándola con una floreada rúbrica. E incluso de mondar guisantes. Podía flexionar su cuerpo en todas las direcciones. Y se decía que sus huesos eran maleables y que sus articulaciones estaban descoyuntadas. Rara vez actuaba en Lublin, pero los pocos que le habían visto trabajar en la ciudad, se hacían lenguas de sus habilidades. Podía caminar con las manos, comer fuego, tragarse espadas y dar saltos mortales lo mismo que un mono. No había nadie que pudiera igualar su destreza. Se le podía encerrar en una habitación, echando la llave por la parte de fuera de la puerta, y, a la mañana siguiente, se le veía paseando indiferente por la plaza del mercado mientras la cerradura aparecía sin abrir. Podía hacerlo incluso si se le encadenaba de pies y manos. No faltaban los que aseguraban que practicaba la magia negra y que poseía un gorro que le hacía invisible, y que era capaz de comprimirse y pasar por las grietas de las paredes. Otros decían que era, sencillamente, un maestro del ilusionismo.

Se levantó de la cama sin echarse agua en las manos como debía de haber hecho, ni rezar sus oraciones matinales. Se puso unos pantalones verdes, unas zapatillas de color rojo y una chaquetilla de terciopelo negro recamada de lentejuelas de plata. Mientras se vestía daba cabriolas y hacía bufonadas como si fuera un mozuelo, silbaba a los canarios, dedicaba sus atenciones a *Yoktan*, el mono, y hablaba a *Haman*, el perro, y a *Metzotze*, el gato. Estos animales eran solamente una parte de la colección de los que poseía. En el patio había un pavo real macho y

otro hembra, un par de pavos vulgares, una bandada de conejos y hasta una serpiente, a la que tenía que alimentar dándole un día sí y otro no un ratoncillo vivo.

Era una mañana cálida, poco antes de Pentecostés. En el huerto de Esther habían aparecido ya brotes verdes. Yasha abrió la puerta del establo y penetró en él. Inhaló profundamente el olor del estiércol y acarició a las yeguas. Luego, les peinó la melena y dio de comer a los demás animales. A veces, al regresar de uno de sus viajes, se encontraba con que había desaparecido alguno de sus animales favoritos, pero esta vez no se había producido ninguna muerte.

Se encontraba de buen humor y recorrió su propiedad a la ventura. Por entre la verde hierba del patio brotaban multitud de flores: capullos amarillos, blancos y variopintos y ramos empenachados que ondulaban a impulsos de la brisa. Los cardos y las enredaderas llegaban casi hasta el tejado de la dependencia accesorio de la casa. Las mariposas revoloteaban por todas partes y las abejas iban zumbando de flor en flor. No había hoja ni tallo que no tuviera sus habitantes: un gusano, un insecto, un mosquito, seres, algunos de ellos, apenas visibles a simple vista. Como de costumbre, Yasha se maravilló al contemplarlos. ¿De dónde venían? ¿Cómo subsistían? ¿Qué hacían durante la noche? En el invierno, morían, pero, al llegar el verano, los enjambres volvían a aparecer. ¿Cómo era posible que sucediera semejante cosa? Cuando estaba en la taberna, Yasha presumía de ateo, pero, en realidad, creía en Dios. La mano de Dios estaba presente en todas partes. El capullo de cada fruto, cada guijarro, cada grano de arena eran una manifestación de Él. Las hojas de los manzanos aparecían húmedas de rocío y brillaban como pequeñas luminarias bajo los rayos del sol matutino. Su casa se encontraba en las afueras de la ciudad y le era posible ver grandes campos de trigo, verde ahora, pero que dentro de seis semanas adquiriría una tonalidad de amarillo de oro, listo para la recolección. «¿Quién creó todo esto? —se preguntaba Yasha a sí mismo—. ¿Acaso fue el sol? Si era así, quizá el sol era Dios». Yasha había leído en algún libro sagrado que Abraham adoraba el sol antes de aceptar la existencia de Jehová.

No, él no era inculto. Su padre había sido un hombre instruido, y Yasha, de muchacho, estudió el Talmud. Después del fallecimiento de su padre, le aconsejaron que continuara su educación, pero en lugar de hacerlo se había unido a los circos ambulantes. Era mitad judío y mitad pagano... en el fondo, ni una cosa ni otra. Él había creado su propia religión. Existía un Creador, pero no se revelaba a nadie, ni daba indicaciones de lo que convenía hacer y de lo que estaba prohibido. Los que hablaban en Su nombre eran unos embusteros.

Mientras Yasha se entretenía en el patio. Esther le preparó el desayuno: un panecillo duro con mantequilla y requesón, escalonias, rábanos, un cohombro y café, que ella misma había molido y preparado con leche.

Esther era bajita y morena, tenía un rostro juvenil, nariz recta y unos ojos oscuros en los que se traslucía la alegría y la pena. A veces, aquellos ojos brillaban llenos de travesura. Al sonreír, levantaba, vivaracha, el labio superior, mostrando unos dientes pequeños y se le formaban hoyuelos en las mejillas. Como no tenía hijos, solía estar en compañía de las muchachas, más que con otras mujeres casadas. Tenía a su servicio dos costureras con las que siempre estaba bromeando, pero se decía que cuando se encontraba sola lloraba. Dios había sellado su vientre, como está escrito en el Pentateuco, y se rumoreaba que gastaba mucho de lo que ganaba en charlatanes y milagreros. Una vez, se le había oído exclamar que incluso envidiaba a las madres cuyos hijos estaban en el cementerio.

Ahora, le servía el desayuno a Yasha. Estaba sentada en un banco frente a él y le observaba: de reojo, con curiosidad y respeto. Nunca le molestaba hasta que hubiera tenido tiempo de recobrase de su viaje, pero aquella mañana vio que su período de recuperación había terminado. El estar tanto tiempo ausente se reflejaba en sus relaciones; no tenían la intimidad de otras parejas que llevaban largo tiempo casadas. La chismografía de Esther podía ser la que cambiara con una amistad accidental.

—Bueno, ¿qué sucede por ese gran mundo exterior?

—Sigue siendo el viejo mundo de siempre.

—¿Y qué me dices de tu magia?

—Es la misma vieja magia.

—¿Qué hay de las muchachas? ¿Algún cambio en ellas?

—¿Qué muchachas? No puedo hablar de ninguna.

—Desde luego que no. Sólo desearía tener veinte monedas de plata por cada una de las que has tenido.

—¿Y qué ibas a hacer con tanto dinero? —le preguntó guiñándole un ojo.

Luego, volvió a su comida, masticando mientras miraba a lo lejos más allá de la mujer. A ésta nunca la abandonaban las sospechas, pero él no admitía nada concreto, asegurándole, después de cada viaje, que sólo creía en un único Dios y en una única esposa.

—Los que corren detrás de las mujeres no pueden caminar por la cuerda floja. Su trabajo tienen para poder hacerlo por el suelo. Lo sabes tan bien como yo —argüía.

—¿Y cómo puedo saberlo? —preguntaba la mujer—. Cuando vas de camino no estoy al pie de tu cama.

Y la sonrisa que dirigía al hombre era una mezcla de afecto y de rencor. No podía ser vigilado como lo eran otros esposos, ya que pasaba más tiempo en el camino que en casa, se encontraba con toda clase de mujeres y vagabundeaba más que un gitano. Sí, era libre como el viento, pero, gracias a Dios, siempre volvía a ella y siempre le traía algún regalo. La vehemencia con que la besaba y la abrazaba parecía sugerir que durante su ausencia había llevado la vida de un santo, pero ¿qué era lo que una mujer sencilla podía saber de los apetitos del macho? Con frecuencia, Esther lamentaba haberse casado con un mago y no con algún sastre o zapatero que pasaba todo el tiempo en casa y pudiera estar constantemente ante su vista. Pero su amor hacia Yasha seguía subsistiendo. Para ella, era a la vez un hijo y un esposo. Cada día que pasaba a su lado era como un día de fiesta.

Esther continuaba observándole mientras comía. Solía hacer cosas distintas que las personas corrientes. Cuando estaba comiendo se detenía, como si de repente se sumiera en profundos pensamientos, y luego, volvía a masticar. Otra de sus extrañas costumbres era la de entretenerse con un trozo de cordel, solazándose en hacer nudos en él, pero con tanta habilidad que dejaba exactamente el mismo espacio entre los nudos. Esther le miraba a menudo a los ojos, tratando de descubrir sus arterías, pero la impasibilidad del hombre acababa siempre vencéndola. Ocultaba muchas cosas, rara vez hablaba en serio y siempre disimulaba los enojos que pudiera sentir. Incluso si se encontraba enfermo, era capaz de andar ardiendo de fiebre, y tampoco era entonces Esther la que llevaba la mejor parte. Con frecuencia, le preguntaba acerca de sus actuaciones, que le habían hecho famoso en

toda Polonia, pero él, o bien rechazaba sus preguntas con una seca contestación, o las eludía con una broma. Unas veces, estaba en la más íntima relación con ella y poco después, volvía a estar en la lejanía, de forma que Esther nunca dejaba de maravillarse de cada uno de sus actos, de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos. Incluso cuando se encontraba en uno de sus momentos de expansión y balbuceaba como un niño, todo cuanto decía tenía su significado. Ocasionalmente, cuando ya se había marchado y estaba de nuevo en el camino, era cuando Esther comprendía lo que le había dicho.

Llevaban veinte años de casados, pero seguía siendo tan retozón con ella como lo había sido los días que siguieron a la boda. Le tiraba del pañuelo, le pellizcaba la nariz y le llamaba con apodosos ridículos, tales como *Jerambola*, *Gatita*, *Patita Buche*, que ella sabía eran propios de la jerga de los músicos. De día, era una cosa, pero de noche, otra. A veces, cacareaba como un gallo lleno de entusiasmo, chillaba como un cerdo o relinchaba como un caballo, y, de repente, se quedaba inexplicablemente melancólico. Cuando estaba en casa pasaba la mayoría del tiempo en su cuarto, ocupado con su instrumental: cerraduras, cadenas, cuerdas, limas, tenazas y toda clase de objetos extraños. Todos lo que habían presenciado sus ejercicios de habilidad hablaban de la facilidad con que los realizaba, pero Esther era testigo de los días y noches que pasaba perfeccionando sus trucos. Había visto cómo enseñó a hablar a un cuervo como si fuera un hombre; observó cómo adiestraba a *Yoktan*, el mono, a fumar en pipa. Temía que trabajara en exceso, que le mordiera alguno de los animales o que se cayera cuando pasaba por la cuerda floja. Para Esther, todo aquello era brujería. Incluso de noche, cuando estaban acostados, le oía chasquear la lengua o los dedos de los pies. Sus ojos eran como los de un gato, pues podía ver en la oscuridad; sabía localizar las cosas perdidas; incluso era capaz de leer los pensamientos de su esposa. Una vez, ésta había tenido una disputa con una de las costureras, y Yasha, que llegó a última hora de la noche y apenas cruzó la palabra con ella, adivinó que aquel día tuvo un altercado. En otra ocasión, Esther perdió su anillo de boda y lo buscó por todas partes antes de resolverse a decirle que lo había extraviado. Él la cogió entonces de la mano y la llevó hasta la barrica de agua en el fondo de la cual estaba la sortija. Hacía mucho tiempo que la mujer había llegado a la conclusión de que nunca sería capaz de entender todas sus complejidades. Poseía poderes ocultos, como la bendita granada del Rosh Hashonah posee semillas.

Era mediodía. La taberna de Bella estaba casi desierta. Bella se encontraba dormitando en una habitación trasera, y el mostrador estaba atendido por Zipporah, su pequeño ayudante. En el suelo habían extendido serrín fresco, y sobre el mostrador había gansos asados, patas de ternera en gelatina, arenques troceados, tortas de huevo y rosquillas. Yasha se sentó a una mesa con Schmul *el Músico*. Schmul era un hombre grandote, con espeso cabello negro, ojos negros, patillas y fino bigote. Iba vestido a la manera rusa: blusa de raso, cinturón con borlas y botas altas. Durante varios años, había estado trabajando para un noble de Jitomir, pero habiéndose liado con la mujer del mayordomo de su patrón, se vio obligado a huir. Considerado como el violinista más destacado de Lublin, tocaba siempre en las bodas de mayor rango. Sin embargo, aquel era el período entre la Pascua hebrea y Pentecostés, en que no se celebraban bodas. Schmul, con un vaso de cerveza delante, tenía un ojo distraído y el otro fijo en la bebida, como si estuviera pensando en tragársela o no. Sobre la mesa había un bollo y, posada en él, una mosca verdosa de gran tamaño, que también parecía indecisa. ¿Volaría o no volaría?

Yasha aún no había probado la cerveza. Parecía como sugestionado por la espuma. Una a una las burbujas del vaso lleno fueron desintegrándose hasta que su contenido se redujo a los tres cuartos. Yasha murmuró:

—Todo es engaño y burbujas.

Schmul había estado jactándose de una de sus aventuras amorosas, y al final de una de ellas y antes de empezar la siguiente, los dos hombres se sentaron pensativos. Yasha disfrutaba oyendo las historias de Schmul; de haberlo querido, podría haber replicado con algo semejante, pero junto con el placer evocado por la historia de Schmul, le empezó a corroer un sentimiento de duda. Yasha pensó que debía dar por sentado que decía la verdad, y si así era, ¿quién era el que engañaba a quién? En voz alta, dijo:

—Eso no me parece un gran triunfo. Capturaste a un soldado que quería rendirse.

—Sí, pero hay que saber escoger el momento oportuno. En Lublin, la cosa no

es tan fácil como crees. Ves a una muchacha. Ella te desea y tú la deseas también. El problema está en cómo podrá el gato saltar la cerca. Digamos que te encuentras en una boda. Al terminar la ceremonia, ella se va a su casa con su marido y tú ni siquiera sabes dónde vive. Y aunque lo supieses, ¿de qué te serviría? Tiene a su madre, a su suegra, a sus hermanas, a sus cuñadas. Pero para ti no existen semejantes problemas, Yasha. En cuanto sales de las puertas de la ciudad el mundo es tuyo.

—Está bien, ven conmigo.

—¿Me admitirías a tu lado?

—Haré más que eso. Te pagaré todos los gastos.

—¿Y qué diría Yentel? Cuando un hombre tiene hijos, deja de ser libre. Puedes no creerme, pero echaría de menos a los pequeños. Dejo la ciudad por unos pocos días y me vuelvo medio loco. ¿Puedes comprender esto?

—¿Yo? Yo lo comprendo todo.

—A pesar de sí mismo, se ve uno ligado. Es como si cogiera una cuerda y se atara con ella.

—¿Qué harías tú si tu mujer se comportara como esa de que me has hablado?

El rostro de Schmul se puso repentinamente serio.

—La estrangularía, puedes creerme.

Y llevándose el vaso de cerveza a los labios, apuró su contenido.

Bueno, no era diferente de los demás, pensó Yasha mientras, a su vez, bebía la cerveza. Es lo que todos perseguimos. Pero ¿cómo se puede resolver el problema?

Desde hacía algún tiempo, Yasha se encontraba en ese mismo dilema. Era algo que le preocupaba día y noche. Desde luego, siempre había sido un buceador de almas, inclinado a la fantasía y a hacer extrañas conjeturas, pero, desde que llegó Emilia, su mente no había tenido punto de reposo. Se había convertido en un filósofo metódico. Ahora, en vez de tragarse la cerveza, paseó su amargor por la lengua, las encías y el paladar. En el pasado había corrido muchas aventuras, se había enredado y desenredado en numerosas ocasiones, pero, en última instancia,

su matrimonio permaneció sagrado para él. Nunca ocultó que tenía una esposa, y siempre hizo constar claramente que no haría nada que hiciera peligrar sus relaciones con ella. Pero Emilia le pedía que lo sacrificara todo, su hogar, su religión, si fuera necesario. Debía conseguir, de la manera que fuese, una gran cantidad de dinero. Pero ¿cómo lograrlo honradamente?

«No, se dijo a sí mismo, debo dar por terminado este asunto, y cuando antes mejor».

Schmul se atusó el mostacho e impregnó las guías con saliva para enderezarlo.

—¿Cómo está Magda? —preguntó.

Yasha salió de su ensueño.

—¿Cómo quieres que esté? Igual que siempre.

—¿Vive su madre todavía?

—Sí.

—¿Le has enseñado a practicar alguna cosa a la muchacha?

—Sí, algo.

—¿Qué, por ejemplo?

—Sabe hacer girar un barril con los pies y dar saltos mortales.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Alguien me enseñó un periódico de Varsovia, que traía algo importante sobre ti. ¡Vaya revuelo! Decía que eras tan bueno como el mago de Napoleón III. ¡Qué ligereza de manos tienes, Yasha! Realmente, eres un maestro del ilusionismo.

Las palabras de Schmul le disgustaron más que otra cosa. A Yasha no le gustaba hablar de sus poderes mágicos, y, por un momento, disputó consigo mismo, pensando que no contestaría a aquello. Sin embargo, dijo en voz alta.

—Yo no engaño a nadie.

—No, claro que no. Te tragas realmente la espada.

—Claro que me la trago.

—Eso, cuéntaselo a tu abuela.

—Escucha, mentecato, ¿cómo es posible engañar los ojos de nadie? Has oído la palabra «impostura» y la repites como si fueses un loro. ¿Tienes acaso ni idea de lo que significa? Me meto la espada en la garganta y no en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Te metes la espada en la garganta?

—Primero, en la garganta y, luego, en el estómago.

—¿Y estás vivo?

—Hasta ahora, sí.

—Yasha, por favor, te ruego que no me hagas creer semejante cosa.

—Me importa un comino que lo creas o no —contestó Yasha que, de pronto, se sintió cansado.

Schmul no era más que un estúpido bocazas, incapaz de pensar por sí mismo. Es de los que están viendo una cosa y no la creen. En cuanto a la mujer de Schmul, algo sabía de ella que hubiera vuelto loco a aquel zoquete. Bueno, todos tenemos algo que guardar. Cada persona tiene sus secretos. Si el mundo hubiera sido informado de lo que tenía dentro de sí, él, Yasha, haría largo tiempo que estaría recluido en un manicomio.

Iba cayendo el crepúsculo. Fuera de la ciudad aún había un poco de luz, pero entre los altos edificios de las calles estrechas reinaba ya la oscuridad. En las tiendas, se habían encendido candiles y velas. Barbudos judíos, que vestían largos sobretodos y calzaban anchas botas, discurrían por las calles en dirección adonde se celebran las oraciones nocturnas. Se levantaba una nueva luna, la luna del mes de Sivan.^[3] En las calles aún había charcos, vestigios de las lluvias de primavera, aun cuando el sol había estado luciendo todo el día sobre la ciudad. Aquí y allá, algunas cloacas habían desbordado su agua fétida; el aire olía a estiércol de caballo y de vaca y a leche recién ordeñada. Salía humo de las chimeneas, y las amas de casa se preparaban diligentemente a hacer la cena: sopa de avena, estofado con avena y setas con avena. El mundo, más allá de Lublin, ardía de agitación. Los periódicos polacos estaban llenos de noticias de guerra, revolución, crisis... Por todas partes, los judíos eran arrojados de sus aldeas. Muchos emigraban hacia América. Pero aquí, en Lublin, se notaba la estabilidad de una comunidad establecida desde hacía largo tiempo. Algunas de las sinagogas de la ciudad se remontaban a los lejanos tiempos de Chmelnicki. Los rabinos eran enterrados en el cementerio, así como los autores de comentarios, los legisladores y los santos, cada uno de ellos bajo su losa sepulcral o en su mausoleo. Seguían prevaleciendo las costumbres ancestrales: las mujeres dirigían los negocios y los hombres estudiaban la Tora.

Aún faltaban algunos días para Pentecostés, pero los muchachos ya habían decorado las ventanas de sus casas con dibujos y figuras recortadas; se veían, también, pájaros moldeados en pasta de harina y cáscaras de huevo, y habían sido traídas del campo hojas y ramas para honrar la festividad, el día en que la Tora fue entregada en el monte Sinaí.

Yasha se detuvo junto a una casa de oración y dirigió una mirada a su interior. Los fieles cantaban las plegarias nocturnas; se oía como una especie de murmullo. Se dedicaban a pronunciar las Dieciocho Bendiciones. Píadosos judíos que habían estado sirviendo a su Creador durante todo el año se golpeaban el pecho exclamando: «¡Hemos pecado! ¡Hemos quebrantado la ley!». Algunos levantaban sus manos, y otros, los ojos en dirección al cielo.

Un viejo en su larga gabardina^[4] tradicional, tocado con un sombrero de copa

alta colocado sobre dos solideos, se tiraba de su barba blanca y gemía suavemente. En los muros bailaban las sombras producidas por la llama vacilante de un cirio colocado en la Menorah.^[5] Yasha permaneció un momento en el exterior de la puerta abierta, respirando un olor en el que se mezclaba la cera, el sebo y un aroma rancio que recordaba desde la niñez. Aquellos judíos —toda una comunidad— hablaban a un Dios que ninguno de ellos había visto. Aun cuando los dones que les había hecho consistían en epidemias, hambre, pobreza y pogromos le calificaban de compasivo y misericordioso y se proclamaban a sí mismos el pueblo elegido por Él. Yasha, a veces, envidiaba su fe inmutable.

Momentos después, continuó su camino. Las farolas de la calle habían sido encendidas, pero la diferencia no era muy notoria, ya que apenas iluminaban su propia oscuridad. Era difícil comprender por qué las tiendas permanecían abiertas, ya que no había clientes a la vista. Las tenderas, que se cubrían con un pañuelo sus cabezas rapadas, estaban sentadas remendando calcetines para sus hombres o cosiendo delantalitos y camisetas para sus nietos. Yasha las conocía a todas. Casadas a los catorce o a los quince años, se habían convertido en abuelas al llegar a la treintena. La vejez, prematuramente atraída, les había marchitado el rostro, arrancado los dientes y les había dejado una expresión dulce y afectuosa.

Aun cuando Yasha, lo mismo que su padre y su abuelo, había nacido aquí, era un extraño, no sólo porque se hubiese despojado de su judaísmo, sino porque siempre lo era, tanto en Lublin como en Varsovia, y lo mismo entre judíos que entre gentiles. Todos ellos estaban asentados, domesticados, mientras él se mantenía en continuo movimiento. Tenían hijos y nietos, de los que él carecía. Poseían su Dios, sus santos, sus guías, y él sólo tenía dudas. La muerte significaba para ellos el Paraíso, pero para él era sólo temor. ¿Qué había después de la vida? ¿Existía eso que se llama alma? ¿Qué le sucedía cuando abandonaba el cuerpo? Desde la más temprana niñez, había oído contar cuentos relativos a espíritus, fantasmas, duendes y *werewolves*.^[6] Él mismo había experimentado cosas que resultaban inexplicables de acuerdo con las leyes naturales; pero ¿qué significaba todo ello, a fin de cuentas? Permanecía en una confusión que no hacía sino aumentar y mantenerle retraído. En su interior, contendían fuerzas extrañas; sus pasiones le reducían al terror.

Mientras caminaba en la oscuridad se le apareció el rostro de Emilia: estrecho, de tinte oliváceo, con negros ojos judíos, respingona nariz eslava, mejillas con hoyuelos, frente alta, cabello peinado hacia atrás muy tirante y una oscura pelusilla sombreándole el labio superior. Le sonreía, tímida y lujuriosa a la vez, y le miraba con una curiosidad que era tanto mundana como fraternal. Hubiera deseado extender la mano para tocarla. ¿Era tan vívida su imaginación o se trataba

realmente de una aparición? La imagen de la mujer retrocedía como si fuera una santa imagen en el pendón de una procesión religiosa. Vio los detalles de su peinado, el galón que lucía alrededor del cuello, los pendientes que llevaba en las orejas. Dormido o despierto, la deseaba con ansiedad. Ahora que ya había descansado, apenas podía esperar a que pasara Pentecostés para volver a estar con ella en Varsovia. A pesar de haberlo intentado, su pasión no se había aplacado con Esther.

Alguien le dio un empujón al pasar. Era Haskell, el aguador, que llevaba en el yugo dos cubos de agua. Parecía haber surgido de pronto de la tierra. La barba rojiza recogía destellos luminosos de alguna parte.

—¿Eres tú, Haskell?

—¿Quién más podría ser?

—¿No es muy tarde para llevar agua?

—Necesito dinero para las fiestas.

Yasha se tanteó el bolsillo y encontró una moneda de veinte groschen.

—Toma, Haskell.

Haskell se envaró.

—¿Qué es eso? No admito limosnas —dijo.

—No es una limosna. Es para que tu hijo se compre un pastel de manteca.

—Siendo así, lo aceptaré, y gracias.

Y los dedos de Haskell se entrelazaron un momento con los de Yasha.

Éste llegó a su casa y miró por la ventana. Las costureras estaban trabajando en el *trousseau* de una novia. Los dedos, con dedales, cosían rápidamente. Bajo la luz de la lámpara, los cabellos rojizos de una de las costureras parecían en llamas. Esther se encontraba atareada con el hornillo añadiendo ramas de pino bajo el trípode en que se estaba haciendo la cena. En el centro de la habitación había una masa de cochura, cubierta de trapos y de un cojín. Esther estaba a punto de hornear una serie de pasteles de manteca con ella, para Pentecostés. «¿Es posible que pueda

dejarla?», pensó Yasha. «Durante todos estos años, ella ha sido mi único apoyo. Si no hubiese sido por su devoción hacia mí, hace mucho tiempo que me habría visto arrastrado como una hoja por un tempestuoso vendaval».

No entró inmediatamente en sus habitaciones, sino que bajó por el corredor, hasta llegar al patio, con objeto de echar un vistazo a las yeguas. El patio era como un trozo de campo en mitad de la ciudad. La hierba estaba llena de rocío, las manzanas verdes y húmedas, pero ya fragantes. El cielo parecía más bajo, cubierto de estrellas. Al entrar Yasha en el patio, se destacó una de ellas de algún lugar del espacio y cayó trazando un surco luminoso. El aire estaba aromatizado de un olor mitad dulce y mitad ácido, lleno de crujidos, fermentos y el chirriar de los grillos, que, al cabo de poco, se convirtió en una sonora canción. Los topos, al excavar, habían levantado montoncillos de tierra y había nidos de pájaros en las ramas de los árboles, en el pajar, en los aleros del tejado. Las gallinas dormitaban sobre el henil. Cada noche se disputaban tranquilamente la posesión de las perchas que había en él. Yasha respiró profundamente. Era muy extraño que cada una de aquellas estrellas fuera más grande que la tierra y se encontraran a millones de kilómetros de ella. Si se hiciera un agujero de miles de kilómetros de profundidad en la tierra, se encontraría uno en América... Abrió la puerta del establo. Los caballos aparecían misteriosamente envueltos en el sudario de la oscuridad. Las grandes pupilas brillan con un resplandor de oro o de fuego. Yasha recordó lo que su padre —bendita sea su memoria— le había dicho: que los animales pueden ver las fuerzas del mal. *Kara* movió la cola y escarbó la tierra con sus pezuñas. La yegua mostraba de aquella forma una acongojada devoción por su amo.

Todos los templos y casas de oración se encontraban atestadas en Pentecostés. Incluso Esther se puso el sombrero que se hizo para su boda, cogió el libro de plegarias grabado en oro y se dirigió a la sinagoga de las mujeres. Pero Yasha permaneció en casa. Puesto que Dios no respondía a sus preguntas, ¿por qué dirigirse a él? Empezó a leer un grueso libro polaco acerca de las leyes de la Naturaleza, que había comprado en Varsovia. Allí, estaba todo explicado: la ley de la gravedad, cómo cada imán tiene un polo Norte y un polo Sur, cómo se repele lo semejante y se atrae lo opuesto. Todo estaba allí: la razón de que un barco flotase, cómo funcionaba una prensa hidráulica, la atracción que una varilla ejercía sobre el rayo, cómo movía el vapor una locomotora. Esta información era tan interesante para Yasha como vital, profesionalmente, para él. Durante años, había estado pasando la cuerda floja sin saber que podía mantenerse en ella únicamente porque consiguió balancear el centro de su gravedad sobre la cuerda. Pero después de haber terminado de leer aquel instructivo libro, muchas preguntas quedaban todavía sin contestar. ¿Por qué la tierra atraía a la roca? ¿Qué era, en realidad, la gravedad? ¿Y por qué el imán atraía el hierro, pero no el cobre? ¿Qué era la electricidad? ¿De dónde procedía todo aquello? ¿Del cielo, de la tierra, del sol, de la luna, de las estrellas? El libro mencionaba la teoría de Kant y de Laplace sobre el sistema solar, pero no parecía muy convincente. Emilia le había regalado a Yasha un volumen sobre la religión cristiana, escrito por un profesor de Teología, pero la historia de la Inmaculada Concepción y la explicación de la Trinidad —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— le habían parecido a Yasha aún más increíbles que los milagros que el Hassidim atribuía a sus rabinos. ¿Cómo era posible que ella creyera semejantes cosas?, se preguntó. No, lo que hacía es fingir que las creía. Todos fingen. El mundo en pleno no hace más que representar una farsa porque todos tienen vergüenza de decir: no sé.

Se puso a pasear arriba y abajo de la habitación. Sus pensamientos se sentían siempre estimulados cuando se encontraba solo en la casa, mientras los demás estaban en el templo. ¿Cómo había podido llegar a la situación en que se encontraba? Su padre había sido un piadoso judío, un pobre traficante en ferretería. Su madre había muerto cuando Yasha tenía seis años, y su padre no se había vuelto a casar, por lo que el muchacho tuvo que educarse a sí mismo. Si iba algún día a un oficio piadoso, se pasaba tres en la ociosidad. En el almacén de su padre había abundancia

de cerraduras y llaves, y Yasha sintió curiosidad por ellas. Manoseaba y se ejercitaba en una cerradura hasta que la abría sin necesidad de llave. Cuando llegaban magos a Lublin procedentes de Varsovia y de otras grandes ciudades, Yasha iba tras ellos de calle en calle, observando sus trucos e intentando después imitarlos. Si veía a alguien hacer juegos de manos con cartas, se ejercitaba con una baraja hasta dominarlos. Contempló a un acróbata pasar la cuerda floja e, inmediatamente, fue a su casa para intentarlo. Después de caer, volvía a subir. Paseó por los tejados, nadó en aguas profundas, se tiró por los balcones (cayendo sobre jergones de paja en desuso antes de la Pascua judía) sin causarse mal alguno. Dejó de rezar y de guardar el Sabbath, pero continuó creyendo que tenía un ángel de la guarda a su lado que le protegía del peligro. Pese a su reputación de incrédulo, pillastre y brutal, una muchacha respetable, Esther, se había enamorado de él. Vagabundó en un circo, con un domador de osos e incluso con una *troupe* trashumante polaca que actuaba en los parques de bomberos, pero Esther le esperaba pacientemente y le perdonaba todos sus pecadillos. Por ella fue por lo que tenía su casa y sus bienes. Saber que Esther le esperaba había encendido dentro de él la ambición de elevar su posición social, de aspirar a trabajar en los circos de Varsovia y en los teatros de verano, de ser famoso en toda Polonia. Ahora, no era un actuante callejero que va a la ventura con un acordeón y un mono. Era un artista. Los periódicos le jaleaban, llamándole maestro y hombre de talento. Los nobles y las *grandes dames* iban a su camerino a felicitarle. Todo el mundo decía que, de haber vivido en la Europa occidental, sería para entonces famoso en el mundo entero.

Los años fueron pasando sin que pudiera decir donde fueron a parar. A veces, creía que seguía siendo un muchacho y en otras ocasiones le parecía tener cien años. Había aprendido por sí mismo polaco, ruso, Gramática y Aritmética; había leído libros de texto sobre Álgebra, Física, Química, Geografía e Historia. Su memoria estaba llena de hechos, datos, informes. Lo recordaba todo y no olvidaba cosa alguna. Con una sola mirada, podía determinar el carácter de una persona. Algunos no tenían más que abrir la boca, y Yasha sabía lo que iban a decir. Le era posible leer con los ojos vendados y era un experto en mesmerismo, magnetismo e hipnotismo. Pero lo que iba a suceder entre Emilia —viuda de un profesor de alta alcurnia— y él, fue algo diferente. No era él quien hipnotizó a ella, sino todo lo contrario. Aun cuando les separaran muchos kilómetros, Emilia no le abandonaba nunca. Veía su mirada, oía su voz, respiraba su perfume. Se encontraba en tensión como si pasara por la cuerda floja. En cuanto caía dormido, ella llegaba a su lado, en espíritu pero vibrantemente viva, susurrándole dulces nonadas, besándole, abrazándole y demostrándole toda clase de afecto. Lo que era más extraño, la hija de ella, Halina, solía también estar allí.

Se abrió la puerta y entró Esther, llevando en una mano el libro de plegarias y en la otra la cola de su vestido de seda. Su sombrero de plumas le recordó a Yasha el primer sábado después de la boda, cuando había llevado a Esther al templo. Ahora, los ojos de ella brillaban de gozo, con la elevación de espíritu de quien ha participado en las ceremonias con los demás.

—¡Felices fiestas!

—¡Felices fiestas tengas, Esther!

La abrazó y ella se ruborizó como si fuera una novia. Los largos períodos de separación habían hecho que conservaran la vehemencia de los recién casados.

—¿Qué hay de nuevo en el templo?

—¿En el de los hombres o en el de las mujeres?

—En el de las mujeres.

Esther se echó a reír.

—Las mujeres son siempre mujeres. Un poco de rezo y un poco de chismorreo. Deberías de haber escuchado el himno de Acdamuth. Una cosa verdaderamente gloriosa. ¡Podrías compararlo a tus mejores óperas!

Inmediatamente, la mujer se dedicó a preparar la comida del día de fiesta. Al margen de lo que Yasha quisiera ser, ella estaba decidida a tener un buen hogar judío como los demás. Colocó sobre la mesa una botella de vino, el vaso de vino de la bendición, dos recipientes gemelos de sal y miel, el pan del Sabbath y un cuchillo de cortar el pan, de mango color perla. Yasha bendijo el vino. Era una cosa que no se atrevía a negarle. Se encontraban solos y esto siempre le recordaba a Esther su infertilidad. Los hijos habrían hecho que todo fuera diferente. Sonrió con tristeza y se enjugó una lágrima con la punta de un delantal bordado. Sirvió el pescado, los tallarines con leche, el *kreplach* con queso y canela, el postre compuesto de ciruelas asadas y pasteles de manteca y el café. Yasha se encontraba siempre en casa para las fiestas. Era la única vez que estaban juntos. Esther, mientras comía, miraba a su esposo. ¿Quién era? ¿Por qué le quería ella? Sabía que llevaba una mala vida. No revelaba todo lo que sabía; sólo Dios debía de conocer a qué profundidad había caído. Pero no le guardaba resentimiento alguno. Todo el mundo le vilipendiaba y tenía compasión de ella, pero Esther le prefería a cualquier hombre, por elevado que pudiera estar, incluso a un rabino.

Después de la comida, la pareja se retiró a su dormitorio. Los esposos no solían acostarse de día, pero cuando él fue a cerrar las persianas, la mujer no protestó. En cuanto puso sus brazos en torno suyo, Esther sintió la excitación de una adolescente... puesto que una mujer que no ha estado nunca embarazada sigue siendo virginal durante toda su vida.

La fiesta de Pentecostés había terminado y Yasha se preparó para volver de nuevo al camino. Durante la última noche, había dicho a Esther cosas que la asustaron.

—¿Qué sentirías si no volviese nunca más? —le preguntó a la esposa—. ¿Qué harías si muriera en el camino?

Esther le hizo callar, poniéndole una mano en la boca, y le rogó que no volviese a hablar de aquella manera, pero él siguió insistiendo:

—Ya sabes que son cosas que pueden suceder. No hace mucho que trepé por el edificio de un Ayuntamiento. Podía haber resbalado, y entonces...

También hizo constar su deseo y la exhortó para que, en caso de que muriese, no le llorara durante largo tiempo. Después, le mostró un lugar oculto donde tenía encerrados unos pocos centenares de rublos en ducados de oro. Cuando Esther protestó diciendo que le estaba echando a perder las contadas horas de estar juntos, antes de que volvieran a encontrarse al llegar los Días de Respeto, Yasha replicó:

—Bueno, pues supón que me hubiera enamorado de otra y que fuera a abandonarte. ¿Qué dirías a esto?

—¡Cómo! ¿Acaso te has enamorado de otra mujer?

—No seas ridícula.

—Sería mejor que me dijese la verdad.

Él la besó, jurándole amor eterno. Aquellas escenas entre ellos no eran nuevas. A él le gustaba atormentarla con toda clase de eventualidades que podrían ocurrir y acongojarla con preguntas desconcertantes. ¿Cuánto tiempo le esperaría en caso de que fuera encarcelado? ¿Y si se fuera a América? ¿Y si enfermara de tuberculosis y tuviera que ser recluido en un sanatorio? La contestación que daba Esther era siempre la misma: No podría querer a nadie más; sin él, su vida habría

terminado. Ahora, se le ocurrió hacerle esta clase de pregunta:

—¿Qué sucedería si me volviera un asceta y para arrepentirme de mis pecados me hiciera tapiar en una celda sin puerta, como aquel santo de Lituania? ¿Seguirías siéndome fiel? ¿Me darías de comer por una grieta del muro?

—No es necesario encerrarse en una celda para arrepentirse —le contestó Esther.

—Todo depende de la clase de pasión que uno intente dominar —puntualizó el marido.

—Entonces, me enterraría en vida contigo.

Todo terminaba con nuevas caricias, palabras cariñosas y protestas de un amor sin fin. Cuando poco después se hubo dormido, a Esther le acometió una terrible pesadilla y, al día siguiente, ayunó hasta mediodía. Sosegadamente, pronunció una plegaria que había leído en un libro de rezos: «*Dios Todopoderoso, soy Tuya y mis sueños son Tuyos también...*». Depositó también seis groschen en el cepillo de Reb Mayer, el Hacedor de Milagros. Le pidió a Yasha que le hiciera la santa promesa de no volver a hablarle de semejantes tonterías, puesto que no existía persona alguna que pudiera conocer el futuro. Todo cuanto pasaba o podía pasar estaba dispuesto por el Cielo.

Habían transcurrido los días festivos, y Yasha enganchó las yeguas a su carromato y se dispuso a emprender su viaje. Se llevó consigo el mono, el cuervo y el loro. Esther lloró tanto que sus ojos se hincharon. Le dolía un lado de la cabeza y parecía que un peso gravitaba contra su pecho izquierdo. Nunca fue dada a la bebida, pero durante los primeros días después de la partida de Yasha, bebía siempre aguardiente de cerezas para levantar su espíritu. Las costureras sufrieron las consecuencias de su dolor, ya que encontraba faltas en cada puntada que daban. Aunque fuera extraño, también las costureras sintieron murria por la partida de Yasha, a quien consideraba «venturoso».

Partió un sábado por la noche. Esther le acompañó durante todo el camino en el carromato hasta llegar a la carretera. Hubiera querido ir más allá, pero él la amenazó en broma con el látigo para que se fuese. No quería que hiciera un largo camino de regreso sola y en la oscuridad. La besó por última vez, dejándola allí en pie, llorosa y con los brazos tendidos. Durante años, se habían separado de la misma forma, pero aquella vez la separación pareció ser más penosa que nunca.

Hizo chasquear la lengua y los caballos partieron al trote. La noche era suave y tres cuartos de luna discurrían por el cielo. Los ojos de Yasha estaban empañados, y después de un rato, dio rienda suelta a los caballos. La luna caminaba con él. En los campos, gloriosamente iluminados por sus rayos, las puntas del trigo verde resplandecían brillantes y plateadas. Podía distinguir cada espantapájaros, cada sendero, cada aciano a lo largo de la carretera. El rocío descendía como harina caída de un cedazo celestial. Había un hervor en los campos, como si granos invisibles cayeran dentro de un invisible molino. Incluso los caballos volvían de cuando en cuando sus cabezas. Casi se podían oír cómo las raíces se alimentaban de la tierra, cómo creían los tallos y cómo goteaban las corrientes subterráneas. A veces, una sombra, parecida a un pájaro mítico, cruzaba la campiña, y se oía como un zumbido que no era humano ni animal, sino parecido al que produjera un monstruo que se cerniese en algún lugar del espacio. Yasha respiró hondamente y tocó su pistola, que llevaba como protección contra los salteadores de caminos. Iba camino de Piask. Allí, a extramuros de la ciudad, vivía la madre de Magda, viuda de un herrero. En el propio Piask, tenía entre sus amistades a conocidos ladrones, así como a una tal Zefitel, esposa abandonada con la que había tenido un lío. No tardó en materializarse la herrería, con el torcido tejado roto como un nido abandonado, con sus paredes sesgadas, con sus ventanas semejantes a agujeros. Hubo un tiempo en que Adam Zbarski, el padre de Magda, había forjado aquí ejes y cuchillas de arado. Hijo de un noble arruinado por el levantamiento de 1831, había enviado a Magda a una escuela de Lublin y, más tarde, pereció en el curso de una epidemia. Desde hacía ocho años, Magda era ayudante de Yasha. Puesto que era acróbata, lucía el pelo corto y llevaba un traje enterizo durante las representaciones, en las que daba saltos mortales, hacía girar un barril con los pies y le entregaba a Yasha los elementos que necesitaba en sus ejercicios de jugar. En la Ciudad Vieja de Varsovia, compartían el mismo apartamento y ella estaba registrada como su doncella por las autoridades municipales de la localidad.

Los caballos debieron de haber reconocido la herrería, porque comenzaron a trotar más rápidamente. Ahora, pasaban entre campos de alforfón y de patatas, y ante una capilla donde la Virgen María sostenía a Cristo niño entre sus brazos. A la luz de la luna, la imagen parecía estar extrañamente viva. Sobre una colina inmediata, se levantaba un cementerio católico, rodeado de una baja cerca. Yasha dirigió sus ojos a él. Allí yacían los que descansaban eternamente. En los cementerios, siempre solía él buscar presagios de la vida después de la muerte. Había oído contar toda clase de historias relativas a pequeñas llamas que lucían vacilantes entre las tumbas, así como otras de sombras y fantasmas. Se decía que el propio abuelo de Yasha se había aparecido a sus hijos, e incluso a personas extrañas, semanas y meses después de su muerte. Hasta se dijo que, en cierta ocasión, dio

unos golpes secos en la ventana de su hija. Pero Yasha no veía ahora nada. Los abedules, apoyados unos en otros, parecían petrificados. Aunque no hacía viento, sus hojas crujían como movidas por sí mismas. Las lápidas de las tumbas se miraban entre sí, con el silencio de los seres que ya se han dicho la última palabra.

Los Zbarski estaban esperando a Yasha. Ni la madre ni la hija se habían retirado a descansar aquella noche. Elzbieta Zbarski, la viuda del herrero, era una mujer gruesa, con una constitución que recordaba la figura de un almiar. Llevaba recogido el blanco cabello en la parte de atrás de la cabeza, y su rostro, a pesar de su tamaño, tenía una dulce expresión. Estaba sentada, haciendo solitarios. Aunque no sabía leer ni escribir, habiéndose quedado huérfana en la niñez, su conocimiento de las cartas de la baraja mostraba irrevocablemente que era de ascendencia aristocrática. En un tiempo debió de haber sido hermosa porque incluso ahora sus facciones eran regulares: nariz bien trazada y ligeramente respingona, boca fina y simétrica, sin que la faltase ni un diente, y ojos brillantes. Pero tenía una gran sotabarba, apoyada en un bocio que se le extendía casi hasta el pecho; su pechera avanzaba como si fuera un balcón; sus brazos eran incómodamente gruesos y pesados; su torso era como un gran saco lleno de carne del que sobresalían pequeñas excrescencias aquí y allí. Padeecía de los pies, por lo que tenía que apoyarse en un bastón, incluso cuando iba por la casa. La baraja estaba mugrienta y arrugada. La mujer murmuró, como hablando consigo misma:

—¡Otra vez el as de espadas! Mala señal... ¡Algo va a pasar, hijos míos, algo va a pasar...!

—¿Qué es lo que va a pasar, madre? ¡No seas supersticiosa!

Magda había ya guardado sus cosas en un cofre con argollas de bronce, regalo de Yasha. Tenía veinte años, pero parecía más joven. Los espectadores no creían que tuviera más de dieciocho años. Era delgada, morena, de pecho plano, apenas si tenía la piel y los huesos, por lo que costaba creer que pudiera ser hija de Elzbieta. Sus ojos eran de un verde grisáceo, su nariz, algo chata y sus labios, un poco salientes, como si estuviera a punto de ser besada o como los de una criatura que está dispuesta a echarse a llorar. Su cuello era largo y fino, su cabello, de color ceniciento y tenía los pómulos salientes y de un encendido color de roseola. Su piel era un tanto granujienta y en la escuela la habían apodado *la Rana*. Era entonces una muchacha taciturna, metida en sí misma, de modales furtivos y dada a cosas absurdas. Ya en la escuela demostró poseer una agilidad poco común. Podía trepar a gran velocidad a un árbol, dominar el último baile, y, después de apagarse las

luces, salir del dormitorio por la ventana y volver por el mismo camino. Magda aún solía hablar de aquella escuela donde estaba a pensión como de un lugar infernal. Con escasa aptitud para el estudio, era vilipendiada por sus condiscípulas porque su padre había sido herrero; incluso sus maestras le habían sido hostiles. En varias ocasiones había tratado de huir, se peleaba con frecuencia con otras alumnas y, en cierta ocasión, después de haber sufrido un castigo, le escupió a una monja a la cara. Al morir su padre, Magda dejó la escuela sin un diploma. Poco tiempo después, la tomó Yasha como ayudante suyo.

Cuando Magda era más joven se decía que si hubiera un hombre en su vida se le quitaría aquella erupción que tenía en la cara, puesto que indudablemente era debida a la frustración virginal; pero durante años había sido querida de Yasha y su piel continuaba tan mal como siempre. Magda no ocultaba la clase de relaciones que la unían con su amo. Cada noche que Yasha pasaba en casa de los Zbarski, dormía con él en el amplio lecho que había en la alcoba, y a la mañana siguiente, incluso la madre de la muchacha les llevaba a la pareja el té con leche a la cama. Elzbieta llamaba a Yasha «hijo mío». En tiempos pasados, Bolek, hermano más joven de Magda, furioso contra Yasha, había jurado vengarse, pero, finalmente, incluso Bolek acabó acostumbrándose a aquella situación. Yasha mantenía a la familia y le daba dinero a Bolek para sus francachelas y para que se pudiera dedicar a jugar a las cartas y al dominó. Cada vez que, estando Bolek borracho, amenazaba con vengarse de aquel condenado judío que había deshonrado el apellido Zbarski, Elzbieta se golpeaba la cabeza con los puños y les solía decir:

—¡Si tocáis un solo pelo de su cabeza, moriréis los dos! Me acompañaréis a la tumba. ¡Lo juro por la memoria de mi padre...!

Y retrocedía silbando como una serpiente y escupiendo como un gato a un perro.

La familia había caído muy bajo. Magda vagabundeaba con un mago y Bolek trabajaba para los ladrones de Piask. Le enviaban con el botín a los que acostumbraban a comprar cosas robadas y, a veces, dormía entre asesinos. Elzbieta, por otra parte, se había convertido en una glotona. Estaba tan enorme que apenas pasaba por la puerta. Desde muy temprano por la mañana hasta las últimas oraciones de la noche, antes de retirarse a dormir, mordisqueaba toda clase de bocados escogidos: salchichas con coles agrias, pasteles de manteca, huevos fritos con cebolla y trozos de tocino o empanadillas rellenas de carne o avena. Se le habían puesto las piernas tan pesadas que ya ni siquiera los domingos iba a la iglesia. Solía lamentarse ante sus hijos, exclamando:

—¡Nos encontramos desamparados, desamparados! Desde que vuestro padre, que en gloria esté, murió, no tenemos otra cosa que basura... No hay nadie que se preocupe de nosotros...

Los vecinos decían que Elzbieta había sacrificado a Magda a causa de Bolek. Elzbieta adoraba ciegamente a su hijo, justificaba todos los excesos que cometía y le daba hasta su último groschen. Aunque ya no iba a la iglesia, todavía rezaba a Jesús, encendía velas a los santos, hacía una genuflexión ante las imágenes sagradas, y decía sus oraciones de memoria. Elzbieta estaba dominada por un temor: que le sucediese algo a su bienhechor, Yasha; que pudiera, Dios no lo quisiera, perder interés por Magda. Porque la familia debía su existencia a la generosidad de aquel hombre. Ella, Elzbieta, no era otra cosa que un cascarón roto, con las extremidades artríticas, la espina dorsal corroída de dolores, las piernas llenas de varices y aquel bulto que tenía en el pecho, que le crecía, duro como una piedra, y que constituía su constante preocupación, no fuera a extenderse como el que padeció su madre, que descansase en el Paraíso...

Aquella mañana, Bolek se había trasladado a Piask y nadie sabía si se proponía pasar la noche con la chusma, como Elzbieta llamaba a la banda de ladrones con lo que tenía tratos. Tenía también una novia en la ciudad. Así que Elzbieta espera aquella noche a Yasha o a Bolek, y los solitarios que hacía le servían no sólo para predecir el futuro sino para averiguar también quien de los dos llegaría primero y a qué hora. Cada uno de los naipes tenía un significado para ella, y luego de barajar, el mismo rey, reina o sota tomaba otro significado según el lugar que ocupaban. Los retratos impresos eran para ella cosas vivas, conocidas y misteriosas. Cuando oyó ladrar a *Burek*, su perro, y el resonar estridente de las ruedas del carromato, se santiguó con agradecimiento. Bendito sea Jesucristo, ya se encontraba allí su querido hijo de Lublin, el bienhechor de la familia. Sabía que tenía esposa en Lublin y que se asociaba con aquella partida de pillastres en Piask, pero no se permitía pensar en ello. ¿Qué beneficio sacaría al hacerlo? Había que tomar las cosas tal como venían. Ella era una viuda empobrecida, sus hijos eran huérfanos, y ¿quién puede profundizar en la manera de ser de un hombre? Aquello era, de todas maneras, mejor que mandar a su hija a una fábrica a que echara los pulmones por la boca, o a un prostíbulo. Cada vez que aparecía el carromato de Yasha, Elzbieta experimentaba idéntica sensación. Las fuerzas del mal habían conspirado para tragársela, pero ella las había vencido con sus plegarias y con sus súplicas al Salvador. Palmoteó y miró triunfante a Magda, pero su hija, orgullosa como siempre, permaneció impassible, aunque su madre sabía perfectamente la alegría que sentía en el fondo. Yasha era el amante y el padre de la muchacha en una pieza. ¿Quién, sino él, se preocuparía de su insignificante persona, reseca y delgada como

una ramita y con un pecho tan plano?

Elzbieta empezó a suspirar, a jadear y a arañar el suelo con la silla al correrla hacia atrás, en un esfuerzo para levantarse. Magda vaciló un momento y, después, corrió al exterior, con los brazos abiertos a Yasha, exclamando:

—¡Amado mío...!

Yasha se apeó y luego abrazó y besó a la muchacha. La piel de ésta, al tocarla, parecía febril. *Burek* seguía servilmente al visitante desde el principio. El loro rezongaba en su jaula, el mono gritaba y el cuervo graznaba y hablaba. Elzbieta esperó a que Yasha terminara de saludar a su hija antes de aparecer en el umbral. Permaneció allí en pie con su enorme tamaño y un aspecto tan desmañado como una mujer modelada en nieve, esperando pacientemente a que Yasha llegara a su lado y le besara la mano como un cumplido caballero. Cada vez que llegaba, le abrazaba, le besaba la frente y pronunciaba las mismas palabras de bienvenida:

—Un huésped en la casa es lo mismo que tener a Dios dentro de ella.

Dicho lo cual, lloraba y procedía a enjugarse los ojos con su delantal.

Elzbieta esperaba con satisfacción las visitas de Yasha no sólo por el bien de su hija sino también por el suyo propio. Yasha siempre le traía algo de Lublin: algún bocado escogido, hígado, *halvah* o dulces de pastelería. Pero todavía más que aquellas exquisiteces, anhelaba tener alguien con quien hablar. Bolek se negaba a escucharla, a pesar de sus sacrificios y de su servidumbre. Apenas empezaba a contarle alguna historia, solía interrumpirla brutalmente, diciendo:

—Está bien, mamá, deja ya de contar mentiras.

Ante semejante procacidad, las palabras se le atragantaban a Elzbieta, que empezaba a toser y se volvía de un rojo apoplético. Jadeando e hipando, tenía que permitir que aquella misma sucia bestia de Bolek fuera a buscar agua y se la echara por la nuca y la espalda a fin de hacer desaparecer el nudo que se le había formado en la garganta.

Por otro lado, Magda apenas hablaba. Uno podía dirigirse a ella por espacio de tres horas, contándole los sucesos más sorprendentes, sin que pestañeara. Sólo Yasha, el judío, el mago, era quien hacía caso de Elzbieta, la animaba a que se expresara, y la trataba como una suegra debe ser tratada, y no como una suegra a la que se odia, sino a la que se quiere. El pobre muchacho también había quedado huérfano a temprana edad, y Elzbieta era como una madre para él. Ésta, secretamente, sentía que Magda le debía a ella que Yasha hubiera estado a su lado durante tantos años. Elzbieta, le cocinaba sus platos favoritos, le brindaba toda clase de consejos prácticos, le apercibía a guardarse de sus enemigos e incluso le interpretaba los sueños. Incluso le regaló un elefante en miniatura, herencia de la finca de su abuela, que Yasha llevaba siempre bajo la solapa cuando pasaba por la cuerda floja o realizaba algún otro ejercicio peligroso.

Aunque cuando llegaba siempre insistía en que no tenía hambre, Elzbieta le tenía preparada siempre una comida. Todo había sido organizado de antemano: el mantel recién lavado, la leña para el hornillo, la taza de porcelana en la que él bebía, el plato con dibujo azul en el que comía. Nada faltaba, ni siquiera la servilleta de mesa. Elzbieta estaba considerada como una excelente ama de casa. Su marido habría podido ser herrero, pero su abuelo, el caballero Czapinski, poseía una gran

finca con cuatrocientos labriegos y había cazado con el noble Radziwills.

Elzbieta ya había cenado, pero la llegada de Yasha reavivó su apetito. Después de cambiar los primeros saludos llenos de cordialidad, Yasha y Magda se retiraron a la alcoba y Elzbieta se dedicó a preparar la comida. Su cansancio desapareció milagrosamente; sus piernas, que por lo general estaban muy pesadas durante la noche, habían perdido su torpeza como bajo el conjuro de un amuleto. En un santiamén, reavivó el fuego del hornillo y se puso a cocinar con agilidad sorprendente. Suspiraba llena de placer. ¿Era de extrañar que Magda le adorase? Yasha parecía infiltrarle a ella una nueva vida.

Las cosas se desarrollaron en la forma acostumbrada. Yasha le aseguró que no tenía apetito, pero ya tenía ante sí la comida, cuyo aroma llegaba hasta el último rincón de la habitación. Le había preparado *blintzes* con cerezas y queso, salpicado de canela y azúcar. Sobre la mesa había una botella de aguardiente de cerezas, así como un licor dulce que Yasha trajo de Varsovia la vez anterior. En cuando Yasha probó la comida, pidió inmediatamente más. Magda, que sufría de estómago contraído y de estreñimiento, sintió que se le despertaba de pronto un sano apetito. El perro, meneando el rabo, puso sus patas en la rodilla de Yasha. Después de los pasteles de manteca y del café, Elzbieta empezó con sus reminiscencias: de la gran devoción que su difunto esposo había sentido por ella; de cómo la llevaba en brazos; de cómo en cierta ocasión el coche del Zar se detuvo ante la herrería para poner a un caballo una herradura que había perdido y el propio monarca había entrado en la casa mientras esperaba, y ella, Elzbieta, le había dado un trago de vodka. La gran aventura de la mujer había tenido lugar en la época del levantamiento de 1863, cuando había dado refugio a rebeldes condenados y había advertido a las tropas polacas de los cosacos que se aproximaban. Con su elocuencia y sus lágrimas, consiguió salvar a una noble dama de ser azotada por los soldados rusos. Magda sólo era, por entonces, una niña, pero Elzbieta se volvió hacia ella para que diese fe de sus palabras.

—¿No lo recuerdas, Magda? Estabas sentada sobre las rodillas del general, que llevaba unos pantalones con un galón rojo y tú te dedicabas a jugar con sus medallas. ¿No lo recuerdas? ¡Ah, los niños...! Tienen la cabeza a pájaros... Come, querido muchacho, sírvete otro *blintze*. No te hará daño. Mi abuela, que interceda por todos nosotros desde el cielo, solía decir: «El intestino no tiene fin».

Una historia condujo a otra. Elzbieta había sufrido toda clase de dolencias. Le abrieron un pecho y, luego, se lo volvieron a coser con una aguja. Se bajó la blusa para enseñar la cicatriz. En cierta ocasión, se encontró a las puertas de la muerte. El

cura le había dado la Extremaunción y se habían tomado ya las medidas del ataúd. Yacía como muerta y veía ángeles, fantasmas y visiones. De repente, se le apareció su padre y arrojó de su lado a los espectros que la rodeaban, diciendo a gritos: «Mi hija tiene niños pequeños. ¡No debe de morir!». Y, en aquel momento, ella empezó a soltar gotas de sudor gruesas como garbanzos.

El reloj de las pesas de madera indicaba que ya era medianoche, pero Elzbieta no había hecho otra cosa que empezar a animarse. Aún tenía docenas de historias por contar. Yasha escuchaba cortésmente, hacía las preguntas adecuadas y movía la cabeza a intervalos precisos. Los milagros y presagios que la mujer describía eran extrañamente similares a los contados por los judíos en Lublin. Magda empezó a bostezar y a sonrojarse.

—La última vez, mamá, contaste la misma historia de una forma completamente diferente.

—¿Qué estás diciendo, niña? ¿Cómo te atreves? Me deshonras ante mi precioso muchacho. Sí, tu madre es una pobre viuda, sin dinero, sin honor, pero embustera... ¡nunca!

—Es que pierdes la memoria, madre.

—No me olvido de nada. Toda mi vida se encuentra ante mí como si fuera un tapiz.

Y empezó a contar el nuevo cuento de una terrible helada. Aquel año, el invierno había empezado tan pronto que los judíos no habían podido usar sus puestos durante la Fiesta de los Tabernáculos. Los vientos les había arrancado los toldos. Los impetuosos torrentes habían arrastrado las compuertas del molino, roto el dique e inundado medio pueblo. Después, cayeron tan enormes nevadas que las gentes se hundieron en la nieve como en un pantano, y sus cadáveres no fueron recuperados hasta la primavera siguiente. Lobos hambrientos salieron de los bosques, invadiendo las aldeas y llevándose a los niños de sus cunas. Tan riguroso había sido el frío que los robles llegaron a reventar.

En aquel momento, apareció Bolek en actitud jactanciosa. Era un joven de estatura media, fornido, de rostro encendido con marcas de viruela, ojos de un azul claro, pelo amarillento y una nariz chata de ventanas tan abiertas como las de un perro de presa. Vestía un chaleco bordado, pantalones de montar, botas altas y un sombrero con una pluma. ¡Toda la estampa de un cazador! Le colgaba un cigarrillo

de un ángulo de la boca. Llegó silbando y dio un traspies en el umbral, como si estuviese borracho. En cuanto avistó a Yasha, se echó a reír, pero en seguida se puso serio, casi grave.

—Vaya, vaya, ya le tenemos a usted aquí.

—Besaos, cuñados... —gorjeó Elzbieta—. En el fondo, sois parientes... En tanto que Yasha esté con Magda, es como si fuese tu hermano, quizá más.

—¡Deja de decir eso, mamá!

—¿Qué estoy pidiendo, después de todo? Sólo que reine la paz entre nosotros. En una ocasión, le oí decir al cura que predicaba en la iglesia que la paz es como rocío que cae del cielo y que va a saciar la sed de los campos. Se lo oí decir en los tiempos en que el obispo de Czestochow vino a visitarnos. Le recuerdo como si fuera hoy... Llevaba un solideo de color rojo.

Y Elzbieta no pudo añadir ni una palabra más. Las lágrimas caían otra vez de sus ojos.

Yasha estaba ansioso de partir hacia Varsovia, pero se vio obligado a demorarlo un par de días. Después de un rato, se retiró a pasar la noche en el amplio lecho de la alcoba. Elzbieta había relleno el colchón con paja fresca, y puesto fundas de almohada y colchas limpias. Magda no fue inmediatamente a su lado. Primero, se lavó y se peinó. Su madre la ayudó a lo primero y luego, la vistió con un largo salto de cama con puntilla en el borde del escote. Yasha permanecía quieto en el lecho asombrado de su propia conducta. «Todo esto me sucede por el gran aburrimiento que sufro», se dijo a sí mismo. Se puso a escuchar con interés. Madre e hija estaban disputando sobre alguna cosa. A Elzbieta le gustaba dar consejos a Magda antes de ir a la cama. En aquella ocasión intentaba persuadir a su hija que llevara un saquito de espliego sobre su persona. Bolek roncaba, extendido en el banco que le servía de lecho. Era bien extraño que él, Yasha, estuviera viviendo como si pasara la cuerda floja, siempre a dos dedos del desastre. Un falso movimiento por su parte y seguramente Bolek le hundiría un cuchillo en el corazón.

Yasha se quedó dormido y soñó que volaba. Se elevaba de la tierra y subía, subía. Se extrañó que no lo hubiera intentado hacer antes... Era una cosa tan sencilla, tan sencilla. Solía soñar lo mismo casi cada noche y se despertaba con la sensación de que una parte de la realidad distorsionada le había sido revelada. A veces, se preguntaba si había sido un sueño o si se trataba nada más que del curso de un pensamiento. Desde hacía años, le fascinaba la idea de ponerse un par de alas y echarse a volar. Si podía hacerlo un pájaro, ¿por qué no un hombre? Las alas deberían ser bastante largas y hechas de seda fuerte, como la que se empleaba para los globos. Deberían ser cosidas a un costillar y poderse abrir y cerrar como un paraguas. Y, si las alas no fueran suficientes, se podría colocar entre las piernas, para ayudar a sostenerse, una membrana parecida a la de los murciélagos. El hombre era más pesado que un pájaro, era cierto, pero ni las águilas ni los halcones eran muy ligeros y les era posible remontarse con un corderillo en las garras. Todo el tiempo que Yasha podía dejar de pensar en Emilia lo dedicaba al estudio de este problema. Tenía cajones llenos de dibujos y diagramas y montones de recortes de diarios y revistas. Es cierto que la mayoría de los que habían intentado volar se habían matado, pero era un hecho que habían volado, aunque no fuera sino temporalmente. Sólo había de conseguirse que el material empleado fuera fuerte; las costillas, elásticas y el hombre ágil, ligero y despierto, y la hazaña podría

llevarse a cabo. ¡Qué sensación causaría en todo el mundo si él, Yasha, volara sobre los tejados de Varsovia, o todavía mejor, sobre los de Roma, París o Londres!

Indudablemente, se debió haber dormido, porque cuando Magda se metió en el lecho se despertó con una sacudida, por más que hubiera estado echado con los ojos abiertos. La mujer trajo con ella su dolor a camomila. Era, y lo había sido siempre, recatada. Iba a él como una tímida virgen y le sonreía como disculpándose. Se echó a su lado, huesuda, fría, con un salto de cama demasiado ancho para ella, con el cabello recién peinado todavía húmedo. Yasha recorrió con sus manos las pronunciadas costillas.

—¿Qué te sucede? ¿Acaso no comes?

—Sí que como.

—Te sería fácil volar. Pesas aproximadamente lo que una oca.

En cuanto volvían a estar de camino, se familiarizaban por completo, pero ahora, después de la larga ausencia —las semanas que había pasado lejos de ella con su esposa Esther—, se habían desunido y era preciso que intimaran de nuevo. Era aquella como una noche de bodas. La mujer estaba echada dándole la espalda, y él tenía que cortejarla en voz baja para que se volviera. Aún se sentía avergonzada delante de su madre y de su hermano. Cuando Yasha pronunciaba alguna palabra en tono demasiado alto, ella le ponía la mano en la boca para que se callara.

La abrazó y Magda se agitó en sus brazos como si fuera un pollito. Le susurró algo, pero en voz tan baja que él apenas la podía oír. ¿Por qué había estado ausente durante tanto tiempo? Había empezado a temer que no volvería nunca. Su madre daba vueltas por la casa hablando por los codos, quejándose temerosa de que abandonara a su hija. Bolek estaba metido en aquella pandilla de ladrones. Podrían encerrarle en la cárcel. Bebía mucho y cuando se emborrachaba, iba por ahí buscando pendencia. ¿Qué había estado haciendo Yasha en Lublin durante todas aquellas semanas? Los días habían transcurrido lentamente, como si estuvieran hechos de melaza.

Era sorprendente cómo aquella muchacha tan recatada pudiera, de repente, volverse tan apasionada, como si estuviera embrujada. Llenó a Yasha de besos y se le entregó en silencio, temerosa de que su hermano o su madre pudieran despertar. Era como una especie de rito secreto que practicaban ante el espíritu de la noche. Aunque en la escuela le habían enseñado a expresarse en un polaco impecable,

ahora balbuceaba una jerigonza campesina que Yasha apenas podía comprender. Pronunciaba palabras raras, altisonantes, heredadas de generaciones de gentes del campo.

—Si por casualidad te dejo —dijo él—, no olvides que volveré. Has de serme fiel.

—¡Sí, amor mío, hasta la muerte!

—Te pondré unas alas y haré que vueles.

—Sí, mi señor... Ya me parece ahora estar volando.

En Piask era día de mercado. Inmediatamente después de desayunar, Bolek se había ido a Lublin. Yasha se dirigió a pie a Piask, pretextando tener que hacer algunas compras en sus almacenes. Elzbieta intentó detenerle, deseando que estuviera con ellas a la hora del almuerzo, pero Magda la detuvo moviendo la cabeza. Nunca se metía con lo que hacía. Es esta ocasión, le besó y le dijo humildemente:

—No te olvides del camino de casa.

El mercado había empezado al romper el alba, pero por la carretera discurrían aún campesinos retrasados. Uno de ellos llevaba al matadero una vaca flacucha; otro, un cerdo o una cabra. Las mujeres, portadoras de unos cercos de madera debajo de sus pañuelos —lo que las identificaba como casadas—, llevaban sus mercancías en tazones, cántaros y cestos, cubiertos con telas de lienzo. Reían y llamaban a gritos a Yasha. Le recordaban dando vueltas por los pueblos hacía años, para actuar. Apareció una carretela y, en ella, unos novios campesinos y una banda de músicos. Los caballos iban adornados con ramas verdes y guirnaldas de flores, y los músicos rascaban unos pequeños violines, tañendo una lánguida tocata. Seguía otro carromato lleno de jóvenes campesinas que iban apretadas como sardinas y cantaban una canción de tono vengativo contra los hombres:

¡Soy negra, oh, sí, soy negra

Y aún me ennegreceré más!

Seré la cosa más negra, querido,

Que te haya preocupado jamás.

¡Soy blanca, oh, sí, soy blanca

Y me blanquearé aún más!

Cuando me mires, querido,

No te haré caso pero me desearás.

Zeftel, la esposa abandonada, vivía en una colina detrás de los mataderos. Su marido, Leibush Lekach, hacía tiempo que se escapó de la prisión de Yanov y se desconocía su paradero. Unos decían que había huido a América y otros, que se escondía en lo más profundo de las regiones selváticas de Rusia. Los ladrones, que formaban una cofradía —con jefes y estatutos—, pasaban a Zeftel dos gulden semanales, como era su costumbre cuando algún compañero estaba en la cárcel; pero ya empezaba a ser evidente que Leibush había desaparecido para siempre. El matrimonio no tenía hijos y Zeftel no era una muchacha de la localidad, sino que procedía de algún lugar situado al otro lado del Vístula. Por regla general, las esposas de los ladrones encarcelados solían comportarse de una manera honorable, pero a Zeftel se le consideraba como sospechosa. Lucía joyas incluso los días laborables, no se ponía nada en la cabeza y cocinaba durante el Sabbath. Cualquier día, le sería cortado el socorro que percibía.

Yasha sabía todo eso y, sin embargo, se había liado con aquella mujer. Llegaba a ella por callejones extraviados y le entregaba tres rublos. Ahora, le llevaba un regalo que le había comprado en Varsovia. Todo aquello era descabellado. Tenía a su esposa, tenía a Magda, tenía a Emilia, de la que estaba locamente enamorado. ¿Qué iba, pues, buscando en aquel montón de inmundicia? Una y otra vez, se había prometido romper sus relaciones con Zeftel, pero cada vez que llegaba a Piask se sentía atraído por ella. Corría en aquellos momentos a su lado con el miedo y la emoción de un colegial que va a acostarse con su primera mujer. Se acercó a la casa no por la calle de Lublin, sino por la parte trasera. Aunque ya había pasado Pentecostés, el terreno todavía estaba embarrado, aunque el interior de la casa de Zeftel estaba limpia, con una pantalla en la lámpara con volante de papel, un almohadón en la cama y el suelo recién fregado y salpicado de arena, como se hacía la noche de los viernes para la bendición de las velas.

Zeftel se encontraba en pie, en el centro de la habitación, y era una mujer de aspecto juvenil, pelo rizado, negros ojos de gitana, un lunar postizo en la mejilla izquierda y un collar de cuentas de vidrio alrededor del cuello. Le sonreía con picardía, mostrando al hacerlo sus blancos dientes, y se expresaba en el dialecto de la otra orilla del Vístula.

—Creí que no vendrías.

—Acostumbro a venir, cuando lo digo —respondió Yasha con severidad.

—¡Un huésped inesperado, vaya!

Todo resultaba humillante para él: los besos que cruzaron, la entrega del regalo, la espera mientras la mujer se dedicaba a hacer café mezclado con achicoria; pero lo mismo que los ladrones roban dinero, él se veía obligado a robar amor. Echó el cerrojo a la puerta para evitar interrupciones y metió un papel en el agujero de la cerradura. Zeffel parecía tan inclinada a hablar, como él parecía inclinado a apresurarse. Miró significativamente hacia la cama, pero la mujer echó las cortinas de calicó, dando a entender que aún no había llegado el momento.

—¿Qué sucede por el mundo? —preguntó.

—Lo ignoro.

—¿Quién puede saberlo mejor que tú? Nosotros estamos apegados a nuestras casas, pero tú andas por ahí, libre como un pájaro.

Se sentó al lado de Yasha, tocando con su redonda rodilla la de éste y se levantó la falda de forma que el hombre pudiera ver sus negras medias y sus ligas rojas.

—Te veo con tan poca frecuencia —se lamentó— que cuando llega este momento me he olvidado ya del anterior que pasamos juntos.

—¿Has oído decir algo de tu marido?

—Ha desaparecido. Como una piedra que se hunde en el mar.

Y sonrió a la vez con humildad y con arrogancia. De forma engañosa.

Yasha se veía obligado a escuchar cuanto quisiera decirle, puesto que la mujer que es locuaz es también apasionada. Incluso cuando hablaba en son de queja, las palabras le salían directas y rotundas, como proyectiles disparados por una cerbatana. ¿Qué era lo que le reservaba el porvenir aquí, en Piask? Leibush no volvería nunca más. El otro lado del océano podía considerarse como el otro mundo. A los ladrones les dolían los dos gulden que le pasaban cada semana; así, pues, ¿cuánto podría durar aquello? Además, sus fondos estaba exhaustos. La mitad de la

cofradía se encontraba entre rejas. ¿Y qué podía ella comprar con tan exiguo peculio? Agua para regar la avena. Estaba atrapada con todo el mundo. No tenía nada que ponerse. Todas las mujeres eran enemigas suyas. Murmuraban constantemente contra ella, de forma que siempre le estaban zumbando los oídos. Mientras fuera verano, podría soportar aquella situación, pero en cuanto llegase la época de lluvias se volvería loca. Mientras Zefitel hablaba de su destino, no cesaba de jugar con el cierre de su collar. De pronto, un hoyuelo apareció en su mejilla derecha.

—¡Oh, Yasha, llévame contigo!

—Ya sabes que no puedo.

—¿Por qué no? Dispones de un tiro de caballos y de un carromato.

—¿Qué diría Magda? ¿Qué dirían tus vecinos?

—De todas maneras, hablan. Lo que pueda hacer esa mujer que llevas, lo puedo hacer yo también. Tal vez incluso algo mejor.

—¿Sabes dar saltos mortales?

—Si no sé, ya aprenderé.

Todo aquello era hablar por hablar. Zefitel estaba demasiado llena para ser acróbata. Sus piernas eran demasiado cortas, sus caderas demasiado anchas, tenía el pecho excesivamente protuberante.

No podía servir sino para criada... o para otra cosa. Aunque Yasha probablemente no la quería, sintió, por un momento, el aguijón de los celos. ¿Cómo se comportaba durante las semanas que él iba de camino? «Está bien —pensó—, esta será la última vez que venga por aquí. Si todavía lo hago es porque estoy aburrido y quiero olvidar», se dijo a sí mismo tratando de justificar su conducta. «Me pasa como al borracho que quiere ahogar sus penas en alcohol». No podía comprender que pudiera haber hombres anclados en un solo lugar y que pasaran toda su vida con la misma mujer, sin sentirse melancólicos. Él, Yasha, se encontraba siempre al borde de la depresión. De repente, sacó del bolsillo tres rublos de plata y con infantil gravedad los fue colocando sobre las piernas de la mujer, debajo de la falda, uno de ellos cerca de la rodilla, otro un poco más arriba y el tercero sobre el muslo. Zefitel le dejó hacer, contemplándole con una sonrisa llena de curiosidad.

—No me servirán de gran ayuda —dijo al fin.

—Más vale algo que nada.

Se dirigía a la mujer crudamente, poniéndose a su mismo nivel. Uno de sus atributos era el de saber adaptarse a cualquier temperamento. Este era un factor útil que aplicaba a sus artes mágicas. Zefitel recogió deliberadamente las monedas y las fue a depositar dentro de un almirez que había en la mesa de la cocina.

—Bueno, gracias de todas maneras.

—Tengo prisa.

—¿A qué viene tanta precipitación? He estado echándote de menos durante muchas semanas, sin saber una sola palabra de ti. ¿Cómo lo has pasado, Yasha? Después de todo, nosotros somos buenos amigos, ¿no es cierto?

—Sí, sí...

—¿Por qué estás, pues, tan ensimismado? ¡Ah, ya lo sé! ¡Debe de haber alguna otra chica de por medio! No pertenezco al tipo celoso y me hago cargo de las cosas. Para ti, las mujeres son como las flores para las abejas. Siempre una nueva. Me poso aquí, libo allí y, después, sale zumbando. ¡Cuánto te envidio! ¡Entregaría hasta mi última ropa íntima por ser un hombre!

—Sí, hay una —contestó Yasha, que sentía la necesidad de hablar con alguien.

Con Zefitel sentía la misma inhibición que consigo mismo y no tenía miedo ni de sus celos ni de su cólera. Se le había entregado como se entrega una muchacha campesina al señor de las tierras. Los ojos de la mujer empezaron a brillar. Sonreía con la amarga sonrisa de los que son engañados y, sin embargo, disfrutan con serlo.

—¿La conozco yo? ¿Quién es?

—La viuda de un profesor.

—¿Viuda, eh? Bien, bien...

—Nada de bien.

—¿La quieres?

—Sí, un poco.

—Cuando un hombre dice un poco es que es un mucho. ¿Es... joven? ¿Bonita?

—No demasiado joven. Tiene una hija de catorce años...

—¿A quién quieres tú, a la madre o a la hija?

—A las dos.

La garganta de Zefitel hizo un movimiento como si estuviera tragando algo.

—No puedes tener las dos, hermano.

—De momento, me contentaré con la madre.

—¿Qué es un profesor? ¿Una especie de... doctor?

—Enseñaba Matemáticas en la Universidad.

—¿Qué son Matemáticas?

—Números.

Se quedó pensativa unos momentos.

—Lo sabía, no puedes engañarme. Me basta con mirar a un hombre para saberlo todo. ¿Qué quieres hacer, casarte con ella?

—Yo ya tengo mujer.

—¿Qué puede significar una esposa para ti? ¿Dónde la conociste?

—Estaba en el teatro y alguien me la presentó. No, le estaba leyendo el pensamiento y le dije que era viuda y todo lo demás.

—¿Cómo lo hiciste para averiguarlo?

—Ese es mi secreto.

—Bueno, ¿y qué más?

—Pues que ella se enamoró de mí. Quiere dejarlo todo y marcharse conmigo al extranjero.

—¿Tan fuerte le ha cogido?

—Desea casarse conmigo.

—¿Con un judío?

—Quiere que me convierta un poco...

—Sólo un poco, ¿eh? ¿Por qué habrías tú de abandonar el país?

De pronto Yasha frunció el ceño.

—¿Qué puedo esperar aquí? He estado actuando durante veinticinco años y

sigo siendo un pobretón. ¿Cuánto tiempo me quedará de poder seguir caminando sobre la cuerda floja? A lo sumo, diez años más. Todo el mundo me alaba, pero a nadie le gusta pagar. En otros países se aprecia más a un hombre como yo. Un tipo que sepa hacer sólo media docena de trucos, es ya rico y famoso. Actúa delante de la realeza y viaja en lujosos carruajes. Si mi nombre llegara a ser famoso en la Europa occidental, incluso aquí, en Polonia, me tratarían de una manera diferente. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Aquí se imita todo lo que viene del extranjero. Un cantante de ópera puede limitarse a chillar como si fuera una lechuza, pero si ha cantado en Italia, todo el mundo le grita: ¡Bravo!

—Sí, pero tendrías que convertirte.

—¿Qué significa eso? Se hace la señal de la cruz y le rocían a uno de agua. ¿Cómo puedo yo saber cual es el verdadero Dios? Nadie ha estado en el cielo para saberlo. De todas maneras, yo no rezo.

—Cuando fueras católico, tendrías que hacerlo.

—En el extranjero, nadie se fija en eso. Yo soy un mago, no un cura. Ahora, se practica una nueva chifladura. Se apagan las luces y uno invoca el espíritu de los muertos. Todos se sientan en torno a una mesa con las manos puestas encima de ella, y la mesa se levanta. Todos los periódicos hablan de ello.

—¿Y son realmente los espíritus?

—No seas ridícula. El médium es quien lo hace todo. Levanta la mesa con el pie. Chasquea el dedo gordo del pie y eso quiere decir que los espíritus envían sus mensajes. Las gentes más ricas acuden a esas sesiones de espiritismo, especialmente, las mujeres. Digamos, por ejemplo, cuando el hijo de alguien muere y quieren comunicarse con él. Dan dinero al médium y éste hace aparecer el fantasma del hijo difunto.

Zeftel abrió unos ojos como platos.

—¿De verdad?

—¡Tontaina!

—A lo mejor es magia negra.

—No conocen ninguna clase de magia negra.

—Me dijeron que hay un hombre en Lublin que puede hacer aparecer a los muertos en un espejo negro. Dicen que podría ver allí a Leibush.

—Entonces, ¿por qué no vas? Te enseñarían un retrato diciéndote que es Leibush.

—Bueno, pero te enseñan algo.

—Todo eso es idiota —replicó Yasha, asombrado de estar discutiendo tales asuntos con Zefitel—. Yo te puedo mostrar a quien quieras en el espejo, incluso a tu propia abuela.

—¿Es que Dios no existe?

—Claro que existe, pero nadie ha hablado con Él. ¿Cómo podría Dios hablar? Si hablase en yiddish los cristianos no le entenderían. Si hablase en francés, los ingleses se quejarían. La Tora pretende que Dios habló en hebreo, pero yo no estaba allí para oírle. En cuanto a los espíritus, existen en realidad, pero no hay mago alguno que pueda evocarlos.

—¿Y qué hay del alma? Yo estoy asustada.

—¿Asustada de qué?

—Por la noche, cuando estoy echada, no puedo cerrar los ojos. Todos los muertos desfilan ante mí. Veo como colocan a mi madre en la tumba. Está toda blanca... ¿Qué razón puede haber para que vivamos? ¡Cuánto te echo de menos, Yasha! No quiero darte consejos, pero esa gentil te arrastrará al infierno.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —replicó Yasha con brusquedad—. Me quiere.

—Eso no está bien. Puedes hacer lo que quieras, pero debes de continuar siendo un bueno judío. ¿Qué sería de tu mujer?

—¿Y qué haría ella si yo muriera? Fallece el esposo y, cuatro semanas después, la mujer se apresura a ir bajo el dosel del matrimonio otra vez. Zefitel, debo de ser franco contigo. Entre nosotros no hay secretos. Quiero tener libertad de acción.

—¿Y qué será de mí?

—Si me hago rico tampoco te olvidaré.

—Sí, me olvidarás. En cuanto hayas cruzado el umbral de esa puerta, ya no te acordarás de mí. No creas que estoy celosa. Cuando te conocí, sentí un extraño desasosiego. Te hubiese lavado los pies y me hubiera bebido el agua en que lo había hecho. Pero al conocerte mejor, me dije a mí misma: «Zeftel, has perdido el tiempo... todo es ilusorio». No soy una mujer educada y sé pocas cosas, pero tengo una cabeza sobre los hombros. Pienso mucho y por mi imaginación cruzan toda clase de ideas. Cuando silba el viento en la chimenea, me pongo muy melancólica. No me creerás, Yasha, pero, recientemente, pensé en el suicidio.

—¿Cómo se te ocurrió semejante idea?

—Simplemente, porque estaba cansada y había una cuerda cerca de mí. Vi un gancho en una viga. Ese gancho que hay al lado de la lámpara. Me subí a un taburete y estuve a punto de hacerlo. Luego, me eché a reír.

—¿Por qué?

—Por ninguna razón. Bastaba con tirar de la cuerda y todo habría terminado... Yasha, llévame contigo a Varsovia.

—¿Qué harías con los muebles?

—Lo vendería todo. Que alguien se aproveche de la ganga.

—¿Qué harías en Varsovia?

—No te preocupes. No viviría a costa tuya. Saldría como la mujer mendiga del cuento y me detendría ante cualquier puerta para decir: «Aquí estoy». En cualquier sitio podría lavar o llevar bultos.

Yasha había proyectado regresar a cenar a casa de Elzbieta pero Zefitel no quiso oír hablar de ello. Le preparó su plato favorito: tallarines con queso y canela. En cuanto Zefitel descorrió el cerrojo y levantó las cortinas, empezaron a llegar visitantes. Las mujeres vinieron para enseñar las gangas que habían encontrado en el mercado y los regalos que sus hombres les habían hecho. Las más viejas de entre ellas llevaban zapatillas desgastadas, vestidos sin forma y pañuelos de cabeza raídos. Hacían muecas a Yasha con sus bocas desdentadas, con coqueta ostentación de su fealdad. Las jóvenes matronas se habían acicalado y cubierto de baratijas en honor del huésped. Aunque Zefitel pretendía guardar secretas sus relaciones, enseñaba jactanciosamente el hilo de corales que Yasha le había regalado. Algunas mujeres se lo probaban, sonreían con afectación y guiñaban los ojos con picardía. El libertinaje no estaba de moda en la colina. Las esposas de los ladrones que cumplían condena en la cárcel permanecían fieles durante años hasta que sus maridos eran liberados. Pero Zefitel era una forastera, estaba a un nivel más bajo que el de cualquier gitana. Era, además, una esposa abandonada, y Yasha, el mago, tenía fama de libertino. Las mujeres movían la cabeza, susurraban y miraban a Yasha con ojos de cordero moribundo. Los poderes mágicos de este hombre eran aquí bien conocidos. Los ladrones solían clamar a menudo que, de haberse unido a su cofradía, su camino estaría sembrado de oro. En la colina, era opinión general que era preferible ser la esposa de un ladrón que la de alguien como Yasha, que viajaba con una muchacha atractiva, sólo iba a su casa durante las festividades y no proporcionaba otra cosa que vergüenza y disgustos a su mujer.

Al cabo de poco rato, los hombres también empezaron a hacer su aparición. Entró Chaim-Leib, hombre de corta estatura, anchos hombros, y barba, rostro y ojos amarillentos, que lo hizo pordioseando un cigarrillo de Varsovia. Yasha le dio el paquete entero. Zefitel puso ante Chaim-Leib una botella de aguardiente y una fuente de pastelillos de cebolla. Pertenecía a la vieja guardia, pero estaba ya gastado, inútil. Había pasado por todas las cárceles y tenía las costillas molidas. Un cofrade suyo, el cuatrero Baruch Klotz, había sido cocido vivo por los campesinos. Chaim-Leib dio unas cuantas chupadas, pensativo, a su cigarrillo de Varsovia, bebió un dedo de vodka y preguntó:

—¿Qué pasa por Varsovia? ¿Cómo se encuentra la vieja prisión de Pawiak?

Blind Mechl, un individuo alto y fornido, de hombros de gigante, cogote recto, con una cicatriz en la frente, y un ojo vaciado, había traído algo envuelto en un papel. Yasha sabía perfectamente lo que contenía: una cerradura para que él intentara abrirla. El propio Mechl era, asimismo, un experto en abrir cerraduras. Llevaba siempre consigo una palanqueta y antes de elegir el robo como oficio, era cerrajero ambulante. Durante varios años, había tratado de fabricar una cerradura que a Yasha le fuera imposible abrir. Ahora, estaba sentado con timidez, a la mesa, esperando pacientemente que la conversación recayera sobre las cerraduras. Hasta entonces, había fracasado con Yasha, no importaba lo intrincado y perfecto que fuera su artilugio. Yasha abría todas las cerraduras en cuestión de minutos, no usando a menudo otra cosa que un clavo o un alfiler. Pero Mechl no se daba por vencido y seguía apostando que fabricaría un artefacto que ni el propio arcángel Gabriel sería capaz de forzar. Cada vez que visitaba Lublin, Mechl mantenía entrevistas con el cerrajero Abraham Leibush y con gran número de herreros y de mecánicos. La habitación de Mechl parecía una ferretería y estaba llena de martillos, limas, sierras para cortar metal y toda clase de barras, ganchos, barrenas, alicates y hierros para soldar. Su esposa, Black Bella, decía que el interés de Mechl por las herramientas se había convertido en una verdadera obsesión. Al entrar Yasha le saludó con una sonrisa y un guiño. Mechl estaba seguro de que Yasha fracasaría esta vez, como que estaba convencido de que, gracias a cualquier poder inexplicable y como por arte de magia, con una sencilla torsión aquí y una ligera vuelta allí, abriría el mecanismo.

De momento, todos se encontraban allí: Mendele Katshke, Yosele Deitch, Lazerel Kratzmich. Su actual jefe era un tal Berish Visoker, individuo menudo, de ojos huidizos, cabeza calva terminada en punta, nariz y barbilla también afiladas y brazos de mono. Berish Visoker era oriundo, lo mismo que Zefitel, de la Gran Polonia.

Vestía afectadamente pantalones de color, zapatos amarillos, chaqueta de terciopelo y camisa bordada. Siempre llevaba en la cabeza un sombrero con una plumita. Unos especiales tacones de gran altura le hacían aumentar la estatura. Berish tenía tal habilidad que era capaz de robar el reloj a un ratero. Conocía el polaco, el ruso y el alemán, y se encontraba en buenas relaciones con las autoridades. Más que ladrón, era timador y confidente. Años atrás, había cumplido condena en una prisión, pero no por robo, sino por engañado a un noble con un juego de cartas conocido con el nombre de «La cadenita». Berish Visoker era tan hábil con las cartas como Yasha lo era con las cerraduras. Pero en eso tampoco estaba a la altura de éste, que siempre le desconcertaba enseñándole nuevos trucos. Incluso ahora llevaba varias barajas en los bolsillos, marcadas y sin marcar. Se le

veía notoriamente inquieto. No podía permanecer tranquilo en su silla, y mientras los demás estaba inmóviles en torno a la mesa, él se agitaba como si fuese un animal enjaulado. Inclina la cabeza y hablaba por la comisura de los labios.

—¿Cuándo te convertirás en uno de los nuestros, eh? —le preguntó a Yasha con un tonillo nasal—. Estrecha mi mano e ingresa en la cofradía.

—¿Acaso quieres que vaya a pudrirme en la cárcel?

—Si echas mano de tu ingenio, te saltarás a la torera a todos los polizontes.

—Nadie puede presumir de ser sutil hasta ese punto —manifestó prudentemente Mechl—, y todos pueden ser atrapados en un momento dado.

—Lo único que hay que saber es de donde sopla el viento —replicó Berish Visoker.

Yasha sabía que no debía seguir demorándose. Elzbieta debía de estar reventando de impaciencia, esperando su llegada. Y Magda le esperaba también. Bolek le despreciaba y sólo esperaba una excusa como aquella para acabar con él. Pero Yasha no podía marcharse. Conocía a todas aquellas gentes desde la niñez. Habían sido testigos de su incesante ascensión, pasando de ayudante de un domador de osos a estrella del teatro polaco. Los hombres le daban palmadas en la espalda y las mujeres flirteaban con él. Todos le admiraban como el maestro que era. Repartía siempre puros y cigarrillos. Entre la concurrencia, había algunas antiguas novias suyas, que aunque eran ahora respetables señoras casadas y madres de familia, le miraban con coquetería, dirigiéndole sonrisas cargadas de recuerdos. Aunque al principio había sido discreto en lo relativo a Zefitel, había sido ésta quien reveló sus relaciones. Para la mentalidad de aquella mujerzuela, un amante era una cosa que merecía ser divulgada.

Chismorrearon al principio sobre los acontecimientos de la actualidad. ¿Cuándo empezaría de nuevo la guerra con Turquía? ¿Qué era lo que pretendían aquellos rebeldes que tiraban bombas, intentaban asesinar al zar y organizaban huelgas contra el servicio ferroviario? ¿Qué había de nuevo en Palestina? ¿Quiénes eran aquellos herejes que levantaban colonias sobre los pantanos desecados? Yasha lo explicaba todo. Leía todos los periódicos de Varsovia, así como *El israelita*. Incluso echaba alguna ojeada a la gaceta en hebreo, por más que no entendía algunas de las expresiones modernas que contenía. Aquí, en Piask, los ciudadanos vivían como en cuclillas, semejantes a sapos, sobre el tocón de un árbol; pero en el

ancho mundo, las cosas ocurrían velozmente. Prusia se había convertido en una nación poderosa. Los franceses se habían anexionado ciertas partes de África donde vivían los negros. En Inglaterra, se construían barcos que podían cruzar el océano en diez días. En Norteamérica, los trenes corrían al nivel de los tejados y había sido levantado un edificio de treinta pisos. Hasta Varsovia era cada vez más grande y más hermosa. Habían sido arrancadas las aceras de madera y se estaban instalando cañerías subterráneas. A los niños judíos se les permitía asistir a los gimnasios e incluso marcharse a estudiar a universidades extranjeras.

Los ladrones le escuchaban rascándose la cabeza. Las mujeres, con los rostros encendidos, cambiaban miradas entre sí. Yasha les dijo que en Norteamérica había una sociedad secreta llamada «La Mano Negra». Contó que enviaba una nota firmada con una mano negra a un millonario, en la que le decían que si no les entregaba tantos dólares le atravesarían la cabeza de un balazo. Aunque el millonario dispusiera de miles de guardaespaldas, si no pagaba la cantidad que se le exigía, era asesinado.

Berish Visoker interrumpió de pronto, diciendo:

— Eso podría hacerse también aquí.

— ¿Y quién sería el portador de la cartita? ¿Treitel, el aguador?

Los ladrones se echaron a reír de buena gana y volvieron a encender sus apagados cigarrillos.

Blind Mechl no podía esperar ya más y dijo:

—Yasha, deseo decirte algo.

—Ya sé, ya sé lo que es —contestó Yasha, guiñándole un ojo—. Vamos, destapa de una vez esa ganga.

Mechl empezó a desenvolver el papel con lentitud, poniendo al descubierto una enorme cerradura completa, con sus tornillos de sujeción y demás accesorios. Inmediatamente, Yasha sintió como si se le quitara un peso del corazón. Empezó a examinar la cerradura bizqueando y poniendo aquella cómica expresión suya de asombro y burla a la vez que había hecho reír a carcajadas desde los campesinos amontonados en cualquier taberna, hasta el distinguido público del «Alhambra», que era como se llamaba el teatro de verano de Varsovia. Un segundo después, aparecía transformado. Silbaba, torcía la nariz e incluso apelaba a su artificio de mover las orejas. Las mujeres sofocaban la risa.

—¿De dónde has sacado ese mecanismo?

—Será mejor que, en vez de hablar, nos demuestres lo que eres capaz de hacer con él —le contestó medio amoscado Blind Mechl.

—Ni el propio Dios sería capaz de abrir semejante orinal sellado —bromeó Yasha—. Cuando se arma un artilugio como éste, no hay nada que hacer. De todas maneras, si me vendan los ojos, probaré a abrirlo sin mirarlo. Tal vez quieres apostar alguna cosa. ¿Qué te parece si arriesgo diez rublos míos contra uno tuyo?

—Hecho.

—¡Poned de una vez el dinero donde estáis poniendo la boca! —exclamó Chaim-Leib.

—No hace falta. Por mi parte confío en él —dijo Yasha. Y añadió—: Ponedme la venda en los ojos, hijos míos, y hacedlo de forma que no pueda ver nada.

—Yo se los vendaré con mi delantal —se ofreció la pequeña Malka, una mujer que llevaba recogido su pelo rojizo con un pañuelo, detrás de la cabeza.

Su marido estaba cumpliendo condena en la penitenciaría de Yanov. Se desató el delantal de la cintura y, poniéndose detrás de Yasha, le vendó los ojos. Entre tanto, le cosquilleaba detrás de la oreja con el dedo índice. Yasha permanecía silencioso.

«¿Qué habrán puesto dentro de este mecanismo?» —se preguntó—. Aunque, como de costumbre, confiaba en triunfar, admitía la posibilidad de un fracaso. Un cerrajero le había hecho en una ocasión una cerradura que no había llave ni ganzúa que la pudiera abrir. Todas las piezas que contenía habían sido soldadas entre sí. Malka hizo varios dobleces con el delantal y, a pesar de sus pequeñas manos, lo ató firme y fuertemente; pero, como de costumbre, entre el ojo y el puente de la nariz, quedaba una pequeña abertura por la que podía ver. Sacó del bolsillo un grueso alambre aguzado. Era la ganzúa que empleaba para abrir toda clase de cerraduras. Le dio a ésta un golpecito como haría un doctor al disponerse a aplicar el estetoscopio a un enfermo. Localizó el agujero de la cerradura e introdujo en él la punta del alambre. Una vez dentro, lo movió de tal forma que lo hizo penetrar profundamente hasta las mismas entrañas del artefacto. Aquel trozo de alambre le revelaba todos los secretos, todos los artificios que los técnicos de Lublin habían incorporado a la cerradura. Aunque parecía muy complicada, era para él tan infantil como los enigmas que los colegiales plantean en sus adivinanzas. Averiguado uno se averiguaban todos los demás. Yasha hubiera podido abrir la cerradura inmediatamente, pero no quería avergonzar demasiado a Blind Mechl. Creyó que debía de hacer un poco de comedia, antes.

—¡Vaya una nuez dura de cascar! —gruñó—. ¿Qué diablo de panal le habéis metido dentro? Tiene demasiados dientes y demasiados ganchos... ¡Es una verdadera máquina!

Hizo un esfuerzo y apretó más el alambre, encogiéndose al propio tiempo de hombros, como si quisiera decir: «No tengo ni la menor idea de lo que pueda haber en el interior de este chisme». La concurrencia permanecía tan inmóvil, que lo único que se oía era el rumor de la respiración de Chaim-Leib al pasar a través de su rota nariz llena de pólipos. Varias de las mujeres empezaron a cuchichear y a fisgar, denotando con ello la tensión que las dominaba. Ahora Yasha hizo la misma observación que solía hacer en muchas de sus actuaciones.

—Una cerradura es como una mujer. Más pronto o más tarde, tiene que

rendirse.

Las mujeres estallaron en carcajadas.

—Todas las mujeres no son lo mismo, Yasha.

—Todo es cuestión de paciencia.

—No estés tan seguro de ti mismo —le anticipó Blind Mechl.

—No me metas prisa, Mechl. Te has pasado medio año trabajando en ella. Has metido dentro todo lo que has querido. Después de todo, yo no soy Moisés.

—¿No se abre, verdad?

—Se abrirá, se abrirá. Todo es cuestión de exprimirle el ombligo.

Y en aquel momento, la cerradura se abrió. Siguieron a ello risas, aplausos y general bullicio.

—Vamos, Malka, quítame el delantal —dijo Yasha.

Así lo hizo la mujer con dedos temblorosos. La cerradura yacía sobre la mesa llena de impotencia y de ignominia. Todos los ojos estaban alegres, pero en el único ojo de Mechl aparecía una gravedad ceñuda.

—¡Si tú no eres un brujo, yo no me llamo Mechl! —exclamó.

—Claro que lo soy. He aprendido magia en Babilonia. A ti y a Malka os puedo convertir, si quiero, en conejos.

—¿Por qué has de escogerme a mí para eso? —replicó la mujer—. Lo que mi esposo necesita es una compañera, no un conejo.

—¿Y por qué no un conejo? Así podrías saltar y meterte en su celda a través de los barrotes.

Yasha empezó a sentirse avergonzado de estar entre aquella infame banda. ¡Si Emilia se enterara con qué gente se juntaba! Ella le consideraba un genio, un artista sublime. Discutían de religión, de filosofía y acerca de la inmortalidad del alma. Él le citaba los sabios adagios del Talmud. Hablaban de Copérnico, de

Galileo... y ahora, él se encontraba allí, rodeado de ladrones de Piask. Pero Yasha era así. Siempre tenía un nuevo papel que jugar. Era un verdadero laberinto de personalidades: religiosas y heréticas, buenas y malas, sinceras y falsas. Era capaz de querer a la vez a varias mujeres. Ahora estaba dispuesto a renunciar a su religión. Sin embargo, si por casualidad se encontraba en el suelo con una página arrancada de un libro sagrado, la recogía con reverencia y se la llevaba a los labios. Todos eran como cerraduras, para los que tenían la llave apropiada. Sólo alguien como Yasha era capaz de abrir todas las almas.

—Bien, aquí tienes tu dinero.

Blind Mechl sacó un rublo de plata de su honda faltriquera. Por un momento, Yasha estuvo a punto de rechazarlo, pero se dio cuenta de que hubiese sido un insulto mortal para Mechl, especialmente ahora que los fondos de la banda estaban a tan bajo nivel. La cofradía tenía un alto concepto del honor. Si lo rechazaba, podría recibir una cuchillada. Así, pues, cogió el rublo sopesándolo en la palma de la mano.

—Ha sido una fácil ganancia.

—La punta de cada uno de tus dedos deberían de ser besadas —dijo Mechl con su profunda voz de gigante que parecía salirle del vientre.

—Es un don de Dios —aseguró la pequeña Malka.

Los ojos de Zefitel brillaron triunfantes y sus mejillas se tiñeron de rojo. En sus labios aparecieron ternuras y besos mudos. Yasha sabía que era adorado por toda la concurrencia, tanto hombres como mujeres. Para los ciudadanos de Piask era una especie de faro deslumbrador. El rostro de Chaim-Leib aparecía tan amarillo como el cobre del samovar que Zefitel había puesto sobre la mesa.

—Si te convirtieras en uno de nosotros, el mundo sería tuyo.

—Todavía creo en el octavo mandamiento.

—¡Escuchadle, se cree un santo! —dijo Berish Visoker lanzando sus palabras como una rociada—. Todo el mundo roba. ¿Qué hicieron no hace mucho los prusianos? Le cortaron a Francia un trozo de su territorio y, encima, le pidieron mil millones de francos. Mientras, la tenían cogida por el gañote. ¿No es esto robar?

—La guerra es la guerra —puntualizó Chaim-Leib.

—Todo el mundo arrambla con lo que puede. Al ladrón pequeño se le echa el nudo corredizo, y el grande se lleva la tajada. ¿Qué os parece si echáramos una partida?

—¿Queréis que juguemos? —preguntó burlonamente Yasha.

—¿Has traído algún nuevo truco de Varsovia? —preguntó Berish Visoker—. ¡Muestránselo!

—¿Acaso es esto un teatro?

Y Yasha cogió la baraja de manos de Berish Visoker. Empezó a barajar con gran rapidez. Los naipes volaban por el aire, saltaban como pescados dentro de la red. De pronto, hizo algo con las manos, y se desplegaron en abanico, como si formaran un acordeón.

¡Qué sensación de reposo experimentó al volver a verse de nuevo en el carromato al lado de Magda! El verano se encontraba en plena floración. Los campos se estaban volviendo del color del oro y los frutos maduraban en los huertos. Brotaban de la tierra aromas embriagadores que invitaban a la pereza, así como una calma que parecía etérea.

—¡Oh, Dios todopoderoso, Tú que eres el mago y no yo! —murmuró Yasha—. ¡Tú, que haces brotar plantas, flores y colores de un trozo de tierra negra!

Pero ¿cómo era posible que aquello sucediera? ¿Cómo sabían los tallos de centeno que deberían de engendrar granos? ¿Y como conocía el trigo la forma de reproducirse? No, no lo sabían. Lo hacían de una manera instintiva. Pero debía de haber alguien que lo supiera. Yasha, que estaba sentado en el pescante con Magda a su lado, dio rienda suelta a los caballos. Estos conocían el camino por el que ahora pasaban. Por delante de los caballos cruzaban toda clase de criaturas: un ratoncillo de campo, una ardilla, hasta una tortuga. Pájaros invisibles cantaban y gorjeaban. En un claro del bosque, Yasha avistó una bandada de pájaros de color gris. Estaban desplegados en fila, como si estuviesen celebrando una asamblea.

Magda se encogía pegada a él y permanecía silenciosa. Parecía como si sus ojos de campesina vieran cosas que un habitante de las ciudades no podía ver. Yasha se encontraba también preocupado y, al caer la tarde, cuando el sol se ocultaba y el carromato traqueteaba por una carretera que cruzaba el bosque, vio claramente el rostro de Emilia. Iba retrocediendo, como si fuera la luna, por encima de los pinos. Los ojos negros sonreían y los labios se movían sin cesar. Pasó su brazo en torno de Magda y ésta reclinó la cabeza en su hombro, pero su pensamiento no estaba con la muchacha. Se encontraba como dormido y despierto a la vez. Intentó tomar una decisión, pero no se decidió por ninguna. Su fantasía adquirió singular viveza y soñó que aquello no era un carromato, sino el tren en que iba hacia Italia en compañía de Emilia y de Halina. Casi podía escuchar los pitidos de la locomotora. Por la ventanilla, se divisaban cipreses, palmeras, montañas, castillos, viñedos y campos plantados de naranjos y olivos. Todo parecía diferente: los labriegos, sus mujeres, las casas, los heniles... «¿Dónde he visto yo antes todas estas cosas?» —se preguntaba Yasha, maravillado—. ¿En algún cuadro? ¿En la ópera? Parecía como si

hubiera vivido todo aquello en una existencia anterior.

Tenía por costumbre hacer dos paradas en su viaje, pero, ahora, decidió ir de un tirón, a fin de llegar a Varsovia por la mañana. Se decía que había salteadores de caminos merodeando por las inmediaciones; por eso, Yasha guardaba una pistola en el bolsillo. Mientras iba de camino, se imaginaba estar actuando en los teatros europeos. Las damas le asaeteaban con sus gemelos desde los palcos; embajadores, barones y generales acudían a su camerino para ofrecerle sus respetos. Ahora, provisto de un par de alas artificiales, volaba sobre las grandes capitales del mundo. Ingentes multitudes corrían por las calles, le señalaban con el dedo, gritaban, y, mientras volaba, recibía mensajes por medio de palomas mensajeras, con invitaciones de gobernantes, príncipes y cardenales. En sus posesiones del Sur de Italia, le esperaban Emilia y Halina. Él, Yasha, ya no era un mago, sino un hipnotizador con poderes divinos, que controlaba ejércitos, curaba a los enfermos, desenmascaraba a los delincuentes, descubría tesoros enterrados y sacaba de las profundidades del mar los bancos hundidos... Se había convertido en el emperador del mundo entero. Ridiculizaba todas aquellas fantasías, pero le era imposible desprenderse de ellas. Caían sobre él como si fuesen nubes de langostas. Soñaba despierto con las muchachas de los harenes y los esclavos; en ardidés que estaba más allá de la Naturaleza; en pócimas mágicas, amuletos y encantamientos con los que desentrañaba secretos y le dotaban de poderes infinitos. En su imaginación, incluso llegaba a sacar a los judíos del exilio, les devolvía las tierras perdidas de Israel y reconstruía el templo de Jerusalén.

De repente, empezó a hacer restallar el látigo, para ver de ahuyentar a los demonios que le habían invadido el pensamiento. Ahora necesitaba tener la cabeza más despejada que nunca. Había preparado para su repertorio una serie de nuevos y peligrosos ejercicios de habilidad. Uno de éstos consistía en dar un salto mortal en la cuerda floja, ejercicio que hasta entonces no había sido practicado por funámbulo alguno. Pero lo más importante para él era llegar a una resolución con respecto a Emilia. ¿Se encontraba verdaderamente decidido a abandonar a Esther y marcharse con ella a Italia? ¿Podría tratar a Esther con semejante crueldad, después de tantos años de devoción y lealtad? ¿Iba él, Yasha, a convertirse? Le había dado a Emilia solemne promesa de que lo haría, incluso se lo había jurado; pero ¿estaba dispuesto a cumplir el juramento? Había otra cosa: no podría llevar a cabo los planes que tenía respecto a Emilia sin contar con mucho dinero, con quince mil rublos por lo menos. Desde hacía varios meses, estaba dando vueltas a la idea de cometer un robo; pero ¿era capaz de convertirse en un ladrón? Acababa de decirle a Chaim-Leib que el octavo mandamiento era sagrado para él, y Yasha se había enorgullecido siempre de su honradez. ¿Cuál sería la reacción de Emilia si supiera lo que pretendía hacer?

¿Qué diría Esther? ¿Y qué, su madre y su padre desde el otro mundo? Después de todo, él creía en la inmortalidad. Hacía poco tiempo que su madre le había salvado la vida. Oyó su voz que le advertía: «¡Retrocede, hijo mío, retrocede!». Así lo hizo y, momentos después un pesado candelabro caía en el lugar donde había estado. Indudablemente, le habría aplastado si no hubiese hecho caso del aviso de su madre muerta.

Hasta el presente, nada había decidido aún, pero ya no podía esperar más. Emilia estaba esperando a que tomara una resolución. También tenía que decidirse acerca de Wolsky, su empresario, el que manejaba todos sus contratos. Aquel Wolsky era quien le había elevado de la pobreza y le hizo avanzar en su carrera. No le podía pagar mal por bien. Cuanto más fuerte era su amor por Emilia, más lleno de tentaciones estaba. Tenía que decidirse aquella misma noche, elegir entre su religión y la cruz, entre Esther y Emilia, entre la honradez y el crimen (un solo crimen, del que, más tarde, con la ayuda de Dios, haría la debida restitución). Pero su mente no acababa de resolver nada. En vez de atacar de frente el problema, perdía el tiempo, se escapaba por la tangente, no pensaba más que en frivolidades. Por entonces, podía ya ser padre de hijos crecidos, pero seguía siendo el colegial que había jugado con las llaves y las cerraduras de su padre y seguido a los magos por las calles de Lublin. Incluso no estaba seguro de la intensidad de su cariño por Emilia, si lo que sentía por ella era realmente lo que se conoce con el nombre de amor. ¿Podría seguir siéndole fiel? Ya el demonio estaba empezando a tentarle con toda clase de especulaciones acerca de Halina, diciéndole que crecería, que se enamoraría de él, que se convertiría a causa de su afecto en rival de su madre.

Pensó que no había duda de que era un hombre depravado. ¿Cómo le llamaba su padre? Un bribón. Últimamente, su padre se le había aparecido en sueños todas las noches. Tan pronto como cerraba los ojos, veía a su padre. El viejo moralizador, le advertía, le aconsejaba.

—¿En qué piensas? —le preguntó Magda.

—En nada.

—¿Es verdad que Zefel la ladrona viene a Varsovia?

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Yasha alarmado.

—Bolek.

—¿Por qué no me has dicho ni una palabra hasta ahora?

—He callado muchas cosas.

—Vendrá. Pero ¿qué tengo que ver yo con ello? Su marido la abandonó y pasa hambre. Busca trabajo de doncella o de cocinera.

—Te has acostado con ella.

—No.

—Y tienes a otra muchacha en Varsovia.

—No digas tonterías.

—Es viuda y se llama Emilia. Por eso es por lo que tienes tanta prisa en llegar.

Yasha se quedó sin habla. ¿Cómo podría haberse enterado de lo de Emilia? ¿Le había él dicho algo? Sí, seguramente era eso. Le gustaba ser jactancioso, era algo natural en él. También se lo había confesado a Zefitel.

Vaciló un momento antes de contestar:

—No es asunto tuyo, Magda. Mi cariño hacia ti no cambiará.

—Quiere marcharse a Italia contigo.

—No te importe lo que ella quiera. Me sería tan difícil olvidarme de ti como de mi madre.

Él mismo no sabía si estaba diciendo la verdad o si mentía. Magda volvió a quedarse silenciosa. De nuevo, apoyó la cabeza en su hombro.

A medianoche, se sintió un ramalazo de calor, como si, de pronto, hubiera empezado a lucir un sol nocturno. Las nubes cubrían el cielo e hicieron desaparecer la luna. Súbitamente, brillaron los relámpagos y tabletearon los truenos. Los campos quedaron iluminados hasta el horizonte. Los tallos de trigo se doblegaron y comenzó a caer la lluvia a cataratas, como un diluvio. Antes de que Yasha se diera cuenta de lo que pasaba, la cortina de agua azotó el carromato como una granizada y el toldo de lona se soltó del marco que lo sujetaba. El mono prorrumpió en alaridos de terror. En menos de un minuto, el camino se convirtió en un barrizal. Magda se pegó silenciosamente a Yasha. Éste empezó a dar latigazos a los caballos. La aldea de Makov se encontraba cerca y era preciso encontrar cobijo en ella.

Fue un verdadero milagro que las ruedas no se salieran del camino. Los caballos se hundían en el agua hasta casi los corvejones. Dando tumbos, el carromato consiguió llegar a Makov, pero Yasha sabía que, en la localidad, no había ninguna posada ni taberna, por lo que llevó el vehículo al patio de una sinagoga. Cesó la lluvia y el cielo comenzó a aclararse. Las nubes derivaron hacia el Oeste y el sol naciente hizo brillar sus extremos, como si fuera ceniza después de un incendio. Los charcos y las zanjas enrojecieron como si estuvieran llenos de sangre. Yasha dejó los caballos y el carromato en el patio y, acompañando a Magda, entraron en el templo para ver si podían secar sus vestidos. Sabía que no le estaba permitido meter a una gentil en una casa de oración, pero ahora se trataba de una cuestión de vida o muerte. La muchacha había empezado ya a estornudar y a toser.

Fuera, empezaba a romper el día, pero en la casa de oración todavía reinaba la noche. Una vela conmemorativa lucía con vacilante resplandor en la Menorah, sobre el pedestal de las oraciones. Un hombre anciano se encontraba sentado ante un facistol, recitando lo que leía en un grueso libro de plegarias. Yasha observó que la cabeza del viejo estaba espolvoreada de ceniza. «¿Qué está haciendo?» — se preguntó—. «¿Hasta qué punto me he olvidado yo de mi herencia?».

Yasha hizo una inclinación de cabeza al anciano, que éste le devolvió, pero llevándose el dedo a los labios, como queriendo dar a entender que en aquellos momentos no le era posible hablar. Magda se sentó en un banco, cerca de la estufa, y Yasha se volvió hacia ella. No había nada con que poder secarse y no quedaba

otro remedio que esperar a que sus vestidos lo hicieran por sí mismos sobre sus cuerpos. Por lo menos allí se estaba caliente. El rostro de Magda destacaba en la penumbra como una mancha pálida. A los pies de la muchacha se había formado un charco. Yasha la besó furtivamente en la frente. Yasha miró hacia la mesa de lectura con sus cuatro pilares, el Arca Santa, el facistol de los cánticos, el estante lleno de libros sagrados. Se acercó empapado, chorreando agua y sudor, e intentó leer, a la luz de la vela conmemorativa, las inscripciones de la tablilla en la sobrepuerta del Arca, sostenida por leones dorados: «Soy el Señor... No tendrás otros dioses... Honrarás a tu padre y a tu madre... No cometerás adulterio... No matarás... No robarás... No codiciarás los bienes ajenos...». La oscuridad de la casa de oración se llenó de pronto de un resplandor purpúreo, que parecía proceder de una lámpara celestial. Ahora, se daba cuenta de lo que estaba haciendo el anciano: aún seguía recitando las oraciones del servicio nocturno. ¡Lamentándose por la destrucción del templo!

Pronto empezaron a llegar otros judíos, la mayoría, hombres aún más viejos, encorvados, de barbas grises, que a duras penas podían arrastrar sus pies por el suelo. Dios del cielo, ¿cuánto tiempo hacía que él, Yasha no había pisado un templo? En aquellos momentos todo le parecía nuevo: la forma que tenían aquellos judíos de recitar las oraciones preliminares, la manera de colocarse los chales de oración, de besar las guarniciones del fleco del ornamento, de ponerse las filacterias^[7] y de desenrollar las correas. Todo le parecía extrañamente ajeno y, a la vez, familiar. Magda había regresado al carromato como si la atemorizase aquella ostentación de fervor judío. Yasha decidió permanecer un momento más. Él formaba parte de aquella comunidad. Las raíces de la misma eran sus propias raíces. Llevaba su marca en la carne. Entendía las oraciones que se pronunciaban. Uno de los ancianos dijo: «Dios, alma mía». Otro explicó lentamente la historia de cómo Dios había querido probar a Abraham, pidiéndole que sacrificara a su hijo Isaac. Un tercero se puso a entonar: «¿Qué somos? ¿Qué es nuestra vida? ¿Qué es nuestra devoción? Los hombres más poderosos no son nada ante Ti; los hombres más famosos es como si no hubiesen existido porque la mayor parte de su obra carece de contenido y los días de su vida no son más que vanidad ante Ti». Recitó todo aquello en tono de salmodia apesadumbrada, mientras le miraba a él, Yasha, como si el viejo supiese lo que pasaba por su mente. Yasha respiró hondamente. Olía a sebo, a cera y a algo más, a una mezcla de putrefacción y emanaciones de amoníaco, como había percibido de muchacho durante los Días de Expiación. Un hombrecillo de barba rojiza se acercó entonces a Yasha.

—¿Quieres rezar? —le preguntó—. Iré a buscarte las filacterias y el chal de las oraciones.

—Gracias, pero el carromato me está esperando.

—El carromato no se marchará.

Yasha entregó un copec al hombre. Al salir, vio en la antecámara una barrica llena de páginas arrancadas de los libros sagrados. Empezó a hurgar en su interior y sacó un libro desgarrado. Un glorioso aroma se elevaba de sus hojas pringosas, como si al yacer dentro de la barrica hubieran continuado leyéndose a sí mismas.

Al poco rato, pudo localizar una posada cuya existencia ignoraba. Él y Magda necesitaban ponerse vestidos secos y él, reparar el carromato, engrasar los ejes y dar descanso a los caballos. Tenían que desayunar y dormir unas horas. Puesto que viajaba con una gentil, Yasha habló en polaco al posadero, actuando como si él también lo fuera. Se sentaron ante una larga mesa desnuda, y una judía con pañuelo en la cabeza, ojos enrojecidos y barbilla puntiaguda llena de vello, les sirvió pan negro, requesón y café con achicoria. Miró hacia el libro de oraciones, que abultaba en un bolsillo de Yasha, y le preguntó:

—¿Qué lleva usted ahí, caballero? Yasha se sobresaltó.

—Lo recogí cerca del templo de ustedes. ¿Qué es? ¿Un libro sagrado?

—Déjemelo ver, caballero. Usted no lo entendería de ninguna manera. Para nosotros es una cosa santa.

—Quiero hojearlo.

—¿Para qué? Está en hebreo.

—Tengo un amigo sacerdote que conoce el hebreo.

—El libro está roto. ¡Entréguemelo, caballero!

—Déjale en paz... —le gruñó su esposo, en yiddish, desde lejos.

—No quiero que vaya por ahí con un libro judío —replicó agresivamente la mujer.

—¿Qué hay escrito en él? —preguntó Yasha—. ¿La manera de engañar a los cristianos?

—Nosotros no engañamos ni a los cristianos ni a los judíos. Nos ganamos honradamente la vida.

Se abrió una puerta lateral, dando paso a un muchacho que se tocaba con un gorro de hilaza y vestía una bata sin abrochar, debajo de la cual se veía un traje con flecos. Su rostro era delgado y a ambos lados de la cabeza lucía dos guedejas que parecían madejas de lino. Al parecer acababa de levantarse, y sus ojos aún estaban llenos de sueño.

—Abuela, dame leche y agua —dijo.

—¿Hiciste ya tus abluciones?

—Sí, las he hecho.

—¿Has dicho «Gracias, Dios mío»?

—Sí, lo he dicho.

Y se limpió la nariz con la manga.

Yasha continuó comiendo y mirando al niño. «¿Es posible que yo abandone todo esto?» —se preguntó a sí mismo—. «Después de todo, es lo mío... Hace tiempo, mi aspecto era exactamente igual que el de este muchacho».

Le entró una extraña impaciencia por examinar lo más pronto posible lo escrito en el destrozado libro de oraciones. Un impulso afectivo le arrastró hacia su abuela, que se levantaba cada día con el sol, guisaba y horneaba, barría la casa y servía a los huéspedes. En la jamba de la puerta, había colgado un cepillo para depositar las limosnas. Echó en él todos los groschen que pudo encontrar en los bolsillos, para ayudar a los judíos que querían ir a morir a Tierra Santa. La atmósfera de aquella casa parecía estar llena del Sabbath, de los días festivos, de la anticipación del Mesías y del mundo por llegar. Mientras se afanaba en sus tareas, la vieja murmuraba algo con sus labios pálidos, y movía la cabeza, como si se encontrara en posesión de alguna verdad sólo conocida por aquéllos que no viven engañados por la vanidad de las cosas mundanas.

La llegada a Varsovia era siempre un acontecimiento para Yasha. De aquí le venían sus ingresos y aquí vivía Miechislaw Wolsky, su empresario. Ya habían pegado carteles en las paredes, que decían: «El día primero de julio, en el teatro de verano “Alhambra”, presentación del célebre artista circense e hipnotizador, Yasha Mazur, con su nuevo repertorio de habilidades que asombrarán al respetable público». Yasha tenía un apartamento en la calle Freta, cerca de la avenida Długa. Incluso las yeguas *Kara* y *Shiva* —*Polvo y Cenizas*— parecieron revivir al aproximarse a Varsovia. Ya no era necesario apremiarlas para que apretaran el paso. En cuanto el carromato hubo cruzado el puente de Praga, se perdió entre una confusión de casas, palacios, ómnibus, carruajes, *droshkys*,^[8] comercios y cafés. El aire olía a pan recién cocido, café, estiércol de caballo y humo de trenes y de fábricas. Frente al castillo ocupado por el gobernador general ruso, tocaba una banda militar. Debía de celebrarse alguna festividad porque en todos los balcones ondeaban banderas rusas. Las mujeres llevaban ya sombreros de paja de anchas alas, adornados con frutos y flores artificiales. Hombres jóvenes con sombreros de paja y trajes de claras tonalidades paseaban descuidadamente, haciendo florear sus bastones.

Entre el tumulto se oían los silbidos de las locomotoras y resonaban los enganches de los vagones. De aquí salían trenes hacia San Petersburgo, Moscú, Viena, Berlín, Vladivostok. Después del período de tranquilidad que había seguido al levantamiento de 1863, Polonia entró en una época de reforma industrial. Lodz se expansionó con prisa verdaderamente norteamericana. En Varsovia, fueron arrancadas de las calles las aceras de madera, se instalaron cañerías interiores, se colocaron raíles para los tranvías de caballos y se levantaron altos edificios y habilitado patios y mercados. Los teatros ofrecieron nuevas temporadas de representaciones dramáticas, óperas y conciertos. Llegaron destacados actores y actrices de París, San Petersburgo, Roma y hasta de la lejana Norteamérica. En los escaparates de las librerías se veían novelas recién publicadas, enciclopedias, vocabularios y diccionarios. Yasha respiró profundamente. El viaje había sido fatigoso, pero la ciudad le levantaba el espíritu. ¡Y si tan animada estaba, cuánto más debían de estarlo las ciudades extranjeras! Hubiera querido correr inmediatamente hacia Emilia, pero se contuvo. No podía hacerlo tal como se encontraba; soñoliento, despeinado y sin afeitarse. Además, primero tenía que ir a ver

a Miechislaw Wolsky.

Yasha le había enviado un telegrama antes de salir de Lublin.

Hacía tiempo que Yasha no había estado en Varsovia, pues estuvo recorriendo diversas provincias. Cuando iba de viaje por los caminos, le asaltó la preocupación de si habrían entrado los ladrones en su apartamento. Tenía allí su biblioteca, sus antigüedades y sus colecciones de carteles y de recortes de periódicos y revistas. Pero, gracias a Dios, al llegar encontró la puerta firmemente asegurada por dos fuertes cerraduras y todo en orden en el interior del piso. Había una capa de polvo sobre todas las cosas y el ambiente olía a rancio. Magda empezó inmediatamente a limpiarlo todo. Wolsky se le adelantó llegando en un *droshky*. Era un gentil de aspecto judío, de ojos negros, nariz aguileña y frente despejada. Una chalina de artista le colgaba descuidadamente sobre la pechera de la camisa. Tirándose de su negro bigote, Wolsky habló con la vehemencia propia de los que dependen de la fama ajena para ganarse la vida. Dijo que tenía ya preparado un programa de actuaciones para Yasha para cuando éste terminara el programa de verano en el «Alhambra». Pero Yasha se dio cuenta en seguida de lo falsos que eran algunos de los elogios que Wolsky le dirigía. Sólo deseaban verle actuar en provincias. No era cierto que hubieran llegado ofrecimientos procedentes de Moscú, Kiev o San Petersburgo. Sus ganancias en provincias eran escasas. En la misma Varsovia nada había cambiado. El propietario del «Alhambra» se negaba reiteradamente a subirle el sueldo. Se le elogiaba mucho, pero lo cierto era que, en el extranjero, los clowns ganaban más que él. Para Wolsky, según decía, constituía un misterio la obstinación de los propietarios de los teatros, y sus argumentos y esfuerzos resultaban inútiles. Yasha se encontraba siempre entre los últimos en cobrar. Emilia tenía razón. Mientras permaneciera en Polonia, sería tratado como si fuera un actuante de tercera fila.

En cuando Wolsky se hubo marchado, Yasha se echó en el dormitorio. El portero se encargaría de los caballos y Magda se preocuparía de que los demás animales no carecieran de comida y de agua. Los tres, el loro, el cuervo y el mono, fueron alojados en una habitación. A pesar de ser flaca y huesuda, Magda se dedicó con presteza a fregar el suelo. Había heredado la fuerza, a la vez que el servilismo, de varias generaciones de campesinos. Yasha dormitó, se despertó y volvió a dormir. La casa era antigua. En el patio sin pavimentar que había abajo, las ocas castañeteaban, los patos graznaban y los gallos cacareaban, como si estuvieran en el campo. A través de la ventana abierta, llegaban brisas procedentes del Vístula y del bosque de Praga. Abajo, un mendigo arrancaba una tonadilla de un organillo y cantaba una vieja melodía de Varsovia. Yasha le habría arrojado una moneda si sus

miembros no hubiesen estado tan entumecidos. En seguida se había puesto a pensar y a soñar. ¿Para introducirse otra vez en nebulosos países? ¿Para verse otra vez actuando ante el público? ¡No, ya estaba harto de todo aquello! Sus pensamientos danzaban al compás del organillo. Debía de marcharse lejos, lejos, abandonarlo todo. A costa de lo que fuese, debía de salir del pantano en que estaba enfangado. En caso contrario, también él, Yasha, tendría que ir por las calles como un organillero.

Había transcurrido el día y comenzaba a oscurecer. Magda le trajo un plato de patatas nuevas con leche agria y perejil. Comió en la cama y, después, volvió a colocar la cabeza en la almohada. Al volver a abrir los ojos, era ya noche cerrada. El dormitorio estaba en la penumbra, pero no debía de ser muy tarde porque aún oía cómo un zapatero remendón clavaba puntas en un zapato. Aún nadie había instalado lámparas de gas en la vecindad. A la luz de quinqués de petróleo, las amas de casa remendaban la ropa, lavaban los platos, zurcían y cosían los remiendos. Un borracho discutía con su mujer, mientras su perro le ladraba.

Yasha llamó a Magda, pero, al parecer, se había marchado. Sólo le contestó el cuervo, a quien Yasha había enseñado a hablar como una persona. Cada vez que Yasha regresaba a Varsovia, esperaba recibir noticias favorables, pero la suerte, que con frecuencia solía sonreír a *dilettantes* y aficionados, no se mostraba propicia con él. Los demás nunca le permitían sacar la mejor parte de algún asunto. Por el contrario, todos se aprovechaban de él. Yasha sabía que todo era debido a su actitud. Se sentía inferior, y a causa de esto era explotado por los demás. Habiéndose rodeado de gentes de baja estofa, era tratado como uno de ellos. Emilia era el único milagro en su vida, la única esperanza de salvación para salir del pozo que él mismo había excavado para sí.

Su amistad había comenzado envuelta en el misterio. Al principio, ni se enteró siquiera de cómo se llamaba. Comenzó a pensar en ella y ya no le fue posible olvidarla. Los pensamientos de ambos se habían conjuntado al unísono. Se dio cuenta, inexplicablemente, de que ella pensaba en él tanto como él pensaba en ella; que también ella le anhelaba y le deseaba. Había vagabundeado por las calles de Varsovia, buscándola, como un sonámbulo, a través de las ventanillas de los carruajes, en las tiendas, los cafés, los pasillos de los teatros. La buscó en el bulevar Marshalkowska, en el Nowy Swiat, en los senderos de los Jardines de Sajonia. Se pegó a una columna de la plaza del Teatro, esperándola. Una tarde, había salido convencido de que iba a encontrarla. Paseó a lo largo del bulevar Marshalkowska. Al acercarse a un escaparate, la encontró, aguardando, como si se hubiesen citado. Llevaba cuello y manguito de piel y tenía clavados en él sus negros ojos. Se le fue

acercando y ella le sonrió hábil y enigmáticamente. Se inclinó y, entonces, ella le tendió la mano. Y mientras todo esto sucedía, la mujer dijo abruptamente: «¡Qué extraña coincidencia!».

Pero más tarde, admitió que, en realidad, le había estado esperando allí, que había tenido la corazonada de que él la llamaba.

Los vecinos opulentos ya habían instalado teléfono en su domicilio, pero Emilia aún no podía permitirse semejante lujo. Emilia y su hija, Halina, vivían de una exigua pensión. Todo cuanto les quedaba de los días en que el profesor existía era el piso y una vieja criada, Yadwiga, a la que llevaban años sin pagarle salario alguno.

Yasha se levantó temprano. Se afeitó. En el apartamento había un artesón de madera, y Magda lo llenó con cubos de agua. Allí enjabonó a Yasha con jabón de olor y le dio masaje. Mientras lo hacía, hizo observar:

—Cuando se va a visitar a una mujer noble, se ha de oler bien.

—Yo no voy a visitar a ninguna mujer noble, Magda.

—Desde luego, desde luego, tu Magda es una estúpida, pero sabe cuantas son dos y dos.

Durante el desayuno, el humor de Yasha mejoró bruscamente. No habló de otra cosa que de probar su teoría del vuelo de que cuanto antes lo intentara mejor. También proporcionaría un par de alas a Magda. Se elevarían juntos, como dos ánsares macho y hembra, y se harían tan famosos en todo el mundo como Montgolfier lo había sido hacía más de cien años. Abrazó a Magda, la besó y le dijo que, ocurriera lo que ocurriera, nunca la abandonaría.

—Quizá tengas que estar sola una temporada mientras yo esté fuera —le dijo—, pero no te preocupes. Enviaré a buscarte. Lo único que te pido es que tengas confianza en mí.

Mientras hablaba, le miraba a los ojos. Le acarició el pelo y le pasó suavemente las manos por las sienes. Tenía tal poder sobre ella que podía hacerla dormir en un minuto. En medio de una ola de calor, le podía decir que hacía frío y ella se ponía en seguida a tiritar. Durante una helada, la convencía de que debía de tener calor, y la muchacha se encendía y comenzaba a sudar. La podía pinchar con una aguja sin que le saliera sangre. Había hecho innumerables experimentos con

ella. Y también desarrolló una serie de ejercicios de mesmerismo con la muchacha, cuando estaba despierta. Le decía cualquier cosa y se le quedaba grabado en el cerebro. Le podía dar cualquier orden con semanas y meses de anticipación, que ella cumplía, más tarde, con extraña prontitud. Había empezado a prepararla para cuando llegara el momento de marcharse con Emilia. Magda le escuchaba y sonreía tácitamente, con timidez campesina. Advertía todos sus engaños, pero, al mismo tiempo, se sometía a ellos sin poder ni desear oponerse. Había veces en que el aspecto y las muecas de la muchacha le recordaban los del loro, el mono o el cuervo.

Después del desayuno, Yasha se puso un traje claro, se calzó las botas de cabritilla, se tocó con un sombrero duro y se ató en el cuello una corbata de seda negra. Después de besar a Magda, salió sin decir palabra. Hizo una seña a un *droshky*. Emilia vivía en la calle Krolevska, frente a los Jardines de Sajonia. Por el camino, ordenó al cochero que se detuviera en una floristería, donde compró un ramo de rosas. En otra tienda, adquirió una botella de vino, una libra de esturión y una lata de sardinas. Emilia observaba bromeando, que llegaba tan cargado de regalos como Santa Claus por Nochebuena, pero aquello era ya una tradición en él. Sabía bien que la madre y la hija apenas podían cubrir sus necesidades. Además, Halina tenía los pulmones débiles, y era a causa de ello por lo que su madre deseaba trasladarse al Sur de Italia. Halina había tenido que dejar el colegio, en que estaba a pensión, porque se había acabado el dinero para pagarlo. Emilia tenía que coserse sus vestidos y darles la vuelta, por carecer de medios para pagar modistas y costureras. En el *droshky*, mientras sostenía fuertemente los paquetes que llevaba para evitar que resbalasen, Yasha miraba la ciudad que le era, a la vez, extraña y familiar. Hubo un tiempo en que Varsovia le parecía un sueño inaccesible. Más que nada, lo que había deseado era ver su nombre impreso en los periódicos de la capital o en un cartel teatral. Pero, ahora, lo que trataba era de librarse de esta población, que, a pesar de sus pretensiones de cosmopolitismo, continuaba siendo provinciana. Sólo ahora empezaba a expansionarse. El *droshky* corría entre pilas de ladrillos, montones de arena y de cal. El aire, aquel día de junio, olía a lilas, pintura, tierra fresca y aguas residuales. Cuadrillas de obreros cavaban las entrañas de las calles, abriendo zanjas para los cimientos.

En la calle Krolevska el aire era más puro. Los árboles de los Jardines de Sajonia echaban sus últimos brotes. A través de la valla, se podían ver macizos de flores, un invernadero lleno de plantas exóticas y un café donde las parejas jóvenes tomaban su segundo desayuno al aire libre. Ésta era también la estación de las loterías, de la rifa de premios por causas justas. Las niñeras llevaban a los bebés en sus cochecitos de ruedas. Niños vestidos de marinero jugaban al aro. Niñitas ataviadas como si fueran elegantes damas excavaban el suelo arenoso y entre las

piedras, con sus palas de colores. Otras bailaban formando círculo. En aquel parque había también un teatro de verano, pero Yasha no había trabajado nunca en él. Le estaba prohibido, por ser judío. Por su calidad racial pagaba una penalidad más alta que los individuos piadosos que iban con sus barbas y patillas. Emilia le aseguraba que semejantes restricciones ya no se tenían en cuenta en otros países de Europa. A un artista, se le juzgaba simplemente por su talento.

«Bueno, ya veremos, ya veremos —se iba diciendo a sí mismo—. Ocurrirá lo que mande el destino».

Por atrevido que fuese Yasha pasando la cuerda floja o leyendo el pensamiento en el teatro, perdía la confianza cada vez que se acercaba a Emilia. Estaba inseguro de su aspecto, de si su manera de comportarse resultaría lo bastante refinada para una mujer cosmopolita, de si cometería alguna falta de lenguaje o de modales. ¿No haría la visita demasiado temprano? ¿Qué resolución tomaría, si no encontrara a Emilia en casa? ¿Debería dejar el ramo y los regalos o sólo el ramo? Yasha se dijo que no debía de estar tan asustado. Después de todo, nadie iba a comérselo... Pensaba que aquella mujer estaba loca por él. Que la consumía la fiebre amorosa. Que apenas tenía paciencia para esperar. Frunció los labios y empezó a silbar. Si aspiraba a actuar ante cortes reales, no debía sentirse intimidado por una viuda empobrecida. ¿Quién podría decirlo? Quizás incluso princesas y condesas llegarían a buscar sus atenciones. Las mujeres son lo mismo en Piask que en París.

Pagó al cochero, atravesó el portal, subió por las escaleras de mármol y tocó el timbre. Yadviga abrió la puerta con toda diligencia. Era una mujer pequeña, con delantal y cofia blancas, y un rostro tan arrugado como un higo. Preguntó por la señora Chrabotzky. ¿Se encontraba en casa en aquellos momentos? Yadviga hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sonrió comprensivamente y se hizo cargo de las flores y los paquetes, así como de su sombrero y su bastón. Luego, abrió la puerta de la sala. La última vez que Yasha había estado allí fue durante un catarro que sufrió Emilia, que llevaba el cuello abrigado. Ahora, todo era veraniego en la habitación. Por entre las cortinas, se filtraban los rayos del sol, que iban a llenar de luces la alfombra y el *parquet* y brincaba en los floreros, los marcos de los cuadros y el teclado del piano. La planta interior que había en una maceta había echado hojas nuevas. En el sofá, se encontraba cierta cantidad de tela que, al parecer, Emilia estaba bordando; una aguja estaba clavada en ella. Yasha empezó a pasear de arriba abajo de la habitación. ¡Qué lejos estaba todo aquello de la Zefel de Leibush Lekach...! Y, sin embargo, en el fondo, todo era lo mismo.

Se abrió la puerta y entró Emilia. Yasha abrió mucho los ojos y estuvo a punto de dar un silbido admirativo. Hasta entonces, la había visto siempre de negro. Iba de luto por el fallecimiento del profesor Stephan Chrabotzky y también por el abortado levantamiento de 1863 y por los mártires que habían sido torturados y los que perecieron en Siberia. Emilia leía a Schopenhauer, estaba enamorada de la poesía de Byron, Slowacki y Leopardi y adoraba a los místicos polacos Norwid y Towianski. Incluso hizo saber a Yasha que ella era una Wolowsky por parte de su madre y biznieta del famoso Frankist Elisha Shur. Sí, como ocurría con la mayor parte de la nobleza polaca, corría por sus venas algo de sangre judía. Ahora, llevaba una bata ligera, color café con leche. Nunca le pareció tan hermosa como entonces: erguida, flexible, una belleza polaca de pómulos pronunciados y nariz eslava, pero de negros ojos judíos llenos de viveza y pasión. Llevaba el cabello peinado hacia arriba, y lo circundaba una trenza que semejaba una guirnalda. Su cintura era estrecha, su pecho, alto, y parecía diez años más joven que su actual edad, a mitad de la treintena. Incluso la favorecía la pelusilla que tenía sobre el labio superior y que contribuía a darle cierto aire femenino de muchacho travieso. Su sonrisa era recatada, pero frívola. En el pasado, se habían abrazado y besado como amantes. La mujer confesaba que necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para no entregarse por completo. Pero era su deseo casarse por la Iglesia, empezar la vida de matrimonio sobre una base de pureza. Y él le había ya prometido que, para complacerla, se convertiría al cristianismo.

—Gracias por las flores —dijo.

Y extendió una mano, no pequeña, pero sí delicada y pálida.

Él se la llevó a los labios y la besó, reteniéndola luego un rato en la suya. Les rodeaban aromas de lilas y del fin de la primavera.

—¿Cuándo viniste? —le preguntó Emilia—. Te esperaba ayer.

—Me encontraba demasiado cansado.

—Halina no deja de preguntar por ti. El *Courier Warsjowski* de ayer publicaba algo sobre ti.

—Sí, Wolsky me lo enseñó.

—¿Un salto mortal en la cuerda floja?

—Sí.

—¡Dios del cielo, qué será lo que la gente no intente! —exclamó con asombro y alarma—. Bueno, son dones que se tienen, supongo yo.

Después, cambió de tono para decir:

—Tienes muy buen aspecto. Se ve que los aires de Lublin te sientan bien.

—Es allí donde puedo descansar.

—¿Con tantas mujeres?

Yasha no contestó y, entonces, ella dijo:

—Todavía no me has dado un beso.

Y le abrió los brazos.

Permanecieron sumidos en su beso, como si se tratara de una apuesta a ver quien podía aguantar más sin respirar. Bruscamente, la mujer se apartó. Siempre tenía que hacerle prometer que se dominaría. Y hacía cuatro años que Emilia vivía sin un hombre, pero creía que era mejor sufrir que obrar con promiscuidad. Solía decir que Dios lo veía todo y que las almas de los muertos se hallaban siempre presentes para observar los actos de sus próximos parientes. Emilia tenía convicciones religiosas propias. El dogma católico no era para ella otra cosa que un conjunto de reglas de conducta. Había leído los escritos místicos de Svedenborg y Jakob Boehme. Con Yasha, solía hablar de clarividencia, premoniciones, lectura del pensamiento y comunicación con el espíritu de los muertos. Después de la muerte de Chrabotzky, celebró durante algún tiempo sesiones en su salón, creyendo que cambiaba saludos con su difunto esposo por medio de golpes en la mesa. Más tarde, averiguó que la médium que utilizaba sólo era una charlatana. El misticismo tomaba extrañas formas en el interior de Emilia, mezclando el escepticismo con un plácido sentido del humor. Se burlaba de Yadviga y del libro egipcio de interpretación de los sueños que su criada guardaba debajo de la almohada, y, sin embargo, ella, Emilia, creía en sueños. Después de la muerte de Chrabotzky, algunos colegas de éste le hicieron proposiciones matrimoniales, pero su difunto esposo se le apareció en un sueño y le incitó a que los rechazara. En cierta ocasión, incluso se había materializado ante ella cuando bajaba por una escalera, al oscurecer. Le reveló a Yasha que le amaba porque su carácter era semejante al de Chrabotzky y porque tenía indicios de que éste aprobaba la unión. Ahora, cogió a Yasha por las muñecas y le llevó hasta una silla, haciéndose sentar en ella como si fuera un niño travieso.

—Siéntate ahí y espera.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar?

—Eso depende de ti.

Se sentó a su vez en una *chaise-longue*, frente a él. Desprenderse de Yasha había constituido un esfuerzo físico para ella. Enrojeció unos momentos como si le asombrase su propia lascivia. Empezaron a conversar con las frases cortadas de los

que están unidos por la intimidad y que, después de haberse separado, tratan de unir de nuevo los hilos rotos. Halina había estado enferma dos semanas antes. Ella sufrió también un ataque de gripe.

—Ya te escribí todo esto, ¿no es cierto? No recuerdo si lo hice... Sí, ahora todo marcha bien... ¿Halina? Se ha ido al parque a leer. Ahora, se encuentra absorbida por los libros. Pero ¡cuánta basura hay! ¡Qué mala literatura se escribe en estos tiempos, Dios mío! Ordinaria de pacotilla... ¿No ha sido muy frío este mes de mayo? Incluso ha nevado... ¿El teatro? No, no vamos a ninguna parte. Además de que los precios de las entradas son exorbitantes, la calidad de las comedias es tan absurda... Todo está traducido del francés, y mal traducido, además. El eterno triángulo... ¿Pero no sería mejor hablar de ti? ¿Dónde has pasado todas estas semanas? Cuando te marchas, todo parece irreal. Las cosas son como un sueño para mí. Pero en cuanto me llega una carta tuya, el mundo vuelve a ser el de siempre. Bueno, y de repente, Halina llega corriendo hasta mí, excitada porque tu nombre aparece mencionado en el *Courier*... ¿En qué forma? En una especie de artículo. Halina está convencida de que todos aquellos cuyos nombres aparecen en los periódicos son una especie de semidioses, aunque se trate de personas que han sido atropelladas por un ómnibus... ¿Cómo te encuentras? Tu aspecto es inmejorable. No parece que nos hayas echado mucho de menos. ¿Qué es, en realidad, lo que yo sé de ti? Eras, y continúas siendo, un enigma. Cuanto más hablas de ti, me parece conocerte menos, tienes mujeres por toda Polonia. Viajas por todas partes en un carromato entoldado, como si fueras un gitano. Realmente, no deja de ser divertido. ¡Que una persona de tu talento está tan atrasada...! A veces, pienso que lo que haces es gastarle una broma tanto a ti mismo como al mundo entero... ¿Que qué sucede por aquí? En cuanto a nosotras, no te puedo contar nada nuevo. Todos nuestros planes están en el aire. Abrigo el temor de que las cosas continuarán igual hasta que ambas seamos viejas y hayamos encanecido.

—¡He venido para que no nos separemos nunca más! —exclamó Yasha, asombrado de sus propias palabras—. Hasta ahora, no habíamos tomado ninguna decisión definitiva.

—¿Qué me dices? Bueno, eso es lo que yo estaba esperando... ¡Eso es lo que deseaba oír!

Y sus ojos se humedecieron. Volvió la cara, y él la vio de perfil. En aquel momento, se levantó para ordenar a Yadviga que sirviera el café. La mujer ya lo había hecho sin que se lo dijera. Lo había molido en un molinillo al estilo polaco. El aroma penetraba en la salita. Dejaron a Yasha solo. Bueno, es el destino, se dijo a sí

mismo. Con aquellas breves palabras que había dicho a Emilia había sellado su propio destino. Y, al pensarlo, le acometió un temblor. ¿Qué sería ahora de Esther? ¿Y de Magda? ¿Y dónde encontraría el dinero que necesitaba? ¿Era verdaderamente capaz de cambiar de religión? «¡No puedo vivir sin ella!», se replicó a sí mismo. De repente, le acometió la impaciencia de un preso que espera su libertad, cada hora que pasase equivalía a una eternidad. Se puso en pie. A pesar de la pesadumbre que sentía en su corazón, estaba extraordinariamente ágil. ¡Ahora, podría dar no uno, sino tres saltos mortales en la cuerda floja! ¿Cómo era posible que hubiera estado eludiendo aquel momento durante tanto tiempo? Yasha fue dando cabriolas hasta la ventana, apartó las cortinas y se quedó mirando los espléndidos castaños de los Jardines de Sajonia, los niños que iban a la escuela, los jóvenes pisaverdes, las niñeras y las parejas que paseaban por las veredas. ¡Por ejemplo, aquel joven de pelo de lino y la muchacha del sombrero adornado con cerezas que llevaba a su lado! Se pavoneaban como dos pájaros, se detenían, daban otro paso, se miraban, parecían olisquearse y jugaban a los juegos que sólo conocen los enamorados. Parecían dedicarse a practicar un rito o una especie de baile de los sexos. ¿Qué era lo que veía en aquellos momentos en la muchacha? ¡Y qué azul estaba hoy el cielo! Era de un azul pálido, como la cortina que pende del templo durante los Días de Respeto.

Yasha sintió la punzada de la duda al hacer aquella comparación. Después de todo, Dios era el mismo, se le rezara en la sinagoga o en la iglesia. Regresó Emilia y él se dirigió hacia ella.

—Cuando hace café, huele toda la casa. Lo mismo sucede cuando cocina.

—¿Qué será de ella? —preguntó Yasha—. ¿Nos la llevaremos con nosotros a Italia?

Emilia reflexionó un momento.

—¿Pero ya estamos en esas? —preguntó.

—Mi resolución está tomada.

—Claro que necesitaremos una criada. Pero todo esto es hablar por hablar.

—No, Emilia, es como si ya fueses mi esposa.

Se oyó sonar el timbre, y Emilia se excusó y volvió a dejar solo a Yasha. Éste se quedó inmóvil, como si estuviese escondido y temiese revelar su presencia a alguien que fuera en su busca. Se había comprometido ya con Emilia, pero ésta seguía ocultándole de sus parientes. Era como uno que ve, pero que es invisible. Se volvió a sentar y se puso a mirar los muebles, la alfombra. El gran reloj de péndulo del abuelo marchaba lentamente. Manchas doradas de rayos de sol se desviaban al chocar con los prismas del candelabro, con el terciopelo rojo en que estaba encuadrado el álbum. De una casa vecina, llegaba el rumor de las cuerdas de un piano al ser pulsadas. Él siempre había admirado la limpieza de este piso, el orden que reinaba en todo. Cada cosa estaba en su sitio. No había ni una sola mota de polvo en ninguna parte. Los que vivían en aquella casa no parecían acumular suciedad ni nada superfluo, no había en ella olores desagradables ni pensamientos desconcertantes.

Yasha se puso a escuchar con atención. Emilia tenía algunos parientes lejanos que vivían en la ciudad. Con frecuencia, se dejaban caer por allí de una manera inesperada.

Algunas veces, Yasha se había tenido que marchar por la puerta de servicio. Mientras escuchaba, se puso a considerar la situación en que se encontraba. Para llevar a cabo sus proyectos, necesitaría dinero, quince mil rublos, por lo menos. Sólo podía hacerse con esa suma de una manera. Pero ¿se encontraba preparado para dar semejante paso? Estando íntimamente relacionado con muchas mujeres, se había convertido en un hombre que vivía al día, que se dejaba guiar tan sólo por un impulso y por una inspiración. Formaba planes, pero éstos no dejaban de tener cierta inconsistencia. Hablaba de amor, pero no podía responderse de una manera sincera qué es lo que quería significar con aquella palabra ni lo que Emilia entendía como tal. Durante todas sus extralimitaciones, había sentido siempre la mano de la Providencia. Fuerzas ocultas le empujaban siempre, incluso durante sus representaciones. Pero ¿podía esperar que Dios le guiara en el robo y la apostasía? Al oír las notas de aquel piano, oía, simultáneamente, sus propios pensamientos. Antes de cada acción, solía oír una voz dentro de él, hablándole con claridad, mandándole severamente, ofreciéndole todos los detalles. Pero, en aquella ocasión, experimentaba un sentimiento de expectación. Algo no inventariado estaba por

sucedier, había aún alguna cosa que habría de ser alterada. En su libro de notas, tenía una lista de Bancos y direcciones de personas acaudaladas que guardaban su dinero en su casa, en cajas de caudales, pero él aún no se había determinado a nada. Había empezado ya a encontrar justificantes al acto que pensaba realizar, jurándose que devolvería todo con intereses en cuanto hubiese ganado fama en el extranjero, pero no había conseguido tranquilizar su conciencia. Subsistían el miedo, la repugnancia, el desprecio de sí mismo. Descendía de gentes de honor. Sus abuelos, de ambos lados, eran famosos por su honradez. En cierta ocasión, un bisabuelo suyo había seguido la pista a un comerciante hasta Lenczno, para devolverle diez groschen cuyo pago había olvidado...

Se abrió la puerta y apareció Halina en el umbral: blanca, alta para sus olvidados catorce años, con coletas rubias, ojos azul claro, nariz recta, labios maduros y la transparente palidez de piel de los que sufren de anemia y de debilidad pulmonar. Había crecido durante el breve tiempo que él había estado ausente y parecía avergonzarse de ello. Miraba a Yasha, contenta y confusa a la vez. Halina había salido a su padre y tenía la mentalidad de un científico. Anhelaba comprenderlo todo, cada uno de los trucos que Yasha realizaba, cada una de las palabras que cambiaba con su madre cuando ella estaba presente. Era una lectora voraz, coleccionaba insectos, sabía jugar al ajedrez y escribía poesía. Ya había empezado a estudiar italiano...

Durante un momento pareció titubear, pero en seguida se precipitó hacia Yasha dando un salto infantil y cayó en sus brazos.

—¡Tío Yasha!

Le besó y dejó que él, a su vez, la besase.

No tardó en abrumarle a preguntas. ¿Cuándo había llegado? ¿Había viajado también esta vez en carronato? ¿Vio animales salvajes al pasar por el bosque? ¿Le detuvieron los salteadores de caminos? ¿Cómo se encontraba el mono? ¿Y el cuervo? ¿Y el loro? ¿Qué era de los pavos reales que tenía en el patio de su casa de Lublin? ¿Y de la serpiente? ¿Y de la tortuga? ¿Iba, realmente, a dar un salto mortal en la cuerda floja, como decían los periódicos? ¿Era posible semejante cosa? ¿Las había echado de menos a las dos, a su mamá y a ella?

Parecía estar ya plenamente desarrollada, y, sin embargo, su charla era la de una criatura, aun cuando hubiera en ella un sentido de artificiosidad tanto como de travesura.

—¡Has crecido como un árbol, criatura! —exclamó Yasha.

—¡Todo el mundo tiene que meterse con mi estatura! —contestó enfurruñada, con infantil despego—. Como si tuviera la culpa. Cuando estoy acostada, me siento crecer. Un duendecillo me tira de los pies. No quiero crecer en absoluto. Querría seguir siendo siempre pequeña. ¿Qué podría hacer para conseguirlo, tío Yasha? ¿Hay algún ejercicio que impida crecer? ¡Dímelo, tío Yasha!

Y le besó en la frente.

«¡Cuánto cariño! ¡Cuánto cariño!» —pensaba Yasha. Y dijo en voz alta:

—Sí, hay un procedimiento para conseguirlo.

—¿Cuál es?

—Te meteremos en el reloj del abuelo y cerraremos la puerta. No podrás crecer más de la altura del mueble.

Halina pareció sentirse inmediatamente deslumbrada.

—¡Tienes soluciones para todo! ¡Con qué rapidez actúa tu imaginación! ¡No tienes que pensar en absoluto! ¿Cómo haces trabajar tu cerebro, tío Yasha?

—¿Por qué no le levantas la tapa y miras dentro? Es exactamente como el mecanismo de un reloj.

—¿Más relojes? ¿Es que no piensas hoy en otra cosas? ¿Estás trabajando en un nuevo truco en que entra algún reloj? ¿No has leído el *Courier*? ¡Eres famoso! Toda Varsovia te admira. ¿Por qué has estado tanto tiempo sin venir, tío Yasha? Yo estaba enferma, y no hacía otra cosa que llamarte para que vinieras a mi lado. También soñaba contigo. Mamá me reñía porque no hacía sino hablar de ti. ¡Es terriblemente celosa!

Halina se sonrojó al pronunciar estas últimas palabras, y en aquel momento, entró Emilia en la habitación.

—Bueno, ya tienes aquí a tu tío Yasha. No te puedes imaginar la de veces que esta criatura me ha preguntado por ti.

—No se lo digas, mamá, no se lo digas, porque haremos que le dé

importancia. Creerá que porque es un gran artista y nosotras gentecilla insignificante, va a poder dominarnos. Pues para que lo sepas, tío Yasha, Dios es mucho más poderoso que tú. Aún puede realizar trucos mejores.

Emilia se puso inmediatamente seria y replicó a la muchacha:

—No hay que tomar el nombre de Dios en vano. No es un tema para tratarlo con ligereza.

—Yo no estoy hablando en broma, mamá.

—Ésta es la última moda: traer a Dios a toda conversación sin sentido.

Halina pareció perderse un momento entre sus pensamientos.

—Mamá, lo que me pasa es que me estoy muriendo de hambre.

—¿Cómo es eso?

—Sí, si no como algo antes de diez minutos, caeré muerta.

—¡Pero cómo te comportas, hija mía! Pareces una criatura de seis años. Anda, dile a Yawduga que te dé algo de comer.

—Y tú, mamá, ¿no tienes hambre?

—No, me las arreglo muy bien para subsistir de una comida a la siguiente.

—Pero si apenas comes, mamá. Una taza de cacao significa un desayuno para ti. ¿Y tú, tío Yasha?

—Yo me comería un elefante.

—Pues vamos a comérmolo juntos.

Yasha se sentó con la madre y la hija y se comieron su segundo desayuno, todas las exquisiteces que Yasha había traído: el esturión, las sardinas, el queso suizo. Yadwiga les llevó café con nata. Halina comió con apetito, disfrutando y alabando cada bocado.

—¡Qué bien huele esto! ¡Se deshace en la boca!

La corteza de los pollos recién hechos crujía entre sus dientes. Emilia masticaba lentamente, como una gran dama. Yasha comía con verdadero gusto y su pensamiento iba más allá de los manjares que compartía con Emilia y Halina. No pensaba en Esther más allá de sus tareas domésticas y de su negocio de modista. Aquí, la conversación surgía espontáneamente y, ahora, derivó hacia el hipnotismo. Emilia le había advertido en repetidas ocasiones que no hablara de este tema delante de su hija, pero no era fácil que pudiera evitarlo en aquella ocasión. Figuraba en los periódicos como hipnotizador y Halina era demasiado inteligente y demasiado curiosa para que se le pudiera disuadir con una palabra. Además, leía libros de personas adultas. El profesor Chrabotzky les había dejado una copiosa biblioteca. Los colegas de éste en la Universidad y algunos antiguos alumnos le enviaban a Emilia libros de texto y recortes de periódicos científicos. Halina lo examinaba todo. Mesmer le era familiar, así como sus teorías y experimentos, y había leído a Charcot y a Janet. Los periódicos polacos publicaban artículos relacionados con el hipnotizador Feldman, que había causado sensación en varios salones de la nación. Incluso se le había permitido que llevara a cabo sus pruebas en hospitales y en clínicas particulares. Por millonésima vez, Halina le hizo la misma pregunta a Yasha: ¿Cómo era posible que una persona pudiera inculcar su voluntad en otra? ¿Cómo era posible que una persona hiciera dormir a otra con sólo mirarla? ¿Cómo se podía hacer que se pusiera a tiritar de frío durante el tiempo más caluroso o en una habitación caldeada con exceso?

—Ignoro la contestación —dijo Yasha—. Ésta es la verdad.

—Pero tú mismo has hecho esas cosas.

—¿Sabe acaso la araña cómo teje su tela?

—¡Oh, ahora se compara con una araña! ¡Odio y desprecio a las arañas! Y a ti, tío Yasha, te adoro.

—Hablas demasiado, Halina —le interrumpió Emilia.

—Quiero saber la verdad.

—Es hija de su padre. Sólo desea la verdad.

—¿Por qué razón hemos nacido, mamá? ¿Por qué han sido escritos todos los libros? En busca de la verdad. Tengo que pedirte un gran favor.

—Sé de lo que se trata de antemano. Y mi contestación es ¡no!

—¡Mamá, te lo suplico de rodillas! Ten compasión.

—No hay compasión. ¡He dicho que no! No insistas.

Lo que Halina deseaba era el permiso de su madre para que Yasha hiciese una demostración de hipnotismo allí mismo. Halina estaba dispuesta a ser ella misma la hipnotizada. Pero Emilia ya se había negado repetidas veces a acceder al ruego de su hija. No se puede jugar con esas cosas. Emilia había leído en alguna parte que un hipnotizador no había podido despertar a su sujeto. La víctima tuvo que permanecer en trance durante varios días después de la prueba.

—Ven al teatro, Halina, y allí verás cómo se hace —le dijo Yasha.

—Si he de decirte la verdad, dudo en llevarla entre aquella chusma.

—¿Y qué debo de hacer, mamá? ¿Quedarme en la cocina pelando pollos?

—Todavía eres una criatura.

—Deja pues que te hipnotice a ti.

—¡No quiero sesiones de esa clase en mi casa! —exclamó Emilia, con acritud.

Yasha permanecía en silencio. Pensó que, de todas maneras, ya se encontraban hipnotizadas. El amor se funda por completo en el hipnotismo. «Cuando la vi por vez primera, la hipnoticé. Por eso me estaba esperando aquella noche en el bulevar Marshalkowska. A todas las tengo hipnotizadas: Esther, Magda,

Zeftel. Poseo un poder, un poder terrible. Pero ¿en qué consiste? ¿Hasta dónde se extiende? ¿Sería capaz de hipnotizar al director de un Banco y hacer que me abriese el sótano de las cajas fuertes?».».

Yasha había oído la palabra hipnotismo por primera vez hacía sólo unos años. Lo había probado y tuvo éxito inmediatamente. Ordenó a su sujeto que se durmiera y el hombre cayó en seguida en un pesado sueño. Ordenó a una mujer que se desnudase y empezó a quitarse el vestido. Le dijo a una muchacha que no sintiese dolor alguno y aunque le pinchó el brazo con un alfiler, no gritó ni le salió sangre. A partir de entonces, Yasha fue testigo de numerosas demostraciones por parte de otros hipnotizadores; entre ellas, muchas realizadas por el famoso Feldman; pero cómo obraba esta fuerza o cuál era su naturaleza, era cosa que Yasha no podía comprender. Le parecía, a veces, que hipnotizador y sujeto debían de estar en combinación, pero era imposible que en muchas ocasiones hubiera truco alguno. El sudor no puede fingirse en tiempo frío, ni se puede impedir que brote la sangre cuando se introduce una aguja en la carne. Quizá fuera aquello lo que se conoció antiguamente con el nombre de magia negra.

—¡Oh, mamaíta, qué intransigente eres! —exclamó Halina, mordisqueando una sardina en un bollo—. ¡Dime, tío Yasha, qué poder es ese, antes que me muera de curiosidad!

—Es una fuerza. ¿Qué es la electricidad?

—Sí, ¿qué es la electricidad?

—Nadie lo sabe. Se lanzan señales desde Varsovia, y la electricidad las lleva en un segundo a San Petersburgo y a Moscú. Las señales van sobre campos, bosques, centenares de kilómetros, en un solo segundo. Ahora, existe una cosa que se llama teléfono, por medio del cual se puede oír la voz de otra persona a lo largo de unos alambres. Llegará el día en que podamos hablar con París desde Varsovia, de la misma forma que nos encontramos nosotros hablando en estos momentos.

—Pero ¿cómo se produce todo eso? ¡Oh, mamá, cuántas cosas hay por aprender! ¡Qué gente tan inteligente hay! Pero ¿cómo se llega a ser tan inteligente? Aunque siempre son hombres. ¿Por qué las mujeres no se educan a sí mismas?

—En Inglaterra, hay una mujer que es física —dijo Yasha.

—¿De verdad? ¡Qué cosa más divertida! ¡No puedo por menos de reírme!

—¿Qué tiene eso de gracioso? —preguntó Emilia—. Las mujeres también son personas.

—Desde luego. Pero una mujer doctora en algo... ¿Cómo vestirá? ¿Como George Sand?

—¿Qué es lo que sabes tú de George Sand? Tendré que cerrarte la biblioteca.

—No lo hagas, mamaíta. Te quiero, te quiero de una manera terrible y tú eres demasiado rigurosa conmigo. ¿Qué tengo yo fuera de mis libros? Las muchachas que conozco son unas pánfilas. El tío Yasha apenas nos viene a ver. Parece que está jugando al escondite con nosotras. No tengo otro recurso que dedicarme a mis libros.

De pronto, exclamó, asombrándose de sus propias palabras:

—¿Por qué no os casáis los dos?

Después, palideció, mientras Emilia enrojecía hasta la raíz de los cabellos, y decía:

—¿Estás loca o qué?

—Tiene razón. Nos casaremos pronto —interrumpió Yasha—. Todo ha sido ya decidido. Los tres nos marcharemos a Italia.

Halina inclinó la cabeza avergonzada. Empezó a jugar con la punta de una de sus trenzas como si quisiera contar los cabellos. Emilia bajó la vista. Se quedó como desamparada, avergonzada, agradecida a que hubiese sido Yasha quien hubiera pronunciado aquellas palabras. La muchacha continuó hablando incesantemente, pero aquella vez su charla insustancial había sido provechosa. Había dado carácter oficial al asunto. Emilia alzó la vista.

—¡Halina, márchate a tu cuarto!

Por lo general, Yasha empezaba a ensayar dos semanas antes de la actuación. Precisamente este año, cuando tenía preparado un repertorio nuevo y difícil, demoraba de día en día hacer ensayos. El propietario del «Alhambra» se había negado a aumentar el salario de Yasha, por lo que Wolsky, su empresario, trataba, en silencio, de entablar negociaciones con otro teatro de verano, el «Palace». A menudo, durante el día, cuando Yasha se encontraba sentado en el «Café Lurs», tomando café negro y hojeando una revista, era preso de una extraña premonición, experimentaba la sensación de que aquella temporada no actuaría. Temeroso de semejante augurio, intentó por todos los medios borrarlo de su imaginación, de aquietar ésta, pero el pensamiento seguía asaltándole de nuevo. ¿Acaso iba a enfermar? ¿Acaso, Dios no lo quisiera, era su destino morir entonces? ¿O se trataba de algo completamente distinto? Se colocó las manos en la frente, se frotó el cráneo y los pómulos, y procuró encerrarse en una ciega oscuridad. Se había metido en demasiados líos. Se encontraba ante un dilema que él mismo se creó. Amaba y deseaba a Emilia. Incluso sentía apetencias por Halina. Pero ¿cómo era posible que cometiera semejante ultraje con Esther? Durante muchos años, le había demostrado una extraña devoción. Se había mantenido a su lado en todas las dificultades, y le había ayudado en todas las crisis. La tolerancia de su esposa era de esa clase que los piadosos atribuyen solamente a Dios. ¿Cómo podría pagarle con una bofetada? No sobreviviría a semejante choque. Yasha sabía que languidecería y se iría apagando como un cabo de vela. En más de una ocasión él había visto morir a una persona de dolor, sencillamente porque no tenía razón alguna para seguir viviendo. Semejantes personas ni siquiera se encontraban enfermas al morir. Rápidamente y sin explicación posible, el Ángel de la Muerte llevaba a cabo su magia.

Durante algún tiempo, había tratado de preparar a Magda para su partida. Pero la muchacha ya estaba inquieta. Cada vez que él volvía de estar con Emilia, Magda le miraba con mudo reproche. Casi había cesado por completo de hablarle, retirándose como una almeja dentro de su concha. En el lecho, era fría, distante, silenciosa. Antes, durante el verano, le solían desaparecer los barrillos que tenía en el rostro; pero, este año, su cutis estaba completamente lleno de ellos. La erupción se le había propagado hasta el cuello y la parte superior de los senos. Empezó, también, a sufrir accidentes. Los platos se le escapaban de entre las manos. Las ollas se le volcaban encima del hornillo. Se había quemado un pie, pinchado un dedo y

casi perdido un ojo. En semejante situación, ¿cómo era posible que se pudiera esperar de ella que diera saltos mortales, le hiciera entrega al mago de los utensilios para sus manipulaciones o que pudiera hacer girar el barril con sus pies? Incluso si él, Yasha, actuara aquella temporada, tendría que agenciarse otra ayudante en el último momento. ¿Y qué sería de la pobre Elzbieta? La noticia de que había abandonado a Magda podría matarla.

Existía una solución parcial de aquella miserable situación: dinero. Si pudiera darle a Esther diez mil rublos, el golpe quedaría un tanto amortiguado. Un arreglo de esta clase aplacaría, sin duda alguna, a Magda y a Elzbieta. Además, necesitaba una gran cantidad para él, Emilia y Halina. Tenía el proyecto de comprar un chalet en el sur de Italia, donde el clima beneficiaría los pulmones de Halina. Él no empezaría a trabajar allí en seguida. Primero, tendría que aprender el idioma, tener relaciones y procurarse un empresario. No estaba dispuesto a prestar sus servicios a un precio tan barato como lo hacía en Polonia. Empezaría por la cumbre, pero para ello necesitaba contar, por lo menos, con una reserva de treinta mil libras. Emilia le había confesado lo que él ya sabía. No poseía absolutamente nada, sino un montón de deudas, que tendría que saldar antes de abandonar la ciudad.

Por lo general, Yasha no fumaba. Había dejado la pipa que antes solía usar, en la creencia de que dañaba la vista y los pulmones y que le impedía dormir bien. Pero empezaba a fumar cigarrillos rusos. Ahora, estaba fumando uno de ellos, sorbiendo su café y hojeando una revista. El humo le cosquilleaba la nariz; el café acariciaba su paladar; el artículo de la revista en que ahora tenía puestos sus ojos no le decía nada. Desvariaba acerca de una actriz parisiense, una tal Fifi, a cuyos pies se encontraba toda Francia en adoración. El autor del artículo daba a entender que se trataba de una antigua *demimondaine*. «¿Cómo era posible que toda Francia glorificara de aquella manera a una pelandusca?», se preguntaba Yasha. «¿Eso era Francia? ¿Eso era la Europa occidental de la que Emilia hablaba con tanta reverencia? ¿Eso eran la cultura, el arte, el esteticismo sobre los que los periódicos escribían fervorosamente?».

Dejó a un lado la revista, que no tardó en ser solicitada por un caballero de bigote blanco. Yasha apagó su cigarrillo en los posos que quedaban en su taza de café. Todas sus reflexiones y especulaciones le llevaban inexorablemente a la misma conclusión: tenía que apoderarse de una gran suma de dinero; y si no podía conseguirla legalmente, tendría que robarla. Pero ¿cuándo perpetrar este delito? ¿Dónde? ¿Cómo? Era extraño que aunque llevara ya varios meses pensando en llevar a cabo esta hazaña, nunca hubiera entrado en un Banco, ni estaba familiarizado con la forma que los Bancos tenían de trabajar. Tampoco sabía en qué

lugar guardaban los Bancos el dinero durante el tiempo que permanecían cerrados, ni de qué tipo eran las cajas fuertes y las cerraduras que empleaban. Se estaba retrasando, retrasando... Cada vez que pasaba por delante de un Banco, apresuraba el paso y volvía la cabeza para no mirarlo. Una cosa era abrir cerraduras en un escenario o ante aquella pandilla de Piask, y otra muy diferente, intentar robar en un edificio custodiado por guardias armados. Para llevar a cabo esto último era preciso haber nacido ladrón.

Yasha golpeó la taza con la cucharilla para llamar al camarero, pero el hombre no le oyó o fingió no oírle. El café se encontraba completamente lleno. Apenas había parroquianos que, como él, estuviesen solos. La mayoría estaban sentados formando grupos o en círculo alrededor de las mesas. Los hombres llevaban americanas mañaneras y anchas corbatas. Algunos lucían barbas puntiagudas o cuadradas; otros, mostachos caídos, y no faltaban los que llevaban bigote retorcido. Las mujeres vestían amplias faldas y grandes sombreros adornados de flores, frutas, agujones y plumas. Los patriotas que los rusos habían desterrado a Siberia, llevándoselos en vagones de mercancías después del levantamiento, morían a docenas. Perecían a consecuencia del escorbuto, la tisis y el beriberi, pero, principalmente, de tedio y de añoranza de la tierra natal. Pero los parroquianos del café parecían haberse reconciliado con el invasor ruso. Hablaban, gritaban, bromeaban y reían. Las mujeres se abrazaban unas a otras, riendo sin motivo. Por la calle pasaba un féretro, pero los que estaban dentro no hacían caso, como si la muerte no les afectase. «¿De qué debían de estar hablando con semejante entusiasmo?», se preguntaba Yasha. «¿Por qué brillaban sus ojos de aquella manera? ¿Por qué aquel vejete con barbas de chivo y flácidas bolsas bajo los ojos se había puesto una rosa en el ojal de la solapa?». Yasha era, según todas las apariencias, su igual y, sin embargo, una barrera le separaba de ellos. Pero ¿de qué barrera se trataba? Era una cosa para la que nunca encontró una clara explicación. Junto a su ambición, a su afán materialista de vivir, existía una tristeza, una convicción de la vanidad de todas las cosas, una culpabilidad que no podía ni ser olvidada. ¿Cuál podía ser la finalidad de la vida, si uno empezaba por no saber por qué había nacido ni por qué moría? ¿Qué sentido podrían tener todas aquellas hermosas palabras que hablaban de positivismo, progreso y revolución industrial, cuando todo quedaba cancelado en la tumba? A pesar de su ímpetu, Yasha se encontraba siempre al borde de la melancolía. Tan pronto como perdía su afán insaciable por nuevos trucos y nuevos amores, las dudas le atacaban como una nube de langosta. ¿Le habían traído al mundo con el exclusivo objeto de dar unos cuantos saltos mortales y engañar a cierto número de mujeres? Por otra parte, ¿podía reverenciar a un Dios que alguien había inventado? ¿Sería capaz de permanecer sentado como aquel judío, con cenizas en la cabeza, y lamentarse por la destrucción de un templo

que había ocurrido hacía dos mil años? ¿Y sería capaz, por último, de arrodillarse y santiguarse delante de aquel Jesús de Nazareth, que se decía que había nacido del Espíritu Santo y era, nada menos, que el único hijo de Dios?

El camarero se había acercado ahora a su mesa.

—¿Qué desea el señor?

—Pagar —contestó Yasha.

Sus palabras parecieron ambiguas, como si lo que verdaderamente hubiera querido decir fuera: «Pagar por mi engañosa vida».

En el primer acto de la obra, el esposo invitó a Adam Povolsky a pasar el verano con él, en su chalet, pero Adam Povolsky se excusó. Reveló un secreto. Tenía una querida que era la joven esposa de un viejo noble. Pero el esposo se mostró irreductible. La querida podía esperar. Necesitaba a Povolsky en el curso de las vacaciones para que enseñara piano a su hija y diera lecciones de inglés a su esposa (el francés hacía poco que había pasado de moda).

En el segundo acto, Adam Povolsky se entiende con la madre y con la hija. Para verse libre del esposo, los tres personajes le convencen de que está artrítico y de que debe ir a Pischany a tomar baños de fango.

En el tercer acto, el esposo descubre el engaño. «¡No tengo necesidad de ir a Pischany a revolcarme en fango! —exclama—. ¡Tengo el lodazal en mi propia casa!». Desafía a Adam Povolsky, pero llega el viejo noble, el marido cornudo de la enamorada de Povolsky y se lleva a éste a su finca. La comedia termina con un sermón del viejo noble a Adam Povolsky sobre los peligros de los enredos amorosos.

La farsa estaba adaptada del francés. Se estrenaban pocas comedias en Varsovia durante el verano, pero «El dilema de Povolsky» tuvo la virtud de llevar espectadores, incluso durante el tiempo más caluroso. La risa empezaba al levantarse el telón en el primer acto y ya no cesaba hasta el final del tercero. Las mujeres sofocaban sus risas con el pañuelo, a la vez que se secaban con él las lágrimas provocadas por las carcajadas contenidas. A veces, se escuchaba una risa que a duras penas parecía humana. Chasqueaba como si fuera un disparo y degeneraba en un relincho. Un cornudo se reía del otro. Le daba un golpe en la rodilla y le hacía caer de su asiento. Su esposa le animaba y trataba de que se sentara otra vez en su silla. Emilia sonreía y se abanicaba. Las lámparas de gas intensificaban el calor. Yasha apenas podía conservar una expresión amable en el rostro. Había visto centenares de farsas parecidas. El esposo era siempre fatuo; la mujer, infiel; el amante, astuto. En el momento en que Yasha dejó de sonreír, sus cejas se fruncieron. ¿Quién se burlaba aquí de quién? Existía la misma chusma por todas partes. Bailaba en las bodas, lloraba en los entierros, juraba fidelidad ante el altar para corromper la institución del matrimonio, derramaba lágrimas ante un

pobre huérfano abandonado y se mataba entre sí en guerras, pogroms y revoluciones. Tenía en la suya la mano de Emilia, pero la cólera hervía en su interior. No podía abandonar a Esther y convertirse, ni tampoco trocarse de la noche a la mañana en un ladrón por causa de Emilia. La miró de reojo. Reía menos que los demás, seguramente para evitar parecer ordinaria, pero parecía disfrutar con las bufonadas serpentinescas de Povolsky y las frases de doble sentido. Quizá también se estaba burlando de él. Yasha era de corta estatura, en tanto que aquel actor era alto y ancho de hombros. En Italia, Yasha, desde el punto de vista del idioma, sería un inútil durante los primeros años, mientras que Emilia podría comunicarse en francés y aprendería rápidamente el italiano. En tanto que él estuviera realizando sus actuaciones, expuesto a desnucarse cualquier día, ella tendría abierto su salón, donde recibiría a sus invitados entre los que buscaría un novio para Halina, y quien sabe si ella misma encontraría un Povolsky italiano. Todas eran iguales. Arañas voraces. Todas.

¡No! ¡No!, gritó algo en su interior. No caería en la trampa. Mañana mismo saldría de estampida. Dejaría todo a sus espaldas: Emilia, Wolsky, el «Alhambra», la magia, Magda... ¡Ya había sido mago durante demasiado tiempo! ¡Ya había paseado por la cuerda floja demasiadas veces! Súbitamente, recordó la nueva prueba de habilidad que había introducido en su repertorio: el salto mortal en el alambre. ¿Qué sucedería si se cayera al efectuarlo y su cuerpo quedara destrozado? Indudablemente, le pondrían a la entrada del teatro a pedir limosna y ni uno solo de sus admiradores actuales se inclinaría para echarle un groschen en el sombrero.

Separó su mano de la de Emilia. Ésta volvió a buscársela, pero Yasha se dio vuelta en la oscuridad, sorprendido de su propia rebelión. Aquellos pensamientos que ahora tenía no eran una novedad para él. Incluso antes de conocer a Emilia, ya había luchado con problemas semejantes. Iba detrás de las mujeres, pero las odiaba, como el borracho odia el alcohol. Y mientras proyectaba nuevos ejercicios de habilidad, se sentía asaltado por el temor de que pudiera llegar a olvidar los antiguos, y provocar así su inesperada muerte. Ya antes de Emilia se había uncido a un yugo hartado pesado. Mantenía a Magda, a Elzbieta y a Bolek. Pagaba la renta del apartamento de Varsovia. Vagabundeaba durante varios meses seguidos en provincias, alojándose en posadas infectas, trabajando en locales helados, viajando por caminos peligrosos. ¿Y qué ganaba con todo aquello? El granjero más humilde disfrutaba de más paz espiritual y tenía menos preocupaciones que él. A veces, Emilia le echaba en cara que sólo trabajaba para el diablo.

Aquella frase acompañaba de una forma extraña a sus cavilaciones. ¿Cuánto tiempo duraría el tener que dejarse arrastrar de aquella manera? ¿Qué nuevas

cargas habrían de recaer sobre sus hombros? ¿Con qué nuevos peligros y desastres tendría que enfrentarse? Estaba asqueado de los actores, del público, de Emilia, de sí mismo. Aquellas distinguidas señoras, aquellos apuestos caballeros, no se daban cuenta de la existencia de Yasha, ni éste de la de ellos. Habían fundido arteramente el materialismo con la religión, el amor cristiano con el odio mundano, la nupcialidad con el adulterio. Él seguía siendo un espíritu asombrado. Sus pasiones le azotaban como si fueran látigos. Nunca había dejado de sentir remordimientos, vergüenza y miedo a la muerte. Pasaba muchas noches de agonía haciendo cálculos con sus años. ¿Cuántos le quedarían de ser joven? La vejez se abatiría el día menos pensado sobre él. ¿Puede haber algo más inútil que un mago de avanzada edad? A veces, cuando se encontraba en la cama sin poder pegar los ojos, asaltaban su imaginación pasajes hacía ya tiempo olvidados de la Biblia, oraciones, los proverbios llenos de sabiduría de su abuela, los severos consejos morales de su padre. En su interior, le parecía oír una tonada de Yom Kippur:

¿A qué puede aspirar el hombre

Cuando la muerte apague su fuego...?

Pensamientos de arrepentimiento le rodeaban. Después de todo, ¿quién sabe si no sería verdad que existía Dios? ¿No sería posible que fueran ciertas las palabras sagradas? No parecía posible que el mundo se hubiese creado a sí mismo o hubiera evolucionado sencillamente saliendo de la niebla. Quizá nos esperaba el día de la rendición de cuentas, en el que las buenas acciones serían pesadas en un platillo de la balanza, y las malas en el otro. Si esto fuera cierto, cada uno de los minutos que se viven son preciosos. Si así fuera, él se había buscado no un infierno, sino dos. ¡Uno en este mundo, y otro en el otro!

Aunque, ¿cuál era la solución concreta que podría adoptar? ¿Dejarse crecer la barba y las patillas? ¿Ponerse el chal de las plegarias y las filacterias y orar tres veces al día? ¿De dónde sacaban que toda la verdad habría de estar precisamente en el código religioso judío? Tal vez las respuestas se encontraban también entre los cristianos, los mahometanos y otras sectas. También ellos tenían sus libros sagrados, sus profecías y toda clase de leyendas referentes a milagros y revelaciones. Sentía dentro de él la lucha de las fuerzas del bien y del mal. Pasado un rato, empezó a soñar despierto en aparatos voladores, nuevos amores, nuevas aventuras, viajes,

tesoros, descubrimientos, harenes...

Al final del tercer acto, cayó el telón. Los aplausos eran ensordecedores. Los hombres gritaban «¡Bravo! ¡Bravo!». Alguien llevó dos grandes ramos de flores al escenario. Los actores se dieron la mano, hicieron reverencias, sonrieron, miraron hacia los palcos ocupados por las gentes opulentas. «¿Sería posible que fuera éste el fin de la Creación?», se preguntaba Yasha a sí mismo. «¿Es esto lo que Dios quiere? Si así fuera, lo mejor sería suicidarse».

—¿Qué te sucede? —le preguntó Emilia—. Parece que hoy te encuentras de mal talante.

—No, no me ocurre nada.

Desde el teatro a la casa de Emilia, situada en la calle Krolevska, la distancia era corta, pero, no obstante, Yasha alquiló un *droshky* para hacer el recorrido. Ordenó al cochero que fuera despacio. En el interior del teatro hacía calor, pero fuera, soplaban frías brisas que llegaban del Vístula y del bosque de Praga. Las farolas de gas de las calles arrojaban su resplandor lleno de sombras. El cielo radiante estaba en cambio esplendorosamente iluminado por las estrellas. Sólo se tenía que levantar la vista hacia el infinito y el espíritu se elevaba inmediatamente. Yasha conocía poco de Astronomía, aunque había leído varios libros relacionados con el tema. Incluso había varios libros relacionados con el tema. Incluso había visto a través de un telescopio los anillos de Saturno y las montañas de la Luna. Dondequiera que la verdad pudiera encontrarse, había una cosa incuestionable: que el cielo era inmenso, ilimitado. La luz de las estrellas tardaba miles de años en llegar hasta nuestros ojos. Las estrellas fijas que centelleaban en el cielo eran soles, cada uno de ellos con sus propios planetas, que, probablemente, eran otros tantos mundos. Aquella pálida mancha que se veía era, probablemente, lo que se llamaba la Vía Láctea, una franja compuesta por infinitos millones de cuerpos celestes. Yasha nunca se perdía los artículos astronómicos y de otros temas científicos que aparecían en el *Courier Warszawski*. Los hombres de ciencia hacían constantemente nuevos descubrimientos. El cosmos no se medía ya por kilómetros, sino por años-luz. Se había inventado un mecanismo capaz de analizar los componentes químicos de la estrella más lejana. Eran construidos telescopios cada vez mayores que revelaban los secretos del espacio. Se predecían con exactitud cada uno de los eclipses del Sol y de la Luna y el regreso de todos los cometas. Yasha reflexionaba en aquellos momentos lo que podría haber sido de él si se hubiese dedicado a completar su educación en lugar de dedicarse a la magia. Pero ahora era ya demasiado tarde.

El *droshky* iba por la plaza Alexander, paralela a los Jardines de Sajonia. Yasha respiró hondamente. En la oscuridad, el parque parecía estar lleno de misterio. Se veían pequeñas lucecitas en la profundidad de la espesura. De la vegetación, salían aromas turbadores. Yasha se llevó a los labios la mano enguantada de Emilia y le besó la muñeca. Volvía a sentir de nuevo amor por ella. Deseaba su cuerpo. Tenía el rostro envuelto en sombra. Sus ojos brillaban como joyas gemelas, salpicadas de oro, de fuego, de nocturnas promesas. Al ir hacia el

teatro, le había comprado una rosa que ahora exudaba un olor embriagador. Yasha acercó su nariz a la rosa y le pareció que aspiraba todo el aroma del universo. Si un poquito de tierra y de agua eran capaces de crear semejante aroma, determinó que, indudablemente, la Creación no podía ser una mala cosa. «Debo de dejar de pensar en todas estas tonterías», se dijo a sí mismo.

—¿Qué decías, cariño?

—Decía que te adoro y que no puedo esperar más a que seas mía.

Emilia aguardó un momento antes de contestar. A través de la fina tela de su vestido, su rodilla tocaba la de él. Algo parecido a la electricidad atravesó la seda recorriendo el cuerpo de Yasha. Le dominaba el deseo. Le bajó un estremecimiento por la espina dorsal.

—A mí me resulta aún más difícil contenerme que a ti —dijo por fin la mujer.

Se quedaron inmóviles, mientras el caballo caminaba al paso. Los hombros del cochero caían hacia abajo, como si se encontrara dormitando. Ambos parecían atentos al deseo que les dominaba y que iba de la rodilla de ella a la de él y viceversa. Sus cuerpos conversaban en un lenguaje propio sin palabras. «¡Tienes que ser mía!», le decía una rodilla a la otra. A Yasha le consumía un silencio lleno de expectación, parecido al que le envolvía cuando pasaba por la cuerda floja. De pronto, Emilia inclinó su cabeza. El ala del sombrero de paja que llevaba formó como una techumbre encima de la cabeza del hombre. Los labios de ella tocaron la oreja varonil.

—Quiero darte un hijo —susurró.

Él la abrazó y le mordió los labios. Su boca bebió y bebió. Le parecía como si hubiese dejado de respirar. Esther le habló repetidamente, en un tiempo, de tener un hijo, pero ya hacía mucho que había dejado de hacerlo. Magda también hubiese querido tener un hijo, pero él no la había tomado nunca en serio. Parecía haberse olvidado ya de este elemento imprescindible en su vida. Pero Emilia no lo había olvidado. Aún era lo bastante joven para poder engendrar. «Quizá ésta sea la verdadera causa del tormento que sufro. Me encuentro sin un heredero».

—Sí, un hijo —le contestó a la mujer.

—¿Cuándo?

Sus bocas se fundieron de nuevo, consumiéndose entre sí, de una manera silenciosa, brutal. El caballo se detuvo y el cochero pareció despertar.

—¡Arre!

Llegaron ante la casa de Emilia y Yasha la ayudó a apearse. No tocó inmediatamente el timbre, sino que se quedó al lado de él en la acera, junto al portal.

—Bueno, ya es tarde —dijo tocando el timbre.

Por el rumor de los pasos, Yasha se dio cuenta que era la esposa del portero y no éste quien venía a franquearles la entrada. El portal se encontraba sumido en la oscuridad. Emilia entró y Yasha se escurrió tras ella con habilidad, sin que se diera cuenta de que la seguía. La portera volvió a meterse en su cubículo. En la oscuridad, tomó el brazo de Emilia, que se sobresaltó.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Qué has hecho, Dios santo?

Rió con voz apagada en la oscuridad, asombrada de la habilidad y el atrevimiento del hombre.

Permanecieron inmóviles un momento deliberando.

—No, éste no es el camino a seguir —susurró ella.

—Sólo quiero besarte.

—¿Cómo entrarás en casa? Yadviga nos abrirá la puerta.

—Ya la abriré yo.

Subió las escaleras con ella. Se detuvieron varias veces para besarse. Él abrió fácilmente la cerradura. El pasillo estaba en sombra. Un silencio de medianoche salía de las habitaciones. Yasha entró en la sala, arrastrando a Emilia consigo. Ella intentaba resistir y lucharon silenciosamente. Él la llevó hasta el sofá; por fin, la mujer le siguió, como si ya no fuera dueña de sí misma.

—No quiero empezar nuestra vida en común pecando —dijo.

—No.

Él quería desnudarla, pero el vestido de seda empezó a restallar y a despedir pequeñas chispas. Aunque Yasha sabía que aquello no era más que electricidad estática, no dejó de sorprenderle. Emilia se asustó. Le agarró por ambas muñecas con tanta fuerza que le hacía daño.

—¿Cómo te marcharás?

—Por la ventana.

—Halina puede despertarse.

De pronto, se echó hacia atrás y exclamó:

—¡No, no debes de irte!

Al día siguiente, Yasha durmió hasta tarde. Estuvo dormitando hasta la una del mediodía. Magda seguía conservando las costumbres campesinas. No podía comprender que se pudiera estar en la cama hasta el mediodía. Pero hacía mucho tiempo que se había acostumbrado al hecho de que Yasha no era como las demás personas. Podía comer más y ayunar durante más tiempo que los demás; podía permanecer despierto por la noche, y dormir durante todo el día. Al despertar de un profundo sueño, podía hablar con ella con toda naturalidad, como si hubiese estado fingiendo que dormía. Cuando pensaba despierto, se le notaba en la frente y en las venas de las sienes. ¿Quién sabe? Quizá era así como se le ocurrían nuevos ejercicios de habilidad. Magda caminaba de puntillas por toda la casa. Le servía gachas de avena con patatas y setas. Yasha comía y en seguida se volvía a dormir. Magda, entonces, empezaba a murmurar para sí, en su jerga campesina:

—Ronca tus pecados, puerco, perro. Te ha dejado seco, esa tiñosa duquesa.

Magda tenía un remedio para combatir todas sus penas: el trabajo. Como Yasha trataba muy mal su ropa, necesitaba constantemente que se la remendase. Perdía los botones, reventaba las costuras, se ponía una camisa y se la quitaba al día siguiente, como si estuviera llena de piojos. Siempre era necesario ir detrás de él recogiendo sus cosas, lavándolas, cosiéndolas, limpiándolas. También los animales necesitaban cuidados: los caballos en el establo, el mono, el loro, el cuervo. Lo era todo para él: esposa, criada, ayudante de escenario. ¿Y qué recibía a cambio? Nada... Un mendrugo de pan. En realidad, él no poseía nada. Todo el mundo le robaba, le estafaba, le engañaba. Tan inteligente como era en el escenario, hipnotizando y adivinando el pensamiento o fuera de él, leyendo libros y revistas, era un estúpido cuando se trataba de asuntos prácticos. También estaba arruinando su salud. No debería de ir vagabundeando noche tras noche. Aunque estaba sano, a veces parecía débil como un mosquito. Le daba un soponcio y se quedaba inmóvil, como si sufriera un ataque.

Magda lavaba, limpiaba, barría y quitaba el polvo. Las vecinas solían llamar a su puerta pidiendo que les prestase una cebolla, un diente de ajo, un dedo de leche, un poco de manteca para dorar la cebolla. Nunca rechazaba a nadie. Comparada con aquellos miserables, Magda podía considerarse casi rica. Además,

tenía mala fama y se veía obligada a estar bien con el vecindario, adulándole. Oficialmente, las autoridades municipales, la habían registrado como criada. Cuando alguna vecina se enfadaba con ella, la llamaba ramera y carroña y sugería que deberían de darle la cartilla amarilla de las prostitutas. Los hombres que estaban borrachos solían molestarla cuando iba a la tienda o a la fuente, y los críos iban detrás de ella, gritándole:

— ¡Putas de los judíos!

La campana de la iglesia de San Juan tocó las dos, y Magda entró en la alcoba de Yasha. No dormía, sino que estaba sentado en la cama, mirando fijamente a lo lejos.

— ¿Has dormido bien? — le preguntó.

— Sí, estaba cansado.

— ¿Cuándo empezamos a ensayar? Sólo falta una semana para la apertura.

— Sí, ya lo sé.

— Hay carteles por todas partes. Tu nombre aparece en letras gigantescas.

Yasha deseaba bañarse y Magda enseguida empezó a calentar ollas de agua para él. Le enjabonó de arriba abajo en el artesón de madera, le enjuagó y le dio masaje. Magda, como cualquier otra mujer, anhelaba tener un hijo. Estaba preparada para darle a Yasha uno ilegítimo. Pero aun en esto estafaba él a la muchacha. Quería ser él el niño. Magda le bañaba, le lisonjeaba, le acariciaba. La trataba peor que si fuera su peor enemigo, pero cuando pasaba unas cuantas horas con ella y daba a entender que la necesitaba, el amor de Magda por él se hacía más ardiente que nunca.

De repente, él le preguntó:

— ¿Necesitas algún vestido para el verano?

En seguida, empezaron a aflorarle las lágrimas a los ojos.

— ¿Ahora te acuerdas?

— ¿Por qué no me lo dices? Ya sabes que soy desmemoriado.

—No te quiero molestar. Lo dejaré para tu nueva señora.

—Pronto voy a comprarte todo un vestuario. Ya te he dicho que te tengo dentro de mi corazón. Pase lo que pase, espérame siempre.

—Sí, esperaré.

—Desnúdate. Bañémonos juntos.

Magda se sintió sorprendida ante semejante proposición, pero él se apoderó de ella y empezó a desnudarla. La muchacha no se avergonzaba de su desnudez, sino de su flaco cuerpo. Se le marcaban las costillas. La tabla del pecho era lisa, casi sin senos, las rodillas, angulosas y los brazos, delgados como palos. La erupción le había bajado de la cara, invadiéndole la espalda. Permanecía desnuda ante él, como un esqueleto avergonzado. Él saltó fuera de la tina y la metió dentro. La bañó, enjabonándola y acariciándola. Luego, le hizo cosquillas hasta hacerla reír. Después, la llevo a la alcoba y echó las cortinas. Le hacía el amor tan a menudo y durante tanto tiempo que el miedo llegaba a apoderarse del corazón de la muchacha. No había duda de que era un brujo que tenía la fuerza de un demonio.

Últimamente, la había evitado. Durante varios días, no oyó ella el sonido de su voz. Ahora, le hablaba como acostumbraba a hacerlo antes. Le preguntó acerca de las costumbres rurales, y la muchacha le refirió varios ritos relacionados con la cosecha. Le habló de las hadas que se ocultan entre el trigo evitando las hoces de los segadores y los mayales de las trilladoras. Le contó que los muchachos hacían una muñeca de paja y la tiraban al río; que había un árbol al que los campesinos viejos iban a rezar pidiendo que lloviese, aunque los curas lo habían prohibido; que en las buhardillas de los ancianos del pueblo se guardaban gallos de madera que en tiempos de sequía eran rociados de agua, como un talismán para traer la lluvia. Yasha le estuvo escuchando atentamente y, luego, le preguntó:

—¿Crees en Dios?

—Sí, creo.

—Entonces, ¿por qué ha creado todo esto? Bueno, mira, en los bolsillos de mi pantalón hay diez rublos. Cógelos y vete a ver a una costurera.

—No me gusta registrarte los bolsillos.

—Ve y haz lo que te digo antes de que desaparezcan.

La muchacha se dirigió a la otra habitación, donde él colgaba sus pantalones, y se apoderó de los diez rublos. Cuando volvió, él ya se había vuelto a dormir. Le hubiese gustado besar su frente, pero no lo hizo por temor a que despertara. Permaneció en pie en el umbral, mirándole un largo rato, con el doloroso convencimiento de que por mucho tiempo que le tratase nunca acabaría de conocerle. Era, y continuaría siéndolo siempre, un enigma para ella, en cuerpo y alma. Quizás precisamente en esto estaba la razón de que ella se hubiera echado a temblar y se hubiese apegado tanto a él. Por fin se dedicó a limpiar el baño. En la casa, en el segundo portal, vivía una costurera. Magda escupió en el billete y se lo guardó en el seno. Inesperadamente, el día se había vuelto feliz.

Yasha durmió durante todo aquel día de verano. Había llovido y el cielo se volvió a aclarar. Abrió los ojos. La alcoba estaba sumida en una semioscuridad. Percibió olor de comida procedente de la cocina. Magda estaba friendo patatas con chuletas y coles agrias. No había comido otra cosa que las gachas de avena y se despertó hambriento. Se vistió rápidamente y se dirigió a la cocina. Besó a Magda y comió lo que ya estaba preparado: huevas de atún con pan. Cogió de la sartén una chuleta a medio freír. Magda le riñó cariñosamente y, luego, le dijo:

—Quisiera que todos los días fueran como hoy.

Mientras Magda hablaba, pareció como si anduvieran en la puerta de entrada pretendiendo pasar. Yasha la abrió, y apareció una niña pequeña envuelta en un gran chal, que debía de conocerle, porque sin más preámbulos le dijo:

—Panie Yasha, en el portal hay una señora esperando, que dice que quiere verle.

—¿Una señora?

—Dijo que se llama Zefitel.

—Gracias, pequeña. Dile que ahora bajaré.

Y entregó dos groschen a la niña.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Magda se puso a batir las manos y a exclamar.

—¡No, no bajarás! ¡Se te está quedando fría la cena!

—Pero, mujer, no la puedo dejar esperando ahí abajo.

—Ya sé quién es. Esa perdida de Piask.

Le agarró con tanta fuerza que se vio obligado a desprenderse violentamente

de ella. El rostro de la mujer se contrajo en el acto, se le encrespó el cabello, los ojos verdes y claros brillaron como los de un gato. Al empujarla, Yasha estuvo a punto de caer dentro del artesón de agua. Pensó que siempre le sucedía lo mismo. Cada vez que era bueno con una mujer, ésta se creía con derecho a esclavizarle. Cerró la puerta tras de sí, oyendo cómo Magda lloraba, silbaba como una serpiente, gritaba cosas ininteligibles a sus espaldas. Sintió lástima de ella, pero no podía dejar que Zefitel estuviera esperando en la calle. Bajó por la escalera, percibiendo los olores que salían de los pisos. Los niños lloraban, los enfermos suspiraban, las mozas cantaban canciones de amor. En algún lugar del tejado, los gatos en celo lanzaban terribles maullidos. Se detuvo un momento en la oscuridad, pensando qué era lo que debía hacer.

«Le daré alguna cosa y le diré que se largue» —decidió—: «Mi vida está ya bastante complicada para que venga ahora ésta a complicarla más». En el mismo momento, recordó que tenía una cita con Emilia. La noche anterior, le había invitado a que fuera a cenar con ella. Eso fue lo que dijo cuando se separaron y él se fue saltando por la ventana. «¿Cómo se me ha podido olvidar semejante cosa?» —se preguntó extrañado—. «Dios mío, todo se me olvida... Le prometí escribir a Esther en cuanto llegase a Varsovia y todavía no lo he hecho. La pobre debe de estar medio loca de preocupación. ¿Qué es lo que anda mal dentro de mí? ¿Estoy enfermo o qué es lo que me pasa?».

Se apoyó en la barandilla, como si quisiera contemplar desde lo alto todo el panorama de su vida. Había desperdiciado un día, dormitando y soñando. Era como si hubiese saltado por encima de un largo período de tiempo, dado lo mucho que tenía que hacer. Sencillamente, no le era posible concentrarse en nada. Tenía ya planeado su debut y, sin embargo, aún no había comenzado a ensayar. Nunca dejaba de pensar en Emilia, pero lo cierto era que aún no había llegado a una decisión definitiva respecto a ella. Se dijo a sí mismo que el mal que le aquejaba era que nunca llegaba a tomar decisiones en nada. El cambio de actitud de Emilia en los últimos momentos no dejó de ser un golpe para él. Parecía haber resistido a sus poderes hipnóticos. Antes de que se marchara, le besó y le repitió lo mucho que le quería, pero su voz parecía estar teñida de un acento de triunfo. «Tal vez haya sido un bien que me haya olvidado de la cena. ¿Por qué permitir que crea que soy yo quien va detrás de ella?». Y, de repente, pensó: «¿Qué es todo esto, a fin de cuentas?». Quizá en aquel mismo momento Emilia había dejado de quererle o se había convertido en su enemiga.

Le asaltaron pensamientos absurdos. Empezó a jugar mentalmente con los «quizá», y los «tal vez», tal como lo había hecho de colegial, cuando especulaba si

su padre era el diablo, su maestro un demonio y su preceptor un *werewolf*, e ilusión todo lo demás. Las tendencias y características de aquellos años seguían viviendo en su interior. De no ser así, no caminaría, sino que bajaría la escalera dando saltos, como si fuera un pájaro, arañando el yeso con la uña al pasar. Además, le asustaba la oscuridad, a él que, por una apuesta, había pasado toda una noche en el cementerio. Terribles sombras parecían salir de la penumbra rodeándolo. Rostros con melena de caballo, picos puntiagudos, agujeros en lugar de ojos. No cesaba de experimentar la sensación de que le separaba la más sutil de las barreras de aquellos seres que pululaban en la sombra a su alrededor, ayudándole unas veces, desconcertándole otras, y haciéndole toda clase de jugarretas. Yasha los tenía que mantener a raya para no caer cuando pasaba por la cuerda floja, perder el uso de la palabra o enfermar y volverse impotente.

Llegó abajo y vio a Zefitel. Estaba frente al portal, bajo un farol, con un chal echado sobre los hombros. El farol le bañaba el rostro de luz amarillenta. Parecía lo que realmente era: una provinciana que acababa de llegar a Varsovia. Se había cogido el pelo en dos rodetes, uno a cada lado de la cabeza, con la indudable intención de parecer más joven. Sobre ella se cernía esa sensación de transitoriedad, propia de los que habiendo arrancado sus raíces se sienten extraños hasta de sí mismos.

—¿Qué? ¿Por fin te has decidido a venir? —preguntó Yasha.

Zefitel se sobresaltó.

—¡Qué susto me has dado! Empezaba a pensar que no bajarías.

Se adelantó como si tuviera intención de besarle, cosa que no pudo llevar a cabo. En aquel momento, pasó junto a ellos, suspirando y rezongando entre dientes, una ama de casa que llevaba un cubo de agua que acababa de llenar en la bomba. Rozó a Zefitel, dejando caer un poco de líquido sobre sus zapatitos de botones.

—¡Maldita mujer! —exclamó levantando por turno los pies y secándose los zapatos con la punta del chal.

—¿Cuándo llegaste?

Zefitel pensó en la pregunta como si no acabara de entenderla. El largo viaje parecía haber embotado su comprensión.

—Salí y aquí estoy. ¿Crees tú que acepté el importe del viaje para nada?

—Lo consideraba sólo una posibilidad.

—Piask no es un pueblo, es un cementerio. Vendí todo lo que tenía. Me engañaron. ¿Qué se puede esperar de unos ladrones? Me consideré dichosa de haber podido salir con vida.

—¿Dónde te hospedas?

—Con una mujer que se dedica a buscar colocación a las sirvientas. Me prometió trabajo, pero, de momento, no lo hay. Al paso que vamos, habrá más criadas que señoras. Necesito hablar contigo.

—Me está esperando la cena.

—Yasha, he pasado un verdadero calvario tratando de localizarte. Nadie conocía la calle ni el número de la casa. ¿Cómo se podía ver el número en la oscuridad? Hasta que encontré a esa chiquilla que fue a llamarte, creí morir. No quise subir a tu piso, porque sabía que la otra está arriba. Seríamos dos gatos metidos en el mismo saco.

—Está terminando de hacer la cena. ¿Por qué no me esperas otra media hora más?

—Ven conmigo, Yasha. ¿Dónde podría esperarte? A cada momento, pasan hombres borrachos que creen que todas las muchachas son una cualquiera. Compraremos alguna cosa de comer. Ya sé que tú eres un personaje, el mago de Varsovia, y yo, una pobre muchacha provinciana. Pero, como dice la frase, no somos del todo extraños el uno al otro. Todos te envían recuerdos: Blind Mechl, Berish Visoker, Chaim-Leib.

—Muchas gracias.

—No tienes que darme las gracias. ¿Para qué puedo yo necesitarlas? Te hablo y parece que no me escuchas. ¿Es que ya te has olvidado de todo? Lo que ha pasado ha sido sencillamente esto —añadió cambiando de tono—: Fui a ver a esa mujer, agente de colocaciones, quien me dijo: «Ha llegado usted en un mal momento. Las señoras han empezado a marcharse al campo». Recogí la cesta que llevaba para marcharme, cuando oí que me llamaba. «¿Dónde va usted a ir?», me preguntó. Parece ser que presta dinero con interés a las muchachas de servir. Como quiera que sea, me dejó sitio en el suelo donde dormir. A mi lado duermen y roncan tres cocineras, una de ellas haciendo tanto ruido que no me deja cerrar los ojos en toda

la noche, y me limito a permanecer echada y a llorar. Con Leibush yo era, al fin y al cabo, dueña de mí misma. Cuando salí, por la mañana, se me acercó un hombre, una especie de lechuguino con cadena de reloj y gemelos en los puños, que me preguntó: «¿Quién es usted?». Yo se lo conté todo. «Lo que pasó es que mi marido me ha abandonado y no sé donde ha ido». Siguió haciéndome preguntas y, por fin, dijo: «¡Yo sé dónde está su marido!». «¿Dónde?», grité. Bueno, para abreviar el relato, este hombre viene de América, pero de otra América de la que conocemos. Parece ser que allí es donde se encuentra Leibush. Yo empecé a llorar como si estuviese escuchando el Yom Kippur. «¿Dónde piensa usted ir con tan bonitos ojos como tiene?», me preguntó. Hablaba tan cariñosamente que encandilaba a cualquiera. Parecía de esos que van repartiendo dinero y bombones de chocolate a su paso. «Venga conmigo —me dijo—, la llevaré adonde se encuentra su esposo, que tendrá que volver a reunirse con usted o divorciarse». Parece ser que se marcha a América dentro de un par de semanas y está dispuesto a prestarme el importe del pasaje. De todas maneras, tengo miedo.

Zeftel dejó repentinamente de hablar y Yasha emitió un silbido y exclamó:

—¡Valiente pájaro!

—¿Le conoces?

—Ni ganas. ¿Es que no sabes lo que es un alcahuete? Te arrastrará con él, hasta Dios sabe dónde, dejándote en un prostíbulo.

—Habla de una manera tan amable...

—Pero conoce a tu marido lo mismo que yo conozco a tu abuela.

Fueron caminando hacia la avenida Długa. Zeftel cogió la punta de su chal.

—¿Y qué puedo hacer? He de encontrar trabajo. Ese hombre me ha alojado en casa de una hermana suya. Allí es donde he pasado la última noche.

—¿Con que una hermana suya, eh? Es tan hermana suya como yo soy tu tío abuelo.

Yasha se asombró de lo rápidamente que había adoptado el tono y la jerga de Zeftel.

—Seguramente, es dueña de un burdel, y comparte los beneficios con

él —dijo—. Te venderá a algún lugar, a Buenos Aires o Dios sabe adónde. Allí te pudrirás en vida.

—¿Qué estás diciendo? Precisamente, es ese el nombre que él mencionó. ¿Dónde se encuentra esa ciudad? ¿En América?

—Donde se encuentre no tiene importancia. Allí se trafica con carne de mujer, con esclavas blancas. Están al acecho de estúpidas como tú. Los periódicos están llenos de casos parecidos. ¿Dónde vive su hermana?

—En la calle Nizka.

—Bueno, iremos allí a dar un vistazo. ¿Por qué habría de ofrecerse a adelantarte el pasaje? ¿No te das cuenta de la clase de individuo que es?

Zeftel hizo una pausa antes de contestar.

—Sí, y por eso he venido a verte. Pero cuando se duerme en el suelo y las chinches se la comen viva a una, se hace lo que se puede. En casa de su hermana, todo está limpio. Dispongo de una cama con sábanas. También me da de comer. Yo quise pagarle, pero me dijo: «No se preocupe de eso. Ya ajustaremos cuentas más tarde».

—Basta. Sal inmediatamente de ahí, si no quieres convertirte en una prostituta, en Buenos Aires.

—¿Qué estás diciendo? Yo fui siempre una muchacha honrada. ¡Si Leibush hubiera apreciado lo que valía! Fui una buena esposa para él, pero estaba más tiempo encerrado que en casa. Tres semanas después de la boda, ya estaba en la cárcel. Luego, desapareció por completo. ¿Qué podía hacer yo? Después de todo, soy de carne y hueso. Todo Piask iba detrás de mí, empezando por sus mejores amigos. Pero yo no quise perder mi tiempo con nadie, porque te quería a ti, Yasha. Pero no creas que vaya a obligarte a nada. Tengo mi orgullo, como vulgarmente se dice, pero te tengo dentro del corazón. Desde que te fuiste, no hacía más que pensar en ti. Ahora que estoy caminando a tu lado, me parece estar volando. ¡Y ni siquiera me has besado todavía! —terminó diciendo en tono de reproche.

—Allí no podía hacerlo. Todo el mundo estaba espiando tras de las ventanas.

—Bésame. Sigo siendo la misma Zeftel.

Y apartó el chal para que la abrazara.

«¡Eso es lo que me faltaba!» —se dijo Yasha a sí mismo—. Era bien extraño que se hubiese olvidado de Zefitel y de que le hubiese dado el importe del viaje para que se trasladara a Varsovia. Se había olvidado por completo de ella, esa era la verdad. Se maravilló de sus propios enredos, aunque, en el fondo, sentía cierto perverso placer en ellos, como si su vida fuera un libro de cuentos, en que la situación se hace cada vez más difícil, hasta el punto en que apenas se puede esperar a doblar la página. Antes, sentía hambre, pero, ahora, había perdido por completo el apetito. La noche era cálida, incluso un poco húmeda, pero él sintió un estremecimiento en la espalda, como si hubiera estado enfermo y saliese a la calle antes de tiempo. Aquel temblor le obligó a detenerse. Buscó con la mirada un *droshky*, pero no pudo ver ninguno en toda la calle Freta, por lo que condujo a Zefitel hacia la calle Franziskaner. Decidió librarse de ella y marcharse a casa de Emilia. ¿Qué pensaría ésta? Era la primera vez que faltaba a una promesa que le había hecho. Temía que lo considerara como un insulto. Todas las cosas parecían pendientes de un hilo. También lamentó haber dejado a Magda de aquella manera, y se dio cuenta de que había experimentado un cambio. Otras veces, antes, había tenido simultáneamente media docena de líos amorosos, sin la menor dificultad. Las había engañado a todas sin pensarlo demasiado y se había liberado de ellas cuando lo estimó necesario, sin sentir ningún remordimiento de conciencia. Ahora, se ponía a meditar sobre cosas insignificantes y buscaba hacer siempre lo que fuera más correcto. «¿Acaso me estoy volviendo un santo o qué es lo que me pasa?», se preguntaba. Apenas era posible comparar a Emilia con Leftel y Magda y, sin embargo, había algo en su cerebro que parecía ordenarle que no dejara a Zefitel en aquellos momentos. Por alguna razón, deseaba «cuidarse» de aquel rufián y de su supuesta hermana.

La calle Freta era estrecha y oscura, pero la calle Franziskaner aparecía iluminada por faroles de gas y por la luz que salía de las tiendas que estaban abiertas contraviniendo la ley. Aquí, los comerciantes traficaban en artículos de cuero y de lencería, libros religiosos y plumas. Los negocios se realizan incluso en los pisos altos y a través de las ventanas se divisaban toda clase de fábricas y talleres. Se arrollaba hilo, se pegaban bolsas de papel, se cosían telas y sombrillas y se tejían prendas de ropa interior. De los patios, salía ruido de sierras y martillos, y había un zumbido de máquinas, como si se trabajara durante el día. Las panaderías

trabajaban con toda su potencia, y de las chimeneas se escapaban cenizas y humo. De las amplias hendiduras de las cloacas ascendía un tufo familiar que recordaba el de Piask o Lublin. Jóvenes con largas vestiduras discurrían con libros talmúdicos debajo del brazo. Existían en la calle varios locales dedicados a estudios religiosos de los judíos. Los escasos *droshkys* que pasaban iban atestados de paquetes, que ocultaban por completo a los pasajeros. Sólo al llegar a la esquina de la calle Nalevki pudo encontrar Yasha un *droshky* vacío. Zefitel vacilaba como si estuviera embriagada, abrumada por el tumulto y la congestión. Subió al carruaje, recogiendo los flecos de su chal como pudo. Una vez dentro, se agarró a la manga de Yasha. Cuando el *droshky* dobló la esquina, Zefitel pareció también dar la vuelta.

—Si alguien me hubiese dicho que hoy iría en un *droshky* contigo, habría creído que me gastaba una broma.

—Tampoco yo te esperaba.

—Aquí, es como si fuese de día. Hay luz suficiente para pelar guisantes.

Y estrujaba el brazo de Yasha, atrayéndole hacia ella como si la iluminada calle volviera a despertar el amor en su fuero interno.

En la calle Gensha, volvió a cerrar la noche. Pasaba un entierro. Un solo plañidero acompañaba al muerto, destinado a entrar en la tumba en la oscuridad. «Quizás alguien como yo», pensó Yasha. Cerca de la avenida Dzika, las trotacalles llamaban a los transeúntes y Yasha las señaló, diciendo:

—Quieren convertirte en eso.

La calle Dzika estaba casi completamente a oscuras. Los globos de los contados faroles estaban sucios y cubiertos de humo. Las cloacas aparecían llenas de barro como si no fuera verano, sino después de la Fiesta de los Tabernáculos, durante la estación de lluvias. Aquí había varios depósitos de madera y unos cuantos establecimientos dedicados a tallar losas funerarias. La casa donde residía Zefitel no estaba lejos de la calle Smotcha y el cementerio judío. Entraron por una puerta colocada en una valla de madera. La escalera de la casa estaba en el exterior. Yasha y Zefitel entraron en una cocina pintada de color rosa, iluminada por un quinqué de petróleo, cubierto con una pantalla de papel con flecos. Todo aparecía cubierto con el mismo papel: la estufa, la despensa, el platero. En una silla, estaba sentada una mujer. Tenía un gran mechón de pelo amarillento, ojos amarillos, nariz ganchuda y barbilla aguzada. Descansaba en un taburete los pies, calzados con

zapatillas rojas de andar por casa. Cerca de ella, dormitaba un gato. La mujer tenía en la mano un calcetín de hombre, que zurcía puesto en un huevo de madera. Levantó la vista, medio sorprendida.

—Señora Miltz, este es el hombre de Lublin de quien le hablé, el mago.

La señora Miltz clavó la aguja en el calcetín.

—No hace más que hablar de usted. Que si el mago esto, que si el mago lo otro. Usted no tiene aspecto de ser un mago.

—¿Qué parezco?

—Un músico.

—En un tiempo me dedicaba a rascar el violín.

—¿De verdad? No importa lo que uno haga con tal de que sepa lo que tiene entre manos.

La mujer se frotó el pulgar en la palma de la mano e, inmediatamente, Yasha empezó a hablarle en su idioma.

—Tiene usted razón. El dinero es un ladrón.

—Mírela. Llega a Varsovia y en seguida va sola a todas partes —dijo señalando a Zefitel—. ¿Cómo ha podido usted dar con él? Temí que se perdiera. ¿Por qué se ha ido usted a vivir en la calle Freta? —añadió dirigiéndose a Yasha—. Allí, sólo viven los gentiles.

—Los gentiles no miran dentro de las ollas ajenas.

—Si cubre la olla con una tapadera, tampoco mirarán los judíos.

—Un judío levantaría la tapa y husmearía un poco.

Los ojos amarillos de la mujer parpadearon.

—Como que vivo y respiro que no es usted ningún necio. Siéntese, Zefitel, traiga una silla.

—¿Dónde está su hermano? —preguntó Zefitel.

La mujer enarcó sus cejas amarillentas.

—¿Cómo es eso? ¿Quiere firmar contrato con él?

—Este caballero quiere hablar con él.

—Se está arreglando en el cuarto de atrás. Ha de salir pronto. ¿Por qué no se quita el chal? Estamos en verano y no en invierno.

Después de dudar un poco, Zefitel se lo quitó.

—Tendrá que tomar un coche —observó la señora Miltz como si hablara consigo misma—. Le esperan unos traficantes.

—¿En qué comercia, en ganado? —preguntó Yasha, asombrado de sus propias palabras.

—¿Por qué habría de ser precisamente en ganado? Por más que, de donde él viene, el ganado no tiene fin.

—Comercia en diamantes —interrumpió Zefitel.

—También yo soy un experto en diamantes —fanfarroneó Yasha—. Haga el favor de mirar éste.

Mostró a la mujer una sortija con un gran diamante, que llevaba en el dedo meñique. La mujer lo miró con asombro y, después, su expresión se trocó en otra de reproche. Una amarga sonrisa apareció en su boca.

—Mi hermano es un hombre muy ocupado. No puede perder el tiempo en charlas insustanciales.

—Necesito puntualizar algunos extremos con él —dijo Yasha, consciente de su atrevimiento.

Se abrió una puerta y entró un hombre. Era alto, de robusta apostura, y tenía el mismo pelo amarillento que la mujer. Su nariz era ancha, sus labios gruesos y su redonda barbilla estaba henchida. Sus ojos eran saltones y amarillentos. No llevaba chaqueta y sí solamente camisa dura, sin cuello. Calzaba zapatos de charol sin

abrochar. Por la abertura de la camisa mostraba el ancho pecho profusamente cubierto por una pelambreira amarillenta. Yasha se dio cuenta inmediatamente de la clase de delincuente que era. En el rostro del hombre se veía la sonrisa del que ha estado espiando una conversación y se encuentra al corriente de todo lo que se ha hablado. Su aspecto era bonachón, astuto y confiado, la actitud de un gigante que se considera invencible. Al verle entrar, fue la mujer la que habló.

—Herman, éste es el mago, el amigo de Zefitel.

—¿Un mago? Tanto gusto. Muy buenas noches —replicó Herman amablemente, chispeándole los ojos.

Estrechó la mano de Yasha, más bien para hacer una ostentación de fuerza que para saludarle. Yasha no quiso dejarse achicar y se la apretó también cuanto pudo. Zefitel estaba sentada en el borde de la cama de metal en que dormía. Por fin, Herman aflojó el apretón.

—¿De dónde es usted? —le preguntó Yasha.

Los salientes ojos de Herman se llenaron de alegría.

—¿Qué de dónde soy? Soy ciudadano del mundo. ¡Varsovia es Varsovia y Lodz es Lodz! Me conocen en Berlín, y en Londres no soy ningún extraño.

—¿Dónde vive en la actualidad?

—Como dicen las Escrituras: *Mi silla es el cielo y mi taburete la tierra.*

—Veo que conoce las Escrituras.

—¿Las conoce usted también?

—Estuve estudiándolas un tiempo.

—¿Dónde? ¿En una Yeshivah?^[9]

—No, en una casa de oración, con un preceptor.

—Tiempos atrás, Dios me lo tenga en cuenta, fui estudiante del Talmud —manifestó Herman en tono amistoso y confidencial—. Pero de esto hace muchos años. Me gustaba comer, y en la Yeshivah criaba uno telarañas en el

estómago. Me trasladé a Berlín, con el propósito de estudiar Medicina, pero no había manera de que me entraran en la cabeza los pluscuamperfectos de la gramática alemana. Me tiraban mucho más las chicas alemanas. Así, pues, no tardé en trasladarme a Amberes, donde me convertí en lapidario de diamantes. Pronto me di cuenta de que el negocio estaba no en pulirlos, sino en venderlos. De forma que tiré los dados y me acogí a la vieja sentencia, que dice: *Procura no criar arrugas en el vientre*, y, sin saber cómo, me encontré en la Argentina. Últimamente, se han trasladado allí muchos judíos. Llegan con su hatillo de ropa al hombro y no tardan en convertirse en verdaderos hombres de negocios. Nosotros les llamamos *quentiniks*, en alemán son *hausierers* y, en Nueva York, les conocen con el nombre de *peddlers*,^[10] pero todo es la misma cosa. Esa mujer agente de colocaciones, no me acuerdo cómo se llama, tiene un hijo en Buenos Aires, quien me encargó que saludara a su madre. Fue en la agencia donde conocí a Zeffel. ¿Es acaso hermana suya?

—No, no es mi hermana.

—Por lo que a mí respecta, me da lo mismo que sea su tía.

—Herman, tienes que marcharte —interrumpió la mujer amarillenta—. Te están esperando los hombres de negocios.

—Déjales que esperen, que yo les he estado esperando mucho tiempo. De donde vengo, nadie tiene prisa. Los argentinos a todo dicen *mañana*.^[11] Son perezosos y quieren que todo se lo lleven a casa. Existen allí estepas —que ellos llaman *pampas*— que es donde pasta el ganado. Cuando el *gaucho*, que es el nombre que reciben sus habitantes, tiene hambre, como es demasiado gandul para matar una res, coge una destral y se corta un bistec del animal vivo. Lo asa con cuero y todo, pues es tan holgazán que ni siquiera quiere molestarse en quitárselo. Dice que la carne sabe mejor así. Los judíos que hay por allí no son perezosos, y por eso consiguen hacerse con los *pesos*, que es como llaman en la Argentina al dinero. Todo iría perfectamente si no fuese porque han ido para allá muchos hombres y hay muy pocas hijas de Eva. Y, sin mujer, el hombre es sólo la mitad de un cuerpo, como dice el Talmud. Allí, una muchacha vale su peso en oro. No lo digo en mal sentido. Se casa y aquí termina el asunto. Si después la cosa no marcha bien, es una pena, porque no se puede ni hablar de divorcio. Aunque uno se haya casado con una serpiente, debe de continuar viviendo con ella, pues eso es lo que los curas mandan. Así las cosas, ¿qué puede hacer un hombre? Pues calzarse las botas y salir pitando. Y así es como va dando vueltas la rueda de la fortuna. Mejor que ser una criada y dedicarse a lavar los calzoncillos de nadie, lo que debe de hacer su hermana es venirse conmigo. Allí, podrá conseguir todo lo que desea.

—Le he dicho que no es mi hermana.

—Bueno, ¿y qué más da? En Buenos Aires a nadie que llega le piden su *pedigree*.^[12] Allí decimos que eso de la genealogía sólo está bien para grabarla en la losa del sepulcro. ¿Qué clase de juegos de manos hace usted?

—Todos.

—¿Juega usted a las cartas?

—A veces.

— En el barco, durante la travesía, no se puede hacer otra cosa. Si no fuera por las cartas, uno se volvería loco. Hace un calor del infierno, y cuando se pasa el — ¿cómo le llaman ustedes? — el Ecuador, parece que vaya uno a asfixiarse. El sol cae vertical sobre la cabeza. Pero por la noche todavía hace más calor. Si se atreve uno a salir a la cubierta, se asa como un pollo al horno. Entonces, ¿qué recurso queda? Los naipes. En el viaje de vuelta, cierto individuo trató de engañarme. Le miré y le dije: «¿Qué lleva escondido en la manga, hermano? ¿El quinto as?». Hubiera querido comerme, pero yo no me asusto fácilmente. Allí, todo el mundo lleva su pistola. Si uno pretende ser demasiado vivo, no tarda en tener el cuerpo lleno de agujeros. ¿Quiere usted echar un vistazo a un revólver argentino?

— ¿Por qué no? Yo también tengo otro.

— ¿Lo necesita para sus juegos de manos?

— Es posible.

— Pues, como iba diciendo, aquel sujeto se dio cuenta de que no estaba tratando con un pardillo. Intentó también marcar las cartas, pero le atrapé. Zefitel ha dicho que hace usted juegos de manos con las cartas. ¿Qué sabe hacer con ellas?

— Empiezo por no engañar a nadie.

— Entonces, ¿qué?

— Traiga una baraja y se lo enseñaré.

— Herman, debes de marcharte — dijo la señora Miltz, con impaciencia.

— Espera un momento y no me atosigues más. Mi negocio no se escapará, y si se escapa, me importa un pito. ¿Sabes lo que podemos hacer? Vayamos a la otra habitación y tomemos un piscolabis.

— No tengo apetito — mintió Yasha.

— Ni falta que le hace. El apetito viene comiendo, como vulgarmente se dice. Aquí, en Polonia, no saben ustedes comer bien. Todo son tallarines y sopa de pollo, sopa de pollo y tallarines. Agua y nada más que agua. No hacen otra cosa que encharcarse el vientre. Los argentinos echan mano a un bistec de tres libras, que es lo que pone grasa en el riñón. Cuando se llega a la casa de un argentino, se le encuentra acostado a mediodía, y duerme como un tronco. El calor es infernal y las

moscas chupan la sangre como si fueran sanguijuelas. En el verano, la vida empieza por la noche. Allí, si uno tiene dinero y ha de escoger entre comer o pagar a una zorra, elige a esta última. De todas formas, nadie se muere de hambre. ¿Le gusta el vodka?

—A veces.

—Entonces, le daré un vaso. Rytza, tráenos alguna cosa —dijo Herman, dirigiéndose a la mujer amarillenta—. A los argentinos, les encanta la magia. Son capaces de vender el alma para ver un buen juego de manos.

El mobiliario de la sala consistía en una mesa cubierta con un hule, un sofá y un armario ropero. Pendiente del techo había un quinqué de petróleo casi apagado y Herman subió la torcida. Esparcidas por la habitación había varias maletas con etiquetas pegadas y cajas apiladas. Colgada en una silla, se veía una chaqueta y, sobre la misma, había un cuello duro y un bastón con puño de plata. En el ambiente de la estancia se respiraba a tierras lejanas y a playas extranjeras. De la pared, colgaban los retratos de un hombre de barba blanca y de una mujer con peluca.

—Siéntese, por favor —dijo Herman—. Mi hermana no tardará en traernos algo apetitoso para comer. Podría pagarse un piso mucho mejor que éste, pero está acostumbrada a él y no quiere mudarse. Allá abajo, las casas no son tan grandes y la vida se desarrolla en lo que llaman un *patio*. Los argentinos odian subir escaleras. Se sientan con su familia al aire libre y beben una especie de té, al que dan el nombre de *mate*. Todo el mundo lo sobre de la misma boquilla, que pasa de boca en boca. Antes de acostumbrarse a él, es como beber agua sucia mezclada con leche alicorada, pero uno se hace a todo. En Norteamérica, por ejemplo, mascan tabaco. Una cosa debe usted de tener en cuenta, y es que el mundo es igual en todas partes. En Buenos Aires, no se comen a la gente. Míreme a mí, nadie me ha comido.

—Tal vez usted se haya comido a alguien.

—¡Oh, qué bueno ha estado eso! No debe de ser fácil engañarle a usted. La persona que sabe conservar el ingenio, sabe sacar partido de las cosas. ¿Es usted de Piask?

—No, de Lublin.

—Zeftel dijo que era de Piask.

—¿Es usted también un ladrón? Herman lanzó una risotada.

—Tiene toda la razón. No todos los que proceden de Piask son ladrones, como tampoco todos los de Chelm son estúpidos. Son cosas que se dicen. Por otra parte, ¿quién es el que no roba? Mi madre, que en paz descansa, solía decir: «Ser honrado no es una cosa fácil». Se puede hacerlo todo, con tal de que se sepa hacerlo bien. Tal como yo soy ahora, lo he probado todo. Zefitel me ha dicho que es usted capaz de abrir cualquier cerradura.

—Eso es verdad.

—Yo no tendría paciencia para hacerlo. ¿Para qué molestarse en hurgar una cerradura, cuando se puede tirar la puerta abajo? ¿Qué es lo que sujeta a una puerta? Nada más que sus bisagras. Pero eso son cosas que pertenecen ya al pasado. Me he convertido, como suele decirse, en un ciudadano modelo. Tengo esposa e hijos. Zefitel me ha contado toda su historia. Que su esposo la abandonó y todo lo demás. Si consigue el divorcio, se podría casar con el hombre más rico de América del Sur.

—¿Y quién podría concederle el divorcio? ¿Usted, acaso?

—¿Qué es un divorcio? Un pedazo de papel. Todo es papel, amigo mío, incluso el dinero. Quiero decir el dinero en grande, no las monedas de cambio que se llevan en el bolsillo. Los que saben manejar una pluma se dedican a escribir sobre papel. Moisés era un hombre. Por eso escribió que un hombre puede tener diez mujeres, pero que si una mujer mira a otro hombre que no sea su marido, debe de ser muerta a pedradas. Si hubiese sido una mujer la que hubiese manejado la pluma, habría dicho todo lo contrario. ¿Sigue usted el curso de mi razonamiento? En la calle Stavka, hay un memorialista, que es uno de los nuestros, y a quien si le da diez rublos le escribirá un buen divorcio, firmado por testigos, todo completamente legal. Pero yo no obligo a nadie a que haga nada. Estaba dispuesto a adelantarle el importe del pasaje...

Yasha levantó repentinamente las cejas.

—Panie Herman, no está usted tratando con ningún mentecato. Deje en paz a Zefitel. No es la clase de mercancía con la que usted trafica.

—¿Qué está usted diciendo? Se la puede llevar ahora mismo, si así lo desea. Me ha costado ya un par de rublos, pero los pondré en el capítulo de las obras caritativas.

—No quiero que nos haga ningún favor. Dígame exactamente lo que le ha costado y le pagaré hasta el último céntimo.

—Tome las cosas con tranquilidad y no se suba a la parra. Aquí llega el té.

Tomaron el té con pastas y pastel de manteca. La señora Miltz y Zeffel se unieron a ellos en la mesa. Herman bebió su té, acompañándole con mermelada, comió un trozo de pastel y, de cuando en cuando, daba una chupada a un grueso cigarro puro que descansaba en un platillo. Le ofreció otro a Yasha, pero éste lo rechazó.

—No encontraría un puro como este en todo Varsovia —dijo Herman en son de queja—. Es legítimo de La Habana. No esas falsificaciones que se ven por aquí, sino verdadero tabaco cubano. Alguien lo trajo desde allí ex profeso para mí. En Berlín, tendría usted que pagar dos marcos por otro igual. Lo quiero todo de primera clase y, aunque hay que pagar por todo, generalmente se paga demasiado. ¿Qué es, después de todo, un habano? Hojas, no oro. ¿Y qué es una muchacha bien parecida? Carne y hueso. Los argentinos son celosos. Si le sonrío usted a su mujer, va en seguida en busca del cuchillo, lo que no es obstáculo para que dos manzanas más allá tenga una querida e hijos con ella. Al cabo de poco tiempo, ésta se vuelve también una mujer descuidada y él va en busca de carne fresca. Yo leo los periódicos polacos de aquí y me harto de reír. ¡Cuántas estupideces publican! Una muchacha sale de noche para ir a buscar una botella de leche y la sigue un coche; sus ocupantes la obligaron a meterse dentro. Más tarde, la llevan a Buenos Aires, donde la venden como si fuese una ternera en un mercado. Pero yo llevo aquí varias semanas y no he visto por ninguna parte semejante coche. ¿Cómo se puede hacer que la muchacha pase la frontera? ¿Y qué me dice usted del barco? Todo son necedades, tonterías. La verdad es que, si van, es por su propia voluntad. Se da un paseo por determinado distrito y encuentra mujeres de todas partes del mundo. Si quiere una negra, en seguida la encuentra; si quiera una blanca ídem de ídem. Si busca una lituana de Vilno o de Ayshyshok, no tiene que andar mucho y si de lo que siente necesidad es de un producto de Varsovia, en seguida queda complacido. En cuanto a mí, puedo decirle que no aparezco por allí. ¿Para qué habría de ir? Tengo mujer e hijos. Pero lo que los periódicos necesitan son lectores. Todo depende, como ya he dicho, de quien maneje la pluma. Una cosa le diré: que hay maridos que envían a sus propias esposas a ese barrio. ¿Y sabe usted por qué? Pues porque son demasiado perezosos para ir a trabajar. Bueno, enséñeme algunos de sus juegos de manos. Aquí tiene una baraja.

—En cuanto empieces con las cartas, no irás a ninguna parte —dijo la mujer amarillenta.

—Mañana será otro día.

Herman empezó a barajar los naipes e, inmediatamente, se dio cuenta Yasha de que se encontraba ante un fullero. Las cartas volaban en las manos de Herman como si tuvieran vida propia. «Ya sé la clase de pájaro que eres —pensó Yasha—. Y voy a demostrarte la clase de contrincante que tienes por aquí».

Yasha le permitió que hiciera algunos juegos: el de las tres cartas, el de los cuatro sietes, el de la carta cambiada. Yasha movía la cabeza y hacía chasquear la lengua. Sólo le faltaba decir que ya conocía todos esos trucos de pequeñito.

Se recordaba a sí mismo que se estaba haciendo tarde y que si deseaba ver a Emilia, debía abandonar todo aquello en aquel mismo minuto; sin embargo, seguía sentado. «Puesto que es tan virtuosa, ¡que espere!», le decía una segunda voz, una voz rencorosa, dentro de sí mismo. Yasha se daba perfecta cuenta de que su peor enemigo era su aburrimiento. Para huir de él era por lo que había cometido todas sus locuras. Le azotaba como si fuera un látigo. A causa de él, había cargado sus espaldas con los fardos más pesados. Pero, en aquel momento, no sentía hastío de ninguna clase. Cogió las cartas de manos de Herman. El hecho de que éste dejara a los traficantes que le estaban esperando para pasar el tiempo con él, indicaba a Yasha que el otro estaba afectado de la misma enfermedad que él. Era la dolencia que encadenaba el bajo mundo con la sociedad decente, los jugadores de cartas de un antro de ladrones con los jugadores de Montecarlo; el alcahuete de Buenos Aires con el Don Juan de alcoba, el asesino con el terrorista revolucionario. Mientras Yasha barajaba los naipes, los iba marcando con el filo de la uña.

—Coja una carta —le dijo a Herman.

Herman eligió el rey de bastos.

Yasha curvó hábilmente la baraja.

—Vuelva a ponerla aquí y baraje.

Herman hizo lo que le indicaba.

—Ahora, cogeré el rey de bastos que ha elegido.

Y con el pulgar y el índice sacó el rey de picas.

—Déjeme que eche un vistazo a las uñas de sus dedos.

Yasha hizo un juego de manos y Herman, otro. Al parecer, a éste le eran familiares todos ellos. Sus ojos amarillentos relucían con la socarronería del profesional que había pasado por un aficionado. No tenía solamente una baraja en la casa, sino una docena.

—Parece que usted se ha guardado en la manga más de una carta —hizo observar a Yasha.

—Hubo un tiempo en que las cartas me fascinaban. Pero eso ya acabó. ¡Está muerto y enterrado!

—¿Es que ya no juega?

—A lo sumo una partidita con mi señora.^[13]

—De todas formas, todavía quisiera enseñarle algo.

Y Yasha volvió a coger la baraja.

—Escoja un palo.

Ahora, Yasha realizó algunos juegos que Herman parecía no conocer. Miró a Yasha con una sonrisa interrogativa. Arrugó el entrecejo y se cogió la nariz, manteniéndola en su enorme mano llena de vello amarillento. La señora Miltz abrió los ojos con la incredulidad de que pudiera haber alguien que ganara en destreza a Herman. Zefel guiñó un ojo a Yasha y, después la punta de la lengua. Por último, le tiró un beso.

—Oye, Rytza, ¿no tendrías alguna zanahoria por ahí? —preguntó Herman.

—¿Y por qué una zanahoria y no un rábano? —replicó sarcásticamente la mujer.

Eran las once ya y los hombres continuaban enseñándose mutuamente otros trucos con la baraja. Algunos de aquellos juegos de habilidad exigían el uso de platos, tazas, cajas, pedazos de cartón, así como una sortija, un reloj, un florero. Las mujeres seguían proporcionándoles el equipo que necesitaban. Herman se sintió

acalorado con exceso. Empezó a enjugarse el sudor de la frente.

—Si nos uniéramos podríamos hacer algo.

—¿Por ejemplo, qué?

—Nos podríamos hacer los amos del mundo.

Rytza trajo vodka y los dos hombres chocaron sus vasos y dijeron «¡Prosit!» a la manera cosmopolita. Para Zefitel y para sí, Rytza escanció aguardiente dulce. Comieron pastelillos de huevo, pan negro y queso suizo. Herman empezó a hablar de compadres con familiaridad.

—Conocí a su Zefitel en casa de la agente. Es bonita e ingeniosa. Pero ¿cómo podía saber lo que realmente era? Me dijo que su esposo la había abandonado y yo pensé: «¡Déjalo en paz y yo haré algo por ti!». Fue después cuando me habló de usted. Mencionó un mago, pero no todos los magos son iguales. Esos que van por los patios con organillos se llaman también a sí mismos magos. ¡Pero usted, Pan Yasha, es un artista! ¡Un artista de primerísima clase! Pero, como yo tengo más años que usted, le diré que no podrá hacer gran cosa si se limita a actuar por aquí. Con su habilidad, su mundo está en Berlín, en París, incluso en Nueva York. Tampoco Londres es una mala ciudad. A los ingleses, les gusta que les engañen y pagan para eso. Allá abajo, en América del Sur, usted sería un dios. Zefitel dice que puede usted hacer que la gente se duerma. ¿Cómo se llama eso... magnetismo? Pero ¿de qué se trata? He oído decir algo acerca de ello.

—Es hipnotismo.

—¿Conoce usted el asunto?

—Un poco.

—Lo he presenciado en algún lugar. ¿Se queda realmente dormido el sujeto?

—Como un tronco.

—Eso quiere decir que usted podría dejar dormido a Rothschild y apoderarse de sus cuartos.

—¡Soy un mago, no un delincuente!

—Sí, claro, pero de todas maneras... ¿Y cómo lo hace usted?

—Imponiendo mi voluntad a la ajena.

—Pero ¿cómo? ¡Qué grande es el mundo! Siempre surgen cosas nuevas. En una ocasión tuve una mujer que hacía cuanto quería que hiciese. Si quería que enfermara, enfermaba. Si deseaba que se pusiera buena, sanaba. Cuando quiso que se muriera, cerró los ojos.

—¡Eso ya es demasiado! —exclamó Yasha al cabo de un rato.

—Pues es una verdad tan grande como un templo.

—¡Herman, no dices más que tonterías! —dijo Rytza.

—Fue ella la que se interpuso en mi camino. El amor es una gran cosa, pero un exceso de amor no es nada bueno. Tenía dos años más que yo y se ponía a temblar de miedo al pensar que pudiera abandonarla. Se me enroscaba al cuerpo como si fuese una serpiente, hasta que no podía respirar. En una ocasión, iba yo por la calle ella me seguía pegada a los talones como era su costumbre. Me sulfuré y le grité: «¡Esto no puede continuar así!». «¿Qué quieres que haga? —me preguntó—. ¿Que me muera?». «Que me dejes en paz» —repliqué—. «Eso no me es posible hacerlo, pero si quieres que me muera, me moriré». Al principio, sus palabras me asustaron, pero llegó a sacarme de tal modo de mis casillas, que tuve la impresión de que tenía que elegir entre su vida o la mía. Entonces empecé a pensar...

—¡No quiero seguir oyendo ni una palabra más! ¡No quiero seguir oyendo ni una palabra más! —exclamó Rytza, tapándose los oídos con las manos.

Durante unos momentos, reinó el silencio. Se podía oír hasta el ruido que hacía la mecha absorbiendo el petróleo y haciéndole subir. Yasha consultó su reloj.

—Amigos míos, estoy sobre ascuas.

—¿Es muy tarde?

—En el pueblo de Pinchex, debe de empezar a amanecer. Tengo que apresurarme. Zefitel, te puedes quedar aquí unos días. Todos los gastos correrán de mi cuenta. Esta gente no te hará ningún daño.

—Desde luego, desde luego. Ya lo arreglaremos todo —dijo Rytza.

—Pero ¿adónde demonios va usted con tanta prisa? Aquí, en cuanto se hace un poco tarde, todo el mundo se deja ganar por el pánico. ¿Qué razón hay para asustarse? Allá, en Buenos Aires, estamos levantados durante toda la noche. Lo mismo en invierno que en verano. Cuando vamos al teatro, la representación termina alrededor de la una. Entonces, no nos vamos a casa, sino al restaurante o al café. Primero, comemos un bistec y, luego, empezamos a beber en serio. Al regresar uno a casa, ya es de día.

—¿Y cuándo duermen ustedes? —preguntó ZefTEL.

—¿Qué falta hace dormir? Con dos horas de sueño cada día hay más que suficiente.

Yasha se levantó para despedirse. Dio las gracias por la hospitalidad que le habían dispensado. Rytza le miró de una manera significativa, deliberada. Por un instante, se llevó el dedo a los labios.

—No continúe siendo un extraño para nosotros —dijo la mujer—. No nos comemos a nadie.

—¿Cuándo volverá usted por aquí? —le preguntó Herman—. Le tengo que hablar de algo. Hemos de llegar a un acuerdo.

—Me dejaré caer cualquier día.

—No lo olvide.

Rytza cogió la lámpara para alumbrar mientras bajaban la escalera. ZefTEL iba junto a Yasha, cogida de su brazo. A éste, le invadía una alegría infantil. Disfrutaba cuando podía hablar en yiddish y hacer juegos de manos en mangas de camisa. Aquí, se había sentido como en Piask, pero todavía era más divertido. Herman era, sin duda alguna, un tratante de blancas, y Rytza, su cómplice. Era difícil de comprender que en las pocas horas que habían permanecido juntos, Herman se hubiera comportado como si sintiese verdadera inclinación hacia él. Rytza, al parecer, se había sentido atraída por él. ¿Qué clase de amorosos deliquios podría ofrecer semejante mujer? ¿Qué extrañas palabras pronunciaría cuando se sintiera dominada por la pasión? Por un momento, la lámpara de petróleo iluminó desde arriba el patio, donde se amontonaban troncos y maderas. Luego, se cerró la puerta y, una vez más, volvió a reinar la oscuridad. ZefTEL se arrimó más a Yasha.

—¿No podría ir a algún sitio contigo?

—¿Y adónde quieres que vayamos? Hoy, es imposible.

—¡Te quiero, Yasha!

—Espera y déjalo todo de mi cuenta. Haz lo que te diga.

—¡Quiero irme contigo!

—Ya lo harás. Te llevaré cuando me vaya fuera. Recompensaré a cuantos fueron buenos conmigo. Pero tienes que estar dispuesta a todo y no hacerme preguntas. Si te digo que te pongas cabeza abajo, tienes que hacerlo sin replicar.

—Sí.

—¿Harás todo lo que te diga?

—Sí, todo.

—Pues vuelve a subir la escalera.

—¿Dónde vas ahora?

—Aún tengo por hacer algo descabellado. Hoy, tengo que aprovechar el día.

La calle Nizka aparecía desierta. No había posibilidad de tomar un *droshky*. Fue andando y le pareció que gozaba de una agilidad desacostumbrada. La calle estaba en sombra. Sobre los tejados pronunciados de las casas de madera, se cernía un cielo suburbano cuajado de estrellas. Yasha alzó la vista. «¿Qué estarán pensando de mí?», se preguntó. Recorrió toda la calle Nizka hasta desembocar en la avenida Dzika. Le acababa de decir a Zefitel que, en su agenda, tenía escrito algo descabellado por hacer. Pero ¿de qué se trataba? Había dormido durante todo el día, de manera que ahora se encontraba tan fresco y despejado como si fuera por la mañana. Le entró un extraño deseo de ir a ver a Emilia, aunque fuera una completa locura. Seguramente, estaría durmiendo, y cerrado el portal de su casa. Pero, al saltar por su ventana la noche anterior, se había convencido de que puertas y ventanas no significaban nada para él. En el piso de Emilia había un balcón. Podría escalarlo en un minuto. Emilia, que se quejaba de tener el sueño muy ligero, seguramente le oiría. Además, era muy probable que le estuviera esperando, y sería ella quien le franquease las vidrieras del balcón (en caso de que no las hubiese dejado ya abiertas). Tenía la impresión de que hoy no le ofrecería ya más resistencia. Era como si milagrosamente se hubiera calzado las botas de siete leguas, porque ya estaba en la avenida Dzika. Pocos minutos después, iba calle Rimarska abajo. Dio un vistazo al Banco. Las columnas parecían custodiar el edificio como si fueran gigantescos centinelas. La gran puerta estaba cerrada y las ventanas sumidas en la oscuridad. En un lugar inmediato adonde él estaba se encontraban los sótanos, donde se almacenaban los tesoros. Pero ¿en qué lugar? El edificio era enorme como una ciudad. Para hacer el trabajo en forma debida, hubiera sido preciso disponer de una larga noche de invierno. Entonces, Yasha recordó lo que Yawduga, la criada de Emilia, le había dicho acerca de un anciano terrateniente, un tal Kazimierz Zaruski, que había vendido sus fincas años antes y que guardaba el dinero en su piso dentro de una caja de hierro. Vivía en el bulevar Marshalkowska, cerca de la calle Prozna, sin otra compañía que la de una sirvienta joven y sorda, que era amiga de Yawduga. Cuando ésta le contó la historia, Yasha no se había preocupado de tomar nota de la dirección del hombre. No podía ponerse a pensar en una casa que Yawduga visitaba. Pero, en aquel momento, volvía a recordarlo todo. Se dijo que debía hacer algo aquella noche. Aquella noche tenía poder para hacerlo.

Desde la calle Nizka a la calle Krolewska había bastante distancia, pero Yasha

recorrió las varias verstas que las separaban sólo veinte minutos. Varsovia dormía, sin otros seres vivientes que algún que otro vigilante nocturno que comprobaba si una puerta estaba bien cerrada o daba golpes con el chuzo en la acera como si quisiera comprobar que nadie estaba abriendo un túnel bajo sus pies. Estaban siempre alertas, pero Yasha pensó que no había nada que pudiera estar completamente seguro. Ni sus mujeres ni sus posesiones. ¿Quién sabe? ¿No entraba dentro de lo posible que la propia Esther le fuera infiel alguna vez? Sus pensamientos vagaban al azar. ¿Qué sucedería si al entrar subrepticamente en el dormitorio de Emilia se encontrara que estaba con un amante? Esas cosas suelen ocurrir. Se colocó bajo sus ventanas y miró hacia arriba. El pensamiento de trepar hasta el balcón que momentos antes le había parecido no sólo posible, sino eminentemente justo, lo consideraba ahora que estaba allí, como puramente absurdo. Siempre existía la posibilidad de que se despertase, y tomándole por un ladrón, empezara a escandalizar. Yadwiga podría también oírle o, posiblemente, Halina. Estaba seguro de que Emilia no le perdonaría nunca. La Edad de la Caballería había pasado hacía mucho tiempo y ahora se encontraban en el prosaico siglo XIX. Yasha ordenó mentalmente a Emilia que se levantara y se asomara en seguida a la ventana, pero, al parecer, todavía no dominaba esta faceta del hipnotismo. Incluso si aquello resultaba efectivo, el proceso sería muy lento.

Miró bulevar Marshalkowska abajo, hacia la calle Prozna. Puesto que se trataba de algo inevitable, se dijo a sí mismo, ¿por qué no hacerlo aquella noche? Indudablemente, se trataba de algo predeterminado. ¿Cómo se llamaba? ¿Predestinación? Si hay una razón para todo, como los filósofos pretenden, y el hombre es tan sólo una máquina, era como si las cosas estuvieran escritas de antemano. Llegó a la calle Prozna. En la manzana, sólo había una casa ocupada. Al otro lado de la calle, existía un edificio en construcción. Había ladrillos apilados y montones de cal y arena. La casa habitada consistía en un almacén de lencería en la parte baja y dos pisos encima, ambos provistos de balcones. Desde luego el del antiguo terrateniente debía de dar a la calle, pero ¿cuál de ellos era? De repente, Yasha tuvo la intuición de que era el de la derecha. Las ventanas del piso de la izquierda tenían cortinajes, mientras que las de la derecha estaban cubiertas de raídas colgaduras, exactamente lo que podía esperarse en la casa de un avaro. ¡Ahora o nunca!, pareció gritar algo en el interior de Yasha. Ya que estaba allí tenía que seguir adelante. No debía permitir que se llevara el dinero a la tumba. La voz le advirtió que la noche no iba a durar siempre. Su acento parecía el de un predicador.

Trepar hasta el balcón fue cosa fácil. Sobre la puerta del almacén había una barra, y el balcón descansaba sobre las cabezas de tres estatuas. Toda la casa estaba llena de figuras y de elementos decorativos. Yasha se subió a la barra, puso un pie

en ella, se agarró a la rodilla de una diosa y no tardó en encontrarse en la barandilla del balcón. Izó el cuerpo y se metió dentro. Le parecía que había perdido el peso. Permaneció un momento en el balcón y se echó a reír. Lo que parecía imposible no podía ser más sencillo. Abrir las vidrieras del balcón resultó algo más difícil, ya que estaban cerradas por dentro. Pero las presionó fuertemente y levantó la cadena con la ganzúa que siempre llevaba encima. Era mejor que se produjera un solo ruido sordo que no una serie de ruidos espaciados, pensó. Se detuvo un momento para ver si se oía algún grito. Después, penetró en el interior de la casa, donde se respiraba un olor a moho que demostraba que rara vez se abrían las ventanas.

Se dijo, con alegría, que debía de ser eso. ¡Olor a putrefacción y a moho! En el interior, la oscuridad no era completa, debido a la luz de un farol de la calle. No tenía miedo y, sin embargo, su corazón latía con la fuerza de un martillo pilón. Se mantuvo unos instantes clavado en el suelo, asombrado de la rapidez con que los pensamientos se habían convertido en actos. Era verdaderamente extraño que la caja de caudales de que Yadviga le había hablado se encontrara precisamente junto a él, a la derecha. Era alargada y negra como un ataúd. Las fuerzas que controlan el destino del hombre le habían conducido directamente hasta el tesoro de Zaruski.

«No debo fracasar», se dijo a sí mismo. «Una vez lanzado, debo seguir adelante». Aguzó el oído y escuchó. En algún lugar de las habitaciones inmediatas debían de estar durmiendo Kazimierz Zaruski y su criada sorda. No oyó el menor ruido. Se preguntó a sí mismo qué haría si se despertasen, pero no pudo encontrar la respuesta. Puso la mano en la caja fuerte y sintió el frío del metal. Rápidamente, localizó el agujero de la cerradura. Lo recorrió con el dedo para darse cuenta de su clase y de su contorno. Entonces, se metió la mano en el bolsillo para coger la ganzúa, que hacía poco que había tenido en la mano, pero no la encontró. Indudablemente, la debía de haber metido en otro bolsillo. Empezó a buscar en todos, pero la ganzúa había desaparecido. ¿Dónde podría haberla puesto? ¿Empezaba ya a asaltarle la mala suerte? Meditó un momento. ¿Se le había caído al suelo? Si era así, no había hecho el menor ruido. Debía de encontrarse en algún lugar cerca de él, pero estaba fuera de su alcance. Una y otra vez, rebuscó en sus bolsillos. «¡Lo más importante de todo es no dejarse dominar por el pánico!», pensó. Era como si estuviera realizando una representación. Empezó a buscar con calma, de nuevo, escrupulosamente, pero la ganzúa había desaparecido. «¿Sería cosa del demonio?», susurró medio en broma, medio en serio. Empezó a sentirse acalorado. Estaba a punto de romper a sudar, pero consiguió contener la transpiración, con lo que su cuerpo quedó sobrecalentado. Bueno, debía de encontrar alguna otra cosa para hacer el trabajo. Se arrodilló y se desató un zapato. Los cordones de los zapatos terminaban en unas extremidades metálicas y, en cierta ocasión, Yasha abrió una cerradura con una de ellas. Pero, cuando estaba a mitad de deshacer el lazo, se dio cuenta de que no era lo bastante fuerte para abrir una caja de caudales. Probablemente, habría algún sacacorchos o espetón en la cocina, pero ir hasta ella a tientas era hacer una invitación al desastre. No, debía localizar la ganzúa a toda costa. Se inclinó y sólo entonces se dio cuenta de que el suelo estaba cubierto por una alfombra, pasando la palma de la mano por ella. ¿Sería posible que los espíritus estuvieran jugando con él? ¿Existían realmente tales espíritus? De repente, le asaltó un pensamiento: una caja de caudales tiene una llave, e indudablemente, el viejo debía de ponerla debajo de la almohada cuando se iba a dormir. Yasha sabía lo arriesgado que era sacar la llave por debajo de la almohada del anciano terrateniente. Podría despertar. Y, además, ¿qué seguridad tenía Yasha de que en efecto se encontrara allí la llave? Seguramente, había en el piso otros muchos lugares en que ocultarla. Pero, no, ahora estaba seguro de encontrarla allí. Incluso

se le representó en la mente la forma de la llave, con la cabeza plana y, bajo ella, los dientes. «¿Acado estoy soñando? ¿Iré a volverme loco?», se preguntó. Pero las fuerzas invisibles que durante años le habían guiado, le ordenaron que entrara en el dormitorio. «Es el procedimiento más sencillo», parecieron decirle. «Ahí tienes la puerta».

Yasha se puso de puntillas. Hizo votos porque la puerta no chirriase. Estaba entreabierta. La atravesó y se encontró en el dormitorio. Estaba más oscuro que la otra habitación, y sólo podía hacer conjeturas sobre el lugar en que estaba la ventana. Luego, sus ojos empezaron a adaptarse a la oscuridad. Por entre las espesas sombras que allí había, empezó a distinguir el contorno de una cama, las ropas de la misma y una cabeza sobre la almohada, una cabeza desnuda, con cuencas en vez de ojos, como una calavera. Yasha se quedó de piedra. ¿Respiraba el viejo? No podía oír respiración alguna. ¿Estaba despierto? ¿Habría expirado en aquel momento? ¿O acaso fingía estar muerto? ¿Estaría esperando a incorporarse y atacarle? A veces, los viejos son extremadamente fuertes. Y, de repente, le oyó roncar. Yasha se acercó a la cama. Oyó un ruido metálico y se dio cuenta de lo que lo había producido: la ganzúa. Seguramente, se le había quedado enganchada en algún botón y ahora había caído al suelo. ¿Habría despertado al anciano?

Yasha se quedó quieto un momento, dispuesto a salir de estampía al menor ruido que oyera. No podía matarle. No era un asesino. Pero el viejo había vuelto a caer en un profundo sueño. Yasha se inclinó para apoderarse de la ganzúa. No debía dejar ninguna pista detrás de él; pero de nuevo había desaparecido. Aquel pedazo de alambre parecía estar jugando al escondite con él. «Bueno, ésta es una de aquellas noches. Las fuerzas del mal me han señalado con el dedo». Algo en su interior le impulsaba a huir, puesto que la buena suerte le había abandonado, pero en lugar de hacerlo, se acercó más a la cama. Se dijo, obstinadamente, que debía de apoderarse de la llave.

Pasó la mano por encima de la almohada, tocando sin querer la cara del durmiente. La retiró con rapidez, como si se la hubiese quemado. El avaro suspiró, como si fingiera dormir. Yasha se detuvo. Se preparó para el ataque, dispuesto a coger a Zaruski por el gáznate y estrangularle. Pero no, el hombre dormía; un sonido acompasado salía de su nariz. Al parecer, estaba soñando. Ahora, Yasha podía ver mejor. Deslizó la mano debajo de la almohada, convencido de que iba a dar con la llave... pero la llave no estaba allí. Aquella vez, su instinto le había engañado. Sólo le quedaba un camino: ¡huir!, tal como le aconsejaba su voz interior. ¡Todo le salía mal! Una vez más, empezó a buscar la ganzúa por el suelo, a sabiendas de que podía provocar el desastre. *Aposté mi último gulden y perdí el as,*

pensó acordándose del antiguo proverbio yiddish. Aquel dicho había asaltado su imaginación, de la misma forma que las Escrituras y las enseñanzas religiosas solían acudir a él en medio de la noche. De repente, el sudor empezó a calarle de la cabeza a los pies. Era como si hubieran derramado un cubo de agua sobre él. Se sentía caliente y húmedo como dentro de un baño de vapor. Pero seguía buscando la ganzúa. «¡Tal vez lo que debía hacer es ahogar al viejo bastardo!», le sugería una aparición, que estaba en parte dentro de él y en parte fuera, la cual no diría la última palabra, pero que parecía dispuesta a darles malos consejos y gastarle crueles bromas, precisamente en el momento en que tenía necesidad de todas sus facultades.

«Bien, es una causa perdida, me marcharé», murmuró. Se levantó y volvió a franquear la puerta abierta. ¡Cuánta luz había allí en comparación con el dormitorio! Podía ver todos los objetos, incluso los cuadros que había en la pared, no ya los marcos, sino las pinturas. Una cómoda parecía alzarse del suelo y, sobre ella, divisó unas tijeras. ¡Precisamente lo que necesitaba! Las cogió y se dirigió hacia la caja de caudales. El agujero de la cerradura se dibujaba ahora con la luz de la calle. Hurgó el interior de la cerradura con la punta de las tijeras, otra vez tranquilo, a la escucha del mecanismo interior. ¿Qué clase de cerradura era aquella? Inglesa, no. La hoja de las tijeras se ensanchaba demasiado y no la podía meter profundamente. Era evidente que la cerradura no era complicada, pero había algo en ella que Yasha no acababa de descubrir. Era como un rompecabezas infantil que si no se resuelve de momento, le esquivo a uno durante horas. Necesitaba un instrumento que pudiera llegar a las partes vitales del artilugio.

De repente, se le ocurrió una nueva idea. Sacó un libro de notas del bolsillo interior de la chaqueta, le arrancó varias hojas y las retorció hasta formar un cono rígido con ellas. Semejante herramienta no podría abrir una cerradura, pero penetraría hasta sus entrañas. Pero el cono de papel carecía de la solidez y de la fuerza elástica del metal. Vio que no podía averiguar nada con él. Bueno, volvería en otra ocasión. ¡No podía atreverse a esperar a que rompiera el día! Miró a la puerta que daba al balcón. ¡Fracaso! ¡Un fiasco! ¡Por primera vez en su vida! Había sido una noche terrible. El miedo le abrumaba. Sabía, en lo más profundo de su ser, que la desgracia no quedaría reducida sólo a esta noche. El enemigo que durante muchos años había estado emboscado al acecho dentro de él, a quien Yasha logró rechazar todas las veces con la fuerza y la astucia, con hechizos y encantamientos que cada individuo debe de aprender por sí mismo, le había ganado ahora la mano. Yasha sentía su presencia. Era un *dybbuk*, un diablo, un enemigo implacable que le desconcertaría cuando hiciese juegos de manos, que le empujaría cuando pasara la cuerda floja, que le haría ser impotente. Abrió, temblando, la puerta del balcón. Su

cuerpo sudoroso empezó a tiritar. Era como si, de repente, hubiese llegado el invierno.

Estaba a punto de tirarse del balcón, cuando oyó un rumor de voces en la calle. Alguien hablaba en ruso. Sin duda, se trataba de alguna patrulla de servicio. Ocultó la cabeza, rápidamente. ¿Le habrían visto subir? Tal vez la patrulla le estaba esperando. Permaneció en la oscuridad y se puso a escuchar. «Si saben que estoy aquí, he caído en la trampa», pensó. Pero no, no era posible que nadie le hubiese visto. Antes de subir, había mirado en todas las direcciones. La patrulla debía de pasar por casualidad. No podía perdonarse el haber fracasado tan miserablemente. Entonces, pensó que, por lo menos, debía de buscar la ganzúa, y, al efecto, se volvió a dirigir al dormitorio, como un jugador que lo ha perdido todo y, por lo tanto, no tiene miedo de jugar la última carta. Pero al llegar a la puerta, se detuvo horrorizado. El viejo yacía en la cama con la cara completamente cubierta de sangre. Había también sangre sobre la funda de la almohada, sobre la colcha, en la camisa del anciano. «¿Qué ha sucedido, Dios del cielo? ¿Le han asesinado? ¿Habré tenido la mala suerte de entrar en una casa en la que iba a cometerse un crimen? ¡Pero, si oigo respirar! ¿Estará aquí el asesino?». Después, se echó a reír. No era sangre, sino la luz del sol naciente. La ventana del dormitorio daba al Este.

Empezó a buscar la ganzúa de nuevo, pero en el suelo continuaba siendo de noche. La oscuridad lo envolvía todo y Yasha empezó a tantear con la mano, sin resultado alguno. El cansancio le abrumaba; se le doblaban las rodillas y le dolía la cabeza. Aunque estaba despierto, su mente empezó a tejer sueños... sueños tejidos con la fantasía y cuyo contenido no podía captar porque, en cuanto intentaba apoderarse de ellos, se desvanecían. Bueno, no era posible seguir buscando más. El viejo podía despertarse en cualquier momento. Volvió a experimentar la sensación de que el avaro estaba fingiendo astutamente que dormía. Cuando iba a levantarse, sus dedos tropezaron con la ganzúa. Por lo menos, no dejaría ningún rastro tras de sí. Silenciosamente, se fue retirando a la habitación delantera, en la que había penetrado también la luz del día. Las paredes habían tomado un tinte grisáceo de papel. Por el aire, revoloteaban leves vedijas. Con pierna temblorosa se aproximó a la caja de caudales, metió la ganzúa en el agujero de la cerradura y empezó a explorarla con cuidado. Pero su voluntad, su fuerza y su ambición estaban desgastadas. El sueño le abrumaba el cerebro. Carecía ahora de la habilidad necesaria para poder abrir aquella anticuada cerradura, aunque se trataba, sin duda, de un artefacto corriente, construido por un cerrajero vulgar. Si tuviera cera, sacaría,

por lo menos, un molde de aquel ingenio para estudiar sus dificultades. Permaneció inmóvil, despojado de todo apasionamiento, no acertando a darse cuenta de lo que era más sorprendente, si sus ansias anteriores o su actual indiferencia. Probó un poco más con la ganzúa. Oyó un resoplido y advirtió que había salido de su propia nariz. La ganzúa se le había enredado ahora en alguna cosa y no le podía dar la vuelta ni a un lado ni a otro. Estaba ya decidido a dejarla allí, cuando, al dar un nuevo estirón, logró sacarla de su aprisionamiento.

Dirigió sus pasos hacia el balcón. La patrulla había desaparecido y la calle se encontraba desierta. Aunque los faroles aún seguían iluminando la oscuridad, por encima de los tejados ya no era de noche, y se veía la melancolía de un cielo nuboso a la difusa luz del alba. El viento era frío y húmedo. Los pájaros comenzaban a gorjear. “Ahora es el momento”, se dijo con una especie de resolución, aunque dando a sus palabras un doble sentido. Empezó a descender, pero sus pies carecían de la seguridad habitual. Los quiso asentar en los hombros de una de las estatuas, pero no llegaba. Durante un instante, quedó colgado de la barandilla del balcón, balanceándose en el vacío, mientras sentía que le dominaba el adormecimiento. Entonces, logró meter el pie en una grieta de la pared. Algo dentro de él le aconsejó que no debía saltar, pero al formular el pensamiento ya había caído y en seguida se dio cuenta de que lo había hecho violentamente sobre su pie izquierdo. «¡Es lo que me faltaba, cuando queda una semana escasa para mi presentación!». Permaneció un momento en la acera tocándose el pie y entonces fue cuando sintió que le dolía. En aquel mismo momento, se oyeron gritos, ásperos y llenos de alarma, que parecían proceder de la garganta de un viejo. ¿Sería el dueño de la casa? Alzó la vista, pero los gritos venían de la misma calle. Vio a un vigilante de barba blanca que corría hacia él, agitando el chuzo. El hombre empezó a tocar el pito. Al parecer, había visto a Yasha cuando se tiró del balcón. Yasha se olvidó de su pie lastimado y echó a correr rápidamente con toda facilidad. La policía llegaría en cualquier momento. No sabía en qué dirección huía. A juzgar por la velocidad que imprimía a su carrera, cualquiera hubiese pensado que tenía el pie ileso. Pero, al correr, sentía una gran tirantez en el pie izquierdo y alrededor de los dedos. Debía de tener el ligamento desgarrado o un hueso roto.

«¿Dónde me encuentro ahora?». Había bajado a toda velocidad por la calle Prozna, había llegado a la plaza Grzybow. Ya no oía gritos ni pitidos, pero, de todas maneras, tenía que ocultarse en alguna parte porque la Policía podía acercarse por otra dirección. Apretó el paso hacia la calle Gnoyne. Allí las cloacas estaban taponadas por el barro y el estiércol. Además, todavía reinaba la oscuridad, como si el sol no se dignara aparecer por semejantes andurriales. Le deslumbraba la luz de los faroles y fue a dar contra las varas de un carro. Aquella parte de la ciudad era un

batiburrillo de patios de descarga, mercados y hornos. Por todas partes se percibía olor a humo, aceite y grasa. Había ido a tropezar con un carro dedicado al transporte de la carne y, tan cerca de los caballos, que sintió el hedor de sus hocicos. El carretero le increpó y un portero le amenazó agitando la escoba, lleno de indignación. Yasha subió a la acera y divisó el patio de una sinagoga. El portalón de acceso se encontraba abierto. Un judío ya de edad entró con el manto de las oraciones doblado debajo del brazo. Yasha se precipitó dentro del patio. «¡Aquí no vendrán a buscarme!», pensó.

Pasó ante el edificio de la sinagoga, que, según todas las apariencias, estaba cerrada (no se veía luz a través de las arqueadas ventanas), y llegó a una casa de estudio. En el patio, se veían cuévanos llenos de páginas desgarradas de los libros sagrados. El olor a orines era insufrible. Yasha abrió una puerta que daba entrada a lo que pareció a la vez estudio y casa de los pobres. La luz vacilante de una sola vela conmemorativa colocada cerca del atril del cantor, delataba la presencia de varias filas de hombres acomodados en los bancos; unos, descalzos; otros, con viejos zapatones rotos; algunos, cubiertos de harapos. Y no faltaban los que iban semidesnudos. El aire apeataba a sebo, polvo y cera.

«No, aquí no me buscarán», seguía repitiéndose Yasha. Llegó hasta un banco que estaba vacío y se sentó en él. Permaneció allí aturdido, procurando que descansara su pie lastimado. En los zapatos y en el pantalón se le habían adherido briznas de estiércol. Debería de sacudírselas, pero hacerlo en aquel lugar sagrado hubiese sido una profanación. De momento, se dedicó a escuchar los ronquidos de los mendigos, sin poder creer lo que le había ocurrido. Su mirada se dirigió hacia la puerta; le pareció escuchar los pasos de los guardias que venían a detenerle. También le pareció oír el ruido de los cascos de los caballos de la Policía montada, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que todo era cosa de su imaginación. Por fin, se oyó una voz que gritaba:

—¡Arriba, arriba! ¡Levantaos ya, perezosas carroñas!

Había llegado el pertiguero. Las figuras empezaron a incorporarse, a desperezarse, a bostezar. El pertiguero encendió un fósforo y durante un momento su barba rojiza quedó iluminada. Llegó hasta la mesa y encendió un quinqué de petróleo.

En aquel preciso instante, a Yasha se le ocurrió qué clase de cerradura era la de la caja de caudales de Zaruski y cómo podía abrirse.

Uno a uno fueron desfilando los miserables. Lentamente, empezaron a reunirse los fieles en el local. A las primeras luces de la mañana, el quinqué de petróleo parecía pálido. El interior de la estancia no era claro ni oscuro, reinando una especie de alba indecisa. Algunos de los fieles habían empezado ya a recitar las plegarias preliminares, mientras otros se dedicaban a pasear arriba y abajo. Las nebulosas figuras le recordaban a Yasha lo que solía decirse de que, por la noche, los muertos iban a orar en la sinagoga. Parecían sombras fluctuantes, y sus cánticos resonaban como algo extraterrestre. ¿Quiénes eran? ¿Por qué se levantaban tan temprano? ¿Cuándo dormían? Tales eran las preguntas que Yasha se formulaba, atónito. Se encontraba allí sentado como quien acaba de recibir un fuerte golpe en la cabeza y que sabe que sus sentidos son inoperantes. Estaba despierto, pero algo dentro de él dormía el pesado sueño de la medianoche. Se dedicaba a descansar y fijó la atención en su pie izquierdo. Le aseteaba un dolor acuciante, experimentado, a la vez, una sensación de tirantez, que comenzaba en el dedo gordo, pasaba a través del tobillo y le llegaba hasta la rodilla. Yasha se acordó de Magda. ¿Qué le diría cuando volviese a casa? En los años que llevaban juntos había sido con frecuencia cruel con ella, pero se daba cuenta que esta vez se sentiría más dolida que nunca. Estaba seguro de que a causa del pie no le sería posible efectuar su presentación, pero procuró no pensar en ello. Miró hacia la sobrepuerta del Arca Sagrada, identificando la tabla de los Diez Mandamientos. Recordó que, la noche pasada (¿o fue quizá, aquel mismo día?), le había dicho a Herman que él era un mago y no un ladrón. Pero, poco después, había salido a cometer un robo. Se sentía ofuscado y confuso, incapaz de seguir entendiendo sus propias acciones. Los hombres se habían puesto los mantos de oración y las filacterias. Se cubrían las cabezas y se fijaban las correas, y él los contemplaba asombrado, como si fuera un gentil que viera por primera vez aquellas cosas. El primer grupo se había congregado ya para decir sus oraciones. Jóvenes con patillas, solideos y fajas se sentaban a las mesas para comenzar a estudiar el Talmud. Inclinan las cabezas, gesticulaban, hacían visajes. Durante largo rato, la congregación permaneció en silencio. Todos se dedicaban a recitar las Dieciocho Bendiciones. El cantor no tardó en entonarlas con voz emocionada. Cada una de sus palabras le sonaban a Yasha como algo que le era extraordinariamente ajeno, pero, a la vez, extrañamente familiar:

—¡Bendito seas, oh, Señor, Dios nuestro y Dios de nuestros padres, Dios de Abraham, Dios de Jacob, Dios de Isaac...! Tú que dispensas la misericordia y eres el dueño de todas las cosas. Que sostienes a los vivos con Tu bondad y dispones de los muertos con Tu gracia. Que apoyas a los caídos, curas a los enfermos, desatas las ligaduras y haces guardar la fe a los que reposan en el polvo.

Yasha iba traduciendo las palabras del hebreo y reflexionaba sobre cada una de ellas. «¿Será verdad todo esto?», se preguntaba. «¿Es Dios, realmente, todo este bien?». Se encontraba demasiado débil para poder contestar por sí mismo a estas preguntas. Durante un rato, ni siquiera oyó al cantor. Se encontraba adormilado, por más que tuviera los ojos abiertos. Ahora, volvía a oírle recitar:

—Regresa con Tu misericordia a Jerusalén, Tú ciudad, para residir donde has dicho.

Yasha pensó que venían repitiendo lo mismo desde hacía dos mil años, y que, sin embargo, Jerusalén continuaba siendo un desierto. Indudablemente, seguirían diciendo lo mismo durante otros dos mil años, quizá durante otros diez mil.

El pertiguero de la barba rojiza se le acercó.

—Si quiere orar, le traeré el manto de las plegarias y las filacterias. Le costará un copec.

Yasha hubiera querido rehusar, pero inmediatamente se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda. El pertiguero fue a devolverle el cambio, pero Yasha dijo:

—Para usted.

—Gracias.

Yasha sentía ganas de echar a correr. No se había puesto las filacterias Dios sabía desde hacía cuantos años y en cuanto al manto de oración, jamás lo había usado. Pero antes de que pudiera hacer ademán de levantarse, el pertiguero ya estaba de regreso con el manto y las filacterias. También le ofreció un libro de rezos.

Carecía de fuerza para levantarse. Parecía como si se hubiese despojado de toda su energía. Además, tenía miedo. ¿No le estaría esperando fuera la Policía? La bolsa del manto se encontraba en el banco, a su lado. Yasha lo sacó y se puso a manosear las filacterias. Le parecía que todos los asistentes le estaban mirando y

que esperaban ver qué iba a hacer. Pensó, en su estupor, que todo dependía de lo que hiciese con el manto y las filacterias. Si no las manejaba en forma debida, sería señal de que iba huyendo de la Policía. Empezó a ponerse el manto. Buscó el lugar en que suponía estaba el bordado o la franja que indicaba la parte que debía descansar sobre la cabeza, pero no le fue posible encontrar ni bordado ni franja. Empezó a hacerse un lío con las borlas rituales, y una de ellas llegó a darle en un ojo. Sentía la vergüenza y el temor de un adolescente. Todos se estaban riendo de él. Los concurrentes se mofaban a sus espaldas. Se puso el manto lo mejor que pudo, pero le resbaló hasta los hombros. Sacó las filacterias, pero no supo precisar las que correspondían a la cabeza y las que tenían que llevarse en el brazo. ¿Y cuáles de ellas debían de ponerse primero? Buscó inspiración en el libro de rezos, pero las letras bailaban ante sus ojos. Un brillante chisporroteo parecía danzar frente a él. «¡Con tal de que no me desmaye!», se dijo a sí mismo. Sentía ganas de vomitar. Empezó a rogar a Dios: «¡Padre nuestro que estás en los cielos, ten piedad de mí! Cualquier cosa, menos eso». Procuró sacudir su debilidad. Sacó un pañuelo y escupió en él. Las chispas continuaban bailando ante sus ojos, subiendo y bajando con un movimiento de vaivén. Unas eran rojas; otras, verdes; otras, azules. Oía un repiqueteo en sus oídos, como si estuvieran tocando campanas. Se le acercó un viejo y le dijo:

—Permítame que le ayude. Sáquese la manga. La del brazo izquierdo, no la del derecho.

«¿Cuál es mi mano izquierda?», se preguntó Yasha. Empezó a quitarse la manga del brazo izquierdo y el manto volvió a caérsele a los hombros. Un grupo de fieles se había congregado en torno suyo. «¡Si estuviera aquí Emilia y viese esto!», pensó, de pronto. Ya no era Yasha el mago, sino un torpe patán al que los demás tenían que ayudar, haciéndole blanco de su desprecio... «Está bien. Me ha llegado el turno. Esto es el castigo de Dios», se dijo a sí mismo lleno de ansiedad.

El remordimiento y la humildad le dominaban. Sólo ahora se daba cuenta de todo lo que se había atrevido a hacer y de qué manera le enviaba el Cielo su castigo. Todo aquello caía sobre él como si fuese una revelación. El viejo le ató las correas de las filacterias en torno del brazo, recitando las bendiciones, que Yasha repitió después como si fuera un niño. Le hizo que bajara la cabeza para fijar en ella la filacteria correspondiente. Le anudó las correas alrededor de los dedos, de tal forma, que parecían letras escritas en hebreo.

—Debe de hacer mucho tiempo que usted no reza —observó un joven.

—Sí, mucho.

—Nunca es demasiado tarde.

El mismo grupo de judíos que momentos antes le estaba contemplando con una especie de mofa, le miraba ahora con curiosidad, respeto y afecto. Yasha tenía la clara sensación de que era amor lo que aquellas personas sentían por él. «Son judíos, hermanos míos», se dijo. «Saben que soy un pecador y, sin embargo, me perdonan». Volvió a sentir vergüenza, pero no de su torpe conducta, sino por haber traicionado a su fraternidad, por haberla escarnecido, por haber estado a punto de arrojarla de su lado. «¿Qué me sucede? Después de todo, soy descendiente de generaciones de judíos temerosos de Dios. Mi bisabuelo fue un mártir por su santo nombre». Recordó a su padre, que estando en su lecho de muerte, le llamó a su lado y le dijo: «Prométeme que continuarás siendo judío». Y cogió la mano de Yasha, y no se la soltó hasta que entró en los estertores de la agonía.

¿Cómo era posible que hubiese olvidado todo eso? ¿Cómo?

El círculo de judíos se había dispersado y Yasha volvió a quedarse solo, puestos el manto de oración y las filacterias y con el libro de rezos en la mano. Sentía el pie izquierdo dolorido, tirante, pero él continuaba las oraciones, traduciendo para sí las palabras del hebreo: «Bendito Él, que habló y el mundo se hizo. Bendito el creador del mundo en el principio de todas las cosas. Bendito Él, que habló e hizo. Bendito Él, que decretó y realizó. Bendito Él, que ha derramado su misericordia sobre la Tierra y que concede una buena recompensa a los que son temerosos de Él».

Era extraño, pero ahora creía en todas aquellas palabras. Dios ha creado el mundo. Dios tiene compasión de sus criaturas. Premia a los que le temen. Y mientras entonaba aquellas palabras, Yasha reflexionaba acerca de la suerte que le había correspondido. Durante muchos años, había esquivado las sinagogas, y de repente, en el curso de los días, había caído extraviado en casas de oración; la primera vez, en el camino, cuando fue asaltado por la tempestad; y ahora, por segunda vez. Durante años, había estado abriendo fácilmente las cerraduras más complicadas y, ahora, una de las más sencillas, que debía de haber abierto en un minuto, se opuso a su habilidad. Cientos de veces había saltado desde grandes alturas sin lastimarse y esta vez se había estropeado el pie al tirarse de un balcón de baja altura. Estaba bien claro que los que se encontraban en el cielo no deseaban que cayera en el crimen y abandonara a Esther, sino que se convirtiera. Tal vez, incluso sus difuntos padres habían intercedido por él. Yasha dirigió de nuevo su vista a la

sobrepuerta del Arca. Había quebrantado o contemplado quebrantar los Mandamientos. ¡Qué cerca había estado de estrangular al viejo Zaruski! Incluso había sentido pensamientos lujuriosos por Halina, había tejido una red para atraparla. Había descendido a un abismo de iniquidad. ¿Cómo era posible que hubiera sucedido semejante cosa? Era, por naturaleza, un hombre de buenos sentimientos. En invierno, esparcía migas fuera para alimentar a los pájaros. Rara vez pasaba por delante de un mendigo sin darle limosna. Sentía un odio eterno contra los estafadores, contra los falsarios, contra los charlatanes. Siempre se preció de haber sido honrado y moral.

Permanecía allí, con las rodillas dobladas, horrorizado ante la profundidad de su degradación y, lo que quizás era peor, ante la falta de percepción interna. Había estado corroído y hastiado, sin conocer la verdadera esencia del problema. Había hundido a otros en el fango sin ver —pretendiendo no ver— que era él quien se hundía aún más profundamente en el lógamo. Sólo le sostenía un hilo para impedir que cayera de cabeza en el abismo sin fondo. Pero, las fuerzas que son compasivas con el hombre, habían conspirado para que ahora se encontrara allí con el manto de oración y las filacterias y el libro de rezos en la mano, entre un grupo de judíos honrados. Cantó: «¡Óyeme, oh Israel!», y se cubrió los ojos con la mano. Recitó las Dieciocho Bendiciones, meditando sobre cada una de las palabras. La devoción hace tiempo perdida de su niñez volvía a él, una fe que no exigía prueba alguna, un temor de Dios, una sensación de remordimiento, sobre las propias transgresiones. ¿Qué era lo que había aprendido en los libros mundanos? Que el mundo se había creado a sí mismo. Que el Sol, la Tierra, los animales, el hombre, habían nacido de la nada. Pero ¿de dónde procedía esa nada? ¿Podía crear a un hombre con pulmones, corazón, estómago, cerebro? Ridiculizaban a los fieles que lo atribuían todo a Dios y, sin embargo, ellos atribuían toda clase de sabiduría y de fuerza a una naturaleza invisible que no se daba cuenta de su propia existencia. Yasha sentía una radiación que emanaba de las filacterias y que le llegaba hasta el cerebro, abría los compartimientos cerrados que en él había, iluminaba los lugares oscuros, deshacía los nudos. Cuantos oraban decían lo mismo: que hay un Dios que ve, que oye, que siente compasión por el hombre, que contiene su cólera, que perdona sus pecados, que desea que se arrepienta, que castiga las malas acciones, que premia las buenas en este mundo y —lo que es aún más importante— en el otro.

Sí, aquellas eran palabras muy diferentes de las que hasta entonces había oído Yasha. Casi podía verlas.

«¡Tengo que ser un judío!», se dijo a sí mismo. «¡Un judío como todos los

demás!».

Cuando Yasha salió, la calle Gnoyne estaba anegada por la luz del sol, llena de carros, caballos, mercaderes y agentes forasteros y vendedores de ambos sexos que pregonaban toda clase de mercancías. «¡Arenques ahumados!», gritaban. «¡Buñuelos recién hechos!». «¡Huevos calientes!». «¡Garbanzos con habichuelas dulces!». «¡Empanadas de patata!». A través de los portalones, discurrían carretones atestados de maderas, harina, cuévanos, barriles y mercancías sueltas cubiertas de esteras, toldos y sacos. En las tiendas, se vendía aceite, vinagre, jabón, grasa para engrasar los ejes. Yasha permaneció un momento ante el portón de la sinagoga y dirigió su mirada a la lejanía. Los buenos judíos, que momentos antes habían estado adorando con tanto fervor y habían cantado: «Sea el santo nombre bendito por siempre jamás, Amén», se había dispersado, dirigiéndose a sus almacenes, sus fábricas o sus talleres. Algunos de ellos eran dueños, otros, empleados, unos, maestros y otros, artesanos. Ahora, le pareció a Yasha que la calle y la sinagoga se contradecían la una a la otra. Si una era verdad, la otra, indudablemente, era falsa. Comprendía que era la voz del mal, pero la piedad que sentía cuando llevaba puestos el manto de las plegarias y las filacterias en la casa de oración, empezaba a enfriarse y a evaporarse. Había decidido ayunar aquel día como si se tratara del Día de la Expiación, pero tenía que aplacar el hambre que le mordía las entrañas. Le dolía el pie. Le palpitaban las sienas. Sus antiguas quejas contra la religión se reafirmaban de nuevo. «¿Por qué armar tanto alboroto?», preguntaba algo dentro de él, «¿qué prueba hay de que Dios exista? ¿Quién escucha nuestras plegarias?». Hay innumerables religiones en el mundo que se contradicen entre sí. Era verdad que no había podido abrir la caja de caudales de Zaruski y que se había lastimado el pie al tratar de hacerlo, pero ¿qué demostraba eso? Que se encontraba nervioso, exhausto, con la cabeza vacía. Yasha recordó que mientras estaba orando había tomado toda clase de resoluciones, había jurado los votos más preciosos, pero, en los pocos minutos que llevaba allí, de pie, la substancia de todo ello se había desvanecido. ¿Acaso podía vivir realmente como su padre lo había hecho? ¿Podría, realmente, abandonar la magia, sus amistades románticas, sus periódicos y sus libros, sus trajes elegantes? Los votos que había hecho en la casa de oración le parecían ahora excesivos, parecidos a las frases que se dice a las mujeres cuando se está dominado por la pasión. Levantó sus ojos hacia el pálido cielo. «Si quieres que te sirva, oh, Dios, revélate, realiza un milagro, haz que Tu voz sea oída, ofrécame algún signo de tu poder», dijo, sofocado. En aquel preciso momento,

Yasha vio a un tullido que se le acercaba. Era un hombre de corta estatura, y su cabeza, inclinada violentamente hacia un lado, parecía querer librarse del cuello que la sujetaba. Una cosa parecida sucedía con sus manos nudosas, que semejaban estar a punto de saltar de las muñecas, incluso mientras recogían las limosnas que recibía. Al parecer, la única misión que tenían sus piernas era la de crecer torcidas. Su barba ofrecía el mismo contorsionado aspecto, a punto de desprenderse de la mandíbula. Cada uno de los dedos los tenía doblados en diferente dirección, como si arrancara con ellos una fruta invisible de un árbol invisible. Caminaba con un fantástico vaivén, poniendo un pie delante y el otro arrastrándose y arañando la tierra detrás. Una lengua torcida se le movía en la torcida boca entre dientes torcidos. Yasha sacó una moneda de plata y trató de colocarla en la mano del pordiosero, cosa que se vio dificultada por las extrañas contorsiones del hombre. «¡Otro mago!», pensó, y sintió repugnancia y deseos de salir huyendo. Hubiera deseado arrojarle la moneda lo más rápidamente posible, pero el tullido, al parecer, quería realizar su propio juego que consistía en acercársele cada vez más, intentando tocar a Yasha, como un leproso decidido a infectar a alguien de su dolencia. Brillantes chispas volvieron a aparecer ante los ojos de Yasha, como si se encontraran siempre presentes y buscaran sólo la oportunidad de manifestarse. Arrojó la moneda a los pies del mendigo e intentó salir corriendo, pero sus propios pies empezaron a temblar y a contorsionarse como si imitaran a los del tullido.

Avistó un comedor económico y se metió dentro. El suelo estaba salpicado de serrín. Aunque todavía era temprano, los clientes estaban almorzando: sopa de pollo con tallarines, fruta de sartén, mollejas de ternera, estofado de zanahoria. A Yasha, el olor de la comida le hizo sentir náuseas. Se dijo a sí mismo que le sería imposible tragar aquella clase de alimentos, y a una hora tan temprana. Volvió la cabeza como buscando el camino de salida, pero una robusta matrona le cortó el paso diciéndole:

—No se vaya, joven, que nadie le mordeará aquí. Nuestra carne es recién muerta y estrictamente *kosher*.^[14]

«¿Qué conexión podría haber entre Dios y el sacrificio de animales?», se preguntó maravillado Yasha.

La mujer le acercó una silla y se sentó a una larga mesa, que era compartida por otros comensales.

—¿Quiere un vaso de vodka y un huevo cocido? —sugirió la mujer—. ¿O hígado picado con pan blanco? ¿O sopa de pollo con trigo sarraceno?

—Puede traerme lo que guste.

—De lo que puede estar seguro es de que no le vamos a envenenar.

Le trajo una botella de vodka, un vaso y un cestillo con huevos cocidos. Yasha cogió la botella, pero su mano temblaba y, al ir a echar el líquido, derramó un poco en el mantel. Varios de los clientes que se encontraban en la misma mesa, le abuchearon, a medias, como reconvención, y en broma. Eran judíos provincianos, con túnicas remendadas; debajo, llevaban trajes desteñidos por el sol. Uno de ellos ostentaba una barba formidable que le llegaba hasta los ojos; la de otro era rojiza, de la tonalidad de las barbas del gallo. En un extremo de la mesa se encontraba un judío que lucía un traje con flecos y un solideo. A Yasha le recordó al maestro que le había enseñado el Pentateuco. ¿Sería realmente el mismo? Pero no, no podía ser; aquél debía ya de haber muerto. ¿Se trataría, tal vez, de su hijo? Hacía poco tiempo que se había sentido feliz en compañía de judíos piadosos, pero ahora estaba incómodo sentado entre ellos. ¿Tendría que decir alguna acción de gracias antes de beberse el vodka?, se preguntó. Empezó a mover los labios. Al tomar un pequeño sorbo del vaso, sintió la amarga quemazón de la bebida y la oscuridad pareció danzar ante los ojos. Le ardía la garganta. Quiso comer un huevo, pero le fue imposible partirlo. «¿Qué me pasa? ¿Estoy enfermo? ¿Qué es esto?». Se sintió desplazado y lleno de vergüenza. Cuando la dueña le trajo el hígado y el pan blanco, sabía que tendría que hacer las abluciones rituales, pero no había facilidades para realizarlas allí. Mordisqueaba un trozo de pan, cuando el hombre del traje de flecos le preguntó:

—¿Qué hay de sus abluciones?

—Ya ha debido de hacerlas —replicó con sarcasmo el judío de la gran barba negra.

Yasha permaneció silencioso, asombrado de lo pronto que su primitivo afecto se había transformado en enojo, orgullo y un deseo de estar solo. Dejó de mirar a los demás, los cuales comenzaron a hablar de sus asuntos. Charlaban de todo: comercio, hasidismo, milagros sagrados. «¡Tantos milagros y sigue habiendo tanta pobreza, enfermedades y epidemias!», reflexionó Yasha. Se comió la sopa de pollo, ahuyentando con la mano las moscas que revoloteaban en torno a su plato. El pie seguía doliéndole. Sentía que se le hinchaba el estómago.

«¿Qué debo hacer?», se preguntó. «¿Ir a ver a un médico? ¿Y qué es lo que me haría un médico? Lo único que los médicos saben hacer: enyesarme el pie. Yo

podría ponerme tintura de yodo. ¿Y si con eso mejorara? Es imposible dar saltos mortales en la cuerda floja con un pie, en estas condiciones». Cuanto más pensaba Yasha en su situación, más grave le parecía. Estaba casi sin un céntimo, herido, ¿cómo le sería posible ganarse la vida? ¿Qué le podría decir a Emilia? Se sentiría furiosa de que no le hubiese dicho en las condiciones en que se encontraba el día antes. ¿Y qué explicación le daría a Magda cuando regresara a casa? ¿Dónde le diría que había pasado la noche? ¿Qué valía un hombre, si toda su existencia dependía de un pie... incluso su amor? Había llegado el momento de suicidarse...

Pagó la cuenta y salió. Se encontró de nuevo con el tullido. El hombre seguía girando y retorciéndose, como si tratara de meter la cabeza en una pared invisible. «¿Cómo es posible que no se canse de semejante movimiento?», pensó Yasha. «¿Cómo permite un Dios misericordioso un tormento semejante?». Experimentó el deseo de ver a Emilia. Ansiaba su compañía, necesitaba hablar con ella. Pero no era posible que fuera a verla, tal como estaba, sucio y sin afeitar, con las vueltas del pantalón salpicadas de estiércol. Hizo una seña a un *droshky* que pasaba y ordenó que le llevara a la calle Freta. Apoyó su cabeza en la pared del coche. «Imaginaré que estoy muerto y que asisto a mi propio entierro», pensó. A través de sus párpados cerrados, podía ver la luz del día, rosada a veces, fría y en sombra, otras. Oía los rumores de la calle e inhalaba los irritantes olores que llegaban hasta él. Tenía que sostenerse con ambas manos para no caer. «Es preciso que cambie», se dijo a sí mismo. «¡Esto no es vivir! No tengo ni un solo momento de paz espiritual. Debo de abandonar la magia y las mujeres. Tener un Dios, una esposa, como todos los demás...».

De cuando en cuando, entreabría los ojos para ver dónde se encontraba. Pasaba ahora por la plaza donde se alzaba el Banco, y el edificio, que el día antes se le había presentado tan silencioso y lleno de presagios, estaba ahora lleno de soldados y de civiles. Entraba en él un coche que transportaba dinero, escoltado por un guardia armado, que se quedó fuera. Al volver a mirar, abriendo un poco los ojos, vio la nueva sinagoga de la calle Tlomacka, donde oraban los judíos reformados y cuyos rabinos predicaban en polaco en lugar de hacerlo en yiddish.

«También son religiosos», pensó Yasha, «pero no permitirán que los pobres recen en su interior». La próxima vez que abrió los ojos, vio el antiguo arsenal polaco que los rusos habían convertido en prisión. Tras sus barrotes, se encontraban los semejantes a Yasha. Se apeó en la calle Freta y subió las escaleras de su casa. Por vez primera, experimentó, ahora, la gravedad de su lesión. Se veía obligado a hacer descansar el peso de su cuerpo sobre el pie sano y a arrastrar el otro tras de sí. Cada vez que levantaba el pie, sentía un dolor agudo en algún lugar cerca del talón.

Llamó a la puerta, pero Magda no fue a abrir. Volvió a llamar más fuerte. ¿Estaría tan enfadada? ¿Se habría matado? Aporreó con el puño y esperó. No tenía la llave y apoyó la oreja sobre la puerta. Oyó que el loro gritaba. Entonces, se acordó de la ganzúa, pero sintió repugnancia por aquel objeto que de tal manera le había humillado. De todas formas, no tuvo más remedio que sacarla, y abrió la puerta. No había nadie en el interior. Las camas aparecían hechas, aunque era imposible decir si se había dormido en ellas la noche anterior. Yasha se trasladó a la habitación donde alojaba a los animales. Su aparición les excitó. Cada uno de ellos parecía querer decirle algo en su propio lenguaje. En las jaulas, había comida y agua, por tanto, no era que estuvieran hambrientos o sedientos. Las ventanas estaban abiertas, para permitir la entrada del aire y del sol. «¡Yasha! ¡Yasha! ¡Yasha!», gritaba el loro. Y, luego, chasqueaba el curvado pico y miraba de soslayo, como si se quejara infructuosamente. Le pareció a Yasha que el pájaro trataba de decir: «Te estás haciendo daño a ti mismo, no a mí. Yo siempre me puedo ganar los pocos granos que me como». El mono saltaba arriba y abajo a la carita de nariz aplastada y los arrugados ojos castaños estaban llenos de la tristeza y la ansiedad del hombre del cuento que fue víctima de un hechizo mágico que le convirtió en una bestia. Le pareció a Yasha que el mono le preguntaba: «¿Todavía no te has dado cuenta de que todo es vanidad?». El cuervo intentaba hablar, pero de su garganta sólo salía un graznido que quería ser humano. A Yasha le pareció que el pájaro regañaba, se mofaba, moralizaba.

Se acordó de las yeguas. Estaban en la cuadra del patio. Anthony, el portero, cuidaba de ellas, pero Yasha ansiaba verlas, a *Kara* y *Shiva* —*Polvo y Cenizas*—. También se había portado mal con ellas. En un día como aquel deberían estar pastando en un verde prado y no encerradas en una cuadra caliente.

Regresó al dormitorio y se echó sobre la cama, completamente vestido. Intentó quitarse los zapatos y aplicarse agua fría al pie lesionado, pero se encontraba demasiado cansado para poder hacerlo. Cerró los ojos y se quedó inmóvil, como en un trance.

Sólo al despertar se dio cuenta de lo rotundamente que se había dormido. Abrió los ojos y no supo quién era, donde estaba ni lo que le había sucedido. Alguien estaba golpeando la puerta de entrada, y aunque oía la llamada, no se le ocurrió ir a abrir. El pie le dolía mucho, pero no podía recordar el motivo de semejante dolor. Todo en su interior parecía encontrarse paralizado, pero sabía que la memoria no tardaría en volver a él, y permanecía quieto, asombrado de la rigidez que le dominaba. Volvió a oír llamar y, esta vez, comprendió que debía de levantarse y abrir la puerta. Recordó lo que había ocurrido. ¿Sería Magda? Pero ésta tenía la llave. Por un momento, continuó inmóvil, con los miembros entumecidos. Después, hizo acopio de la energía precisa para incorporarse y llegar hasta la puerta. Apenas podía mover el pie izquierdo. Al parecer, éste sufría un absceso porque sentía tirante el zapato y caliente el pie. Abrió la puerta. Apareció Wolsky con un traje de color claro, zapatos blancos y sombrero de paja. Estaba pálido y ojoso, como si no hubiera dormido. Los negros ojos semíticos contemplaban a Yasha con una especie de burla comprensiva, como si supiera dónde había estado la noche anterior. Éste acabó por perder la paciencia.

—¿Qué sucede? ¿De qué se ríe usted?

—No me río. Tengo un telegrama de Ekaterinoslav.

Y sacó un telegrama del bolsillo. Yasha se dio cuenta de que los dedos de Wolsky estaban manchados de nicotina. Cogió el telegrama y lo leyó. Se trataba de una oferta que le hacía un teatro de Ekaterinoslav para que diera doce representaciones. Le aseguraban un salario decente. El director del teatro pedía una confirmación inmediata. Yasha y Wolsky penetraron en la habitación. Yasha intentó no arrastrar el pie dolorido.

—¿Dónde está Magda?

—Ha ido a la compra.

—¿Cómo es que está vestido?

—¿Cómo quería que estuviese? ¿Desnudo?

—No acostumbra a llevar ese traje y corbata por la mañana temprano. ¿Y quién le ha roto los pantalones?

Yasha parecía haber perdido la facultad de hablar.

—¿Dónde están rotos? —pudo preguntar al fin.

—Ahí. Además, está sucio. ¿Se ha peleado con alguien o le ha pasado algo semejante?

Hasta entonces, Yasha no se había dado cuenta de que tenía los pantalones rasgados en las rodillas y, además, manchados de cal. Vaciló un momento y, luego, dijo:

—Fui atacado por unos rufianes.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Anoche. En la calle Gensha.

—¿Qué fue a hacer a la calle Gensha?

—A visitar a alguien.

—¿Qué rufianes eran esos? ¿Cómo le rasgaron los pantalones?

—Intentaron robarme.

—¿A qué hora sucedió?

—A la una.

—Me prometió usted que se acostaría temprano. En lugar de hacerlo, permanece en pie todo el tiempo y se mete en pependencias callejeras. Buena manera de dar un paseo.

Yasha se encrespó.

—Usted no es mi padre ni mi tutor.

—Desde luego que no. Pero usted tiene un nombre y una reputación que debe mantener. Me he dedicado a usted como si fuera su padre. Cuando abrió la puerta, diría que cojeaba. Levántese la pernera del pantalón, o mejor todavía, quíteselo. No ganará nada con engañarme.

—Me vi obligado a rechazar la agresión.

—Probablemente, debía estar borracho.

—Desde luego. Y también maté a unos cuantos.

—¡Y, todo, una semana antes de la presentación! ¡Por fin, ha conseguido usted tener fama! Si aparece en Ekaterinoslav, toda Rusia le abrirá sus puertas. En lugar de estar en casa se dedica a vagar errante, Dios sabe por dónde. A ver, levántese más el pantalón. Los calzoncillos también.

Yasha hizo lo que le decía. Debajo de la rodilla izquierda tenía un gran cardenal, negro y azul, con una larga porción de piel desgarrada alrededor. Tenía sangre en los calzoncillos. Wolsky le miró con mudo reproche.

—¿Qué le hicieron?

—Me dieron de patadas.

—Tiene los pantalones manchados de cal. ¿Y qué tiene ahí? ¿Estiércol de caballo?

Yasha no contestó nada.

—¿Por qué no se pone algo? Agua fría, por lo menos.

Yasha continuó mudo.

—¿Dónde está Magda? Nunca sale a esta hora.

—Panie Wolsky, no es usted ningún fiscal ni yo me encuentro en el banquillo de los acusados. ¡No me haga preguntas!

—No, no soy ni su padre ni un fiscal, pero soy responsable de usted. No quisiera afrentarle, pero es en mí, no en usted, en quien depositan la confianza. Cuando llegó a mí no era más que un mago vulgar que actuaba en las plazas de los

mercados por un puñado de groschen. Fui yo quien le sacó de la alcantarilla. Y ahora que está al borde del triunfo, se dedica a emborracharse o Dios sabe a qué. La semana pasada debía de haber estado ensayando, pero ni se presentó por el teatro. Hay pegados carteles por toda Varsovia anunciando que es usted el mejor mago que haya existido, y usted se lastima una pierna y ni siquiera llama al médico. No debe de haberse desnudado desde ayer. Debe haber saltado de alguna ventana —añadió Wolsky cambiando de tono.

Un estremecimiento corrió por la espalda de Yasha.

—¿Por qué una ventana?

—Sin duda, escapando de alguna mujer casada. El marido debió presentarse inesperadamente. Conocemos esos asuntos y yo soy perro viejo en ellos. Lo que debe hacer es desnudarse y acostarse. Sólo se está engañando a sí mismo. Iré a buscar a un médico. Todos los periódicos anuncian que va a dar un salto mortal sobre la cuerda floja. No se habla de otra cosa en la ciudad. Y, de repente, hace una cosa como esta. Si fracasa ahora, todo habrá terminado.

—Estaré bien a la hora de la representación.

—Tal vez sí o tal vez no. Desnúdese. Puesto que se trató de un salto, quisiera examinarle toda la pierna.

—¿Qué hora es?

—Las once y diez.

Yasha quiso decir algo más, pero en aquel momento oyó que una llave daba vuelta en la cerradura de la puerta. Era Magda. Entró y Yasha abrió los ojos. Llevaba su traje del domingo, el sombrero de paja del año pasado, adornado con flores y cerezas y altas botas de botones. Tenía el aspecto de una mujer campesina que hubiese venido a servir a la ciudad. En una noche, aún había enflaquecido más y parecía más atezada y más vieja. Tenía el rostro cubierto de manchas. Al ver a Wolsky, se sorprendió y empezó a retroceder hacia la puerta. Wolsky se quitó el sombrero. Tenía el pelo pegado al cráneo arrugado como si fuese una peluca. Hizo una inclinación de cabeza y sus ojos fueron de Yasha a Magda con interés paternal. El labio inferior le colgaba denunciando su estupefacción.

—Panna Magda —dijo volviendo a coger el hilo de la conversación y en el tono de quien predica moralidad pero lo hace a la fuerza—, hicimos un convenio entre los dos: que usted velaría por él. Es un niño. Los artistas son como niños pequeños y, en ocasiones, mucho peores que éstos. ¡Mire lo que ha hecho consigo mismo!

—¡Le ruego, Panie Wolsky, que no diga ni una palabra más! —le interrumpió Yasha.

Magda no contestó nada y miró en silencio el pie descalzo de Yasha y la lesión de la pierna.

—¿Dónde fuiste tan temprano? —preguntó Yasha.

Rápidamente, se dio cuenta de que estas palabras descubrían que no había pasado la noche en casa pero ya era tarde para retirarlas. Magda dio señales de vida. Sus ojos brillaron malévolos como los de un gato irritado.

—Te lo contaré con todo detalle, más tarde —dijo.

—¿Qué sucede entre los dos? —preguntó Wolsky como si fuera un pariente de más edad. Y sin esperar la contestación, continuó diciendo—: Iré a buscar a un médico. Aplíquele compresas frías. ¿Tienen yodo en casa? Si no lo tienen, iré a la farmacia a buscarlo.

—¡Panie Wolsky, no quiero ningún médico! —exclamó Yasha con severidad.

—¿Por qué no? Faltan seis días para su presentación. La gente ha comprado entradas con anticipación. Medio teatro está ya vendido.

—Estaré a punto cuando llegue el momento.

—Ese pie no se le curará sólo en tan corto tiempo. ¿Por qué teme tanto a un médico?

—Hoy, tengo que ir a un sitio. Después, iré a ver al médico.

—¿Dónde tiene que ir? No puede caminar con el pie en esas condiciones.

—¡Tiene que ir corriendo a ver a una de sus putas! —exclamó Magda con voz que parecía el silbido de una serpiente.

Al decirlo, le temblaba la boca y sus ojos parecían perderse en la lejanía. Era la primera vez que Magda —la silenciosa, la recatada Magda— decía una cosa semejante, y más, en presencia de un extraño. Las palabras le salieron con acento rural, y aunque no en voz muy alta, tenían la agudeza de un chillido. Wolsky hizo una mueca como si se tragara algo desagradable.

—No quiero mezclarme en los asuntos de ustedes. Y aunque quisiera, no tengo derecho a hacerlo. Pero ha llegado el momento solemne. Hemos esperado durante años a que llegara este día. Esta es su oportunidad. Se hará usted famoso. Como dice el adagio, no abandone el fusil una hora antes de la victoria.

—¡Yo no abandono nada!

—Se lo ruego, permítame que vaya a buscar un médico.

—No.

—Está bien. Dice que no, pues será que no. Hace cerca de treinta años que soy empresario y he visto suicidarse a muchos artistas. Trepan trabajosamente hacia la cumbre durante años y cuando ésta se encuentra ya al alcance de la mano, caen y se destrozan. Ignoro el porqué. Tal vez sentían añoranza por la alcantarilla de la que se salieron. ¿Qué debo decirle a Kuzarski? Me preguntó por usted. En el teatro hay una conspiración en contra suya. ¿Y qué contestaré al director del teatro de Ekaterinoslav? Debo responder al telegrama.

—Mañana le daré a usted una contestación.

—¿Por qué mañana? ¿Qué sabrá usted mañana que no sepa hoy? ¿Y a qué viene que ustedes dos se disgusten? Tienen que trabajar juntos. Tendrían que ensayar como lo han hecho los otros años. Y, si acaso, con más empeño este año. A menos que quiera usted complacer a sus enemigos y ser víctima de una venganza.

—Todo saldrá bien.

— Está bien, será lo que el destino quiera. ¿Cuándo debo volver?

— Mañana.

— Estaré aquí mañana por la mañana, pero haga alguna cosa con su pie. A ver, déjeme ver. Dé un paso... ¡Pero si está cojeando! A mí no puede engañarme. Se dislocó o se fracturó algo. Meta el pie en agua caliente. Si yo me encontrara en su pellejo, no esperaría hasta mañana. El médico quizá le ordene que le enyesen el pie. Y si fuera así, ¿qué hará usted? La chusma hará estallar su cólera contra el teatro. Ya sabe lo que son los espectadores de un teatro de verano. No es como en la ópera, donde el regente se pone ante el telón y le dice al respetable público que a la *prima donna* le duele la garganta. Aquí, inmediatamente empiezan a arrojar huevos podridos y piedras.

— Le he dicho que todo saldrá bien.

— Está bien, esperemos que así sea. A veces, lamento no haberme dedicado a traficar con arenques.

Y Wolsky hizo una inclinación de cabeza a Yasha y a Magda. En el recibidor, murmuró algo. Luego, salió, dando un portazo.

«Es un cristiano y se lamenta como si fuera un judío», se dijo Yasha a sí mismo. Sentía ganas de reír y miró a Magda con el rabillo del ojo. Se dio cuenta de que no había pasado la noche en casa. Debía de haber estado dando vueltas por ahí. Pero ¿dónde había estado? ¿Sería capaz de semejante clase de venganza? Los celos y el enfado se mezclaron dentro de él. Sintió el impulso de agarrarla por el cabello y arrastrarla por el suelo. Hubiera querido gritarle: «¿Dónde estuviste? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?». No obstante, se contuvo. Creyó que cada momento que pasaba se le agravaba la erupción del rostro. Abrió los puños y bajando la cabeza se miró la pierna desnuda. Después, contempló, enfadado, a Magda.

— Tráeme agua fría de la bomba.

— Ve a buscarla tú si la quieres.

Y rompió a llorar. Luego, huyó de la habitación dando un portazo tan violento que los cristales de la ventana vibraron.

Yasha volvió al dormitorio y se tumbó en la cama. La pierna se le había endurecido y apenas podía extenderla. Permaneció echado mirando el cielo por la

ventana. Por él volaba un pájaro, que parecía tan pequeño como una baya. ¿Qué le pasaría a una criatura semejante en caso de herirse una pata o un ala? Sólo le quedaría una salida: la muerte. Lo mismo le sucedía al hombre. La muerte es la escoba que barre todo mal, toda locura, toda porquería... cerró los ojos. Sentía palpitaciones y opresión en el pie. Quería quitarse el zapato, pero los cordones se habían enredado. ¡La hinchazón había aumentado! Sentía que la carne de los dedos de los pies se le estaba volviendo hueca y esponjosa. Quizá tendrían que amputarle el pie. «¡No, eso no! ¡Antes, la muerte! ¡Está bien, mis siete años de buena suerte han terminado! ¡No puede confiarse en nadie!», terminó exclamando, no sabiendo si se refería a las mujeres, a los gentiles o a una combinación de ambas cosas. Indudablemente, el demonio vivía en el interior de Emilia. Su imaginación empezó a quedarse vacía y le dominaba el grato entumecimiento que precede al sueño. Empezó a soñar que era la Pascua hebrea y que su padre le decía: «Qué raro... he perdido un groschen». «Pero, papá, ¿qué estás diciendo? ¡Estamos en Pascua!». «Oh, debe de ser que se me ha subido el vino ritual a la cabeza».

El sueño sólo duró contados segundos. Se despertó con un estremecimiento en el momento que entraba Magda trayendo una jofaina y una servilleta para usarla como compresa. Le miró con furia y con rencor.

—¡Magda, te quiero! —dijo Yasha.

—¡Basura! ¡Putañero! ¡Asesino!

Y rompió a llorar de nuevo.

Yasha se daba cuenta que lo que pensaba era pura locura, pero tenía que ir a ver a Emilia. Era como el sujeto que ha sido hipnotizado y tiene que cumplir las órdenes del hipnotizador. Emilia le estaba aguardando y su expectativa le atraía como si fuera un imán. Magda había vuelto a salir, ignoraba adónde. Sabía que aquel era el momento propicio para salir. Al día siguiente, quizá fuera demasiado tarde. Se levantó, resuelto a no hacer caso de su pie. Necesitaba afeitarse, bañarse, cambiarse de traje. Se dijo a sí mismo que era preciso que cambiase impresiones con ella, que no podía dejar las cosas colgando en el aire. Al ir a afeitarse, se encontró con que la navaja había desaparecido. Magda tenía la costumbre de esconder las cosas. Cada vez que limpiaba, desaparecía algo. Era capaz de ocultar una corbata dentro de la estufa o un par de zapatillas, debajo de la almohada. Yasha pensó que seguía siendo la campesina de siempre. Se puso una camisa limpia y, al hacerlo, se le escapó un gemelo del puño y desapareció. Al parecer había rodado debajo del armario, pero él no podía inclinarse. Tenía otro par de gemelos en alguna parte, pero ¿dónde? Magda incluso metía el dinero en lugares tan raros que, a veces, no aparecía hasta varios meses después. Yasha se tumbó en el suelo y empezó a buscar debajo del armario, utilizando para ello su bastón; pero el esfuerzo que tuvo que hacer hizo que sintiera punzantes dolores en el pie. Después le empezó a doler también el estómago. Pensó que los demonios habían vuelto a ponerse en actividad. No cabía duda de que sólo tenía mala suerte.

Magda había vuelto y se había quitado su vestido del domingo. Se dio cuenta de que había ido a comprar, porque del cesto que llevaba en la mano salían las patas de un pollo.

- ¿Dónde vas ahora? Iba a preparar el almuerzo.
- Prepáratelo para ti.
- ¿Vas corriendo a reunirte con tu puta de Piask, verdad?
- Iré donde me dé la gana.
- ¡Hemos terminado! ¡Hoy, me iré a casa, puerco judío!

La mujer pareció asustarse de sus propias palabras y permaneció con la boca abierta y un brazo levantado como para eludir un golpe. Yasha palideció y se limitó a replicar:

—¡Está bien, esto es el fin!

—Sí, el fin. ¡Me traes el diablo!

Tiró el cesto que llevaba en la mano y empezó a entonar una fúnebre endecha campesina, como si la estuviesen azotando. El pollo quedó en el suelo, con su ensangrentado cuello doblado y rodeado de cebollas, remolachas y patatas. Magda huyó a la cocina y, poco después, Yasha oyó un estertor, como si alguien vomitase o se estuviera ahogando. Por alguna razón inexplicable, enderezó el pollo y le cubrió con una remolacha el cuello rajado. Continuó buscando el gemelo. Hubiese querido entrar en la cocina para ver qué hacía Magda, pero se contuvo. «Dentro de poco, Emilia me dirigirá el mismo insulto. Sí, todo se está derrumbando como si fuera un castillo de naipes».

Se vistió sin saber cómo. Al pasar por el corredor, oyó, a través de la puerta cerrada, que Magda limpiaba un pote con un estropajo. Bajó las escaleras cojeando, sintiendo dolor a cada paso que daba. Llegó a la puerta de una barbería próxima, pero estaba cerrada. Llamó con todas sus fuerzas, pero nadie acudió a abrir. «¡Lo dejan todo y se marchan!», gruñó. «Que se quede quienquiera con Polonia. Y aún dicen que el país se está deshaciendo. Probablemente, el holgazán del dueño ha ido a jugar a las cartas... Bueno, no tendré otro remedio que presentarme ante ella sin afeitarse. Que se dé cuenta del estado en que me encuentro».

Esperó a que pasara un *droshky*, pero no apareció ninguno. «Así es este país. Lo único que sabe hacer es rebelarse de cuando en cuando haciendo resonar las cadenas».

Caminando penosamente pudo llegar hasta la avenida Długa, y en ella encontró una barbería abierta. Entró en el establecimiento. El barbero estaba atareado cortando el pelo a un cliente al que le decía:

—Las coles no son como el lino, que se puede apretar cuanto se quiera. Cuando una barrica está llena de coles, está llena y no se puede pretender meter más. Lo que sucede con la masa de pan es todavía peor. Recuerdo lo que pasó a una mujer que quería hornear un pastel para su madre. Amasó la harina y añadió la levadura y todo lo demás. En el último momento decidió llevar la masa a casa de su

madre, que vivía en el barrio de Praga y cocerla allí, porque tenía embozado el tiro del horno, hacía humo o por cualquier otra cosa parecida. Así, pues, metió la masa en un cesto, la cubrió con un paño y tomó el ómnibus. En el ómnibus hacía calor, y la masa empezó a crecer. Trepaba por el cesto como si estuviera viva. La mujer intentó contenerla, pero la cochura es una cosa difícil de manejar. Cuando la reducía por un lado sobresalía por otro. La envoltura salió pitando. El cesto se hinchó y, ¡pun!, estalló. Creo que, en efecto, estalló.

—¿Pero es posible que la masa sea una cosa tan fuerte? —preguntó el hombre que ocupaba el sillón.

—Ya lo creo que lo es. En el carruaje viajaban varias mujeres distinguidas y...

—Debió de poner una cantidad enorme de levadura en la masa.

—No se trataba de la levadura, sino más bien del calor. Era un día de verano excesivamente caluroso y...

«¿Por qué hablarán de semejantes tonterías?», pensó Yasha. «Además, miente. El cesto no hubiera podido explotar nunca. Pero mi zapato sí parece que va a hacerlo. Mi pie sufre un absceso. ¿Y cómo es que no se da cuenta de mi presencia? ¡Quizá yo sea uno de esos que ven, pero que son invisibles!».

—¿Hay para mucho rato?

—Hasta que termine, caballero —contestó el peluquero mezclando la cortesía con la burla—. Sólo tengo dos manos. No puedo cortar el pelo con los pies, y si pudiera, ¿con qué me sostendría? ¿Con la cabeza acaso? ¿Qué opina usted, Panie Miechislaw?

—Que tiene usted toda la razón —contestó el parroquiano.

Era éste un hombre bajito, de cabeza gorda y cogote plano, cuyo cabello rubio y erizado le recordaba a Yasha las cerdas de un cochino. El hombre se volvió y miró con desprecio a Yasha. Sus ojos eran de un azul aguanoso, pequeños y profundamente hundidos. Evidentemente, barbero y cliente habían formado una alianza.

Yasha esperó a que el barbero terminara con su parroquiano, engomándole las guías del bigote. De repente, aquél sufrió una transformación y empezó a charlar amablemente con él.

— Hermoso día, ¿no es cierto? Estamos en verano, sí, en verano. Es la estación que me gusta más. ¿Qué nos trae el invierno? ¡Heladas y catarros! A veces, hace demasiado calor en verano y uno suda, pero eso no es ninguna tragedia. Ayer, fui a nadar al Vístula y un individuo se ahogó ante mis propios ojos.

— ¿En la casa de baños?

— Quería presumir, y se fue nadando desde el departamento reservado a los hombres al de las mujeres. De todas maneras, no le hubiesen dejado llegar hasta allí, porque las mujeres se bañan desnudas. Entonces ¿qué fundamento tenía todo aquello? ¿Valía la pena arriesgar la vida por una broma? Cuando lo sacaron del agua, parecía dormido. Yo no podía creer que estuviera muerto. ¿Y qué objeto tenía aquel sacrificio? Pues sólo querer darse importancia.

— Sí, la gente está loca.

«Debo decidirlo todo hoy», se dijo a sí mismo Yasha, en el *droshky*. «Hoy es mi Día del Juicio Final». Cerró los ojos para dedicarse exclusivamente a sus pensamientos. Pero pasó calle tras calle sin llegar a ninguna decisión. De nuevo, escuchaba ciegamente los rumores de la ciudad, inhalaba sus olores. Los cocheros gritaban, los látigos chasqueaban, los niños correteaban. De los patios y los bazares salían cálidas vaharadas, que apestaban a estiércol, a cebolla frita, a albañal, a los olores del matadero. Había obreros que se dedicaban a arrancar las aceras de madera, a cambiar las piedras puntiagudas de la calzada por adoquines, a instalar faroles de gas, abrir zanjas para el alcantarillado y el tendido telefónico. Las entrañas de la ciudad tomaban nueva forma. A veces, cuando Yasha abría los ojos, le parecía que el *droshky* estaba a punto de caer en las arenosas profundidades. La tierra parecía encontrarse a dos dedos de hundirse, haciendo caer los edificios. Todo Varsovia sembraba que iba a sufrir el destino de Sodoma y Gomorra. El *droshky* pasó frente a la sinagoga de la calle Gnoyne. «¿Cuándo estuve yo aquí?», se preguntó. «¿Ha sido hoy? ¿Fue ayer?». Los dos días se mezclaban formando uno sólo. Las oraciones que había rezado allí, con el manto y las filacterias puestos, la piedad que entonces había sentido, le parecían cosas ajenas a él, como un ensueño. «¿Qué clase de fuerza me posee? ¡Mis nervios deben encontrarse completamente deshechos!». El coche se detuvo frente a la casa de Emilia, y Yasha le entregó un gulden al cochero en lugar de los veinte groschen de la carrera corriente. El hombre le ofreció el cambio, pero Yasha lo rechazó con un movimiento de la mano. «Es un pobre», pensó. «Que se quede con los diez groschen que sobran». Cada buena acción que hiciera le haría elevarse a los ojos del cielo.

Empezó a subir la escalera lentamente: le molestaba algo menos el pie. Tocó el timbre y Yadwiga abrió la puerta. Sonrió y le dijo confidencialmente:

—La señora le espera. Lleva esperándole desde ayer.

—¿Hay novedades por aquí?

—No, nada. ¡Ah sí, hay algo! Panie Yasha debe de recordar lo que le conté del viejo Zaruski y de la sirvienta sorda que es amiga mía. Pues bien, anoche, sufrieron un robo.

A Yasha se le secó la boca.

—¿Le robaron el tesoro? —preguntó.

—No, parece que el ladrón se asustó y huyó. Saltó por el balcón. El vigilante de noche le vio. ¡No quiera saber la que se armó, allí! El viejo armó un escándalo terrible. Quería echar a mi amiga. Llegó la Policía. Mi amiga lloraba desconsoladamente. ¡Treinta años... treinta años en la misma casa!

Dijo esto con una especie de placer perverso. La desgracia de su amiga daba a Yadviga cierta clase de íntima satisfacción. Sus ojos brillaban con una malicia que Yasha no había advertido nunca antes en ella.

—Sí, no faltan ladrones en Varsovia.

—Parece que les tienta esa fortuna. Pase a la sala, por favor. Voy a avisar a la señora.

A Yasha le pareció que Yadviga se había vuelto más joven. No andaba, sino que parecía moverse dando brincos. Entró en la sala y se sentó en el sofá. «No deben de enterarse de que me he lastimado el pie. Si se dan cuenta, les diré que me he caído. O quizá sea mejor que lo diga de antemano. Haciéndolo así, despertaré menos sospechas». Yasha esperaba que Emilia llegase corriendo a él, por el contrario, tardó en aparecer más de lo corriente. «Se venga de mí por no haber venido anoche», pensó. Por fin, oyó pasos. Emilia abrió la puerta y Yasha vio que iba vestida con una bata de brillante colorido, evidentemente nueva. Se levantó, pero no se acercó en seguida a ella.

—¡Qué bata tan maravillosa!

—¿Te gusta?

—¡Es magnífica! Date la vuelta para que te vea por la espalda. Emilia hizo lo que le decía y Yasha aprovechó la ocasión para acercarse a ella cojeando.

—¡Sí, exquisita!

Emilia se volvió y se enfrentó con él.

—Temía que no te gustase. ¿Qué te pasó ayer? Por tu culpa, he pasado toda la noche sin poder dormir.

—¿Qué hiciste si no dormías?

—¿Qué se puede hacer a esas horas? Me dediqué a leer, a pasear un poco. En realidad, me tuviste muy preocupada. Pensé que tú ya...

Y Emilia se interrumpió.

«¿Cómo podía leer si no tenía luz en su dormitorio?», pensó Yasha. Hubiera querido decírselo, pero se contuvo, dándose cuenta de que si lo hacía, se descubriría él también. Emilia le examinaba y su rostro reflejaba, a la vez, curiosidad, resentimiento y devoción. Por algún poder imperceptible (o presagio), sabía él que Emilia lamentaba haberle rechazado la otra noche y que ahora estaba dispuesta a rectificar su error. Fruncía la frente como si quisiera profundizar los sentimientos de Yasha. Ésta la examinaba a su vez, y le parecía que había envejecido, pero no días, sino años, como sucede a veces a las personas que han sufrido una grave enfermedad o un profundo disgusto.

—Algo malo me sucedió ayer —dijo.

La mujer palideció.

—¿Qué?

—Mientras estaba ensayando, me caí y me lastimé un pie.

—A veces me pregunto cómo es posible que sobrevivas —replicó Emilia con tono de reproche—. Emprendes cosas sobrehumanas. Aunque estés dotado de talento, no debes derrocharlo. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que te pagan. No aprecian en absoluto todo lo que vales.

—Tienes razón, doy demasiado. Pero es mi manera de ser.

—Eso es, a la vez, una maldición y una bendición... ¿Has ido a ver a un médico?

—Todavía no.

—¿A qué esperas? ¡Te presentas dentro de pocos días!

—Sí, ya lo sé.

—Siéntate. Ya suponía que te había pasado algo malo. Habíamos quedado en que vendrías, y no lo hiciste. No sabía por qué, pero no podía dormir. Me desperté a la una y ya no volví a pegar los ojos. Tenía la extraña sensación de que estabas en peligro. Me dije a mí misma que mis temores eran ridículos, que no debía ser supersticiosa, pero no me podía librar de aquella sensación. ¿Cómo sucedió? ¿A qué hora caíste?

—Fue por la noche.

—¿A la una?

—Aproximadamente.

—¡Lo sabía! Aunque no acertaba a comprender por qué. Sin motivo alguno, me senté en la cama y empecé a rezar por ti. Halina se despertó también y entró en mi habitación. Existe un lazo extraño entre las dos. Cuando yo no puedo dormir, ella tampoco puede, aunque tengo buen cuidado de no hacer ningún ruido. ¿Cómo sucedió? ¿Fue un salto?

—Sí, al saltar.

—Has de ver inmediatamente a un médico, y si te dice que no actúes, debes de hacerle caso. No debes jugar con esas cosas, especialmente, en las condiciones en que te encuentras.

—El teatro se arruinará.

—Déjalo que vaya. Nadie está inmune de accidentes. Si ya estuviéramos juntos, tendría cuidado por ti. No tienes buen aspecto. ¿Te has cortado el pelo?

—No.

—Parece como si te lo hubieses cortado. Ya sé que pensarás que esto es ridículo, pero desde hace días he tenido la premonición de esto. No debes de preocuparte. No pensaba en ninguna gran tragedia, pero sí en que sucedería algo. Esta mañana cuando no supe nada de ti, me sentí desesperada. Incluso pensé en ir a tu casa. ¿Cómo pueden explicarse estas cosas?

—Uno no puede explicarse nada.

—¿Puedo verte el pie?

—Después. Ahora no.

—Está bien. Pero hay algo importante de que quisiera hablar contigo.

—¿Qué es? Dímelo.

—Debemos hacer planes concretos. Quizá lo que vaya a decir sea de mal gusto, pero ninguno de los dos somos ya dos chiquillos. Ha llegado el momento en que ya no podemos esperar más, es una sensación que nos ronda a cada paso. Esta situación me pone mala. No soy, por naturaleza, una persona irresponsable. Debo de saber el lugar en que me encuentro. Halina tiene que volver a sus estudios; no puede permitirse el lujo de perder otro semestre. Me has hecho miles de promesas, pero todo continúa igual que antes. Ahora que has relevado nuestras intenciones a Halina ya no me deja en paz. Es una muchacha inteligente, pero una niña es siempre una niña. Ya sé que no debería hablarte de esta forma, pero no me es posible hacer que te des cuenta de todo lo que ha pasado. Además de todo, te echo terriblemente de menos. En el momento en que nos despedimos y cierro la puerta, empieza mi tormento. Me siento extrañamente insegura, como si estuviese sobre un hielo flotante que en cualquier momento pudiese resquebrajarse y hacer que me hunda en el agua. Hasta empiezo a pensar que me he vuelto ordinaria y que he perdido la vergüenza.

Emilia cesó de emitir aquella avalancha de palabras. Permanecía de pie con la cabeza temblorosa, con los ojos bajos, como si estuviese avergonzada hasta el mismo fondo de su ser.

—¿Quieres decir que me echas de menos físicamente? —preguntó Yasha después de algún titubeo.

—De todas formas.

—Bueno, pues lo decidiremos todo.

—No haces otra cosa que decir que tenemos que decidírnos. ¿Es que hay muchas cosas para nosotros que hayan de ser objeto de decisión? Si hemos de marcharnos, tengo que saberlo con tiempo para dejar el piso y vender los muebles, ya que, aunque poco, algo sacaré por ellos. Pero también los podríamos mandar a Italia. Estas algunas de las cosas prácticas que tenemos que hacer. No conseguiremos nada sólo con hablar. Es preciso, también, que nos preocupemos de los pasaportes, porque ya sabes que los rusos ponen toda clase de pegas. Hemos de determinar la semana y el día exactos de nuestra marcha. Hay también la cuestión monetaria. No he hablado antes de ello contigo porque es un tema extremadamente desagradable para mí. Siempre que pienso en él, me sube la sangre al rostro (efectivamente, en aquel momento, Emilia se ruborizó), pero es preciso reconocer que, sin dinero, no podemos hacer nada. También hablamos de ti... Bueno, de que prometiste abrazar la fe cristiana... Ya sé que estas cosas son simples formalidades... No va a adquirir uno una nueva fe porque le rocíen con agua bendita... Pero, sin ello, no podemos casarnos. Te digo esto en la suposición de que tus promesas fueran hechas en serio. En caso de que no lo fueran, ¿a qué continuar la farsa? Ya no somos niños.

Emilia dejó de hablar.

—Ya sabes que todo lo que te he dicho, lo dije en serio.

—Yo no sé nada. ¿Acaso conozco algo de ti? A veces experimento la sensación de que no me conozco ni a mí misma. Cuando te oía decir ciertas cosas, siempre le echaba la culpa a la otra mujer. Después de todo, tienes una esposa, aunque bien sabe Dios que no le eres fiel y que tu conducta es generalmente la de un hombre descarriado. También yo soy pecadora, pero permanezco fiel a mi iglesia. Desde el punto de vista católico, cuando alguien se convierte a nuestra fe es como si volviese a nacer y todos sus lazos anteriores quedan anulados. No conozco a tu esposa ni la quiero conocer, pero, por otra parte, el vuestro es un matrimonio sin hijos, y un matrimonio sin hijos es como si fuese un matrimonio a medias. Yo ya no soy joven, pero todavía puedo tener un niño y mi deseo sería darte hijos. Te reirás de ello, pero incluso Halina habló en una ocasión de esto al decirme: «Cuando te cases con el tío Yasha, me gustaría tener un hermanito». Un hombre de

tu talento no debe de morir sin dejar un heredero. Mazur es un buen nombre polaco.

Yasha estaba sentado en el sofá y frente a él, en la *chaise-longue*, se encontraba Emilia. La miró y ella le devolvió la mirada. Comprendió, de pronto, que ya no estaba en condiciones de prolongar las cosas. Lo que tuviera que decir debía decirlo en aquel preciso momento. Aun cuando todavía no había determinado lo que había de decir o hacer.

—Emilia, he de decirte algo.

—Dilo. Te escucho.

—Emilia, no tengo dinero. Mi única fortuna consiste en mi casa de Lublin, pero ésta no se la puedo quitar a ella.

Emilia se quedó reflexionando un momento.

—¿Y por qué no me decías eso antes? Callarte implicaba que el dinero no era problema.

—Siempre esperaba conseguirlo en el último momento. Creía que si mi presentación de ahora era un éxito, existía siempre la posibilidad de que pudiera actuar en el extranjero. Siempre hay por aquí empresarios de teatros de fuera...

—Perdóname, pero nuestros planes eran completamente diferentes. ¿Cómo podrías estar seguro de encontrar trabajo precisamente en Italia? Tal vez pudieran firmarte contratos para Francia o los Estados Unidos, pero en tal caso sería bien extraño, estando casados, que tú estuvieras en un sitio y yo y Halina, en otro. La niña tiene que permanecer algún tiempo en el Sur de Italia. Un invierno en Inglaterra, por ejemplo, la mataría. Además, tú proyectabas estar un año sin trabajar, dedicándote al estudio de idiomas europeos. Si viajas por Europa sin conocer los diferentes lenguajes que en ella se hablan, te verías en una situación de inferioridad, y no serías mejor tratado de lo que eres aquí, en Polonia. Parece como si te hubieses olvidado de cuanto planeamos. Ya sabes que habíamos decidido comprar una casa con jardín, cerca de Nápoles. Este era nuestro plan. No es que quiera echarte nada en cara, pero si quieres mejorar tu situación, debes de seguir unas normas precisas. Esto de vivir al día, a salto de mata, como dicen de la gente del teatro, no conduce a nada, como sea a circunstancias desgraciadas. Tú mismo no dejaste de reconocerlo.

—Sí, es verdad, pero es preciso que me haga con un poco de dinero. ¿Cuánto costaría todo? Quiero decir, contando lo más bajo posible.

—De esto sí que hemos tratado en otras ocasiones. Necesitaríamos, por lo menos, quince mil rublos. Y si podíamos contar con una suma mayor, mejor.

—Tendré que conseguir el dinero.

—¿Pero, cómo? Que yo sepa, no llueven rublos sobre Varsovia. Mi impresión era que tú ya tenías reunido el capital necesario.

—Pues no, no tengo nada.

—Está bien. No debes de creer que por ello hayan cambiado mis sentimientos hacia ti, pero, indudablemente, nuestros proyectos ya no pueden ser los mismos. Ya había notificado a algunas personas allegadas mías mi traslado al extranjero. Halina no puede quedarse por más tiempo en casa. Una muchacha de su edad debe ir a la escuela. Por otra parte, tú y yo no podemos permanecer aquí juntos. Sería una cosa que carecería por completo de sentido para ambos. Tú tienes una familia, y quién sabe si algo más. Tal como están las cosas, yo pierdo el sueño por la lástima que me inspira tu mujer, pero es indudable que si abandono el país eso se convertirá en una cosa remota. Pero robarle a un hombre su esposa y exponerme a que me viniera con llantos, me parece demasiado.

Y movió negativamente la cabeza, como para remachar su repulsa. Al mismo tiempo, se estremeció.

—Conseguiré el dinero.

—¿Cómo? ¿Robando un Banco?

Entró Halina.

—¡Oh, tío Yasha!

Emilia alzó la vista.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que antes de entrar debes llamar a la puerta? Ya no eres una niña de tres años.

—Si os he interrumpido en algo, me marchó.

—No interrumpes en nada —terció Yasha—. ¡Qué vestido tan bonito llevas!

—¡Qué tiene de bonito! He crecido demasiado para poder llevarlo. Pero es blanco y yo adoro todo lo que es blanco. Me gustaría que nuestra casa en Italia fuese blanca. ¿Por qué no podría tener también el tejado blanco? ¡Oh, qué vistosa sería una casa con el tejado blanco!

—¿Quizá querrías también que el cañón de la chimenea fuese de color blanco por dentro? —le preguntó Yasha con tono burlón.

—¿Y por qué no? No creo que sea imposible poder hacer que el hollín sea blanco. He leído en alguna parte que cuando se elige a un nuevo Papa, sale humo blanco por una de las chimeneas del Vaticano, y si el humo es blanco, el hollín puede que sea también del mismo color.

—Todo se arreglará a tu gusto, pero ahora vuelve a tu cuarto. Estamos hablando de cosas de interés —dijo Emilia.

—¿Qué cosas pueden ser esas? No me pongas esa cara, madre, que ya me voy. Tengo mucha sed, pero eso no importa. Antes de irme, quisiera decir algo... Pareces de muy mal humor, tío Yasha. ¿Te pasa algo malo?

—Perdí todo un cargamento de leche agria.

—¿Qué dices? ¿Qué clase de expresión cómica es esa?

—Se trata de un dicho yiddish.

—Me gustaría saber yiddish. Quisiera conocer todas las lenguas: chino, tártaro, turco... Dicen que también los animales tienen un lenguaje propio. Una vez, al pasar por la plaza Grzybow, vi a unos judíos que tenían un aspecto muy chistoso con sus largos caftanes y sus barbas negras. ¿Qué es un judío?

—¡Te he dicho que te marches de aquí! —dijo Emilia levantando la voz.

Halina se volvió dispuesta a hacer lo que le mandaban, cuando en aquel momento llamaron con los nudillos a la puerta. Yadwiga apareció en el umbral.

—Hay un hombre que desea hablar con la señora.

—¿Un hombre? ¿Quién es? ¿Qué quiere?

—No lo sé.

—¿Por qué no le has preguntado cómo se llama?

—No me lo hubiese dicho. Va de uniforme. Parece un cartero o cosa así.

—¡Vaya lata! Iré a ver qué quiere. Perdóname un minuto.

Y Emilia salió al pasillo.

—¿Quién podrá ser? —preguntó Halina a Yasha—. Hoy, he cogido un libro de la biblioteca del colegio y lo he perdido. Bueno, en realidad, no lo perdí, sino que se me cayó a una alcantarilla y me dio asco cogerlo. Tuve miedo de traerlo a casa, porque si mamá me hubiera visto con un libro tan manchado me hubiese reñido de una manera terrible. Mamá es buena, pero, en ocasiones, puede ser bastante mala. Últimamente, se ha comportado de una manera muy extraña. Se pasa las noches sin dormir, y cuando ella no puede dormir, yo tampoco puedo. Me meto en su cama y allí estamos echadas, hablando como dos almas perdidas. A veces se sienta ante una mesita, pone sus manos sobre ella y espera a que la mesa le prediga el porvenir. Hace esas cosas extrañas pero yo la quiero con locura. A medianoche, es muy buena. A veces quisiera que siempre fuera medianoche, y que tú, tío Yasha, estuvieras siempre con nosotras. Tal vez podrías hipnotizarme ahora. Siento un fuerte deseo de ser hipnotizada.

—¿Y por qué quieres serlo?

—¡Oh, porque la vida es tan triste!

—Tu madre no quiere que lo haga y yo no quiero contrariarla en nada.

—Pero puedes hacerlo ahora, antes de que vuelva.

—Las cosas no suceden tan rápidamente una vez que estás hipnotizada.

—¿Qué me dirías?

—Que tienes la obligación de quererme. Que siempre me querrás. Que no me olvidarás nunca.

—Eso es verdad. ¡Nunca! Pero, ahora, me gustaría hablar de tonterías. ¿Puedo hablar de tonterías hasta que vuelva mamá?

—Por mí, ya puedes empezar a hacerlo.

—¿Por qué no es todo el mundo como tú, tío Yasha? ¡Es tan ostentosa la gente y se da tanta importancia! A mamá la quiero de una manera terrible, pero hay momentos en que llego a odiarla. Cuando está de mal humor se pone frenética. «¡No vayas allí! ¡No te pongas allá!». En una ocasión, completamente sin intención, rompí un florero. Pues bien, durante todo el día estuvo sin hablarme. Aquella noche, soñé que un ómnibus pasaba a través de nuestro piso. Con caballos, cochero, pasajeros y todo lo demás. Dentro de mi sueño me preguntaba asombrada: «¿Por qué ha de pasar un ómnibus por nuestra casa? ¿Dónde va toda esta gente? ¿Cómo ha podido atravesar la puerta?». El ómnibus se limitó a ir pasando, haciendo parada algunas veces, y entonces, pensé: «Cuando venga mamá y vea esto, armará un jaleo espantoso». No pude por menos de echarme a reír y me desperté riendo también. Ahora no puedo por menos de reírme de un sueño tan estúpido. Pero ¿qué culpa tengo yo? También he soñado contigo, tío Yasha, pero ya que eres tan malo y no quieres hipnotizarme, no te contaré en qué consistió mi sueño.

—¿Qué soñaste?

—¡No te lo diré! Mis sueños son todos o cómicos o descabellados. Puedes

creer, si quieres, que estoy loca, pero, a veces, me asaltan unos pensamientos terribles. Los quiero arrojar de mi lado, pero no me es posible hacerlo.

—¿Qué clase de pensamientos?

—Eso no te lo puedo decir.

—A mí no debes de ocultarme nada. Ya sabes que te quiero.

—Eso lo dices ahora, pero, en el fondo, eres enemigo mío. Tal vez seas un demonio que ha tomado forma humana. Quizá tengas cuernos y rabo como el Baba Yaga.

—Sí, tengo cuernos.

Y Yasha se colocó dos dedos en la frente.

—¡No hagas eso, que me asustas! Yo soy muy cobarde. Por la noche, estoy aterrorizada. Tengo miedo de los fantasmas, de los malos espíritus, de todas esas cosas. Un vecino nuestro tenía una niña de seis años llamada Haninka. Era una criatura preciosa, con unos rizos rubios y unos ojos azules que la hacían parecer un querubín. De pronto, cogió la escarlatina y se murió. Mamá no quería que yo lo supiera, pero me enteré de todo. Incluso pude ver por la ventana cómo sacaban el ataúd, un ataúd pequeño, cubierto de flores. ¡Oh, qué cosa tan terrible es la muerte! Cuando es de día, no suelo pensar en ella. Pero, en cuanto oscurece empiezo a pensar de nuevo en todo su horror...

Entró Emilia. Miró a Yasha y a Halina, y observó:

—Hacéis una bonita pareja.

—¿Quién era ese desconocido? —preguntó Yasha, asombrado de su propia audacia.

—Vas a reírte cuando te lo diga, aunque no sea cosa de risa. Tenemos un conocido que vive cerca de aquí. Un viejo ricachón que se llama Zaruski y que es un usurero, un avaro. En realidad, no es ni siquiera conocido nuestro, pero lo que sucede es que Yadwiga es amiga de su criada y con este motivo el hombre ha empezado a saludarme. Anoche, alguien entró violentamente en su casa. El ladrón entró por el balcón, y el vigilante de noche le vio cuando descendía del mismo. No pudo abrir la caja de caudales, pero se le olvidó un librito de notas con las

direcciones de otros pisos en los que pensaba robar, y mis señas están incluidas entre ellas. Ha venido un policía a ponerme sobre aviso. Yo le dije sin rodeos: «Aquí, hay pocas cosas que robar». ¿No te parece una cosa muy extraña?

Yasha sintió que el paladar se le quedaba seco.

—¿Por qué dejó tras de sí esa lista de direcciones?

—Al parecer, la perdió.

—Bueno, tienes que andar con cuidado.

—¿Y cómo se puede estar siempre con cuidado? Varsovia se ha convertido en una guarida de ladrones. ¡Halina, vete a tu cuarto!

Halina se levantó lánguidamente.

—Está bien, me voy. ¡Lo que hemos hablado debe de permanecer secreto! —dijo dirigiéndose a Yasha.

—Será un secreto eterno.

—Me marcharé, ya que, como me echan, no tengo otro remedio. ¿Pero todavía no nos dejarás, verdad, tío Yasha?

—No, me quedaré un rato.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—*Au revoir.*

—*Au revoir.*

—*Arrivederci.*

—¡Vamos, date prisa! —gritó Emilia.

—Ya... ya me voy.

Y Halina desapareció.

—¿Qué secretos tiene contigo? —preguntó Emilia medio en broma.

—Secretos enormes.

—A veces siento no haber tenido un hijo en vez de una hija. Un muchacho no está tanto tiempo en casa para mezclarse en los asuntos de su madre. Yo la quiero, pero hay momentos en que me saca de quicio. No debes olvidar que se trata de una niña y no de una muchacha mayor.

—Como a una niña le hablo.

—Hay cosas muy raras en ese robo. ¿No podría el ladrón buscar una casa que sea menos pobre que la mía? ¿De dónde sacarán esas gentes su información? Seguramente se meten en los portales y leen las direcciones de los inquilinos. Pero, a mí, los ladrones me dan miedo. Un ladrón se puede convertir fácilmente en un asesino. La puerta de entrada tiene un buen cerrojo, pero la del balcón sólo tiene una cadena.

—Tú estás en un segundo piso. Es demasiado alto para los maleantes.

—¿Cómo sabías que Zaruski vive en un primer piso?

—Porque yo soy el ladrón —contestó Yasha con voz ronca, atónito ante las palabras que pronunciaba.

Se le contrajo la garganta. Ante sus ojos se hizo la oscuridad y volvió a ver las fieras chispas de antes. Era como si un *dybbuk* hubiese hablado dentro de él. Un escalofrío le zigzagueó espina dorsal abajo. Una vez más, sintió la náusea que precede al desmayo.

Emilia hizo una pausa y, luego, dijo:

—La idea, desde luego, no está mal. Igual que eres capaz de bajar por las ventanas, debes de poder subir por los balcones.

—Claro que puedo.

—¿Qué dices? No te oigo.

—Digo que sí que puedo.

—Bueno, ¿y por qué no abriste la caja? Cuando se empieza una cosa, debe terminarse.

—A veces no es posible.

—Pero ¿por qué hablar tan bajo? Apenas te oigo.

—Digo que, a veces, no es posible.

—Lo que no se puede hacer, no debe de intentarse, como dice el refrán. La cosa no deja de tener gracia. Hace poco, estaba pensando que los ladrones podrían entrar en mi casa. Todo el mundo sabe que el viejo guarda el dinero en la suya. Más pronto o más tarde, se lo robarán. Es el destino de los avaros. La acumulación de riquezas viene a ser como una pasión, ¿verdad?

—Sí, es una especie de pasión.

—¿Y en qué se diferencia de las demás? En un sentido absoluto, todas las pasiones son o completamente estúpidas o juiciosas por completo. ¿Quién puede saberlo?

—No, no sabemos nada.

Se quedaron ambos en silencio, que después rompió la mujer para decir:

—¿Qué te pasa? Deja que te mire el pie.

—No, ahora no.

—¿Por qué ahora no? Cuéntame cómo te caíste.

«No me cree. Piensa que bromeo», se dijo Yasha. «De todas maneras, todo ha terminado».

Miró a Emilia como a través de una niebla. La estancia estaba oscura, pues la ventana daba al Norte y estaba sobrecargada de cortinas de color vinoso. Le asaltó una extraña indiferencia, la indiferencia que se siente cuando se va a cometer un crimen o a arriesgar la propia vida. Sabía que lo que iba a decir acabaría por hundirlo todo, pero no le importaba. Se oyó a sí mismo decir:

—Me lastimé el pie al saltar del balcón de Zaruski.

—No es el momento más oportuno para bromear —replicó Emilia enarcando las cejas.

—Estoy diciendo toda la verdad.

En el silencio que siguió, Yasha podía oír el trinar de los pájaros que había al otro lado de la ventana. Pensó que lo peor había pasado ya. Se daba cuenta de cuál tenía que ser ahora su objetivo: terminar con aquél asunto lo antes posible. Había cargado sobre sus hombros un fardo demasiado pesado. Necesitaba librarse de todo lo que gravitaba sobre él. Dirigió la vista hacia la puerta, como si estuviese decidido a marcharse sin decir ni siquiera una palabra de despedida. En vez de bajar los ojos, miró a Emilia cara a cara, no con orgullo, sino con el miedo del que no puede permitirse el lujo de tener miedo. La mujer le devolvió la mirada, no con enfado, sino con una especie de curiosidad mezclada con el escarnio que se siente cuando una persona acaba de darse cuenta de la futilidad de todos sus esfuerzos. Parecía como si se esforzara por contener la risa.

—Realmente, no puedo creer...

—Pues créelo porque es la verdad. Anoche, estuve frente a tu casa e incluso estuve a punto de llamarte.

—¿Y en lugar de hacerlo, te fuiste allá?

—No quería despertar a Halina y a Yadviga.

—Me parece que te estás burlando de mí. Ya sabes que soy muy crédula. Se me engaña con mucha facilidad.

—No, no me burlo. Oí a Yadviga hablar del avaro y pensé que podía ser la solución de nuestro problema. Pero me vi acometido por el pánico. Por lo visto, no estoy libre de semejante cosa.

—Has venido a confesarte conmigo, ¿no es eso?

—Tú me lo preguntaste.

—¿Qué te pregunté? Pero da lo mismo. Si no se trata de una de tus bromas, no debo de tenerte más que lástima, lástima que debe alcanzar a los dos. Si es una

broma, sólo puedes inspirarme desprecio.

—No he venido a bromear.

—¿Quién podría decir de lo que eres y de lo que no eres capaz? Desde luego, no eres una persona normal.

—No, no lo soy.

—Acabo de leer en alguna parte que una mujer se ha dejado seducir por un loco.

—Tú eres esa mujer.

Emilia contrajo los ojos.

—Parece que es mi sino. Stephan, que en paz descansa, era también como un alienado. De otro tipo. Por lo visto, me he de ver arrastrada hacia esa clase de hombres.

—No debes culparte de nada. Eres la mujer más noble que he conocido.

—¿Con quién te has tropezado? Te enfrentas con desechos y tú mismo eres un desecho. Perdona la dureza de mis palabras, pero no hago otra cosa que registrar un hecho. La culpa ha sido sólo mía. Me daba cuenta de todo y tú, realmente, no me ocultabas nada, pero en la tragedia griega hay una especie de fatalidad —no, tiene otro nombre—, por la cual una persona ve todo lo que le va a suceder, pero le es imposible eludir su destino. Ve el abismo, pero no puede dejar de caer en él.

—Todavía no te encuentras en el abismo.

—Ya no puedo descender más abajo de lo que lo estoy. Si hubieses tenido una chispa de hombría, me habrías ahorrado esta desgracia final. Debías de haberte marchado y no regresar nunca más. No hubiera enviado a ningún emisario a buscarte. Por lo menos, habría guardado un buen recuerdo.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas. Me dijiste que estabas casado. Incluso admitiste que Magda era tu querida. También me contaste que eras ateo o como quiera que lo calificaste.

Si pude aceptar todo esto, no hay razón para que me asuste de un ladrón. Lo único divertido es que hayas demostrado ser un ladrón tan inepto.

Y Emilia emitió una especie de risa despectiva.

—Todavía puedo demostrar que soy un buen ladrón.

—Gracias por la promesa, pero no te molestes. No sé lo que le diré a Halina —dijo Emilia cambiando de tono—. Espero que te des cuenta de que debes marcharte y no volver nunca más. No debes ni siquiera escribir. En lo que a mí me afecta, estás muerto. Yo también estoy muerta. Pero también los muertos tienen su *milieu*.

—Sí, me marcharé. Y puedes tener la seguridad de que ya nunca más...

E hizo ademán de levantarse.

—¡Espera! Veo que no puedes incorporarte. ¿Qué te has hecho? ¿Te has dislocado el tobillo? ¿Te has roto algún hueso del pie?

—Algo de eso.

—Sea lo que sea, ya no podrás actuar esta temporada. Posiblemente, te convertirás en un inválido de por vida. Debes de tener algún pacto con Dios, puesto que te castigó en el mismo lugar.

—No soy más que un chapucero.

Emilia se cubrió el rostro con las manos. Incluyó la cabeza. Pareció como si pensara profundamente en algo. Incluso se friccionó la frente con los dedos. Al separar las manos, Yasha vio, con profundo asombro, una cara transformada. En pocos segundos, Emilia había cambiado. Se le habían formado bolsas debajo de los ojos. Ofrecía el aspecto de quien despierta de un sueño breve y profundo. Incluso estaba despeinada. Advirtió que tenía arrugas en la frente y canas en el pelo. Como si fuera un cuento de hadas, aquella mujer se había desprendido de algún hechizo que la mantenía eternamente joven. También su voz se había vuelto áspera e indiferente. Miró a Yasha llena de confusión.

—¿Por qué dejaste atrás aquella lista de direcciones? ¿Y por qué estaba la mía entre ellas? Es posible que...

Y Emilia no continuó.

—No dejé direcciones detrás de mí.

—El policía no inventó la historia.

—No sé. Juro ante Dios que no sé nada.

—No jures por Dios. Debiste de hacer la lista, y se te cayó del bolsillo. Fuiste lo bastante decente para no excluirme a mí de ella.

Y sonrió abrumada por la fatiga, esa especie de sonrisa que, a veces, se ve en el rostro de la tragedia.

—¡Realmente, es un misterio! Empiezo a dudar de mi propia razón.

—Sí, eres un enfermo.

En aquel momento, comprendió lo que había pasado. Había arrancado unas hojas de su libro de notas y con ellas formó un cono con el que tanteó en la cerradura. Por lo visto, dejó el cono tras él y figuraba en él la dirección de Emilia. ¿Qué otras direcciones habría también? Entonces se dio cuenta de que dejar aquellas hojas era tanto como dar una información sobre sí mismo. Era posible que también estuviera entre ellas la dirección de Wolsky, así como las de otros empresarios, actores, propietarios de teatros y comercios en los que adquiriría su equipo. No era imposible que se encontrara su propia dirección, puesto que, a veces, se divertía escribiendo su calle y su número, y festoneándolos con adornos, apéndices y otros rasgos. No sintió miedo, pero algo dentro de él se echó a reír. Había cometido su primer delito y se había denunciado a sí mismo. Era como esos ineptos que no roban nada, pero que dejan suficientes huellas para que la Policía vaya directamente a ellos. La Policía y los tribunales tratan sin compasión a esos estúpidos. Recordó lo que le había dicho Emilia de los que ven el abismo y, sin embargo, caen en él. Se sintió avergonzado de su torpeza. Ello significaba que no podría volver a su casa. Se enterarían también de su dirección de Lublin. Y por si fuera poco, aquel pie...

—Está bien — dijo —. No te molestaré más. Todo terminó entre nosotros.

Y se levantó para marcharse.

Emilia se levantó también.

—¿Dónde vas? ¡No has matado a nadie!

—Olvídame, si puedes.

Y Yasha avanzó cojeando hacia la puerta. La mujer se movió como si quisiera interceptarle el paso.

—No dejes de ir a ver al médico.

—Sí, gracias.

Parecía como si ella quisiera decirle algo más, pero Yasha alcanzó rápidamente el recibidor, cogió el sombrero y salió.

Emilia le dijo, entonces, algo. Pero él dio un portazo y, a pesar del pie lastimado, empezó a bajar la escalera con ligereza.

Al llegar al portal, Yasha hizo una pausa. ¿Estaría esperándole fuera algún agente de la Policía? De repente, le vino a la memoria la ganzúa. No la llevaba encima, sino que había quedado en el traje que vestía el día anterior. Si habían registrado la casa, la habrían encontrado. Pero no le importaba ya. ¡Que le encerraran cuando quisieran! «Mañana, todos los periódicos hablarán de mí. ¿Qué dirá Esther cuando lo sepa? La pandilla de Piask se quedará encantada, considerándolo una hermosa ironía. ¿Qué pensará Herman? ¿Y Zefitel? ¿Y Magda? ¡Y no digamos nada del hermano de ésta! ¿Cuál será la actitud de Wolsky al enterarse? De todas formas, me llevarán al hospital de la prisión —sentía que la creciente hinchazón del pie le oprimía el zapato—. Y he perdido también a Emilia...».

Atravesó la puerta, pero no le esperaba ningún policía. Tal vez el hombre se encontrara al acecho en algún lugar de la calle. Yasha pensó entrar en los Jardines de Sajonia, pero no lo hizo ante el temor de que Emilia pudiera verle, atisbando desde las ventanas de su casa. Anduvo por la calle Graniczna, volvió a salir a la calle Gnoyne y vio en el escaparate de un relojero que sólo eran las cuatro menos diez. ¡Dios santo, qué día tan largo! ¡Parecía un año! Sintió la necesidad de sentarse y pensó entrar otra vez en la casa de estudio de la sinagoga; y, al efecto, penetró en el patio de ésta. «¿Qué me ha sucedido?», se preguntó maravillado. «¡De repente, me he convertido en un judío de sinagoga!». En la sinagoga, se estaban celebrando los servicios nocturnos. Un judío lituano entonaba las Dieciocho Bendiciones. Los fieles vestían levitones cortos y se tocaban con sombreros duros. Yasha sonrió. Él descendía de judíos polacos. En Lublin eran escasos los de ascendencia lituana, pero en Varsovia había muchos. Se vestían de diferente manera, hablaban de otro modo, rezaban de otra forma. Aunque el día era cálido, salía de la sinagoga un hálito frío que el sol no podía disipar. Oyó al cantor entonar: «Regresa con Tu misericordia a Jerusalén, Tu ciudad, para residir donde has dicho...».

¿Así, pues, deseaban también la vuelta a Jerusalén? Desde la edad más temprana había considerado a los judíos lituanos sólo como medio judíos, como una especie de secta extraña. Apenas le era posible comprender el yiddish que hablaban. Entre los congregados, había hombres completamente afeitados. ¿Por qué se quitaban las barbas para ir a rezar? Quizá utilizaran unas tijeras para ello,

con lo que el pecado sería menor. Pero, mientras uno creyera en Dios, ¿qué importaba la forma de presentarse ante Él? Si es que había Dios y su Ley era verdadera, debía de ser adorado de día y de noche. ¿Cuánto tiempo puede uno permanecer en este mundo podrido? Yasha se dirigió a la casa de estudio. Estaba llena de hombres que estudiaban el Talmud. La luz del sol se filtraba por los ventanales y levantaba columnas oblicuas de polvo. Jóvenes de largas patillas se inclinaban sobre ejemplares del Talmud, gritando, cantando, dándose con el codo, gesticulando. Uno de ellos hacía una mueca que parecía que le estaba doliendo el estómago, otro meneaba ligeramente el pulgar, y un tercero retorció los bordes de su faja. Sus camisas estaban tiznadas y llevaban abiertos los cuellos de las mismas. Algunos de ellos habían perdido prematuramente la dentadura. Las barbas de uno creían desordenadamente —un tufo aquí, otro tufo allí—. La de otro, un hombre chiquitín, era roja como el fuego; el hombrecillo llevaba el cráneo completamente rapado y las patillas que le colgaban eran largas como trenzas. Yasha le oyó gritar: «¡Le llamaron a juicio por el trigo y él reconoció que era cebada!».

«¿Sería posible que Dios fuera aquello?», se preguntó Yasha. «¡Armar tal jaleo por el trigo y la cebada! Semejante conocimiento sólo importa al comercio». Recordó la afirmación de los antisemitas: «El Talmud sólo les enseña a los judíos a estafar».

Aquel individuo debía tener una tiendecita en algún lugar. Si no la tenía entonces, la tendría algún día. Yasha encontró un asiento vacío cerca de la estantería de libros, y se sintió satisfecho de poder sentarse. Cerró los ojos y escuchó los cánticos de la Tora. Chillonas voces de adolescentes se mezclaban con los registros graves y rasposos de las de los viejos. Aquellas voces gritaban, murmuraban, cantaban, enunciaban a veces palabras aisladas. Yasha recordó lo que le dijo en una ocasión Wolsky, mientras bebían un vaso de vodka: que él no era antisemita, pero que había de reconocerse que los judíos de Polonia habían creado una especie de Bagdad en el centro de Europa. Incluso los chinos y los árabes eran más civilizados que los judíos. Por otra parte, los judíos que vestían levitones cortos y que se afeitaban las barbas estaban dispuestos a rusificar Polonia o bien eran revolucionarios. Explotaban y sublevaban, a la vez, a las clases trabajadoras. Eran masones, ateos, internacionalistas y lo que buscaban era dominar, apoderarse de todo, emporcar cuanto había a su alcance.

Un silencio descendió sobre Yasha. Podía ser considerado como uno de esos judíos rasurados, pero se encontró más lejos de ellos que de los que integraban la clase piadosa. Desde la niñez, había estado rodeado de gente religiosa. Incluso Esther mantenía un hogar judío y su cocina era perfectamente *kosher*. Semejante

progenie quizá fuera excesivamente asiática, como aseguraban los judíos ilustrados, pero, por lo menos, tenían una fe, un hogar espiritual, una Historia y una esperanza. Además de sus leyes para dirigir el comercio, tenían su literatura hasídica y estudiaban la cábala y los libros de ética. Por su parte, ¿qué tienen los judíos asimilados? Nada propio. En un lugar, hablan en polaco; en otro, en alemán, y hasta en ruso y en francés. Se sentaban en el «Café Lurs», en el «Café Semodeni» o en el «Café Strassburger», tomaban café, fumaban cigarrillos, leían toda clase de periódicos y de revistas y gastaban bromas que provocaban una risa especial que Yasha siempre había encontrado desagradable. Llevaban adelante su política de desencadenar revoluciones y huelgas, aunque las víctimas de semejantes actividades fueran siempre los judíos pobres, sus hermanos. En cuanto a sus mujeres, callejeaban cubiertas de diamantes y de plumas de avestruz, despertando la envidia de los cristianos.

Resultaba extraño que en cuanto Yasha se encontraba en una casa de oración, empezara a darse cuenta de lo que había dentro de su alma. Era cierto que se había alejado de los judíos piadosos, pero no había entrado en el campo de los asimilados. Ahora lo había perdido todo: Emilia, su carrera, su salud, su hogar. Volvieron a su mente las palabras que Emilia le había dicho: «Debes tener algún pacto con Dios, puesto que te castigó en el mismo lugar». Posiblemente, a causa de que nunca había dejado de creer del todo. Pero ¿qué era lo que quería de él? Aquella mañana, temprano, se dio cuenta de lo que se le exigía: que se mantuviera en la senda del bien como había hecho su padre antes que él, y su abuelo antes que su padre. Ahora, las dudas empezaban a apoderarse de él. ¿Para qué necesitaba Dios esos levitones, esas patillas, esos solideos, esas fajas? ¿Cuántas generaciones más contenderían con el Talmud? ¿Cuántas restricciones más impondrían los judíos sobre su persona? ¿Cuánto tiempo más estarían esperando al Mesías, los que ya llevaban aguardando dos mil años? Dios era una cosa y aquellos dogmas hechos por el hombre, otra. ¿Pero era posible servir a Dios sin dogmas? ¿En qué estado se encontraba él en aquellos momentos? Con toda seguridad, no se habría visto envuelto en aquellos líos amorosos y en otras aventuras si se hubiese vestido con el ropaje ritual para rezar tres veces al día. Una religión era lo mismo que un ejército: para funcionar, necesita disciplina. Una fe abstracta conduce inevitablemente al pecado. Las casas de oración eran semejantes a los cuarteles donde los soldados aprenden la instrucción.

Yasha no podía permanecer más tiempo allí. Tenía calor, pero, al mismo tiempo, sentía escalofríos. No cabía duda de que tenía fiebre. Decidió marchar a su casa. ¡Que le detuvieran si querían! Estaba decidido a apurar la copa de la amargura hasta las heces...

Antes de abandonar la casa de estudio, cogió, de las estanterías, un libro al azar. Lo abrió por el medio para consultarlo, como hacía su padre siempre que estaba en duda acerca de lo que debía hacer. Vio que el libro sagrado era *Sendas eternas*, escrito por el rabino Leib, de Praga. En la página derecha, había un versículo de las Escrituras: *cerró los ojos para no ver el mal*, junto con la interpretación talmúdica: *Un hombre semejante es quien no mira a las mujeres mientras se bañan*. Con algún trabajo, tradujo Yasha las palabras hebreas. Comprendió hacia lo que apuntaban, a que debía de haber disciplina. El hombre que no mira no siente tentaciones carnales y el que no las siente, no peca. El que rompe la disciplina y mira viola el Séptimo Mandamiento. Había abierto el libro y se encontró, precisamente, con el problema que prevalecía en el interior de su cerebro.

Volvió a colocar el libro en su sitio. Un momento después, lo cogió de nuevo y lo besó. Aquel libro, por lo menos, le exigía algo, le marcaba un camino a seguir, aunque se tratara de un espinoso camino. Los escritos simplemente mundanos no exigían nada. Por lo que a los autores de semejantes libros concernía, tanto daba que él matara, robara, fornicara o acabara consigo mismo o con los demás. Con frecuencia, se había tropezado con literatos en teatros y cafés. Se hallaban muy atareados besando las manos de las mujeres y dispensando toda clase de cumplidos a su alrededor, a la vez que despotricaban sin cesar contra los editores y los críticos.

Mandó parar un *droshky* y dijo al cochero que le condujera a la calle Freta. Sabía que, en cuanto llegase a su casa, Magda le haría una escena y mentalmente se puso a ensayar lo que le diría: «Querida Magda, yo ya estoy muerto. Toma todo lo que poseo: mi reloj de oro, la sortija de diamante y los contados rublos que tengo. Márchate cuanto antes a tu casa y perdóname, si puedes».

En el *droshky*, Yasha sintió un miedo que no había sentido nunca. Temía algo, pero no sabía a punto fijo qué era. El tiempo era caluroso y, sin embargo, tenía frío. Todo su cuerpo temblaba. Se le habían puesto los dedos blanquecinos y contraídos, con las puntas marchitas, como las de las personas enfermas de muerte o los cadáveres. Parecía que tenía el corazón aplastado por el puño de un gigante. «¿Qué me pasa?», se preguntó. «¿Acaso ha llegado mi última hora? ¿Echo de menos a Emilia?». Continuaba temblando y le acometió un calambre. A duras penas podía respirar. Tan desesperada era la situación en que se encontraba que empezó a sentir cierto consuelo. Aún no lo había perdido todo. Podría vivir sin una pierna y quizá pudiera encontrar alguna solución a su problema. Si le detenían, ¿cuánto tiempo podría permanecer en la cárcel? Después de todo, no había hecho nada, se trataba tan sólo de un robo frustrado. Se reclinó en el respaldo de su asiento. Intentó abrocharse el botón del cuello de la camisa, pero se sentía demasiado embarazado para hacerlo en aquel día caluroso. Quiso desatarse los cordones del zapato, pero, al inclinarse para hacerlo, estuvo a punto de caerse del asiento. El cochero se había dado cuenta, sin duda, de que le pasaba algo, porque volvió la cabeza. Los peatones le miraban también, según Yasha pudo advertir. Algunos se detenían para contemplarle.

—¿Qué le sucede? —preguntó el cochero con interés—. ¿Quiere usted que pare?

—No, continúe.

—¿Desea que le lleve a alguna farmacia?

—No, gracias.

El *droshky* se detenía con harta frecuencia a causa de los carros cargados de maderas y de sacos de harina y de los grandes carrromatos de transporte que se interponían en su camino. Los caballos percherones golpeaban con sus grandes cascos las piedras de la calzada, arrancándoles chispas. En uno de los lugares por los que pasaron se había caído un caballo. Por tercera vez en aquel día, se enfrentó Yasha con el Banco de la calle Rimarska. En esta ocasión ni se molestó en mirar el

edificio. Los Bancos y el dinero habían perdido ya todo interés para él. Ahora sentía no sólo temor, sino hasta repugnancia de sí mismo. Tan fuerte era la sensación que experimentaba que llegó a sentir náuseas. Pensó, de pronto, que tal vez podía haberle sucedido algo a Esther. Recordó que tuvo un sueño, y que cuando empezaba a tomar forma se había desvanecido sin dejar huella. ¿En qué podría haber consistido? ¿En un animal? ¿En un versículo de las Escrituras? ¿En un cadáver? A veces se veía atormentado por sus sueños nocturnos. Soñaba con entierros, monstruos, brujas, leprosos. Despertaba empapado en sudor. Pero, en aquellas últimas semanas, había soñado poco. Al caer dormido, se encontraba ya exhausto. En más de una ocasión, se había despertado en la misma postura en que se durmió. Una vez dormido, llevaba otra vida, una existencia separada. De cuando en cuando, recordaba algunos de los sueños que había tenido, en los que volaba o realizaba habilidades contrarias a las leyes de la Naturaleza, algo absurdamente infantil, basado en equívocos de niño o en errores verbales o gramaticales. El sueño era, a veces, tan fantástico, que en caso de no encontrarse totalmente dormido, no lo podía resistir el cerebro. En el mismo momento lo recordaba y lo olvidaba.

En cuanto se apeó del *droshky*, recobró la calma. Empezó a subir lentamente la escalera, apoyándose en la barandilla. Como no llevaba ni llave ni la ganzúa, si Magda hubiese salido se vería obligado a esperarla en el descansillo. Además, recordó que Anthony, el portero, tenía otra llave del piso. Antes de llamar, se puso a escuchar en la puerta. En el interior, no se oía ningún ruido. Empezó a llamar a la puerta, pero tan pronto como tocó el picaporte, ésta se abrió. En cuanto entró en la habitación delantera un horrible espectáculo se presentó ante sus ojos. Magda se hallaba colgada del techo, con una silla volcada a sus pies. Inmediatamente se dio cuenta de que estaba muerta. En lugar de ponerse a gritar o de cortar la cuerda de la ahorcada se quedó inmóvil, con la boca abierta. La mujer llevaba puesta unas enaguas, y sus pies, descalzos, se habían vuelto de un color azulado. No podía verle el rostro, pero sí el cuello y una mata de pelo. Le pareció una especie de muñeca de gran tamaño. Quería actuar, salir, cortar la cuerda, pero continuaba como si estuviera clavado en el suelo, completamente imposibilitado. ¿Dónde había un cuchillo? Sabía que debía pedir auxilio, pero le daba vergüenza tener que enfrentarse con los vecinos. Por fin, abrió la puerta y gritó:

—¡Socorro!

Lo dijo en tono tan poco fuerte, que nadie respondió. Intentó aumentar el volumen de la voz, pero le fue imposible conseguirlo. Le acometió un impulso infantil de salir corriendo, pero, en vez de hacerlo, golpeó la puerta de un apartamento vecino, al tiempo que exclamaba:

—¡Tienen que ayudarme! ¡Ha sucedido algo terrible!

El apartamento estaba lleno de niños descalzos y semidesnudos. Cerca de la cocina se encontraba una gruesa mujer cristiana, de cabello pajizo, que volvió un rostro sudoroso hacia él. En aquel momento estaba pelando una cebolla. Al verle, preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Venga, ayúdeme! Magda...

Y no pudo añadir ni una palabra más.

La mujer le siguió hasta su apartamento e, inmediatamente, comenzó a dar alaridos. Le cogió de los hombros y le ordenó:

—¡Corte la cuerda! ¡Corte la cuerda!

Yasha quería hacer lo que le decía, pero la mujer se había pegado a él, sosteniendo todavía en las manos el cuchillo y la cebolla, y estaba a punto de rebanarle una oreja a Yasha. No tardaron en llegar precipitadamente otros ocupantes de la casa. Yasha vio cómo uno de ellos se ocupaba en la cuerda, levantaba a Magda, le aflojaba el nudo corredizo, y se lo pasaba sobre la cabeza. Durante todo el tiempo, permaneció inmóvil. Ahora, todos intentaban resucitar a la muchacha, haciéndole la respiración artificial, tirándole del pelo, rociándola de agua. La gente afluía sin cesar. El portero y su mujer se encontraban ya allí. Alguien se apresuró en ir a buscar a un guardia. Yasha no podía ver el rostro de Magda, sólo el cuerpo laxo, que no había respondido a ningún tratamiento y que presentaba la flaccidez sin resistencia de los muertos. Una mujer pellizcó las mejillas del cadáver y, luego, se santiguó. Dos viejas comadres se arrojaron una en brazos de la otra; parecía como si estuvieran conspirando. Sólo entonces se dio cuenta Yasha de que no se oía rebullir nada en la otra habitación. Entró en ella y encontró a los tres animales muertos. Al parecer, Magda los había estrangulado. El cuervo, encerrado en su jaula, parecía disecado. El mono yacía con los ojos abiertos. El loro, tumbado de lado, tenía una gota de sangre seca en el pico. ¿Por qué había hecho eso? Sin duda, para impedir que aquellas criaturas gritasen. Yasha agarró a alguien de la manga y le llevó allí para que viera lo que había sucedido. Había llegado ya un guardia al apartamento. Sacó su libro de notas y escribió en él lo que Yasha le contó.

Aparecieron nuevos personajes: un médico, un funcionario de paisano, otro guardia... Yasha esperaba ser detenido de un momento a otro. Deseaba que le

llevaran a la cárcel, pero las autoridades acabaron marchándose, haciendo la única recomendación de que no se tocara el cadáver. Ahora, el resto de los hombres fueron desfilando, reintegrándose a sus ocupaciones: uno era zapatero remendón y otro, tonelero. Al final, sólo se quedaron dos mujeres: la gruesa matrona que estaba pelando la cebolla y una vieja arrugada con el rostro salpicado de verrugas. El cuerpo había sido depositado en una de las camas y ahora la mujer gorda se volvió a Yasha para decirle:

—Como usted sabe, tendrá que ser amortajada. Era católica.

—Hagan lo que crean oportuno.

—Debemos comunicarlo al párroco. Los rusos querrán que se le practique la autopsia.

Por último dejaron solo a Yasha. Deseaba acompañar a Magda en el dormitorio, pero tenía miedo. Volvían a él los infantiles terrores que le producía la muerte. Abrió las ventanas, como para mantener comunicación con el patio, y dejó entornada la puerta de entrada. Tampoco se atrevía a volver a ver a los animales; su silencio le amedrentaba. La quietud de la muerte se cernía sobre el apartamento, una quietud que parecía llena de gritos reprimidos. Pero, en el exterior, aún se escuchaban murmullos y susurros. Yasha permanecía en pie en el centro de la habitación, mirando por la ventana el azul pálido del cielo por donde se elevaba, volando, un pájaro. De pronto, oyó música. Un músico callejero había entrado en el patio y tocaba una vieja melodía polaca, la balada de una muchacha que había sido abandonada por su amante. Los chiquillos se agrupaban en torno del músico y, aunque pareciera extraño, se sintió agradecido a aquel organillero. Su tonada había hecho desaparecer el silencio de la muerte. Mientras tocase, Yasha podía enfrentarse con Magda.

No se acercó en seguida a la cama, sino que permanecía en pie en el umbral de la habitación. Las mujeres habían cubierto el rostro de Magda con un chal. Titubeó un momento y, después, entró y levantó el chal. No encontró a Magda, sino una imagen moldeada con cierta substancia sin vida, cera o parafina. Nariz, boca, todos los rasgos le eran desconocidos. Sólo los altos pómulos conservaban alguna semejanza. Tenía las orejas blancas como el hueso y los párpados fruncidos, como si los globos oculares que estaban debajo estuvieran ya marchitos. En el cuello se veía la oscura magulladura producida por la cuerda. Sus labios estaban silenciosos y, sin embargo, la muchacha estaba gritando, gritando algo que ningún mortal podría resistir oír por mucho tiempo. La boca hinchada y resquebrajada parecía decir:

«¡Mira qué has hecho conmigo! ¡Mira! ¡Mira!» Yasha hubiese querido cubrirse el rostro con las manos, pero las tenía paralizadas y no las podía mover. Seguramente era la misma Magda con la que había disputado aquella mañana y que le había traído agua de la bomba; pero a aquella Magda se le podía haber pedido perdón y apaciguado. Esta otra, que yacía flácida sobre la cama, había entrado en la Eternidad, cortados todos los lazos que la unían al Bien y al Mal. Había pasado al otro lado del abismo que ningún puente puede cruzar. Yasha le tocó la frente. No la sintió ni fría ni caliente, sino más allá de toda temperatura. Las pupilas parecían las de una persona viva, pero no miraban a nada, ni siquiera a sí misma.

Llegó el féretro y sacaron a Magda. Un individuo de tamaño descomunal que llevaba un delantal azul y se tocaba con un gorro de hule, que no bastaba para ocultar su encrespado pelo amarillento, cogió el cadáver de la muchacha por una mano y, de un tirón, como si fuese un pollo, lo depositó en una camilla y la cubrió con un saco basto. Le ayudaba un hombre bajito de bigote rizado, que parecía estar enfadado por algo. Olía a alcohol y esto le hizo pensar a Yasha en echar un trago. El dolor y el miedo se le habían hecho insoportables. Oyó cómo los dos hombres descendían por la escalera. Desde el otro lado de la puerta, llegaban murmullos de conversaciones. Por lo general, en casos semejantes, los parientes ocultaban el cadáver a las autoridades para evitar la autopsia. Yasha se dio cuenta de que debería haber llegado a algún arreglo con un cura, pero todo se había producido con demasiada rapidez. Se había limitado a dar vueltas por el apartamento sin tomar ninguna resolución. Sabía que los vecinos hablaban de él, asombrados de su pasividad. Ni siquiera había acompañado el féretro de Magda que habían dejado en la calle. Le había dominado una timidez infantil. Si no hubiera de enfrentarse con la gente, se habría marchado, pero esperó a que el grupo se dispersara. Por entonces, el apartamento se encontraba casi a oscuras. Estaba en pie, mirando fijamente el cerrojo de la puerta, sintiéndose rodeado por todas partes por fuerzas misteriosas. Tras él, el silencio parecía susurrar y resoplar. Tenía miedo de volver la cabeza. Alguna forma fantasmal debía de estar acechándole, dispuesta a caer sobre él y atacarle con dientes y garras. Algo monstruoso y sin nombre. Le había sido familiar desde la infancia, apareciéndose en sus pesadillas. Trataba de convencer a sí mismo de que no era otra cosa que una invención de su imaginación, pero, de todas maneras, no podía negar su existencia. Contuvo la respiración. Semejante terror sólo podía resistirse contados segundos.

En el exterior habían cesado los rumores y Yasha se precipitó hacia la puerta. Intentó abrirla, pero no lo consiguió. «¿No van a dejarme salir?», pensó asombrado y dominado por el terror. Tiró con fuerza del picaporte y, de pronto, la puerta se abrió como impulsada por una ráfaga de viento. Vio una forma oscura que se escabullía a toda prisa. Había estado a punto de matar un gato. El sudor le empapaba las ropas. Dando un portazo, se precipitó escaleras abajo como si le persiguiesen. Vio al portero que se encontraba solo en el portal y esperó a que el hombre se metiera en su cubículo. El corazón de Yasha palpitaba desbocadamente y

algo parecía recorrerle la espina dorsal. Ya no sentía vergüenza y el terror de antes, pero sabía que jamás podría volver a aquel apartamento.

El portero cerró la puerta de su habitación, y Yasha salió a la calle. De nuevo volvió a sentir el dolor del pie. Caminaba pegado a las paredes; su mayor deseo era no ser visto o, por lo menos, no darse cuenta de que los demás le observaban. Llegó a la calle Franziskaner y dobló rápidamente la esquina, como un niño que jugara al escondite. En efecto, los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas parecían haberle convertido de nuevo en una criatura, en un colegial aterrorizado y culpable, invadido por terrores que no podía divulgar y por confusiones que ninguna persona extraña comprendería. Y, al mismo tiempo, le acompañaba la sobriedad del adulto, de quien sueña y sabe que sueña.

¿Debería emborracharse? ¿No habría alguna taberna cerca? En la calle Freta sí que había varias, pero allí todo el mundo le conocía. Y en la calle Franziskaner, donde acababa de entrar, sólo vivían dos judíos y no había bebidas. Recordó que existía un bar en algún lugar de la calle Bugay; pero ¿cómo trasladarse allí sin pasar por la calle Freta? Pasó por la calle Nowiniarska y fue a parar a otra que llevaba el extraño nombre de Bolesc.^[15] Pensó que así era como deberían llamarse todas las calles. El mundo entero no es otra cosa que una enorme agonía. Se había pasado de la calle Bugay y volvió sobre sus pasos. Las rameras de la calle se arracimaban ya bajo los faroles y alrededor de las puertas, a pesar de no ser todavía noche cerrada, pero ninguna de ellas se le acercó. «¿Tan repulsivo soy que ni siquiera a ellas les intereso?», se preguntó a sí mismo. Un obrero alto, con chaqueta a cuadros, gorra azul y botas bajas se aproximaba. Tenía un rostro flaco y hundido, medio comido y, en lugar de la nariz, llevaba un emplasto negro sujeto con una cinta. Una prostituta enana, que apenas le llegaba al hombre a la cintura, se le acercó y se lo llevó con ella. Yasha pudo ver que las piernas del obrero temblaban. La muchacha no podría tener más de quince años. «¿Qué es lo que teme?», preguntó algo dentro de Yasha, echándose a reír. «¿Sífilis?».

Yasha llegó a la calle Bugay, pero la taberna que él recordaba que había en ella desapareció. ¿La habrían cerrado? Hubiera querido preguntárselo a algún transeúnte, pero le dio vergüenza. «¿Qué me pasa? ¿Por qué siento la timidez de una cabra que se introduce en un campo de coles?», se preguntó. Mientras buscaba la taberna, sabía que estaba cerca, esquivándole. Por lo mismo que estaba tan ansioso de no ser visto, todos le miraban con la boca abierta. «¿Será que me conocen por aquí?», se preguntó, extrañado. «¿Me habrán visto acaso, trabajar en el "Alhambra"? No, no es posible». Cuchicheaban al pasar, se le reían en la cara. Un perrillo le gruñó y trató de morderle los pantalones. Se sentía avergonzado de tener

que ahuyentar a tan insignificante criatura; pero el perro aullaba rabioso con la boca llena de espuma y tan fuertemente que no parecía ser tan pequeño. Al parecer, el demonio que deseaba vengarse de Yasha aún no estaba satisfecho. No hacía más que acumular inconveniente sobre inconveniente. De pronto, Yasha vio la taberna. Estaba muy próxima a él. Como si todos hubieran conspirado para gastarle aquella broma, de repente, alguien se echó a reír.

No hubiese querido ya entrar en ella, sino ir a algún otro sitio, pero tenía la sensación de que ya no podía dar la vuelta y marcharse. Sería señal de que se rendía. Dio los tres pasos que le separaban de la puerta de la taberna, la abrió y recibió en el rostro una tufarada de calor y de humo. La peste del vodka y de la cerveza se mezclaba con otro olor rancio y aceitoso. Alguien tocaba un acordeón y se escuchaba un gran alboroto de manos que aplaudían y de pies que bailaban. Al parecer, los concurrentes eran como una gran familia. Sus ojos se enturbiaron y, de momento, no vio nada. Buscó una mesa, pero no había ninguna, sino sólo bancos. Se sintió ofuscado, como si alguien hubiese tendido una cuerda o puesto un palo para que tropezase. Llegó como pudo hasta el mostrador, pero no consiguió abrirse paso entre la muchedumbre de bebedores que se arracimaba en él y, por otra parte, el encargado se había desplazado al otro extremo del mismo. Yasha se metió la mano en el bolsillo del pantalón buscando un pañuelo, pero no pudo encontrarlo. No podía ir adelante ni atrás. Era como si hubiese caído en una trampa. Gruesas gotas de sudor le empezaron a caer de la frente. Su afán de beber se había trocado, repentinamente, en repugnancia. Le volvieron las náuseas y las chispas empezaron a danzar de nuevo ante sus ojos. Ahora, eran sólo dos, pero tan grandes como carbones encendidos.

—¿Qué desea? —le preguntó alguien desde detrás del mostrador.

—¿Yo? —replicó Yasha.

—¿Quién va a ser?

—Quisiera una taza de té —dijo, asombrado de sus palabras. El otro titubeó un momento, antes de decir:

—Esto no es un salón de té.

—Entonces, tráigame vodka.

—¿Un vaso o una botella?

— Una botella.

— ¿De cuarto o de octavo?

— De octavo.

— ¿De cuarenta o de sesenta?

— De sesenta.

Con gran sorpresa por parte de Yasha, nadie se rio.

— ¿Algo de comer?

— Bueno.

— ¿Un bollo salado?

— Bien.

— Siéntese. Le serviré lo que ha pedido.

— ¿Dónde se sienta uno?

— ¿Dónde cree que puede hacerlo?

Fue entonces cuando Yasha vio una mesa. Era como una de esas demostraciones de hipnotismo que había leído en las revistas y que él mismo había realizado más de una vez.

Se sentó a la mesa y sólo entonces advirtió lo cansado que estaba. No podía resistir más el zapato de su pie izquierdo. Metió la mano debajo de la mesa y trató de desatarse los cordones. Recordó una frase del Pentateuco: *Ved, me encuentro a punto de morir, ¿y qué provecho puedo sacar de esta primogenitura?* Ya no le importaba que le miraran o que se burlaran de él. No podía deshacer los nudos de los cordones y tiró fuertemente de ellos hasta romperlos. Se quitó el zapato y, al hacerlo, sintió un olor mefítico. «Sí, se está gangrenando, gangrenando... ¡No tardaré en unirme a ella!». Al tocarse el pie, sentía que se le hinchaba, como aquella masa de harina de la que habló el barbero a primeras horas del día. «¿A qué hora debe de cerrarse este lugar? Seguramente, no muy temprano». Lo único que quería era permanecer sentado y descansar. Cerró los ojos y se sintió envuelto por la oscuridad que reinaba dentro de su ser. ¿Dónde se encontraría ahora Magda? ¿Qué estarían haciendo con ella? Ya debían de haber hecho la disección de su cuerpo. Serían los que estudiaban Anatomía. Sintió que se hundía bajo el peso del horror. ¿Qué diría la madre de la muchacha? ¿Y su hermano? ¡Cuánto castigo de un solo golpe!

Alguien le trajo una botella de vodka y un vaso, junto con un cestillo de bollos salados. Yasha se llenó la mitad del vaso y se tragó el contenido como si fuera una medicina. Le ardía la nariz, y también la garganta y los ojos. «Debería de frotarme el pie con esto», pensó. «Se supone que el alcohol alivia estas cosas». Se echó un poco de vodka en la mano y empezó a darse masaje en el tobillo. «¡De todas maneras, ya es demasiado tarde!». Luego, se bebió otro vaso. El alcohol se le subió a la cabeza, pero no por ello se sintió mejor. Imaginó que habían cortado la cabeza de Magda y que le abrían el estómago. Apenas hacía unas horas, había traído un pollo del mercado para prepararle la cena. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué? Él ya la había dejado antes. Conocía todos sus secretos y era tolerante con él. Parecía casi increíble que a aquella misma hora del día de ayer él gozara de buena salud, proyectara realizar saltos mortales en la cuerda floja, y con Magda y Emilia todavía suyas. La catástrofe se había abatido sobre él como lo hizo sobre Job. Un paso en falso y lo había perdido todo... todo...

Sólo le quedaba un camino. Ya era hora de ir a ver lo que había al otro lado del telón. Pero ¿cómo? ¿Arrojándose al Vístula? ¡Sería terrible para Esther! No podía dejarla como a una esposa abandonada. Lo menos que podía hacer era

procurar que volviera a casarse... Hacía esfuerzos para no vomitar. Sí, la muerte se había apoderado de él. La vida le había arrojado al viento.

Sostenía la botella en la mano, pero ya no le era posible beber más. Estaba sentado, ciego, con los párpados cerrados. El acordeón no cesaba de tocar la vieja mazurca polaca. En la taberna, el ruido se hizo más intenso. Ya estaba decidido a morir, pero necesitaba un lugar donde pasar la noche. Necesitaba todavía pensar sobre algunas cosas. Pero ¿dónde podía ir con su pie enfermo? ¡Si por lo menos fuese de día! Ahora, ya todo debía de estar cerrado. ¿Un hotel? Pero ¿a cuál? ¿Cómo podría llegar hasta él con el pie en aquellas condiciones? No sería probable que encontrara un *droshky* en las inmediaciones. Quiso ponerse el zapato, pero había desaparecido. Tanteó en torno suyo con el pie, sin poder encontrarlo. ¿Se lo había robado alguien? Abrió los ojos y sólo vio en la taberna ojos alocados y rostros encendidos. Las manos se agitaban, los cuerpos vacilaban, brazos débiles pretendían luchar. Había muchos besos y abrazos. Los camareros, vestidos con sucios delantales, iban de acá para allá, llevando comida y vodka. El acordeonista tocaba con su negro cabello y su fino bigote casi pegados al instrumento, con los ojos en alto y la expresión arrobada. Su cuerpo se inclinaba hacia el suelo, que estaba salpicado de serrín. Indudablemente, debía de haber otra habitación en la taberna porque se podía oír el sonido de un piano. Una corona de vaho circundaba la lámpara de petróleo. Frente a Yasha estaba sentado un hombre corpulento, con la piel marcada por las viruelas. Tenía un largo mostacho, una pequeña nariz granujienta y una cicatriz que le cruzaba la frente. Estaba haciendo guiños Yasha. Sus aguanosos ojos bizcos rodaban llenos de exaltación, con el éxtasis de quien se encuentra al borde de la locura.

Yasha encontró, por fin, el zapato, y se inclinó para recogerlo. Intentó ponérselo pero no le entraba en el pie. Aquello le hizo pensar en un episodio que había aprendido en la escuela, referente a Nerón, según el cual, habiendo tenido éste noticias de la muerte de su padre, encontró que los zapatos se le habían quedado muy estrechos, porque, como estaba escrito, *una buena noticia hace crecer los huesos*. ¡Qué lejano le parecía ahora todo aquello! Su maestro, Reb Moshe Godle, sus condiscípulos, aquel volumen del Talmud que contenía la historia de la destrucción del Templo y que se estudia antes del noveno día de Ab...^[16] «Bueno, no me puedo quedar en esta taberna hasta que cierren. Es preciso que encuentre algún lugar donde poder dormir».

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió meterse, por fin, el zapato, pero no se lo ató. Luego intentó llamar la atención del camarero golpeando la botella con el vaso. El gigante que tenía enfrente le sonrió, y Yasha pudo ver una colección de

dientes rotos. Su actitud era la del que sugiere que él y Yasha estaban metidos en un gran bromazo. «¿Cómo es posible que pueda vivir un hombre como éste?», se preguntó Yasha. «¿Está loco o borracho? ¿No tiene a nadie en el mundo? ¿Trabaja en algo? Tal vez lo que ahora me está pasando a mí le ha pasado antes a él». La boca del gigante baboseaba. Reía de tan buena gana que hasta le lloraban los ojos. Debía de ser padre, marido, hermano, hijo de alguien. Desde luego llevaba impresa en todos los rasgos la huella del salvajismo. Aún parecía hallarse dentro del bosque primitivo desde el que ha evolucionado la Humanidad. «Hombres así mueren riendo», pensó Yasha.

Llegó, por fin, el camarero. Yasha pagó la cuenta y se puso en pie. Apenas podía caminar. Cada paso que daba era una agonía para él.

Era ya muy tarde y, sin embargo, la calle Bugay aún se encontraba llena de gente. Había mujeres sentadas en escabeles, banquillos y cajones. Algunos zapateros remendones habían sacado a la calle sus bancos de trabajo y martilleaban a la luz de una vela. Hasta los niños todavía estaban despiertos. Del Vístula llegaba una brisa azufrada y se notaba el hedor de las alcantarillas. Por encima de los tejados brillaba el cielo, como si reflejara el resplandor de algún incendio lejano. Yasha esperaba tomar un *droshky*, pero no tardó en convencerse de que se pasaría toda la noche esperándole. Empezó a bajar por la calle Celma, continuó por la calle Swietojanska y fue a salir a la plaza del Castillo. Sólo podía dar algunos pasos seguidos. Estaba abrumado por el calor, asqueado. En cada puerta, bajo cada farol, se reunían grupos de prostitutas. A su lado, pasaban borrachos haciendo eses, como si fueran buscando alguien en que apoyarse. Una mujer estaba sentada en una puerta abierta, debajo de un balcón. Tenía el cabello alborotado, los ojos encendidos por la llama de la locura y tenía estrechamente abrazado un cesto lleno de harapos. Yasha inclinó la cabeza, erupió y una amargura desconocida le subió hasta la boca. ¡Así era el mundo! Cada dos o tres casas había un cadáver. La muchedumbre vagaba sin objeto por las calles de la ciudad y muchos tenían que ir a dormir a orillas del Vístula rodeados de inmundicias. La ciudad estaba rodeada de cementerios, cárceles, hospitales, manicomios... En cada calle, en cada callejón, se mantenían al acecho asesinos, ladrones y degenerados. Se veían guardias por doquier.

Yasha vio un *droshky* que pasaba, pero el cochero, después de mirarle de arriba abajo, siguió su camino. Apareció otro que tampoco quiso detenerse. Por fin, consiguió que un tercero se parara a su lado, aunque con cierta cautela. Yasha se subió en él.

—Lléveme a un hotel.

—¿A cuál?

—A cualquiera. A un hotel, simplemente.

—¿Le parece bien el «Cracowsky»?

—Está bien. Al «Cracowsky».

El cochero hizo restallar la fusta y el carruaje bajó traqueteando por la calle Podwal, pasó por las calles Mead y Nuevo Senador y, por último, desembocó en la plaza del Teatro, que todavía se encontraba llena de gente y de coches de todas clases. Al parecer, había habido una función especial de ópera. Los hombres gritaban y las mujeres reían. Ninguna de aquellas personas sabía que una mujer llamada Magda se había ahorcado ni que un mago de Lublin estuviese enloquecido por el dolor. «Continuarán riendo y alborotando hasta que ellos mismos se conviertan también en polvo», pensó Yasha. Le pareció muy extraño que hubiese dedicado todas las horas en que estaba despierto a divertir a aquella chusma. «¿Qué andaba yo buscando? ¿Qué estos saltatumbas me diesen la limosna de unos cuantos aplausos? ¿Y por eso he estado a punto de convertirme, además de ladrón, en un asesino?».

El *droszky* se detuvo ante el «Hotel Cracowsky» y, en aquel mismo momento, Yasha advirtió que había hecho el viaje en vano, por la sencilla razón de que no llevaba encima sus papeles de identificación.

Yasha pagó al cochero y le dijo que esperara. A pesar de todo, creía posible poder convencer al muchacho que estuviera en la Recepción para que le alquilara una habitación aunque careciera de documentación; pero la especie de enano que estaba detrás del mostrador se mostró irreductible.

—Me es imposible hacerlo. Está rigurosamente prohibido.

—¿Y si un hombre ha perdido sus papeles? ¿Ha de morir en la calle?

El empleado se encogió de hombros.

—Son órdenes que tengo.

«No saben pensar por cuenta propia», le dijo una voz en su interior. Era lo que pensaba su padre de los que se dedican a aplicar las leyes rusas.

Yasha salió en el momento preciso en que el *droshky* se alejaba. Por lo visto, alguien debió de tomarlo, y el cochero no le esperó a él, como le había pedido. Yasha se sentó en los escalones del portal de un edificio próximo. Era la segunda noche consecutiva que se dedicaba a vagar sin rumbo. Pensó que las cosas se estaban precipitando y que quizá al día siguiente por la noche ya estaría durmiendo en la tumba. También por allí abundaban las trotacalles. En la acera de frente a la suya había una mujer vestida de negro con largos pendientes. Parecía un ama de casa de mediana edad, pero le dirigió una mirada de prostituta. Indudablemente, se trataba de alguna de las no registradas, que se entregaran en los patios o en los quicios de las puertas. Le miró fijamente, como si pretendiera hipnotizarle y se quedara en espera de su decisión. Parecía decirle: «¿Por qué no unirnos, si nos encontramos metidos en el mismo albañal?». La luz del farol bañaba a la mujer en una tonalidad amarillenta, y Yasha podía ver las arrugas que tenía en el rostro, los surcos de su frente, el colorete que se había extendido profusamente por los pómulos, la sombra pintada en torno a los ojos grandes y negros. Yasha estaba incluso despojado de la energía suficiente para sentir piedad y sólo experimentaba asombro. Pensó que aquella era la táctica de semejantes mujeres. Jugaban con un hombre y en seguida lo abandonaban como si fuese una basura. Pero ¿por qué se

dirigía a él en particular? ¿Y por qué precisamente aquella mujer? ¿En qué se diferenciaba de aquellas regaladas señoras que se sentaban en los palcos de la ópera, mirando con sus gemelos a los espectadores que tenían debajo? ¿Era toda cuestión de suerte en este mundo? De ser así, entonces, la suerte era Dios. Pero ¿qué era la suerte? ¿Era suerte el Universo? Si el Universo en conjunto no lo era, ¿podía ser suerte una parte de él?

Vio que se acercaba un *droshky* y lo tomó. La mujer de la otra acera le dirigió una mirada de reproche. Sus ojos parecían decirle: «¿Por qué me abandonas tú también?».

El cochero volvió la cabeza, pero Yasha no sabía lo que tenía que ordenarle. Quería ir a un hospital, pero se oyó decir a sí mismo:

—Calle Nizka.

—¿Qué número?

—No me acuerdo del número. Ya le indicaré donde debe parar.

—Está bien.

Sabía que era una locura ir a visitar a aquellas horas de la noche a la mujer del pelo amarillento y a su hermano, el rufián de Buenos Aires, pero comprendió que era la única alternativa que tenía. Wolsky tenía mujer e hijos y, además, no podía pensar en abordarle en las condiciones en que se encontraba. «¿Y si despertara a Emilia?», pensó. «No. Ni siquiera Zeffel se alegrará de verme». Empezó a acariciar la idea de tomar un tren y marcharse a Lublin, pero la desechó. Debía de cuidarse del entierro de Magda. No podía abandonar el cadáver y huir. De todas maneras, la Policía debía estar ya enterada de que había sido él quien asaltó la casa de Zaruski, la noche pasada. Era mejor ser detenido aquí, en Varsovia, que no en Lublin. Por lo menos, le ahorraría el espectáculo a Esther. Además, Bolek le estaba aguardando en Piask. Años atrás, le había advertido que le mataría. La mejor solución era abandonar el país, tal vez marcharse a la Argentina. Aunque, de momento, no era posible, dada la forma en que tenía el pie.

El *droshky* pasó por las calles Tlomacka y Leshno y después dio la vuelta por la de Smotcha. Yasha no iba adormilado dentro del carruaje, sino solamente encogido, como el que se siente arrebatado por la fiebre. Ahora, sentía más lo impropio que era que fuese a visitar a Zeffel a aquella hora y lo vergonzoso que era exponerle su situación y que los demás se enteraran. Aún era todavía peor que el

dolor que sentía por Magda o el miedo de perder el pie. Sacó un peine del bolsillo y se lo pasó por el cabello. Luego, se enderezó la corbata. Al pensar en las condiciones económicas en que se encontraba, se sintió consternado. Un entierro le costaría centenares de rublos y él no tenía nada. Podría vender el tiro de caballos, pero la Policía le echaría mano en cuanto pusiera los pies en la calle Freta. Aunque lo más juicioso sería que se entregara a las autoridades. Entonces, recibiría todo lo que necesitaba: un sitio donde dormir y asistencia médica. Sí, era la mejor solución. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Abordando a un guardia? ¿Diciéndole al cochero que le llevara a una comisaría? ¡Tantos guardias como había en otras calles por las que había pasado y en ésta no se veía ni uno solo! La calle se encontraba desierta. Puertas y ventanas estaban cerradas. Tuvo vergüenza de decirle al cochero que le llevase a una comisaría. Pensaría que se había vuelto loco. Seguramente no había dejado de sorprenderle el hecho de que cojeara. Abrumado como estaba por la ansiedad, Yasha no podía desprenderse por completo del orgullo y de la vanidad. ¡La mejor solución era la muerte! ¡Y, si podía ser aquella misma noche, mejor!

Después de tomar aquella resolución, se sintió más tranquilo. Parecía como si hubiera dejado de pensar. El *droshky* se metió en la calle Nizka, se dirigió hacia el Vístula, hacia el Este, pero Yasha no podía acordarse de cuál era la casa. Recordaba que tenía delante un vallado hecho de tablas y un portalón en él, pero le era imposible identificar un lugar parecido al pasar. El cochero detuvo el *droshky*.

—Quizá sea cerca de la calle Okopova —le dijo.

—Sí, es posible.

—Pero allí no puedo dar la vuelta.

—Lo mejor será que baje y siga a pie —dijo Yasha, a conciencia de que lo que decía era una estupidez, puesto que cada paso que daba le costaba un enorme esfuerzo.

—Como usted quiera.

Pagó y se apeó. La pierna enferma se le había quedado dormida a la altura de la rodilla. Sólo al marcharse el *droshky* se dio cuenta de la oscuridad que le envolvía. Solamente había en la calle algunos faroles ahumados, colocados a gran distancia uno de otro. La calle estaba sin pavimentar, toda ella llena de hoyos y montículos de tierra. Yasha miró en torno suyo, pero no pudo ver nada. Parecía que fuese la calle de un pueblo. ¿Sería posible incluso, que no fuera la calle Nizka? Tal vez se tratara

de la calle Mila o de la calle Stavka. Buscó fósforos, aunque sabía que no llevaba ninguna caja en los bolsillos. Se dirigió cojeando hacia la calle Okopova. Verdaderamente, había sido una locura llegar hasta allí. ¿Por qué no acabar ya de una vez? Pero uno no puede ahorcarse ni envenenarse en medio de la calle. ¿Iría al Vístula? Pero el río se encontraba a varias verstas de distancia de allí. Una suave brisa le llegaba desde el cementerio. De pronto, le entraron ganas de echarse a reír. ¿Se había encontrado alguna vez alguien ante un dilema semejante? Siguió arrastrándose penosamente hacia la calle Okopova, pero la casa que buscaba había desaparecido. Alzó la vista y vio un cielo negro, cuajado de estrellas, que sólo debían estar atentas al papel celestial que representaban. ¿Cómo podrían interesarse por un mago que allá abajo, en la Tierra, se había dejado coger en la trampa?

Yasha se dirigió cojeando hacia el cementerio. Aquellas vidas ya habían terminado; todas sus cuentas estaban saldadas. Si pudiese franquear una puerta y se encontrara con una tumba abierta, se tumbaría en ella y se haría a sí mismo un decoroso entierro judío.

¿Qué otra cosa le quedaba ya por hacer?

Sin embargo, regresó por el mismo camino que había venido. Se había acostumbrado al dolor del pie. ¡Que se le desgarrara, que ardiera, que tuviera todos los abscesos que quisiera! Llegó hasta la calle Smotcha y siguió adelante. De pronto, vio la casa. Sí, allí estaba el vallado y el portalón de entrada. Tocó éste e, inmediatamente, se abrió, poniendo al descubierto los escalones que conducían a la casa de la hermana de Herman. Sus ocupantes debían estar en ella, porque las ventanas estaban iluminadas. «¡El destino no quiere que muera todavía!». Se sintió avergonzado de volver a hacer acto de presencia sin haber sido invitado, cojeando y despeinado, pero para animarse pensó que cosas semejantes debía de haber ocurrido con anterioridad. «No creo que vayan a echarme a la calle. Y si me echan, Zefitel se vendrá conmigo. ¡Me quiere!». La luz que brillaba en la oscuridad parecía devolverle la vida. «Harán algo por mi pie. Tal vez no haya necesidad de amputármelo». Pensó en la posibilidad de llamar antes a Zefitel aparte para que advirtiera a los demás de su llegada, pero le pareció que sería una cosa estúpida. Empezó a subir los escalones cojeando y haciendo todo el ruido posible, a fin de denunciar su presencia. Estaba preparando lo que diría cuando abriesen la puerta: «¡Ha llegado un visitante inesperado!». Era extraño lo que sucedía. Los que estaban en el interior de la casa no se daban cuenta de lo que sucedía fuera. «Hay que vivirlo todo», se dijo Yasha para consolarse. «¿Qué es lo que estaba grabado en el anillo del platero?: *esto también pasará*».

Llamó ligeramente a la puerta, pero no oyó ruido de pasos. Permanecía ante ella avergonzado, humillado, dispuesto a hacer entrega de los últimos vestigios de dignidad que le quedaban. Una voz dentro de él le estaba diciendo que aquello le serviría de expiación por sus pecados. Llamó tres veces más, ahora con mayor energía, pero nadie abrió la puerta. Esperó un rato más. ¿Estarían dormidos o qué? Se decidió a dar la vuelta al picaporte y la puerta se abrió. La lámpara estaba encendida en la cocina. Zefitel yacía en la cama de hierro y a su lado estaba acostado Herman. Ambos estaban profundamente dormidos y el hombre roncaba sonoramente. Todas las voces interiores de Yasha quedaron acalladas. Permanecía inmóvil, boquiabierto y en seguida se echó a un lado temeroso de que alguno de los dos pudiera abrir los ojos. Una vergüenza, que hasta entonces no había sentido con tanta intensidad, se derrumbó sobre él. Una vergüenza que no era por el espectáculo de la pareja, sino por sí mismo, la humillación de quien advierte que, a

pesar de todo su sentido común y experiencia, continúa siendo un estúpido.

Más tarde, le fue imposible recordar el tiempo que pasó en aquella actitud. ¿Un minuto? ¿Varios? Zefel estaba de cara a la pared, con un pecho al descubierto, el cabello alborotado y el aspecto general de haber sido aplastada por el corpachón de Herman. Éste no estaba completamente desnudo, sino que llevaba puesta una especie de camiseta de fabricación extranjera. Quizá lo más notable de todo fuera que aquel lecho tan endeble pudiera resistir semejante peso. Los rostros de los durmientes parecían sin vida, y de no estar Herman roncando, Yasha hubiera supuesto que la pareja había sido asesinada. Eran como dos figuras fatigadas, dos muñecos desarticulados que yacían bajo la misma manta. ¿Dónde estaba la hermana? ¿Por qué se habían dejado encendida la lámpara? Yasha se asombró de todo aquello, pero al mismo tiempo, le extrañaba extrañarse. Experimentaba tristeza, vacío interior, la sensación de impotencia que sintió pocas horas antes, al descubrir el cuerpo de Magda. Dos veces en el transcurso de aquel día le habían sido reveladas las cosas que se encontraban más ocultas. Había mirado a la cara a la muerte y a la lujuria y había visto que eran la misma cosa. Mientras permanecía allí, advertía que estaba experimentando una gran transformación, que ya no volvería a ser el mismo Yasha que había sido hasta entonces. Las últimas veinticuatro horas habían sido un día como jamás lo viviera con anterioridad, y al resumir lo sucedido en ellas, vio que le habían marcado con un sello indeleble. Había visto la mano de Dios. Había llegado al final del camino.

EPÍLOGO

Han pasado tres años. En la habitación delantera de la casa de Esther, ésta y dos costureras trabajaban bulliciosamente, dando los últimos toques a un vestido de novia. El vestido era tan voluminoso, y llevaba una cola tan larga, que ocupaba toda la mesa de trabajo. Esther y las dos muchachas se afanaban como si fuesen enanos que estuviesen fabricando la armadura de un gigante. Una de las chicas se dedicaba a hilvanar, mientras la otra cosía cintas. Esther, empuñando una plancha, planchaba los volantes, probando a cada momento el calor de la plancha con el dedo. De cuando en cuando, rociaba con un poco de agua sacada de un cacharro que tenía a su alcance, el lugar que iba a planchar. Aunque no sudaba fácilmente, ni siquiera en el tiempo más caluroso, pequeñas gotas de sudor le perlaban la frente. ¿Habría algo peor que quemar un traje de novia? La más pequeña mancha oscura que pudiera quedar en él hubiese echado a perder todo el trabajo. Sin embargo, los ojos negros de Esther centelleaban. A pesar de la pequeñez de sus manos y de sus estrechas muñecas, manejaba la plancha con firmeza. No era de las que queman un vestido.

De cuando en cuando, miraba hacia el patio a través de la ventana. La pequeña estructura de ladrillo, o la cárcel, como Esther la llamaba, estaba allí desde hacía más de un año, pero aún no se había acostumbrado a ella. A veces, olvidaba momentáneamente lo que había ocurrido e imaginaba que era la Fiesta de los Tabernáculos y que habían erigido un árbol fuera. Por lo general, mantenía echada la cortina de esta ventana en particular, pero, aquel día, necesitaba que entrara la luz diurna. Aquellos tres años habían hecho envejecer a Esther. La piel, bajo sus ojos, estaba arrugada, y su ancho rostro había adquirido un color encendido de fruta excesivamente madura. Mantenía, como de costumbre, la cabeza oculta con un pañuelo, pero ahora los cabellos que se le podían ver eran grises y no negros. Sólo conservaba los ojos todavía juveniles, y le brillaban como negras cerezas. Durante tres años había soportado una gran pesadumbre en el corazón. Hoy, la pesadumbre era la misma, pero, sin embargo, bromeaba con sus ayudantes y cambiaba con ellas la conversación usual acerca de la novia y del novio. Las muchachas cruzaban entre sí miradas de inteligencia, porque aquel taller no era ya el mismo de antes. Ni por un momento era posible ignorar la presencia de la casita sin puerta y con una minúscula ventana, en la que se encontraba Yasha *el Penitente*, como ahora se le llamaba.

La primera aparición de este fenómeno había causado gran conmoción en la localidad. El rabino, Reb Abraham Eiger, había llamado a su presencia a Yasha y le había amonestado contra lo que pensaba hacer. Ciertamente que, en Lituania, un anacoreta se había tapiado entre ladrillos, pero los judíos devotos eran enemigos de estas cosas. El mundo había sido creado para el ejercicio del libre albedrío y los hijos de Adán debían de elegir constantemente entre el bien y el mal. El significado de la vida se basaba en la libertad y en la abstinencia del mal. El hombre despojado del libre albedrío era como un cadáver. Pero no era fácil convencer a Yasha. En el año y medio que llevaba haciendo penitencia, había aprendido mucho. Había contratado los servicios de un maestro para que le instruyera acerca de las Agadas,^[17] del Talmud, del Midrash^[18] e incluso del Zohar^[19] y le hizo mención al rabino de una serie de prototipos, de santos, que se habían puesto a sí mismos bajo contención, por miedo a no ser capaces de resistir la tentación. ¿No se había arrancado los ojos un hombre santo para no mirar a su querida romana? ¿No había hecho juramento un judío de Shebreshin de permanecer siempre en silencio, ante el temor de pronunciar alguna palabra calumniosa? ¿No había fingido durante treinta años un músico de Kovle estar ciego para evitar mirar a la esposa de otro hombre? Las leyes duras no eran otra cosa que barreras para separar al hombre del pecado. Los jóvenes que habían estado presentes en las discusiones de Yasha con el rabino, todavía hablaban de ellas. Era difícil creer que en un año y medio aquel charlatán, aquel libertino, hubiera podido extraer tanto de la Tora. El rabino discutía con él como con un igual. Yasha permanecía firme en su resolución. Por fin, el rabino puso la mano sobre su cabeza y le dio la bendición.

—Tus actos están aplicados a la gloria del Cielo. ¡Que el Todopoderoso te ayude!

Y le había regalado a Yasha una palmatoria de bronce para que pusiera en ella una vela y se alumbrara en los días nublados.

En las tabernas de Piask y de Lublin se hicieron apuestas acerca de cuánto tiempo resistiría Yasha viviendo en una tumba. Algunos creían que una semana y otros, que un mes. En cuanto a las autoridades municipales habían puesto a debate la legitimidad de la manera de obrar de Yasha. Incluso el gobernador había sido informado. Yasha permanecía sentado tranquilamente en una silla, y la casa de Esther fue invadida por centenares de curiosos mientras los albañiles trabajaban. Los chiquillos se subían a los árboles y a los tejados cercanos para observar lo que sucedía. Llegaron judíos devotos para discutir sus razones, y matronas igualmente devotas intentaron disuadirle de lo que pensaba hacer. También Esther había llorado y le había rogado hasta que su voz se volvió ronca. Después, seguida de un

grupo de mujeres, se había trasladado al cementerio para averiguar, midiendo las tumbas, qué cantidad de velas debía dar como caridad. Esperaba que, con semejante donativo, podría hacer que los espíritus de los santos intercedieran con su marido para hacer que se volviese atrás en su resolución. Porque, aunque lo tuviera tan a mano, no dejaría de ser una esposa abandonada. Pero ni las sabias admoniciones, ni los lamentos, ni ninguna clase de advertencia, habían servido de gran cosa. Las paredes de la casita en construcción crecían de hora en hora. Yasha sólo se había permitido disponer de un espacio de cuatro codos por cuatro. Se dejó crecer la barba y las patillas y se vistió con un traje ribeteado y larga túnica, cubriéndose la cabeza con un gorro de terciopelo. Mientras los albañiles trabajaban, él permanecía sentado entre las paredes que se levantaban, con un libro en la mano y murmurando plegarias. En el interior de la casita, no había sitio suficiente ni siquiera para poner una cama. Sus posesiones consistían en un jergón de paja, una silla, una mesita, una pelliza para abrigarse, la palmatoria que le había dado el rabino, un jarro para el agua, algunos libros sagrados y una pala para enterrar sus excrementos. Cuanto más altas subían las paredes, más fuertes eran también los lamentos que se escuchaban. Yasha se vio obligado a gritarles a las mujeres:

—¿A qué vienen esos gemidos? ¡Todavía no estoy muerto!

—Si fueras tú solo el que lo estuviese... —había replicado Esther con amargura.

Tan grande y alborotadora llegó a ser la muchedumbre congregada allí, que la Policía a caballo se vio obligada a hacer acto de presencia para disolverla. El *natchalnik* de la localidad dio la orden de que los obreros trabajaran noche y día, para poner fin a la excitación. Los albañiles tardaron cuarenta y ocho horas en completar su obra. El edificio tenía un tejado de bardas y una ventana cuyo postigo podía cerrarse desde el interior. Los curiosos continuaban llegando, hasta que empezaron las lluvias y su número decreció. Durante todo el día, el postigo de la ventanita permanecía cerrado. Esther hizo reparar la valla que rodeaba la casa, para mantener alejados a los extraños.

Pronto resultó evidente que los que habían apostado que Yasha no permanecería emparedado más allá de una semana o un mes, habían perdido su apuesta. Pasó un invierno, después, un verano y, luego, otro invierno, pero Yasha *el Mago*, conocido ahora por Reb Jacob *el Penitente*, continuaba en su cárcel voluntaria. Esther le llevaba la comida tres veces al día: sémola, patatas con piel, pan y agua fría. En aquellas tres ocasiones, Yasha abandonaba sus meditaciones, y en atención a su mujer, hablaba unos minutos con ella.

Fuera, el día era soleado, caluroso, pero en la celda de Yasha reinaban la oscuridad y la frescura, por más que se colaran, a veces, por la contraventana, algunos rayos de sol y brisas cálidas, exponiéndose, si abría por completo ésta, a que se le metiera alguna mariposa o abejorro. Llegaban hasta él diversos rumores: el piar de los pájaros, el mugir de una vaca, el llanto de un niño. Aquel mediodía no tenía necesidad de encender la vela. Se encontraba sentado en la silla, examinando, en la mesa, las Tablas de la Ley. Durante el último invierno, había pasado días en que hubiera querido derribar aquellas paredes para librarse del frío y de la humedad. Había contraído una tos rasposa y sus miembros estaban muy doloridos. Orinaba con excesiva frecuencia. Por las noches, permanecía encogido debajo de la pelliza y de una manta que Esther le había echado por la ventana, pero le era imposible entrar en calor. Ascendía del suelo un frío intenso que le helaba los huesos. Algunas veces creía que ya estaba en la tumba y había momentos en que hubiese querido morir. Pero, ahora, había vuelto ya el verano. A la derecha de su celda, crecía un manzano y podía oír el rumor de sus hojas. Una golondrina había construido su nido entre el ramaje de aquel árbol y todo el día estaba atareada llevando a sus pequeños tallos y larvas. Si Yasha asomaba un poco la cabeza por la ventana, podía ver los campos, el azul del cielo, el tejado de la sinagoga, el campanario de una iglesia. Con sólo quitar unos pocos ladrillos, hubiera podido salir, encogiéndose un poco, por el hueco de la ventana. Pero el pensar que podía abrirse paso hacia la libertad en el momento que quisiera, apagaba su deseo de abandonar la celda. Sabía perfectamente que al otro lado de aquellas paredes se encontraban al acecho el desasosiego, la lascivia, el miedo al mañana.

Mientras permaneciese allí sentado, se encontraba protegido contra los mayores pecados. Incluso sus preocupaciones eran diferentes allí que las que hubiera podido experimentar en el exterior. Era como si se hubiese vuelto un feto en el vientre de su madre y como si aquella luz, a que hacía referencia el Talmud, brillara en su cabeza, mientras un ángel le enseñaba la Tora. Estaba libre de toda clase de necesidades. Su comida le costaba sólo unos groschen diarios. No necesitaba trajes, ni vino, ni dinero. Cuando se acordaba de los gastos que tenía en Varsovia o viajando por las provincias, no podía por menos de reírse de sí mismo. Fuera lo que fuera lo que ganase en aquellos días, nunca tenía bastante. Mantenía una verdadera colección zoológica y necesitaba varios armarios de ropa.

Constantemente, se metía en nuevos gastos, por lo que se había endeudado con Wolsky, a la vez que recibía en préstamo dinero de usureros de Varsovia y Lublin, por el que tenía que pagar elevados intereses. No hacía más que firmar pagarés, buscar quien se los endosara, comprar regalos y estar en deuda con todo el mundo.

Encenagado en sus propias pasiones, había acabado por verse envuelto en una red cuyas mallas le apretaban cada vez más. Ya no era suficiente actuar en la cuerda floja. Tenía que inventar nuevos ejercicios peligrosos de habilidad, que, sin duda, algún día hubieran acabado con él. Cayó en el robo y sólo un simple accidente le salvó de ir a parar a una cárcel de verdad. En su soledad, se había despojado de todas las cosas externas, como de los cascarones que los cabalistas llaman los malos espíritus. Había cortado la red como con un cuchillo y se había escapado de ella. De un solo golpe, canceló todas sus deudas. A Elzbieta a su hijo Bolek les había hecho entrega de su carromato y del tiro de caballos; dejó a Wolsky los muebles de su apartamento de la calle Freta, junto con sus equipos, trajes y demás atavíos de mago. Ahora, Yasha no poseía otra cosa que la camisa que llevaba puesta. Incluso Esther se las había arreglado para ganarse la vida. Pero ¿era todo aquello suficiente para lavar sus pecados? ¿Podía expiar el mal que había hecho, aliviando sencillamente la carga de sus hombros?

Sólo aquí, en la paz de su celda, le era posible a Yasha meditar sobre la extensión de su maldad, el número de almas que había arrastrado al tormento, a la locura, a la muerte. No había sido un salteador de caminos que realizaba sus fechorías en el bosque, pero, de todas formas, había asesinado. ¿Qué diferencia hay por la forma en que se dé muerte a la víctima? Quizá un juez mortal pudiera absolverle (un juez marcado también por el estigma del pecado), pero al Creador no se le podía ni sobornar ni engañar. Él, Yasha, había destruido, no inocentemente, sino a propio intento. Magda le gritaba desde su tumba. Pero no era éste el único horror de que era culpable. Ahora, se daba cuenta de todos los demás. Aunque permaneciera en su celda durante cien años, no podría expiar toda su iniquidad. El arrepentimiento solo no cancela semejante pecado mortal. Sólo se puede conseguir la absolución pidiendo perdón y recibéndolo de la propia víctima. Si uno debiera aunque solo fuera medio groschen a otro que viviese en el otro lado del mundo, debería buscar a su acreedor para saldar la cuenta. Así estaba escrito en los libros sagrados. Y cada día recordaba Yasha algún mal adicional del que era responsable. Había violado cada una de las leyes de la Tora, había faltado casi a todos los Mandamientos. Y, sin embargo, mientras realizaba esas cosas, se consideraba un hombre recto, competente, e incluso se dedicaba a acusar a los demás. ¿Qué podían hacer las pequeñas molestias que ahora experimentaba para contrapesar los dolores que había causado? Aún estaba vivo y gozando de una buena salud relativa.

Incluso el pie se le había curado sin dejarle tullido. Sabía que el verdadero castigo lo recibiría en el otro mundo. Era allí donde debería rendir cuentas de cada uno de sus actos, de cada una de sus palabras, de cada uno de sus pensamientos. Sólo le quedaba un consuelo: que Dios era misericordioso y compasivo y que en el recuento final, el bien triunfaría sobre el mal. Pero ¿qué era el mal? Había estudiado la literatura de la cábala durante tres años, con sus instructores, y se daba cuenta de que el mal era simplemente la licencia de Dios al crear el mundo, de forma que pudiera llamarse Creador y tener misericordia hacia sus criaturas. Así como un rey tiene súbditos, un Creador debe de crear y un benefactor tiene sus beneficiarios. A este respecto, el Señor de Universo debe depender de sus hijos. Pero no era suficiente guiarlos con su mano compasiva. Tenían que aprender a labrarse un camino de rectitud con su propio esfuerzo, utilizando su libre albedrío. Los mundos celestiales esperaban esto. Ángeles y serafines anhelaban que los hijos de Adán fueran buenos, que oraran con humildad, que practicaran la compasión. Verdaderamente, toda buena acción contribuía a mejorar el Universo, cada una de las palabras de la Tora tejían coronas en torno de la cabeza de Dios. Por el contrario, las más insignificantes transgresiones repercutían en los mundos más etéreos, retrasando el día de la liberación.

Había veces, incluso allí en su celda, en que la fe de Yasha vacilaba. Como había leído en los libros sagrados, le asaltaban importunos pensamientos. «¿Cómo puedo estar seguro de que estos libros digan la verdad? ¿No sería posible que Dios no existiera? ¿Podría ser la Tora una invención humana? ¿No me estaré torturando en vano?». Con viva claridad, oía al Mal Espíritu discutir con él, recordarle los placeres pasados, aconsejarle que volviese a emprender su libertinaje. Yasha se veía obligado a embaucar a su enemigo, cada vez en forma diferente. Cuando le acuciaba con demasiada intensidad, aceptaba que debía de volver al mundo, pero, a renglón seguido, posponía el momento de gozar de libertad. Otras veces, replicaba como refutación: «Admitamos, Satán, como base para la discusión, que Dios no existe, pero, sin embargo, las palabras que se le atribuyen no dejan de ser correctas. Si el destino de un hombre depende de la desgracia de otro, entonces no existe buena fortuna para nadie. Si Dios no existe, el hombre debe de comportarse como si él fuera Dios». En una ocasión, le preguntó Yasha a Satanás: «Bueno, pero entonces, ¿quién hace que caiga la nieve, que sople el viento, que mis pulmones reciban aire, que mi cerebro piense? ¿De dónde procede la Tierra, el Sol, la Luna, las estrellas? Este mundo, con su eterna sabiduría, debe de haber sido creado por alguna mano. Podemos percibir la sabiduría de Dios. ¿Por qué, entonces, no creer que detrás de esta sabiduría se esconde la misericordia del Creador?».

Días y noches completos pasados en tales controversias hacían que Yasha

llegara al borde de la locura. De cuando en cuando, Belial se retiraba y la fe de Yasha quedaba restablecida, veía realmente a Dios y sentía el poder de su mano. Empezaba a comprender por qué era necesaria la bondad, saboreaba la dulzura de la oración, el delicioso gusto de la Tora. Día a día, se hacía más claro para él que los libros sagrados que estudiaba conducían a la virtud y a la vida eterna, que señalaban el camino y la finalidad de la Creación, mientras que todo lo que había quedado tras él era el mal: todo escarnio, robo, asesinato. No había ningún camino intermedio. Un solo paso en falso apartado de Dios y caía uno en el abismo más profundo.

Los libros sagrados le advertían a Yasha que no debía dejar de estar vigilante ni un solo momento. El ataque de Satanás nunca cesa. Las tentaciones aparecen una tras otra. Incluso cuando un hombre yace en su lecho de muerte, se le aparece Samael y le tienta para ganarle a la idolatría. Yasha descubría esta verdad. Porque, ahora, Esther le buscaba casi a cada momento, llamando al postigo, lamentándose, atacándole con todas sus preocupaciones. Por la noche, le despertaba de su sueño e intentaba besarle. No había ardid femenino que condujera al pecado y que convirtiera el estudio en una burla que ella no emplease. Y por si esto no bastara, empezaban a visitarle hombres y mujeres como si fuera un rabino taumaturgo. Buscaban su consejo, le rogaban que intercediera por ellos. Yasha argüía que le dejaran en paz, porque él no era un rabino, ni siquiera el hijo de un rabino, sino un hombre corriente y, por añadidura, un pecador; pero no le servía de nada. Las mujeres se escabullían hasta el patrio, golpeaban el postigo, incluso intentaban abrirlo a la fuerza. Suplicaba y gritaban y, al verse rechazadas, le maldecían. Esther se quejaba de que perturbaban su trabajo, en tanto que Yasha se sentía dominado por el miedo. Lo había previsto todo, pero no aquello. Era él quien necesitaba ser aconsejado. De acuerdo con la ley, ¿era justo que se negara al pueblo y le causara penas? ¿No era aquello ostentación de arrogancia por su parte? Pero ¿acaso podía alguien como él, escuchar sus peticiones como si fuera un rabino? Cada uno de los dos caminos que pudiera emprender le parecían equivocados. Después de muchas meditaciones y de pasar muchas malas noches, decidió escribir al rabino de Lublin. Compuso su carta en yiddish, incluyendo todas las particularidades y diciendo que se sometería a la decisión del rabino. Éste no tardó en contestar. La respuesta escrita también en yiddish, ordenaba a Yasha que recibiera dos horas al día a los que fueran a verle, pero sin aceptar remuneración en dinero. El rabino escribió: *Aqué! a quienes los judíos acudan para que les escuche, es un rabino.*

Y, así, Yasha recibía ahora a la gente diariamente, desde las dos a las cuatro de la tarde. Para evitar confusiones, Esther daba a cada visitante un número, escrito en un pedazo de cartón, como se hacía en los consultorios de médicos muy concurridos. Pero esta preocupación no servía de gran cosa. Los que tenían un enfermo en casa o aquéllos que recientemente habían sufrido alguna gran desgracia, exigían ser recibidos antes. Otros intentaban sobornar a Esther con dinero y regalos. No tardó en hablarse en la localidad de los milagros llevados a cabo por Yasha *el*

Penitente. Se rumoreaba que no tenía más que formular un deseo y los enfermos sanaban; se dijo que, gracias a él, un reclutado pudo escapar de manos de los rusos; que un mudo había recobrado el habla y un ciego, la vista. Yasha era conocido ahora por las mujeres con el nombre de *el santo Rabino*. En contra de sus deseos, llenaban su celda de monedas y billetes de Banco, que él ordenaba que fueran repartidos entre los pobres. Los jóvenes adheridos al hasidismo, que temían que Yasha atrajera a algunos de los partidarios de sus propios rabinos, se mofaban de Yasha y redactaron un libelo en el que se relacionaban todos sus antiguos pecados. Un ejemplar del mismo fue enviado a Esther.

No, las tentaciones eran incesantes. Yasha se había retirado del mundo, pero, a través de la ventanita que dejó abierta para que le llegara un poco de aire y de sol, llegaban el mal, la calumnia, la ira y la falsa adulación. Yasha comprendió claramente la razón de que los antiguos santos escogieran el exilio y no durmieran nunca en el mismo lugar y de que algunos hubieran fingido estar ciegos y sordos y mudos. No se podía servir a Dios entre los demás hombres, aunque estuviera separado de ellos por paredes de ladrillo. Se vio a sí mismo con un hatillo al hombro y un cordón en la mano dirigiéndose a lo desconocido, pero comprendía que esto hubiera causado un dolor irresistible a Esther. ¿Quién podría saberlo? La pena acaso la hiciese enfermar. Había notado que la salud de su esposa empezaba a fallar. La vejez parecía empezar a dominarla. Magda —que la paz reinara en su alma— le había demostrado lo que podía suceder.

No, la paz espiritual no podía alcanzarse en este mundo. No existía un mañana sin tristezas, como los filósofos decían. Pero más poderosas aún que las tentaciones que venían de fuera, eran las que nacían en el interior del hombre, en su cerebro, en su corazón. No pasaba una hora sin que Yasha se viera asaltado por toda clase de pasiones. En cuanto abandonaba un momento la vigilancia, se reunían en torno suyo: fantasías sin estilo, sueños estando despierto, deseos repugnantes. El rostro de Emilia se materializaba en la oscuridad y se negaba a ser rechazado. Le sonreía, le susurraba, le guiñaba un ojo. Yasha pensaba en las nuevas habilidades que representaría en el escenario, en los nuevos chistes con que entretener a los espectadores, en las nuevas ilusiones y trucos con que asombrarles. Volvía a bailar de nuevo en la cuerda floja, daba saltos mortales en un alambre tendido en lo alto, volaba sobre los tejados de las ciudades seguido de una muchedumbre jubilosa. Arrojava de sí todas aquellas fantasías, con toda la diligencia de que era capaz, pero no tardaban en volver a él como moscas pegajosas. Ansiaba comer carne, beber vino y vodka. Le consumía el deseo ardiente de volver a ver Varsovia —los *droshkys*, los ómnibus, los cafés, las pastelerías—. Aunque sufría enfriamientos, y reumatismo y tenía constantes ardores de estómago, su lascivia no había disminuido y, como no

tenía mujeres a su lado, pensó en pecar lo mismo que Onán...

Contra aquellos asaltos de fuera y de dentro sólo contaba con dos defensas: la Tora y las plegarias. Noche y día, estudiaba y se aprendía de memoria capítulos enteros, que luego repetía tumbado en su jergón de paja: *Bendito sea el hombre que no sigue los consejos de los impíos. Señor, cómo han aumentado ellos mis tribulaciones. Son muchos los que se han alzado contra mí, muchos los que dicen de mi alma: No hay ayuda para ella en el seno del Señor.* Repetía estas frases tan a menudo que se le llegaban a hinchar los labios. En su mente, comparaba al Malo con un perro que, a la vez que ladrase, no dejara de morder. Aquella criatura debía ser mantenida constantemente a raya con la ayuda de un bastón, tener los miembros heridos fuera de su alcance, atender con emplastos y ungüentos las lesiones que provocaba. Las pulgas que saltaban de su piel exigían también una vigilancia eterna. Y así, hasta que exhalara el último suspiro.

Seguramente, habría muerto de no haber gozado de algún respiro ocasional. El Perro de Egipto no mordía siempre con la misma ferocidad. A veces, se retiraba, dormitaba. Pero se tenía que estar siempre en guardia para cuando volviera con renovada fuerza e insolencia.

Uno tras otro llegaban todos con sus aflicciones. Hablaban a Yasha *el Mago* como si fuera Dios: «Mi esposa se encuentra enferma. Mi hijo tiene que ir a servir en el Ejército. Un competidor da más que yo por una finca. Mi hija se ha vuelto loca...». Un hombrecillo reseco tenía una excrescencia del tamaño de una manzana en la frente. Una muchacha llevaba hipando una semana sin poder parar: por la noche, cuando brillaba la luna, aquel hipo resonaba como el ladrido de un perro. Indudablemente, debía de haber un *dybbuk* dentro de ella porque también cantaba himnos y plegarias con voz de chantre. De cuando en cuando, hablaba en polaco y en ruso, idiomas que no le eran familiares y, en tales ocasiones, manifestaba deseos de encontrar un clérigo y convertirse. Yasha rezaba por todos ellos. Pero siempre puntualizaba que no era un rabino, sino, sencillamente, un judío corriente, y un pecador, además. Los suplicantes replicaban repitiendo sus súplicas. Una esposa abandonada, cuyo marido había desaparecido hacía seis años y al que había buscado por toda Polonia, daba tales alaridos que Yasha se veía obligado a taparse los oídos. La mujer se lanzaba contra la casita, como si impulsada por su amargura, estuviera decidida a destruirla. Su aliento olía a cebolla y a dientes cariados. Los que se encontraban en la cola detrás de ella le pedían que abreviara sus quejas, pero la mujer les amenazaba con el puño cerrado y continuaba gritando y quejándose. Por fin, hubo de ser retirada a la fuerza.

—¡Basura, putaño, asesino! —le gritaba a Yasha mientras la arrastraban.

Un joven melancólico le confió que los demonios batallaban en su interior, haciendo nudos en los flecos de su traje, enmarañándole la barba, derramando el agua que tenía preparada para sus abluciones matinales, echando puñados de sal y pimienta junto con gusanos y excrementos de cabra en sus alimentos. Cada vez que intentaba realizar sus funciones corporales, una diablesa impedía que lo hiciese. El joven llevaba cartas de rabinos y de testigos dignos de crédito atestiguando lo que decía. Llegaban, también, eruditos sofisticados que buscaban discutir de religión con Yasha y le hacían toda clase de preguntas imposibles. No faltaban los jóvenes ociosos que iban a burlarse de él y a desacreditarle con citas poco familiares del Talmud o con palabras en caldeo. Había resuelto recibir a la gente sólo dos horas diarias, pero, al final, tenía que permanecer en la ventana desde el amanecer hasta el ocaso. Las piernas se le habían debilitado tanto que caía, después, sin fuerzas

sobre el jergón de paja y tenía que decir las oraciones nocturnas sentado en él.

Un día, fue a verle Schmul *el Músico*, su antiguo compañero de francachelas. Se le quejó que le dolía tanto la mano que le era imposible tocar el violín. Tan pronto como levantaba el instrumento, le empezaba el dolor. La mano con que pulsaba las cuerdas la tenía tesa y sin vida y le mostró a Yasha la punta de los dedos amarillos y arrugados. Schmul quería marcharse a América. Le traía saludos de los ladrones de Piask. Elzbieta había muerto. Bolek estaba en la prisión de Yanov y Chaim-Leib en el asilo. Blind Mechl había perdido la visión de su ojo sano. Berish Visoker se había trasladado a Varsovia.

—¿Te acuerdas de la pequeña Malka? —le preguntó Schmul.

—Sí, ¿cómo se encuentra?

—Su marido murió también. Lo mataron a palos en la cárcel.

—¿Qué ha sido de ella?

—Se casó con un zapatero de Zakelkow. Apenas esperó a que pasaran tres meses.

—¿Es posible?

—Quizá recuerdes a Zeftel. Era la muchacha que estaba casada con Leibush Lekach —dijo Schmul con reserva.

Yasha se ruborizó.

—Sí, la recuerdo.

—Ahora, es una *madam* en Buenos Aires. Se casó con un tal Herman, que abandonó a su mujer por ella. Tienen uno de los mayores burdeles de Buenos Aires.

Yasha titubeó un momento antes de preguntar:

—¿Cómo lo sabes?

—Herman viene a Varsovia de cuando en cuando para llevarse barcos llenos de mujeres. Conozco a un músico que está en buenas relaciones con una hermana suya que vive en la calle Nizka y que es la que lleva el negocio.

— ¡Parece imposible!

— ¿Y qué hay de ti? ¿Es verdad que eres un rabino?

— No, no lo es.

— Todo el mundo habla de ti. Dicen que haces resucitar a los muertos.

— Eso sólo puede hacerlo Dios.

— Primero, Dios. Después, tu...

— No digas tonterías.

— Quiero que digas una oración para mí.

— Que el Todopoderoso te ayude.

— Yasha, te veo y no te reconozco. No puedo creer que realmente seas tú.

— Nos hacemos viejos.

— ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

— Apenas me era posible respirar.

— Bueno, tampoco se debe de estar muy cómodo ahí dentro. Pienso en ti. Día y noche, pienso en ti...

Schmul había llegado por la noche. Fue la propia Esther quien le anunció. Era una cálida noche de verano. La luna estaba alta y el cielo, tachonado de estrellas. Se escuchaba el croar de las ranas y, de cuando en cuando, el graznido de un cuervo. Los trillos chirriaban. Los antiguos camaradas se miraban el uno al otro desde cada lado de la ventana. La barba de Yasha se había vuelto casi completamente blanca y había un chisporroteo dorado en sus ojos. Dos guedejas despeinadas se le escapaban del gorro que llevaba puesto. Las patillas de Schmul también estaban teñidas de gris y tenía el rostro hundido. Hablaba desconsoladamente.

— Estoy disgustado con todo, esa es la verdad. Toco aquí y allá. Marchas nupciales y el baile de los buenos días. Los graciosos de las bodas repiten los mismos chistes gastados. En medio de todas las cosas, experimento la sensación de

que debo escapar.

—¿Adónde?

—Yo mismo no lo sé. A América. Cada día muere alguien. Cada vez que abro los ojos le pregunto: «¿Quién ha muerto hoy, Yentel?». Porque sus amigas son las que le llevan las noticias por la mañana temprano. En cuanto me entero de a quién le ha tocado el turno, siento una punzada en mi corazón.

—Pero ¿es que en América no se muere la gente?

—Allí no conozco a tantos.

—Sólo muere el cuerpo. El alma sigue viviendo. El cuerpo viene a ser como un vestido. Cuando un vestido está sucio o ajado, nos desprendemos de él.

—No quisiera molestarte, como se dice, ¿pero has estado en el Cielo y has visto las almas?

—Mientras Dios viva, todo vive. La muerte no puede surgir de la vida.

—De todas formas, uno está asustado.

—Sin temor, el hombre sería peor que un animal.

—De todas maneras, es peor que los animales.

—Puede ser mejor. Depende de él.

—¿Y cómo? ¿Qué debemos hacer para serlo?

—No hacer daño a nadie. No calumniar a nadie. Ni siquiera pensar mal alguno.

—¿Y qué sucederá, entonces?

—Si todos se condujeran de esa manera, incluso este mundo sería un paraíso.

—Nunca sucederá así.

—Cada uno de nosotros debe hacer lo que esté en nuestro poder.

—Entonces, ¿acaso vendrá el Mesías?

—No hay otro camino.

Inmediatamente después de la Fiesta de los Tabernáculos, llegaron las lluvias. Soplaron vientos fríos, y las manzanas, caídas de los árboles, se pudrieron; las hojas se marchitaron y la hierba verde se volvió amarilla. Al romper el día, trinaban los pájaros y, después, permanecían silenciosos durante el resto del día. Yasha estaba resfriado. Tenía la nariz taponada y no podía hacer que se le desembarazase. Los dolores le recorrían la frente, las sienes, los oídos. Su voz se había vuelto ronca. Por las noches, Esther le oía toser. No podía dormir e iba a su lado en bata y zapatillas para rogarle, una vez más, que abandonara la cárcel que se había impuesto a sí mismo. Pero Yasha le contestó:

—Un animal debe permanecer encerrado en una jaula.

—Te estás matando.

—Es mejor que matar a los demás.

Esther volvió a la cama y Yasha se reintegró a su jergón de paja. Se echó vestido, encogido debajo de la manta. No hacía frío, pero le era imposible conciliar el sueño. Oía caer la lluvia sobre el tejado de bardas. Se oía crujir la tierra, como si los topes se dedicaran a excavar la tierra o un muerto se hubiera dado la vuelta en su tumba. Él, Yasha, había matado tanto a Magda como a Elzbieta, provocó el encarcelamiento de Bolek e hizo que Zefitel se hubiera convertido en lo que era. Tenía la sensación de que Emilia tampoco se encontraba ya entre los vivos. A menudo, decía que Yasha era su última esperanza. Sin duda, se había matado. ¿Y dónde se encontraba ahora Halina? Pensaba en ellas cada día, cada hora. Mentalmente, evocaba las almas de los muertos y les pedía que le dieran alguna muestra de su presencia. «¿Dónde estás, Magda?» —murmuraba en la oscuridad—. «¿Qué ha sido de tu alma martirizada?». ¿Sabe lo que sufro por ella y que estoy haciendo penitencia? O bien ocurre, como dice el Eclesiastés: *¿Y los muertos no saben nada?* Si es así, todo ha sido en vano". Por un momento, creyó ver un rostro, una figura en la oscuridad; pero pronto todo volvió a desaparecer. Dios es silencioso. Y los ángeles y los muertos también. Incluso los demonios no hablan. Los canales de la fe se han obstruido lo mismo que mi nariz. Entonces, oyó que arañaban en el suelo. Se trataba, sólo, de un ratón de campo.

Cayeron los párpados de sus ojos y empezó a dormir. En sus sueños se le aparecían los muertos, pero no le revelaban nada, decían cosas sin fundamento y realizaban actos grotescos. Se despertó con un estremecimiento. Intentó reconstruir sus sueños, pero, al pretenderlo, se desvanecían como la niebla. Una cosa había segura y era que no tenía nada que recordar. Sus sueños habían sido perversos, inconsistentes... el balbuceo de un niño o la falta de sentido de un loco.

Para arrojar de sí los malos pensamientos, Yasha entonó el Tratado de las Bendiciones: *¿A qué hora de la noche debe ser recitado el Shema? Cuando los sacerdotes entran en el templo para comer la ofrenda de sacrificio...* Al pasar del primer párrafo al segundo, vivió una nueva fantasía. Emilia aún vivía. Había comprado una finca en Lublin y excavado un túnel que iba directamente desde su dormitorio hasta la celda donde él estaba recluso. Llegaba y se le entregaba. Poco antes de romper el día, se apresuraba a marcharse por donde había venido. Yasha se echó a temblar. Se había permitido un instante de relajamiento, y ya las fantasías cavaban galerías como si fueran ratones o duendes. Vivían en su mente, dispuestas en todo momento a corromperle. Pero ¿qué eran? ¿Qué era lo que se proponían dentro de la biología humana? Pasó rápidamente al segundo párrafo: *¿A qué hora de la mañana debe ser recitado el Shema? En cuanto pueda ser distinguido el blanco del azul. Según el rabino Eliezer, la distinción debe hacerse entre el azul y el verde.* Yasha hubiera deseado seguir recitando, pero le faltaban fuerzas para continuar. Se pasó la mano por el torso extenuado, la espesa barba, la lengua costrosa, los dientes... algunos de los cuales se le movían ya. «¿Será siempre igual hasta el final?» — se preguntó angustiado—. «¿No voy a tener un momento de paz? ¡Si es así, que llegue el fin cuanto antes!».

Hubiera querido volverse del otro lado, pero temía desordenar la manta y los harapos con que se cubría. La helada se encontraba en torno suyo, dispuesta a atacarle en cualquier momento. Sintió una vez más el deseo de orinar, pero no quiso someterse a él. ¿Cómo era posible que pudiera concentrarse en su interior tal cantidad de orines? Reunió todas sus fuerzas y empezó a recitar el tercer párrafo: *«La Escuela de Shammai dice: "Por la noche, todos deben reclinarse para recitar el Shema, pero, por la mañana, debe hacerse en pie, puesto que está escrito cuándo debes echarte y cuándo debes levantarte..."»*. Se durmió y soñó que tenía que orinar. Se dirigió a la dependencia accesoria para hacerlo, pero se encontró con que Emilia estaba en la puerta. Para disipar el embarazo que sentía, ella le dijo sonriente: «Haz lo que tengas que hacer».

Al romper el día, cesó de llover y empezó a nevar. Era la primera nevada del invierno. Las nubes se amontonaban en el Este, pero, a la salida del sol, el cielo se tiñó de rosa y de amarillo. El resplandor del sol naciente dio en el borde de una

nube y se produjo un fiero zigzag de claridad. Yasha se levantó, arrojó de sí el entumecimiento nocturno y las dudas que aquella noche había tenido. Había leído en una ocasión algo referente a los copos de nieve y ahora quería comprobar lo que aprendió. Cada copo que caía en el saliente de la ventana era hexagonal, completado con tallos y cuernecillos, con dibujos y apéndices, todo ello formado por la mano oculta que estaba en todas partes: en la tierra y en las nubes, en el oro y en la carroña, en la estrella más lejana y en el corazón del hombre. «¿Puede darse a esta fuerza otro nombre que el de Dios?» — se preguntó Yasha —. «¿Y qué diferencia hay si se le llama Naturaleza?» Recordó el capítulo de los Salmos en el que se leía: *¿No oirá el que ha proyectado el oído? ¿No verá el que ha formado el ojo?* Había estado buscando alguna prueba, pero a cada minuto, a cada segundo, dentro y fuera de él, Dios manifestaba Su presencia.

Esther ya se había levantado. Yasha podía ver el humo que se escapaba de la casa principal. Le estaba preparando los alimentos. La nieve seguía cayendo, pero, a pesar de ello, los pájaros cantaban aquella mañana más de lo ordinario. Desde los lugares en que permanecían ocultas, aquellas santas criaturas que sólo poseían unas cuantas plumas y unas eventuales migajas, trinaban alegremente.

Se dijo que ya había haraganeado bastante y, quitándose la chaqueta y la camisa, empezó a lavarse con el agua del jarro. Cogió nieve del repecho de la ventana y empezó a frotarse el cuerpo con ella. Respiró hondamente, tosiendo y arrojando las flemas que tenía dentro. La congestión de la nariz se le alivió milagrosamente. Una vez más, llenó sus pulmones con el frío aire mañanero. Su garganta había mejorado y empezó a recitar con voz resonante la oración de la mañana: *¡Te doy las gracias, oh, Dios mío! ¡Qué excelente es tu credo! El alma que me has dado es pura. Tú la creaste. Tú la formaste. Tú la insuflaste en mi interior. Tú la conservas dentro de mí. Tú volverás a quitármela, pero para devolvérmela en el futuro.* Luego, se colocó el manto de las plegarias y las filacterias. Debía alabar a Dios por no encontrarse en una cárcel de verdad. Aquí en su celda, le era posible orar en alta voz y estudiar la Tora. A pocos pasos de él se encontraba su fiel esposa. Dignos judíos, nietos de mártires y de santos, buscaban su consejo y sus bendiciones como si fuese un rabino. Aunque había pecado mucho, Dios, en su misericordia, no permitía que muriera en pecado. El destino había decretado que hiciese penitencia. ¿Podía existir mayor benevolencia? ¿Podía esperar algo más un asesino? ¿Cómo le habría juzgado un tribunal terreno?

Después de entonar el *¡Escúchame, oh, Israel!*, hizo la ofrenda de las Dieciocho Bendiciones. Al llegar a las palabras: *Sí, Tú puedes reavivar a los muertos* se detuvo para meditar. Sí, el Dios que podía dar forma a los copos de nieve, que hacía nacer

al hombre del semen, que controlaba el Sol, la Luna, los cometas, los planetas y las constelaciones, era también capaz de resucitar a los muertos. Sólo podían negarlo los necios. Dios era omnipotente. De generación en generación, su omnipotencia se hacía cada vez más evidente. Las cosas que habían parecido imposibles para Dios, las realizaba ahora el hombre. Todas las herejías estaban basadas en la suposición de que el hombre era un sabio y Dios un necio; que el hombre era el bien y Dios el mal; que el hombre era una cosa viva y el Creador un muerto. En cuanto uno abandonaba estos malvados pensamientos, las puertas de la verdad se abrían de par en par. Yasha se bamboleó, se golpeó el pecho con el puño, inclinó la cabeza. Al abrir los ojos, vio a Esther en la ventana. Los ojos de la mujer sonreían. De la sartén que llevaba en la mano se elevaba una nubecilla de vapor. Puesto que ya había terminado de recitar las Dieciocho Bendiciones, Yasha le hizo una inclinación de cabeza y le dio la bienvenida. Le habían abandonado todos los pensamientos amargos. De nuevo estaba lleno de amor. Al parecer, Esther se lo leía en el rostro. Después de todo, el hombre es capaz de juzgar. Lo ve todo si es que quiere verlo.

Esther le traía una carta con la comida. El sobre estaba arrugado. Llevaba escrito el nombre de Yasha y el de la población. Ni calle ni número.

Yasha se quitó las filacterias y se lavó las manos. Esther le había traído arroz con leche. Comió en la mesa, y puso la carta a un lado; decidió no abrirla hasta que acabara de desayunar. Aquella media hora pertenecía a Esther. Estaba en pie mirándole y hablándole mientras comía. Los temas, como él temía, serían los mismos: su salud, que se estaba matando, que arruinaba su vida... Pero, no, aquella mañana, la mujer no le dedicó sus quejas habituales.

Por el contrario, le sonreía maternalmente, contándole los encargos que le habían hecho, charlando acerca del taller y de las costureras, explicándole el plan que tenía de hacer pintar la casa para la Pascua judía. Yasha no quería comerse todo el arroz, pero Esther insistió en que lo hiciera, jurando que no se movería de donde estaba hasta que hubiera visto que tomaba la última cucharada. Sentía que le volvían las fuerzas al cuerpo. Aquella leche procedía de su propia vaca, y el arroz había sido cultivado en algún lugar de la China. Miles de manos habían trabajado para llevarle aquella comida a su boca. Cada grano de arroz escondía dentro de sí energías escondidas del cielo y de la tierra.

En cuanto hubo terminado de comer el arroz y de beber el café con achicoria, abrió el sobre. Miró rápidamente la firma de la carta y sus ojos se anublaron. Sintió una mezcla de alegría y de tristeza. Emilia le escribía. ¡Entonces, Emilia estaba viva! No obstante, no empezó a leer en seguida. Primero, elevó una oración a Dios; luego,

se limpió los ojos con un pañuelo y dio comienzo a la lectura.

“Mi querido Panie Yasha (¿o debo dirigirme a ti dándote el nombre de rabino Jacob?). Esta mañana al desplegar el Courier Poranny he visto tu nombre, por primera vez desde hace más de tres años. Lo primero que se me ocurrió fue que actuabas de nuevo —en Polonia o en el extranjero—, pero después, cuando ansiosamente terminé de leer el artículo, todo mi ser se quedó triste y pensativo. Recordé que, a veces, discutíamos de religión y tú expresabas opiniones que yo consideraba deístas, la creencia en Dios sin dogmas ni revelaciones. Después de que nos abandonaste tan bruscamente, de forma bien poco corriente, pensé muchas veces que era prueba de la poca ayuda que una fe sin disciplina podía dar a una persona inmensa en una crisis espiritual. Te marchaste sin dejar huella alguna detrás de ti. Desapareciste, como suele decirse, como una piedra en el agua. A menudo, pergeñaba en mi mente las cartas que hubiera querido dirigirte. Lo primero que quiero decirte, si ésta llega a tus manos, es que acepto toda la responsabilidad de lo ocurrido. Sólo después de que te marchaste me di cuenta de lo mal que me porté contigo. Sabía que estabas casado, te arrastré a aquel enredo; por tanto, soy, moralmente, la responsable. Una y otra vez hubiera querido decírtelo, pero tenía la impresión de que te habías ido a América o Dios sabe dónde.

La historia que le heído en el periódico de hoy, describiendo cómo te han encerrado voluntariamente en una cárcel de ladrillo, y cómo los hombres y mujeres judíos esperan junto a la ventana a que les des tu bendición, me ha causado una impresión imborrable. Me era imposible continuar leyendo a causa de las lágrimas. A menudo, he llorado por ti, pero estas lágrimas eran de alegría. Han transcurrido doce horas desde entonces y, ahora, al sentarme para escribirte esta carta, todavía continúo llorando; en primer lugar, porque has demostrado tener tan gran conciencia y, en segundo lugar, porque estás expiando por mis pecados. He considerado seriamente la idea de entrar en un convento, pero tengo que pensar en Halina. No pude ocultarle lo que nos había sucedido. A su modo, te quería y admiraba extraordinariamente, y cuando lo supo, recibió un gran golpe. Noche tras noche, permanecíamos juntas en la cama y llorábamos. Halina cayó gravemente enferma y me vi obligada a recluirla en un sanatorio de Zokopane, en los montes Tatry. No podría haberlo hecho (debes de recordar cuál era mi situación económica) a no ser porque un ángel con forma humana vino en nuestra ayuda, un amigo de mi querido difunto esposo, el profesor Marjan Rydzewski. Lo que hizo por nosotras no pude contarse en una carta.

Quiso el destino que su esposa hubiera fallecido por entonces (sufría de asma desde hacía varios años), y cuando este buen hombre sugirió que yo fuera su esposa, no pude negarme. Tú ya no estabas aquí; Halina se encontraba en el sanatorio; me había quedado sola en el mundo de Dios. Le conté todo, sin omitirle cosa alguna. Ya es viejo y está jubilado, pero aún muestra gran actividad. Se pasa todo el día leyendo y escribiendo, y es extremadamente bueno para Halina y para mí. Es todo lo que puedo decirte aquí. Halina recobró la salud en

Zokopane y, cuando regresó, apenas la podía conocer, tan crecida y hermosa estaba. Ya tiene dieciocho años y espero ansiosamente que tenga más suerte que su madre. El profesor Rydzewski es con ella todo lo bueno que podría ser un verdadero padre y cede a todos sus caprichos. Esta nueva generación parece ser egoísta, carecer de limitaciones y tener la convicción de que cuanto desea el corazón debe ser satisfecho.

Bueno, ya he hablado bastante de mí. No me resulta fácil escribirle. No puedo hacerme a la idea de verte con barba y patillas, como te describe el periodista. ¿Te permitirán leer mi carta? Si es así, perdóname. Todos estos años he estado pensando en ti y ahora no pasa un día que no lo haga con mayor intensidad. Por razones misteriosas, duermo mal y cerebro humano es un órgano muy caprichoso. Siempre te creí en América, en un gran teatro o en un circo, rodeado de lujo y de mujeres hermosas. No me atrevo a decirte lo que está bien o está mal, pero me parece que te has inflingido un castigo demasiado severo. A pesar de tu fuerza, eres una persona delicada y no debes dañar tu salud. La verdad es que no has cometido ningún crimen. Siempre mostraste una naturaleza buena y tierna. El corto tiempo que te conocí fue el período más feliz de mi vida.

Esta carta ya se está alargando demasiado. Una vez más, se habla de ti en Varsovia, pero, ahora, sólo con admiración. Ya tenemos teléfono en casa, y muchas amistades que conocían nuestras relaciones me han llamado. El propio profesor Rydzewski ha sido quien ha sugerido que te escribiese y te envía sus más afectuosos saludos aunque no te conozca. Halina está encantada de saber que estás vivo y no tardará en escribirte. Asegura que será una larga carta. Que Dios te proteja.

Eternamente tuya,

EMILIA



ISAAC BASHEVIS SINGER. Radzymin, (Polonia) 14 de julio de 1904 Miami, Florida, 26 de julio de 1991) escritor judío, y ciudadano polaco.

Hijo de un rabino jasídico, se trasladó con su familia a Varsovia, en donde ingresó en el Seminario Rabínico que más tarde abandonaría. Comenzó a dar clases de hebreo y entró a trabajar en el periódico *Bleter Literarische*, primero como corrector y luego como editor.

En 1935, ante el temor de la ofensiva nazi, emigró a Estados Unidos, residiendo en Nueva York, y trabajando en el periódico *The Forward*, en el que comenzó a publicar, y desde entonces se dedicó a la literatura, escribiendo casi siempre en *yiddish*.

Entre sus obras cabe destacar *Enemigos*, *El esclavo*, *Gimpel*, *el tonto* y *Shosha*. *El mago de Lublin*, se lee como una novela de suspense. Es el relato de la lucha del individuo contra el mal, el profundo estudio de un hombre en busca de la divinidad.

En 1940 Singer se casó con Alma Haimann, con quien vivió hasta su muerte.

Era un acérrimo defensor del vegetarianismo, lo que hizo notar en varios de sus libros.

En el año 1973, recibió el Nacional Book Award, y en 1978 el Premio Nobel de Literatura.

Notas

^[1] Días del Año Nuevo hebreo. (*N. del T.*). <<

^[2] Cocina tradicional judía. (*N. del T.*). <<

^[3] Mes del calendario hebreo: el tercero del año religioso, y el noveno del año civil. (*N. del T.*). <<

^[4] Larga vestidura suelta que llega hasta los pies, que llevan los judíos tradicionalistas. (*N. del T.*). <<

^[5] Candelabro ritual de los siete brazos, considerado sagrado por los israelitas. (*N. del T.*). <<

^[6] Persona que, según la superstición, se convertía en lobo y devoraba a otras personas. (*N. del T.*). <<

^[7] Pedazos de piel, en los que hay escritos pasajes de la Escritura, encerrados en pequeños estuches de cuero, que los judíos se atan al brazo o a la frente en sus oraciones matutinas. (*N. del T.*). <<

^[8] Coche bajo y abierto de cuatro ruedas, de origen ruso, generalmente de alquiler. (*N. del T.*). <<

^[9] Centro de estudios religiosos de los judíos. (*N. del T.*). <<

^[10] Buhonero, vendedor ambulante de baratijas. (*N. del T.*). <<

^[11] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

^[12] Ascendencia, árbol genealógico. (*N. del T.*). <<

^[13] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

^[14] Puro, limpio, entre los judíos. Se aplica, especialmente, a la carne de

animales sacrificados de acuerdo con el rito hebreo. (*N. del T.*). <<

^[15] *Bolesc* significa dolor, en polaco. (*N. del T.*). <<

^[16] Nombre del quinto mes del año eclesiástico de los hebreos y del undécimo mes del año civil. (*N. del T.*). <<

^[17] Voz rabínica equivalente a narración. Dícese, especialmente, de la compilación de sucesos históricos considerados aisladamente y en los que predomina la nota anecdótica. (*N. del T.*). <<

^[18] Nombre de la antigua exposición de la Biblia por los rabinos. Empieza en tiempos de Esdras y dura hasta el siglo XII. Su época más brillante corresponde a la talmúdica. (*N. del T.*). <<

^[19] Libro considerado por los judíos modernos como sagrado, y uno de los principales de la Cábala, que junto con la Biblia y el Talmud forma la parte principal del cuerpo doctrinal religioso judaico. Está redactado en forma de comentario al Pentateuco y en arameo. Abunda en simbolismos y en doctrina místicas de inspiración neoplatónica, propugnando la legitimidad de los ascetas. (*N. del T.*). <<